

EL DOMINIO DE LA MAGIA

DOMINIO 2



MARENA HOPE



EL DOMINIO DE LA MAGIA

Dominio, #2

Marena Hope

Ediciones Alas Negras



Derechos de autor © 2024 Marena Hope

Título original:
El dominio de la magia. Trilogía Dominio, #2
Autora: Marena Hope

ISBN: 978-84-128196-5-6
Editorial: Ediciones Alas Negras - Sello Caladrius (Fantasía)
Primera edición: Junio, 2024

Edición, corrección y maquetación:
Ediciones Alas Negras
Diseño de portada:
Veca Grace

© Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos.

El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

*Para Kress y Esther,
que tomaron mi mano y me dieron
el valor para perseguir mis sueños.*

*Gracias a ellas,
el camino es más brillante y mágico.
Marena*

*Cosas inexplicables que solo existen en los sueños...
eso es para mí la magia,*

ESPERANZA ALBA

CONTENIDO

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>Epígrafe</u>	
<u>Prólogo</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Capítulo 21</u>	
<u>Capítulo 22</u>	
<u>Capítulo 23</u>	
<u>Capítulo 24</u>	

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

PRÓLOGO

Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Un mes antes creía ser una humana corriente en un mundo en el que las criaturas y los seres mágicos solo existían en libros y películas; creado por la imaginación de las personas. Vivía una vida normal como cualquier adolescente, con mi familia, amigos y la única preocupación de estar enamorada de mi hermano adoptivo.

Todo cambió de un día para otro. Mi sangre en realidad era mestiza. Fui engendrada por una vampira y un brujo, cosa que nunca debió suceder; las mezclas entre razas estaban prohibidas. Mi familia adoptiva eran lobos, quienes habían formado una alianza con los vampiros con un objetivo en común: luchar contra los brujos y proteger el poder sellado en mi interior. Me buscaron durante años para hacer uso de ese poder y, aunque los míos me mantuvieron escondida como una humana normal, me encontraron. Fue ahí cuando mi mundo feliz comenzó a desmoronarse.

Sentía dolor al no tener a mi familia a mi lado en esos momentos. Rabia porque los brujos se habían llevado a Dana, mi amiga y a la que consideraba una hermana. Y, sobre todo, culpa por ser la causante del estado de Hayden; la misma culpa que hizo que ni siquiera saliera de mi habitación para averiguar cómo se encontraba. Mi cuerpo me pedía meterme en la cama y no dejar de llorar.

Aun así, todo lo sucedido me había hecho más fuerte. El dolor lo transformé en odio, la rabia en fuerza y la culpa en venganza por lo que le habían hecho a Hayden y a mis seres queridos. Algo creció dentro de mí, algo oscuro me cambió y, en ese momento, supe que jamás volvería a ser la misma.

CAPÍTULO 1

Raylen

Sabía que llegaría el momento de tener que separarme de ella. Era cuestión de tiempo que se enterase de a qué mundo pertenecía en realidad. ¿Tenía miedo de que llegara ese día? Mucho... Estaba aterrado de tan solo pensar que la arrancarían de mi lado, como finalmente pasó.

Nunca olvidaré nuestra despedida, las lágrimas corriendo por sus mejillas antes de subirse a un coche repleto de desconocidos; aunque, de hecho, uno de ellos no lo era. Pero eso ella no lo sabía. No lo recordaba. Quizá lo que más me asustaba era admitir que, para él, Amber era lo más importante. Sentía miedo de que finalmente le recordase y la apartara de mi lado. Sé que mi amor era egoísta, que lo nuestro era imposible, pero imaginarla en otros brazos hacía que quisiera destrozar todo a mi alrededor.

Durante mucho tiempo me acostumbré a fingir. A interpretar un papel de hermano mayor demasiado protector, como ella decía. Si supiera que en realidad me moría de ganas por besar sus labios, por acariciarla, por descubrir cada parte de su cuerpo y hacerlo mío... pero no podía. Por una maldita ley que era más antigua que nosotros mismos.

Después de un mes, al fin podría verla. Había echado de menos todo de ella... Su voz, su sonrisa y, sobre todo, su manera de mirarme. Sus ojos transmitían mucho más que palabras, aunque Amber creyera que no reparaba en ello. Solo intentaba hacerme el loco para no ponernos en una situación aún más difícil.

Al día siguiente, mi padre y yo saldríamos con destino hacia la ciudad. Nos quedaríamos en el castillo de Marcus mientras ideábamos un plan para encontrar a Dana. Ya faltaba poco para volver a estrecharla entre mis brazos y sentirla segura a mi lado. Sabía que el secuestro de su amiga la estaba martirizando, pero la encontraríamos juntos. Esos malditos brujos pagarían por todo lo que estaban haciendo.

Ese mes había sido duro para mí. Con tan solo pensar que compartía sus días con ese vampiro me ardía la sangre. Según Dash, mi hermano, no había quien aguantara mi mal humor.

Estaba haciendo la maleta cuando escuché jaleo en la planta de abajo. Oí a mi madre llorar y maldecir a los brujos. En ese momento, supe que había pasado algo. Bajé a toda prisa las escaleras, encontrando a mi padre preocupado y a mi abuela y a mi madre muy nerviosas. Mi hermano se volvió hacia mí con temor; lo conocía bien y, con tan solo una mirada, me di cuenta

de que lo que más le asustaba era mi reacción.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con seriedad, temiendo la respuesta.

—He recibido una llamada de Marcus. Los brujos han intentado llevarse a Amber. Gracias a Hayden y a él, que apareció en el último momento, no lograron lo que pretendían —me explicó mi padre.

—¡Mi niña! —Nana se limpiaba las lágrimas con un pañuelo—. Esos malditos brujos no van a descansar hasta obtener lo que quieren —terminó maldiciendo con asco.

Mi cuerpo se encendió al pensar en que Amber resultase herida. Solo quería estar a su lado.

—No esperaré hasta mañana. Subo a por mi maleta y me voy a la capital —informé a mi padre. Cuando comencé a ascender, su voz autoritaria hizo que me detuviese.

—No irás a ningún lado. Amber está bien, el único que ha resultado herido de gravedad es Hayden. Según Marcus, ella solo tiene algunas magulladuras, nada más.

—¡Pobre chico! —se lamentó mi abuela, Nana.

—Ahora tenemos que encargarnos de nuestra familia. No podemos irnos y dejarlas desprotegidas. También han amenazado a Amber con llevarse a tu abuela.

—¡Hijos de...! —Mi rabia ardía con fuerza. En aquel momento, de tener a uno de ellos delante de mí, lo habría hecho pedazos.

—He hablado con un clan que se encuentra cerca de aquí. Se quedarán con ellos el tiempo que estemos fuera. ¡Preparad la maleta! Saldremos cuanto antes —ordenó mi padre a todos para luego desaparecer escaleras arriba.

—Jamás debí dejar que se fuera —solté con ira, hablando conmigo mismo.

—Aquí habría pasado lo mismo, hijo. Ya no está segura en ninguna parte —suspiró Nana con la cabeza gacha.

Mi hermano no dijo ni una palabra, cosa que en él resultaba muy raro. Desde que se llevaron a Dana, se sentía culpable por no haber llegado a tiempo al recibir su llamada de peligro. En ese momento, sentimos su miedo y su desesperación; una conexión que nos une a todos. Sin embargo, por más que corrimos, no pudimos hacer nada.

Trasladar a nuestra familia a un lugar seguro nos llevaría un tiempo. Y eso significaba más tiempo alejado de Amber. Lo único que me tranquilizaba era saber que ella estaba bien...

Dana

Tenía mucho frío y me sentía agotada. Apenas notaba mis músculos. Intenté abrir los párpados sin conseguirlo. Todo movimiento que quisiera hacer me era imposible; mi cuerpo no respondía. Sentía el suelo húmedo debajo de mí, y mis muñecas y tobillos se encontraban aprisionados por algo. Aun en ese estado, deduje que podía tratarse de cadenas. No sabía qué hechizo habían usado contra mí; pero sí estaba segura de que era lo bastante poderoso como para haber absorbido toda mi magia y energía. Antes de volver a caer en la inconsciencia, escuché voces cerca de mí.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó una voz de hombre melodiosa y a la vez autoritaria.

—Gael me ordenó que la trajera a la celda y la encadenara —respondió otra; esta parecía un poco más joven.

—Llévala a una de las habitaciones y haz llamar a mi sobrina para que se encargue de sus heridas. —Escuché decir al mayor.

—Pero Gael ha dicho...

—¡Es una orden! Yo me encargaré de mi hermano. Queremos una rehén viva; muerta no nos servirá para nada —lo cortó.

Sus voces eran cada vez más lejanas. Quería seguir despierta, pero me sentía muy débil y, entonces, volví a caer en una oscuridad que lo envolvió todo.

CAPÍTULO 2

Kress

Tenía mucho sueño. En ese instante, mataría sin dudar por un cómodo colchón. Pero ahí estaba, sin dormir en todo el día, sentada en un sillón y esperando a que un vampiro insensato, al que quería como a un hermano, despertara por fin de la inconsciencia.

Los sanadores nos informaron de que su estado era crítico. Estaba muy débil y no sabían si volvería a abrir los ojos. La herida en su hombro era lo menos importante, ya que las nuestras cicatrizan más rápido que las de un humano normal. No sabía qué clase de hechizo habían usado los brujos en él; nunca había visto una cosa así. Según los sanadores, la energía y las habilidades de Hayden fueron absorbidas, como si algo hubiera extraído todo de su cuerpo.

Con el paso de las horas, se hizo de noche. Cameron y yo no nos separamos de él en todo el día, hasta que a mi amigo le picó el hambre y decidió salir a buscar algo de comer para los dos. No dejaba de pensar en lo preocupada que debía de estar la pelirroja por Hayden. Ni siquiera habíamos aparecido para contarle acerca de su estado. Más tarde iría a verla, aunque las noticias no fueran buenas.

Cameron y yo estábamos comiendo en una pequeña mesita que Hayden tenía en su habitación cuando, de pronto, un débil susurro nos alertó. Ambos nos levantamos a toda prisa y nos acercamos. Nuestro amigo había despertado maldiciendo en voz baja. Con mucho esfuerzo, intentó levantarse de la cama sin conseguirlo. En el momento en que nos vio, nos observó fijamente a ambos.

—¿Dónde está? —preguntó con voz dolorida.

—¿Qué? —soltó Cameron, sin entenderle. Yo ya tenía una idea de a quién se refería.

—¿Dónde está ella? —volvió a preguntar después de tratar de alzarse de nuevo como si se le fuese la vida en ello.

—Se refiere a la pelirroja —le aclaré a mi amigo—. Y tú... Deja de intentar levantarte. Has estado a punto de morir, deberías estar descansando —le aconsejé.

—¡Tranquilo! Amber está en su habitación, sana y salva. No puedo decir lo mismo de ti, estás hecho un asco —exclamó Cameron. Esto hizo que Hayden se tranquilizara. Comenzó a relajarse y se acomodó entre las sábanas.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Llevamos aquí todo el maldito día preocupados por ti, sin saber si ibas a despertar o no. ¡¿Cómo se te ocurre ir a buscarla solo y a plena luz del día?! ¡¿Es que has perdido la cabeza?! —solté muy cabreada.

—No tuve tiempo. Era eso o arriesgarme a que se la llevaran. —Su voz se escuchaba débil, todo lo contrario a lo que era Hayden.

—¿Sabes lo que hubiera pasado si Lory no nos hubiera avisado de vuestra marcha? ¿Si no hubiéramos aparecido? Que ahora estarías convertido en polvo y la pelirroja en las garras del enemigo. Y que no se te ocurra decir que eres el encargado de protegerla, porque esto nos concierne a todos —me desahugué.

—Podemos dejar la bronca para más tarde, ¿no te parece, Kress? Creo que no es momento para esto —dijo Cameron tras una mirada con la cual intentó tranquilizarme.

—Tienes razón, lo siento —me disculpé—. Lo importante ahora es que te recuperes. Llamaré a los sanadores para decirles que ya has despertado, e iré a buscar a Kristel; su sangre hará que repongas la energía que los brujos te quitaron —informé mientras me dirigía hacia la puerta.

—No necesito la sangre de Kristel. No la llames, no la tomaré —soltó Hayden. Tras escucharlo, me volví.

—Ambos sabemos que la necesitas. Siempre bebes de ella cuando te apetece. No sé qué ha cambiado.

—Puedo recuperarme sin ayuda de nadie, eso es todo.

—Eres más terco que una mula. Tú sabrás si quieres seguir tirado en una cama durante días por tu gran ego masculino. —Hice aspavientos mientras me daba la vuelta nuevamente hacia la puerta. Escuché la carcajada de Cameron.

—Y tú no te rías. Ya podrías ayudarme un poco —le reclamé, arqueando una ceja.

—¡Ey! A mí no me metas. —Levantó las manos—. Él ya es mayorcito para saber lo que necesita y lo que no.

—Mejor me voy. Hoy no os aguanto —salí de la habitación mientras Cameron reía por lo bajo.

¿Por qué los hombres son tan orgullosos y tercos? Esto me recuerda por qué estoy soltera.

Después de haber avisado a los sanadores de que Hayden había despertado, llegó el momento de ir a ver a la pelirroja. También estaba preocupada por ella. Sabía que lo que hizo fue para salvar a su amiga, sin pensar en las consecuencias. La entendía mejor que nadie; yo habría actuado igual si se tratara de Cameron o de Hayden. Lo hubiera arriesgado todo por salvarlos, incluso mi propia vida.

Aunque su habitación estaba justo enfrente de la de Hayden, no había salido de ella en

ningún momento. Supuse que se sentía culpable de la situación. Me acerqué a su puerta y llamé; esperaba que estuviese despierta.

—¡Adelante!

Tras darme permiso, entré en el cuarto y cerré. La pelirroja se encontraba tirada en la cama y tapada con mantas hasta el cuello. Pensé que sería su manera inconsciente de evadirse de todo lo que estaba pasando, ya que estábamos a principios de verano y no hacía nada de frío. Cuando la miré, vi en sus ojos una tristeza que hasta ese día no había visto nunca en ella.

—¿Qué tal estás? Los sanadores me han dicho que no tenías heridas graves, solo unas cuantas magulladuras —comencé a hablar, sentándome en el sillón cerca de su cama.

—Si te digo la verdad... No muy bien —dijo con la cabeza gacha—. ¿Cómo está Hayden? ¿Se recuperará? —preguntó avergonzada. Su voz se escuchaba resquebrajada, como si estuviese a punto de soltar las lágrimas que parecía estar conteniendo.

—¿Crees que hay alguien en este mundo capaz de acabar con él? Es tan testarudo que no moriría hasta saber que te encuentras a salvo. —Reí pensando en lo cabezota que podía llegar a ser Hayden a veces—. Acaba de despertar. He avisado a los sanadores, estarán en su habitación en este momento.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios.

—¡Oye! No le hagas caso a tu abuelo. No tienes la culpa de nada. En tu lugar, yo hubiese hecho lo mismo. —Le puse una mano en el hombro para consolarla—. Hayden sabía a lo que se exponía cuando salió a buscarte. Fue su decisión.

—Gracias, Kress. Sé que intentas animarme. Aun así, no puedo quitarme de la cabeza lo que le hicieron. Nunca debí confiar en la palabra de ese brujo. Creí que entregarían a Dana en mi lugar. Me engañaron.

—Esto te servirá de lección para la próxima vez. No se puede confiar en Gael. Quiere tu poder y hará lo que sea para obtenerlo —dije—. Lo que quiero que me expliques es qué fue lo que le hicieron para dejarlo en ese estado; algo absorbió su poder y los sanadores no se explican qué hechizo pudieron utilizar contra él. Jamás habíamos visto nada igual.

—No sé... Comenzaron a recitar un cántico extraño y algo del color de la sangre salió de la tierra trepando y enredándose por todo su cuerpo. —Su mirada se perdió al recordar.

—Aunque Hayden ya ha despertado, está muy débil; apenas puede levantarse de la cama. —Suspiré—. Lo que le hayan hecho lo mantendrá incapacitado unos días.

—No sé qué puedo hacer... Ni siquiera sé cómo ayudarlo. Me siento tan culpable... —La pelirroja se tapó la cara con las manos.

—No ha sido tu culpa, pero ahora que lo dices... —Posé los dedos en mi barbilla—. Sí hay una manera en que podrías ayudarlo. Aunque no creo que quieras. —Negué con la cabeza.

—Haría cualquier cosa por Hayden ahora mismo, al igual que él se sacrificó por mí.

Dime, Kress, ¿qué puedo hacer? Si hay una forma, quiero saberla. —aseguró con voz decidida.

Supé que lo que iba a salir de mi boca a continuación, más tarde me llevaría a una discusión con Hayden. Eso si llegaba a enterarse de que yo le había dado la idea a la pelirroja. Por mi bien, esperaba que no fuera así...

—Como ya sabes, los vampiros necesitamos la sangre para fortalecernos. A Hayden le vendría bien un poco de ayuda y un empujoncito. Tu sangre es muy poderosa. Estoy segura de que, si se la ofrecieras, se recuperaría de inmediato —solté. Así, sin anestesia.

La pelirroja abrió tanto los ojos que incluso me hizo reír.

—¿Quieres que le diga que me muerda? —preguntó, tocándose el cuello como si se lo imaginase. Su rostro se fue enrojando.

—Es la única manera en que podrías ayudarlo. Es tu decisión, no tienes por qué hacerlo si no quieres —le dije.

Se quedó con la mirada perdida. Por su cara, deduje que estaba analizando la situación. Quise cambiar de tema para no incomodarla.

—Debes estar contenta, dentro de dos días volverás a ver a tu lobo. —Sonreí. La pelirroja me miró extrañada

—Creí que vendrían mañana —comentó con pena en su voz.

—Iba a ser así, pero con todo lo que ha pasado no se fían de dejar desprotegida al resto de tu familia, por lo que estarán junto a otro clan de lobos mientras ellos estén aquí. En estos momentos, están haciendo las maletas para pasar una temporada fuera del bosque.

—Eso me deja más tranquila. No podría soportar que les ocurriera nada más por mi culpa. Ya he tenido bastante con lo de Dana. Me siento impotente al permanecer aquí sentada y no hacer nada por ella; tendría que estar buscándola en este mismo momento. —Apretó los puños.

—¡Oye, pelirroja! No me hagas volver a repetirlo que no soy ningún disco rayado. Por tercera y última vez: tú no tienes la culpa de nada. Sobre Dana, no se puede hacer más hasta que llegue Logan; cuando eso pase, ingeniaremos un plan para rescatarla. Somos aliados, ¿recuerdas? —dije levantando una ceja—. Después pasaré a verte. Iré a ver qué dicen los sanadores sobre Hayden y luego me iré a dormir. Cuando caiga en la cama no podré ni creérmelo, jamás había echado tanto de menos mi colchón. —Me levanté del sillón mientras escuchaba a la pelirroja reír. Eso era un buen comienzo.

Antes de llegar a la puerta, le oí hablar.

—Gracias, Kress. —Me volví para mirarla—. Por lo de hoy y por todo. Desde que llegué aquí te has convertido en una amiga. —Me miró con una pequeña sonrisa en sus labios.

—Tú también. —Le sonreí y salí por la puerta.

Ahora iría a ver a los sanadores y luego a dormir.

Qué ganas tenía de agarrar mi cama. Si seguía un minuto más despierta, en vez de un vampiro sería una zombi.

CAPÍTULO 3

Dana

Un escozor en mi brazo me hizo despertar sobresaltada. Alguien estaba inclinado sobre mi cuerpo. Como mis ojos empezaban a adaptarse a la claridad, no veía bien de quién se trataba. Moví mis brazos con desesperación para defenderme; aunque no sabía quién era, sí era consciente de dónde me encontraba: en manos del enemigo. Al intentar mover las extremidades me di cuenta de dos cosas: por un lado, no tenía apenas fuerzas y, por otro, mis pies y mis manos estaban maniatadas. Cuando mi visión se aclaró lo suficiente, me encontré mirando a una desconocida.

—¡Tranquila! No quiero hacerte daño, solo te estoy curando las heridas. —Su voz era suave y aterciopelada.

Una chica que podría tener mi misma edad se encontraba a mi lado. Su piel era muy pálida, o quizá el color tan negro de su cabello corto era el culpable de que se la viera aún más blanquecina. Sus ojos eran grandes, de un tono marrón oscuro, y observaban expectantes a mi reacción. Al mirar sus manos, vi que en una portaba un tarrito de cristal con algo en su interior y en la otra una gasa ensangrentada. Al parecer, era verdad que estaba curando mis heridas.

—¿Quién eres tú? —pregunté desconfiada. Allí no podía fiarme de nadie. Ellos eran mis enemigos, brujos crueles que disfrutaban cazando y exterminando a los míos.

—Mi nombre es Esther... Esther Sallow. Solo he venido a curarte. Si no lo hago, las heridas podrían infectarse. —Su tono de voz era bajo y suave, como si le diera miedo hablar o fuera algo tímida. Enseguida caí en su apellido.

—¿Has dicho Sallow? —Abrí mucho los ojos de la sorpresa—. Tú eres...

—Sí, por desgracia soy la hija de Gael. —Suspiró de mala gana mientras soltaba el tarrito y las gasas en la mesita de noche. Por lo que pude observar, no estaba muy orgullosa de su padre.

Miré a mi alrededor: me tenían amarrada a la cama en una amplia habitación de paredes blancas con pequeños cuadros que parecían contener pinturas de paisajes. El suelo era de madera oscura al igual que los muebles —una mesita de noche, un escritorio justo enfrente de la cama y a la derecha, un pequeño armario— que la complementaban.. A la izquierda se encontraba una ventana con mullidas cortinas de color verde oscuro acompañadas de unas más finas y

transparentes por donde se filtraba un poco de claridad. No se trataba para nada de una celda, como en la que había estado antes de perder la conciencia.

—¿Dónde estoy? —pregunté observando todo a mi alrededor. Parecía encontrarme en una habitación cómoda para invitados, con la excepción de estar atada de pies y manos.

—Estamos en uno de los colegios de magia que posee mi padre y del cual mi tío es director —contestó mientras deshacía el nudo de las cuerdas que tenían aprisionados mis pies.

—¿Me estás liberando? —pregunté desconcertada.

—No te considero una amenaza: primero porque estás demasiado débil, y segundo porque ese collar que llevas impide que puedas transformarte. —Me soltó y continuó con mis manos—. La razón por la que estás maniatada se debe a que no sabíamos cuál sería tu reacción al despertar. Si quieres un consejo, pórtate bien y seguirás en esta habitación cómoda y calentita. De lo contrario, mi padre te encerrará en un sitio donde la muerte será tu mejor opción. ¡Créeme!, si por él fuera, todavía estarías en la celda. —Terminó de desatarme y comencé a masajear mis muñecas; las tenía doloridas por la presión ejercida por las cuerdas.

—¿Quién me sacó de allí? —pregunté. Aunque había escuchado voces mientras permanecía semiinconsciente, me encontraba demasiado débil para percatarme de quién se trataba antes de desmayarme de nuevo.

—Agradécele a mi tío Allan. Es por él que estás aquí y no allí con las ratas. Ahora estate quieta y déjame terminar de curarte. —Aunque su manera de hablar era autoritaria, su voz no parecía estar diciendo lo mismo. Jamás había escuchado a nadie hablar como lo hacía ella; al expresarse parecía estar cantando una nana. Su voz era sedosa y algo dulce.

Cogió el tarrito junto a una gasa nueva y comenzó a extender una especie de crema pegajosa en las heridas que tenía en los brazos. Debido a la trifulca con los brujos estaba hecha un asco. Quién me diría unos días atrás que sería uno de ellos el que me sanaría.

—¡Auch! —exclamé dolorida—. ¿Qué carajos es eso? Escuece como el demonio y además huele fatal. —Me tapé la nariz con la mano que tenía libre.

La chica empezó a reír, negando con la cabeza.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Levanté una ceja.

—Se supone que los lobos tenéis más aguante al dolor, pero, por lo que veo, eres una excepción. Este es un ungüento sanador creado con magia. Mañana las heridas estarán mucho mejor.

—Los lobos tenemos más aguante al dolor, pero cuando estamos en nuestra forma animal. Si pudiera transformarme, me curaría más rápido —le expliqué.

—Pues me temo que eso no pasará. Mientras estés aquí deberás llevar el collar. No pierdas el tiempo en intentar quitártelo porque será en vano. Solo se puede deshacer con magia.

—¿Por qué me das consejos? ¿No deberías odiarme como tu padre por ser lo que soy? —

pregunté, sin entender por qué me hablaba con amabilidad. Hubiera esperado otro trato viniendo de ellos.

—Yo no soy mi padre. No todos los brujos pensamos igual que él; aunque, si me escuchara ahora mismo, me mataría seguro —resopló—. No es que los lobos seáis de mi agrado, pero no tengo motivo para odiaros a todos. No me des razones y no habrá problemas entre nosotras. —La chica era muy clarita, sí. En ese momento, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Esther, soltando mi brazo.

Por la puerta apareció el padre de mi amiga. ¡Sí, Allan Sallow! El mismo tipo que creíamos muerto acababa de entrar a la habitación vivito y coleando. Le reconocí en el bosque por su gran parecido a Gael y a Amber en algunas facciones; la nariz y la barbilla eran idénticas. La bruja se levantó de inmediato para recibir a su tío. Él se acercó a ella y la besó en la cabeza como si de una hija se tratase.

—Ya he curado sus heridas, tío —le informé.

—Gracias, sobrina. Ahora puedes retirarte, necesito hablar con ella a solas. —Allan me miró de reojo y un escalofrío me recorrió.

Estaba frente a uno de los brujos más poderosos de la historia. Un mito que creíamos muerto. Un hombre que podía manejar tanto los elementos como el tiempo a su antojo y que poseía el don de la visión. Una vez, mi padre me contó que era capaz de producir una gran tormenta al igual que hacer salir el sol. Daba miedo solo de pensarlo. Era raro, ya que Esther también era el enemigo, pero no quería que se marchase de la habitación.

Tras dejarnos a solas, Allan se quedó observándome en silencio. No sabía si estaba esperando a que fuera yo quien comenzara a hablar; ni siquiera le había mirado a la cara porque me daba un poco de respeto, la verdad.

—Creo que no hace falta que nos presenten; por tu expresión al verme en el bosque, me imagino que ya sabes quién soy —dijo.

Sentí una profunda rabia dentro de mí. Llevaba años desaparecido, sin molestarse en saber cómo se encontraba su propia hija. Si en un primer momento me había infundido un poco de miedo y respeto, este se esfumó, dando paso a la pena que sentí por mi amiga.

—¿Por qué? —pregunté con tristeza. Por más que me lo preguntase, no llegaba a entenderlo—. ¿Por qué le haces esto? Ella jamás podrá perdonarte, vas a causarle un gran dolor.

—Me complace ver tu preocupación por mi hija. Eso demuestra lo mucho que la quieres. —Sonrió. Sus expresiones eran diferentes a las de Gael; parecía ser todo lo contrario a su hermano. Aunque no debía engañarme, ya que era uno de ellos y, por lo tanto, no debía confiar en él.

—Amber no es solo mi amiga, es como una hermana para mí. Jamás dejaré que le hagáis daño. No me importa que seas su padre ni lo poderoso que puedas llegar a ser; si Amber corre

algún peligro, mataré a quien sea necesario para protegerla. —Lo miré con ira. No dejaría que se acercaran a ella, ni siquiera tratándose de él—. No sé qué intenciones tienes, pero estás advertido.

De pronto comenzó a reír a carcajadas. No entendía a qué venía aquello, yo no estaba bromeando.

—Me caes bien, Dana. Por lo que he podido observar durante todo este tiempo, mi hija está rodeada de gente que daría la vida por ella. Creo que os habéis dado cuenta de lo especial que es —me soltó. Aún estaba sonriendo; cada vez entendía menos al padre de mi amiga.

—¿Que te caigo bien? Que yo sepa, odiais a los sobrenaturales, ¿no es esa la razón por la que queréis el poder de Amber? ¿Para destruirnos? —pregunté.

—No todos tenemos los mismos motivos. Lo único que puedo decirte es que ese sello debe romperse antes de que la magia la consuma; es demasiado poderosa para contenerla durante tanto tiempo dentro de ella. —Su sonrisa se esfumó tras decir aquello—. Si Amber te importa de verdad, no hagas ninguna tontería. Permanece aquí el tiempo que sea necesario y no busques problemas. Si te portas bien, quizá pueda dejarte salir de esta habitación. Si intentas escapar y llega a oídos de mi hermano, no podré hacer nada para impedir que te encierre en una celda —me advirtió.

Después de sus palabras, me quedé muda. Por más que intentaba analizar todo lo que estaba escuchando, no entendía nada. Hablaba como si le preocupara su hija, pero... ¿Por qué no había ido a buscarla? ¿Por qué estaba de parte de Gael? Muchas preguntas sin respuesta. Tras decir aquello, el brujo se dio la vuelta para salir de la habitación. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, se detuvo y volvió a hablar.

—¿Sabes? Me hubiera gustado tener una amistad tan fuerte como la que tenéis vosotras; alguien que me respaldara sin pensarlo. Debes saber que mi hija también daría su vida por ti; hoy lo ha demostrado al enfrentarse a mi hermano con tal de recuperarte.

—¿¡Qué?! ¿Dónde está ella? ¿Se encuentra bien? —exclamé desesperada, sin saber qué había pasado.

—Ella sigue con Marcus, por ahora...

La puerta se cerró y ya no hubo más respuestas. Debía enterarme de lo sucedido, no podía quedarme así.

Amber, ¿qué has hecho?

CAPÍTULO 4

Amber

Me quedé pensando en lo que Kress dijo. Quería ayudar a Hayden, y solo había una manera de hacerlo. Aunque el nudo que aprisionaba mi pecho se hizo más ligero tras saber que por fin había despertado, llevaba un rato dando vueltas por la habitación. Cuando me armaba de valor para salir e ir a la suya, escuchaba ruidos en el exterior y volvía a recular. Suponía que esos sonidos se debían a los sanadores o a los chicos entrando y saliendo de su cuarto. Después de media hora, ya no se oía nada en los pasillos, señal de que los demás se habían ido a dormir y la vía estaba libre para lo que tenía pensado hacer, aunque todavía no estuviese muy segura. Me dejé las mallas y me puse una camiseta ancha de manga corta que le había quitado a Dash mientras preparaba mi maleta para el viaje. Me quedaba inmensa, pero era muy cómoda para dormir. Me miré en el espejo y me peiné el cabello con los dedos.

¿Pero qué me pasa? ¿Por qué me arreglo para ir a verlo?

No sabía qué me ocurría últimamente con Hayden, pero estaba de los nervios. Salí de mi habitación y llegué hasta su puerta. Me quedé un rato allí dudando si llamar o no...

¡Vamos, Amber! Recuerda que él casi muere por salvarte. Debes hacerlo.

Golpeé la madera esperando que no estuviera dormido. ¿Y si no contestaba? Tendría que entrar por mi cuenta y despertarlo.

—¡Pasa! —Escuché su voz, aunque muy débil y distante. Me alteré más de lo que ya estaba.

Entré sin mirarlo y, al cerrar la puerta, eché el pestillo. Esperaba que no se hubiera dado cuenta. ¿Qué por qué lo había puesto? No estaba dispuesta a que Lory volviera a entrar y nos encontrara en una posición incómoda, como la última vez. Me di la vuelta poco a poco hasta que mis ojos se toparon con los suyos. Tras verme, sus facciones mostraron alivio. Aunque él no lo dijera, sabía que esa expresión se debía a ver que me encontraba bien.

Estaba semisentado en la cama, apoyado en un cojín que tenía detrás de su espalda. Un libro reposaba en sus manos; estaba leyendo. Al fijarme en su cara, pude apreciar que su piel lucía más blanca de lo que ya era, cosa que parecía imposible. Si seguía perdiendo color, no me extrañaría que terminara pareciéndose a Casper. Ambos nos quedamos mirándonos sin saber qué decir.

—Veo que ni moribundo puedes dejar de leer —le solté, todavía junto a la puerta.

¿En serio, Amber? ¿Le has llamado moribundo? ¿No podías decir otra cosa para romper el hielo?

¿Por qué siempre la cagaba cuando estaba nerviosa? Bajé la mirada a mis manos, mientras las pellizcaba debido a los nervios.

—¿Te parezco un moribundo? —Hayden levantó la ceja izquierda. Seguía llevando su típico flequillo tapando el ojo derecho, aunque ahora ya sabía lo que se ocultaba debajo—. ¿Piensas quedarte en la puerta todo el día? —preguntó. Yo sonreí al ver que ni en su estado cambiaba su forma de ser tan arrogante.

Llegué a su cama, que era tan grande como la mía, y me senté en un lateral de esta. Seguía sin poder mirarlo. Se notaba que estaba enfermo y me sentía culpable por ello.

—No soporto estar acostado tanto tiempo; leer me ayuda a despejarme —Resopló por la frustración y dejó el libro encima de la mesita de noche.

Hice un rápido repaso de su habitación. Todo estaba muy ordenado. No sé por qué pensé que sería como la de un chico normal a su edad, con la ropa tirada por el suelo y todo desordenado, pero no fue así. Su cuarto era muy parecido al mío: además de la cama con un ventanal cerca de esta, había un armario en un lateral y un escritorio, a diferencia de mi tocador; en una de las esquinas se encontraba una mesa pequeña con un sofá de dos plazas. Las paredes eran grises; muy oscuras para mi gusto. Aunque algo llamó mi atención: justo encima de su escritorio, algunos dibujos de estrellas decoraban la pared. Parecían hechos por un niño pequeño.

—Por lo que veo, estás bien. No tienes heridas graves —dijo mirándome de arriba abajo.

—Solo algunos rasguños. No puedo decir lo mismo de ti, estás hecho un asco. —Me reí para disipar un poco la tensión del ambiente. Al observarle, me di cuenta de las ganas que tenía de volver a verlo—. Yo... lo siento mucho. Por mi culpa...

—No sigas. Solo estaba haciendo mi trabajo. No tienes porqué sentirte culpable. Pronto estaré bien, así que quita esa cara. Casi preferiría que hubieses entrado llamándome idiota, como siempre. —Me reí. Hayden jamás diría que me salvó porque en realidad era importante para él. Supongo que, aunque le gustara molestarme, debía verme como a una amiga.

Tenía muchas cosas que preguntarle; acerca de Chris, también sobre lo que dijo Gael..., pero no era el momento. Había ido para otra cosa y no podía retrasarlo más.

—Tengo que hablar contigo sobre algo. —No sabía cómo decirlo. Él me miraba, esperando—. Mi sangre es poderosa y...

¡Dios! ¿Cómo lo digo? No sé cómo hacerlo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Sé que vosotros os recuperaréis más rápido con la sangre, así que...

¡Vamos, Amber! Dilo de una vez.

—Quiero que me muerdas —solté.

¡Mierda, Amber! Eso ha sonado fatal. Podrías haber sido un poco más delicada.

Se me hizo muy raro su silencio, por lo que levanté mi vista hacia la cara del vampiro. Cuando le miré, no pude ver nada; se había quedado sin palabras y sin expresión alguna. ¡Vamos, que lo había dejado en shock! ¿Y qué esperaba? Solo me habría faltado decirle que me desnudara. Me recordó al día de la fiesta. Era la misma expresión que le vi hacer tras pedirle que me quitara el vestido.

—Quiero decir, que te ofrezco mi sangre libremente para que la tomes —me expliqué mejor.

Hayden se incorporó un poco y puso su mano en mi frente.

—¿Qué haces? —le pregunté sin entender.

—Estoy comprobando que no estés enferma. Te has debido golpear la cabeza mientras luchábamos contra los brujos. Les diré a los sanadores que te revisen de nuevo —dijo, tomándome por loca. Aparté su mano y lo miré.

—¿En serio, Hayden? Llevo un rato nerviosa sin saber cómo decírtelo, y ¿me sales con eso? No me he golpeado la cabeza. Te estoy ofreciendo mi sangre porque quiero ayudar a que te recuperes cuanto antes y dejes de parecer un fantasma —levanté la voz muy cabreada.

—¡¿Te has vuelto loca?! No pienso beber de ti porque te sientas culpable de mi estado —dijo también enfadado. Y, como siempre, ya estábamos peleando igual que dos críos otra vez—. ¡Además, dijiste que jamás me lo pedirías! —me recordó.

—¡Pues me retracto! Te lo he pedido. Pero tranquilo, quizá mi sangre no sea de tu agrado y prefieras la de Kristel. Iré a buscarla. —Estaba furiosa. Hice el amago de levantarme para dirigirme hacia la puerta, pero Hayden me agarró antes de que pudiera hacerlo. Tras su contacto, me puse aún más nerviosa.

—No quiero la sangre de Kristel. No es eso. ¿Sabes lo que me estás pidiendo? —susurró. Su mano seguía sosteniendo la mía, como si le diera miedo que pudiera marcharme.

—Lo sé. No lo hago porque me sienta culpable. Solo quiero que me dejes ayudarte de alguna manera —me sinceré.

—No quiero que hagas una cosa que no desees; desconoces lo que significa entregar tu sangre. Es algo muy ...

—Algo muy íntimo, lo sé. Estoy dispuesta a ello. Quiero hacerlo. —Lo miré muy decidida.

—¿Estás segura? —preguntó un poco dubitativo. No sabía por qué le costaba tanto morderme. ¿Ahora resultaba ser un santo?

—¡Que sí, Hayden! ¡¿Quieres morderme de una maldita vez?! Si sigues así, al final terminaré mordéndote yo a ti —le amenacé. Él dejó entrever un amago de sonrisa. ¿Por qué le

divertía tanto sacarme de mis casillas? Con lo que me había costado llegar hasta este momento.

—Está bien. Ven aquí. —Tiró de mi mano hasta sentarme encima de él a horcajadas.

En ese instante, mi cuerpo se tensó. Estábamos muy cerca el uno del otro y en una posición demasiado íntima. Los dos nos quedamos observándonos, por lo que pude percatarme de que también estaba algo nervioso. Nunca había visto una faceta así en él hasta ese momento. Hayden tenía muchas caras, y me moría de ganas por descubrirlas todas. Cada día me sorprendía con una expresión nueva. Levantó su mano y rozó dulcemente mi cabello para retirarlo hacia un lado y dejar mi cuello expuesto; mientras lo hacía no desvió su mirada de mis ojos. Tras sentir su caricia, no pude evitar temblar en respuesta. Mi respiración era cada vez más acelerada y mi corazón palpitaba a mayor velocidad.

—No debes tener miedo. Nunca te haría daño —confesó.

—Lo sé —respondí con apenas un hilo de voz.

De pronto, dejó caer sus manos y suspiró.

—Estás muy nerviosa, deberíamos parar. Si no estás segura, no tienes por qué hacer...

De repente, me incliné y lo besé. ¡Sí! Lo besé. No sé por qué, pero algo dentro de mí me impulsó a hacerlo. Sabía que tenía que ser yo la primera en dar el paso. Pude sentir sus labios tan solo un segundo antes de retirarme, aunque sin duda me había quedado con ganas de más. Él debió pensar lo mismo, ya que al segundo de despegar mi boca de la suya noté en su mirada algo que jamás había visto: deseo y anhelo. Su expresión hizo que cayera el muro de frialdad que intentaba poner entre nosotros.

Posó una de sus manos en mi mejilla y juntó sus labios con los míos de nuevo. Esta vez fue más suave, con pequeños movimientos que me hicieron abrir la boca con lentitud para saborearlo mejor. Sus besos se hicieron cada vez más intensos, como si llevara tiempo deseando esto y estuviera hambriento de mí. Poco a poco, su lengua fue invadiendo mi espacio buscando la mía.

¡Dioses! No sabía que besar a alguien podía saber tan bien.

Y es que sus besos eran suaves y delicados, como si no quisiera que este momento terminara nunca. Hacían encender todo mi cuerpo hasta el punto de creer poder quemarme. A la vez que me besaba, sus manos ascendían por dentro de la camiseta, acariciando mi espalda. Lo noté duro debajo de mí y eso hizo que un escalofrío de placer recorriera mi cuerpo. Mis manos se agarraron a su cuello rozándolo con lentitud hasta llegar a los músculos de su espalda, esas partes de su cuerpo con las que me quedaba embobada mientras entrenábamos.

Su boca abandonó la mía para hacer un recorrido de besos hasta detrás de mi oreja, donde me dio un pequeño mordisco. Eso hizo que perdiera el control y gimiera. En la habitación solo se escuchaban nuestras respiraciones aceleradas y las dulces y sensuales caricias que Hayden me dedicaba. Sus labios siguieron un sendero por todo mi cuello hasta llegar a un punto en el que

volvió a morder suavemente. Volví a gemir y de pronto sentí sus colmillos perforar mi piel. Fue un pequeño pinchazo, un dolor que enseguida se transformó en placer.

Mientras Hayden tomaba de mí, un hormigueo recorría todo mi cuerpo. Sus brazos me agarraban de forma posesiva y me apretaban con fuerza, como si tan solo beber de mí no fuera suficiente. No podría describir lo que estaba sintiendo en ese momento, eran muchas sensaciones nuevas. Sensaciones que me hacían olvidarme de todo lo que se encontraba a mi alrededor. Mi cuerpo empezó a arder de deseo y algo se acumuló en una zona por debajo del ombligo, hasta que un cosquilleo intenso me hizo estallar de placer. Comencé a temblar y de mis labios salieron varios gemidos que no pude controlar.

Hayden dejó de succionar y pasó su lengua por donde antes habían estado sus colmillos. Cuando mi cuerpo dejó de sufrir espasmos, caí exhausta y posé mi cabeza en su cuello. No podía entender todas las sensaciones que él me hacía sentir; con solo una caricia hacía estremecer todo mi ser. Aspiré su olor mientras mi respiración se acompasaba. Me encantaba el aroma de su piel, me hacía sentir en calma y en paz. Era raro lo que producía en mí algo tan simple como su fragancia.

Hayden seguía estrechándome entre sus brazos a la vez que me acariciaba el cabello. Cuando volví a la realidad y a lo sucedido, no quise levantar la cabeza de su hombro. No sabía cómo mirarlo a la cara sin morirle de la vergüenza. Jamás había hecho una cosa así de íntima con nadie.

¡Dios, ni siquiera he besado a nadie antes!

—Amber, mírame —me susurró.

—Mejor no —contesté apenada, aún escondida en su cuello. Su pecho vibró con una risa ante mis palabras.

—No debes avergonzarte. Somos adultos. No es nada malo el dar placer a nuestro cuerpo.

—Ohh, Hayden... Cállate, por favor. —No recordaba haber deseado tanto que la tierra me tragara como en ese momento.

—No me importaría dormir contigo en esta posición... pero deberías limpiarte un poco si no quieres seguir cubierta de sangre —bromeó. Hayden y su bipolaridad.

¡Oh, mierda! Es la camiseta de Dash.

Me incorporé para mirarla y observé que estaba un poco manchada cerca del cuello. Debía limpiarla a toda prisa si no quería estropearla. Cuando mis ojos ascendieron a la cara de Hayden, aprecié que el tono de su piel había adquirido un poco más de color; no sabía si se debía a mi sangre, pero me sentí mucho mejor por haber podido ayudarlo de alguna manera. Su boca también estaba un tanto sucia, cosa que me recordó en qué parte de mi cuerpo había estado minutos antes. Mi cara debió parecer un semáforo en rojo, porque Hayden sonrió de forma

pícara.

—No me mires así, idiota. —Me tapé el rostro con las manos y, sin mirarlo, me incorporé hasta despegar mi cuerpo del suyo y aumentar la distancia entre los dos.

—Ya estaba echando de menos tus insultos —siguió bromeando.

¿Por qué no puede dejar las bromas en un momento como este?

Crucé la habitación hasta llegar a la puerta sin ni siquiera mirarlo. Mis músculos parecían gelatina; el placer que había sentido me había dejado temblando. Cuando estaba a punto de salir, escuché la voz de Hayden a mi espalda.

—¡Amber! —me llamó. Giré mi cuerpo para mirarlo y vi que me observaba muy serio—. ¡Gracias, princesa! Siempre vienes a salvarme, aun sin ser consciente de ello.

No sabía a qué venían sus palabras. Era él quien siempre acudía en mi ayuda cada vez que estaba en peligro. Asentí con la cabeza sin decir nada. Quería abandonar la habitación lo antes posible. Salí al pasillo y caminé hasta mi cuarto. Al entrar, cerré la puerta y resbalé por ella hasta sentarme en el suelo. Palpé la zona donde el vampiro me había mordido y suspiré.

¿Por qué me siento así? ¿Qué diablos siento por Hayden?

CAPÍTULO 5

Amber

Se suponía que debía dormir durante el día, como siempre. Desde que llegué al castillo, me acostumbré a cambiar mis horas de sueño; pero en el momento en que entré a mi habitación tras haber estado en la de Hayden, no pude pegar ojo. Ahora que era más consciente de lo que hicimos y del momento tan íntimo que compartimos, no sabía cuál sería mi reacción al verlo de nuevo. Todavía sentía en mi piel el rastro de sus caricias, sus manos estrechándome con actitud posesiva, como si solo le perteneciera a él. Podía notar en mi boca el sabor de sus besos, de sus labios suaves y cálidos.

Por unos momentos, el vampiro bipolar había dejado caer el muro de hielo que intentaba interponer entre nosotros, esa máscara fría y sin expresión que quería mostrar a los demás. Quise pensar que lo que me llevó a sentirme así quizá sería la curiosidad por lo desconocido, o las sensaciones que nunca antes había podido experimentar. Aunque quería dormir, mi mente traicionera me hacía revivir ese momento una y otra vez...



El sonido de un golpe a mi alrededor me despertó. Al levantarme sobresaltada, pude advertir a Kress entrando en mi habitación.

—¡Vamos, pelirroja, es hora de levantarte! —exclamó a la vez que daba palmadas en el aire, provocándome dolor de cabeza.

—¿Qué hora es? —pregunté tapándome la cara con las sábanas.

—Son las seis de la tarde. Hora de levantarte y empezar con tu rutina.

¡Madre mía! La última vez que miré mi móvil antes de quedarme dormida eran las cuatro. Solo había conseguido dormir dos horas. Pero cuando escuché a Kress mencionar «tu rutina» algo se activó en mi mente. Me destapé y me quedé mirándola.

—¿Cómo que mi rutina? Te refieres a las clases con Connor, ¿no? —pregunté extrañada. Tenía que ser eso, ya que Hayden todavía debía encontrarse en cama. Kress me miró con una

sonrisa pícara.

—Y no te olvides del entrenamiento. Cierta vampiro rubio te espera en el exterior del castillo para empezar con los ejercicios. —Me quedé con la boca abierta; no me salían las palabras. Era imposible que Hayden ya estuviera recuperado. Kress siguió sonriéndome, esperando a que dijera algo, hasta que por fin pude articular palabra.

—No puede ser... Él estaba muy débil. Le harían falta varios días para recuperarse.

—Por lo visto, no me equivoqué al pensar que tu sangre sería lo suficientemente poderosa. Lo que no me imaginé fue cuánto para que se recuperara tan rápido.

En ese instante, reviví esa escena tan íntima y me palpé la zona que él había mordido.

—¿Cómo sabes...? —fui a preguntar, pero Kress me interrumpió.

—No hay que ser muy lista para entender por qué Hayden ha pasado de estar moribundo a parecer como si nada hubiera ocurrido. —Mi cara se encendió y debí parecer un semáforo en rojo—. ¡Ay, pelirroja! No tienes de qué avergonzarte. Gracias a ti ya se encuentra bien, ¿no es eso lo que querías? Además, estoy segura de que lo disfrutaste. —Kress movió las cejas de arriba a abajo de forma muy exagerada. Ambas comenzamos a reír.

—Eres de lo que no hay. —Le tiré un cojín que atrapó al vuelo mientras no dejábamos de carcajearnos. En ese momento, Kress me recordó a Dana y mi sonrisa se esfumó. Me sentí culpable por el simple hecho de sonreír cuando no sabía cómo se encontraba o qué le estarían haciendo.

—Acabas de acordarte de tu amiga ¿verdad? —preguntó, sentándose sobre la cama, a mi lado.

—¿Cómo lo sabes? —La miré, preguntándome cómo en el poco tiempo que llevaba conociéndome podía adivinar mis pensamientos.

—Me sueles repetir mucho que te recuerdo a ella. Por tu cara, he deducido que ha vuelto a pasar. Pronto volverás a verla, ya verás —intentó animarme.

—Es que me siento inútil; como si no estuviera haciendo nada mientras ella sufre, o viviera mi día a día con normalidad sin importarme dónde se encuentra... Esto es una agonía. —Apreté las sábanas con rabia.

—Mañana vendrá Logan y buscaremos una solución juntos. Ella tiene que estar bien. Recuerda que es una rehén, no pueden hacerle daño —me tranquilizó, cogiendo mi mano y acercando su cara a la mía para que la mirara—. Con más razón, deberías esforzarte y entrenar para patearle el culo a esos brujos mentirosos. Ellos poseen una cosa muy valiosa para ti. Tienes que pensar con la cabeza fría y no caer de nuevo en sus engaños para recuperarla. Saben que harías cualquier cosa por ella, y por eso están esperando a que cometas otro error.

—¿De qué me sirve entrenar? No tengo magia ni habilidades, apenas pude contra ellos. Soy una humana inútil que solo sabe defenderse... Nada más —solté todo lo que pensaba. Había

momentos en los que me sentía con fuerzas para desafiar al mundo entero, pero en otros me veía patética al crearme capaz de salvar a mi amiga sola y sin ayuda de nadie.

—Escúchame bien, pelirroja —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Tú cuentas con algo más valioso que la magia y las habilidades de los vampiros. Tienes coraje y valentía, además de corazón de guerrera. No todos se hubiesen enfrentado a los brujos como tú lo hiciste, sola y sin magia alguna. No dejes que ellos te quiten lo más importante... tu determinación. Es lo primero que admiré de ti al conocerte. Y no me hagas decir más cursiladas. —Puso cara de disgusto—. Estas cosas no van conmigo. —Volvió a sacarme una sonrisa.

—Eres única —hablé, negando con la cabeza a la vez que reía. Antes de levantarme de la cama, me eché hacia delante y deposité un beso en su mejilla—. ¡Gracias! —Su cara de sorpresa casi me saca un par de carcajadas. Kress era dura y decidida. Cada día se ponía su armadura para no dejar entrar a nadie, pero cuando te interesabas en conocerla más a fondo, encontrabas a una chica de buen corazón que se preocupaba por los suyos sin pedir nada a cambio. Puede que todos lleváramos nuestra propia coraza: Kress, Dana, Ray, Hayden..., e incluso yo tenía una, algo que impedía a los demás verme vulnerable.

—Dile a cierto vampiro rubio que bajaré después de cambiarme —dije, sonriendo y repitiendo sus mismas palabras.

—Por cierto, he venido a traerte esto. —Se levantó de la cama y se acercó al tocador, donde reposaban unas cuantas prendas negras. Ni siquiera me había percatado de cuándo las dejó ahí; supongo que en el momento en que me tapé con las sábanas—. Es tu uniforme nuevo. El otro quedó destrozado. He pensado que me agradecerías que te lo trajera yo en vez de Hayden. Así no tendrás que pasar el mal trago de verlo a solas en tu habitación. —Sonrió con picardía—. ¡Ah, y una tirita! Me imagino que no querrás que vean las señales de los colmillos. Desaparecerán en unos días, no te preocupes —terminó por dejarla en el mismo mueble.

¡Mierda! ¿Por qué me conoce tanto en tan poco tiempo?

—De todas formas, tendré que verlo en unos minutos. —Suspiré con expresión derrotada. Antes de marcharse, Kress se giró y se me quedó mirando.

—Solo contéstame una cosa... ¿Qué te hizo sentir Hayden? —me preguntó. En ese momento, me quedé sin palabras. De todas las sensaciones que noté, una era más poderosa que las demás: quería pasar más tiempo entre sus brazos, que ese instante se congelara para siempre.

—Muchas cosas... Hayden me hizo sentir muchas cosas. —Suspiré.

—¿Sabes lo que pienso? A veces, el amor puede confundirse con la admiración. No lo sabrás hasta que de verdad te enamores —soltó tras guiñarme un ojo y, sin decir nada más, salió de mi habitación.

¡Pues sí que está la vampira poética hoy! No he entendido nada de lo último que ha dicho. Aun así, era bonito.

Al entrar en el baño y comenzar a cambiarme, me quedé sin palabras al observarme en el espejo. ¿Cómo no me había fijado antes? Ni siquiera reparé en los dos agujeros que llevaba en el cuello. No eran heridas, sino más bien dos orificios cerrados que estaban cicatrizando. Nunca pensé que me dejarían señal. Aunque había visto muchas pelis de vampiros, sabía que no tenían nada que ver con la realidad. Pero en este caso no iban tan mal encaminados. Como no quería que nadie más lo supiera, coloqué la tirita en la marca. Menos mal que Kress estaba en todo y había caído en ese detalle.

Cuando salí del castillo, ya anochecía y pude contemplar los colores en el cielo que tanto me gustaban. Paseé mi mirada alrededor de los jardines buscando a Hayden, hasta que por fin lo divisé sentado en un banco con un libro entre sus manos, como siempre. Le encantaba leer. Notaba la forma en que sus facciones se relajaban al hacerlo. Me fui acercando poco a poco, temiendo mirarlo a los ojos; mejor dicho, al único ojo que tenía a la vista. Puede que fuera una pava, como decía Kress, pero la verdad era que no sabía cómo comportarme con él después de nuestro acalorado encuentro.

¡Amber, piensa en otra cosa! Se te va a notar a leguas que estás avergonzada.

Cuando estuve cerca de él, el vampiro levantó la vista de las páginas, me miró durante varios segundos y por fin le dio por decir algo. A mí me había comido la lengua el gato.

—Menos mal, creí que tendría que ir a buscarte y traerte hasta aquí. Llegas tarde. Tendrás que dar diez vueltas más como castigo —soltó tan tranquilo, volviendo a prestar atención a su libro.

¡Me lo cargo!

Y ahí se esfumó toda mi vergüenza. Yo preocupada por cómo debía comportarme y él volviendo a ser el capullo engreído de siempre. Me quedé quieta en el sitio, pensando en mil maneras de matarlo, pero ninguna era lo suficiente buena como para quedarme a gusto...

—Si no empiezas ya, llegarás tarde a tus clases con Connor, princesa —soltó sin siquiera mirarme.

—¿Sabes que eres un tremendo idiota? —pregunté bastante cabreada. Aunque la que se había sentido como una idiota era yo. Hayden parecía ser el único capaz de cambiar mis emociones de un extremo a otro.

—Lo sé. Me lo dices a menudo —contestó, todavía enfrascado en sus páginas.

¡Lo que me faltaba!

—¿Sabías que es de mala educación ignorar a los demás cuando te están hablando? —Era una cosa que no soportaba. Las personas maleducadas.

—¡Perdone, princesa! Pero creo recordar que la primera maleducada has sido tú al llamarme idiota —me contestó, todavía sin mirarme—. Deberías darte prisa o llegarás tarde a tu clase. Aún tienes que dar veinte vueltas... ¡Ah, no! Lo olvidaba... Eran treinta. —Y se quedó tan

pancho.

Resoplé a la vez que me volvía para comenzar a correr. Había tenido un pequeño *déjà vu*, como si esto lo hubiera vivido antes. Al voltear los ojos de nuevo hacia él, lo vi hacer un amago de sonrisa. Sin ninguna duda, al vampiro le divertía cabrearme.

¡Si lo llego a saber, hubiera dejado que te desintegraras como un fantasma!

Y así empecé de nuevo con mi rutina, una que me gustaba y me distraía de todo lo demás.

Cuando terminé mi ejercicio (con diez vueltas más como castigo), fui a mi habitación a darme un baño antes de acudir a mis clases con Connor. No me gustaba estar toda sudada; llevaba muy mal los malos olores, y más si era yo la que apestaba. Ni siquiera me despedí de Hayden. Lo dejé atrás; todavía estaba enfrascado en su libro.

Tras darme un baño rápido, bajé a la biblioteca. Durante la clase, Connor estuvo bastante más serio y pendiente de la tirita que llevaba en el cuello que de las lecciones que tenía que impartir. Juraría que le hubiera gustado arrancármela de un tirón. Sabía que no era tonto. Seguramente sospechaba del motivo por el cual el vampiro bipolar se había recuperado tan pronto. Me dio la sensación de que estaba un poco molesto.

Ya faltaba poco para que mi padre adoptivo llegara al castillo. Estaba deseando ver a mi familia; echaba de menos a Ray y anhelaba que, tras su llegada, idearan un plan para recuperar a Dana. En ese momento, eso era lo más importante para mí...

CAPÍTULO 6

Dana

Llevaba dos días encerrada en la habitación. Esther venía de vez en cuando a traerme la comida, sanaba mis heridas y luego me dejaba un par de libros para que me entretuviera leyendo. A ambas nos gustaba la lectura, y nos pasábamos un buen rato hablando sobre ellas. No sé por qué me sentía así, pero no me caía nada mal tratándose de una bruja y siendo la hija de nuestro peor enemigo. Siempre me hablaba con amabilidad, cosa que no había llegado a entender del todo.

La última vez que estuvo en mi habitación, me trajo dos libros con la promesa de que me gustarían. Uno de ellos se titulaba «Viento y espiral», y en él aparecía un cambiaformas muy sexi que me tuvo babeando durante toda la historia. Después, me dispuse a empezar uno llamado «El Portal a Dosnaowe». Según ella, su favorito. Iba de magia y la prota era algo así como una bruja.

Me tiré en la cama y abrí el libro para empezar a leer, pero el sonido de la cerradura me alertó. Todavía era temprano para que Esther me trajese la comida. Me incorporé hasta quedar sentada y esperé nerviosa, sin saber de quién se trataba. De todas las personas que tenía en mente, nunca hubiese imaginado que fuese él. Me quedé sin habla por un momento. Mi cabeza aún no asimilaba que él pudiese estar allí, en un colegio de magia.

—¿Roni? —Por fin las palabras salieron de mis labios.

Se parecía a Roni, pero no era él. Vestía una túnica negra con bordados de estrellas. Su cabello castaño oscuro estaba algo más despeinado y ya no llevaba sus gafas de siempre. Sus ojos marrones me miraban de forma distinta y sin ninguna timidez. Hasta su manera de andar, tan seguro de sí mismo, me hizo preguntarme si de verdad era el mismo chico que nos servía el desayuno en Silveston.

—Dana, mi preciosa Dana. Qué pena encontrarnos en esta situación. —Hasta su voz y su manera de hablar habían cambiado. Un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Me hubiese gustado tener aquella cita, pero los planes y las cosas no salen siempre como uno quiere. —Me sonrió de una manera que no me gustó nada. ¿Dónde había quedado el chico tímido y dulce?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué haces tú aquí? —En realidad, no quería aceptarlo. No quería ni imaginar que el chico que me gustaba me había engañado.

—¿Tengo que explicártelo? —Fue acercándose a mí poco a poco. Dejé el libro sobre la cama y me levanté para enfrentarlo—. Creo que no hará falta que te diga lo que soy ni qué hacía

en el pueblo. Tuve que hacerme pasar por un idiota para llegar hasta ti y descubrir qué secreto tenían los lobos..., y no me equivoqué. Finalmente, contábais con algo valioso para nosotros. — Hizo el gesto de cerrar el puño. Hablaba de mi amiga como si fuese un simple objeto.

—¡Eres despreciable! —estallé, furiosa y dolida. Entonces caí en la cuenta de una cosa —. Tú... —Le apunté con el dedo—. Tú me estabas distrayendo el día de la fiesta de la hoguera, mientras intentaban llevarse a Amber —empecé a atar cabos.

Su risa siniestra me heló la sangre. ¿Cómo no me di cuenta antes de que era un brujo? Todo fue una pantomima para pegarse a mí y descubrir si Amber era la chica a la que buscaban.

—Eres muy lista, Dana. Reconozco que detesto a los cambiaformas, pero contigo podría hacer una excepción. —Me acarició el brazo mientras una sensación de repulsa se adueñaba de mi cuerpo.

—¡No me toques! ¡Me das asco, maldito mentiroso! —interrumpí su roce de un manotazo.

De repente, me agarró del cuello y me estampó contra la pared. El asco se transformó en miedo al mirar sus ojos inyectados en sangre. Parecía que se hubiese vuelto loco. Intenté quitármelo de encima, pero me fue imposible. Era mucho más fuerte que yo y, sin poder cambiar de forma debido al collar, era una humana más, débil y desprotegida.

—¿Sabes? Estaría bien aprovechar el tiempo perdido. —Me tiró encima de la cama, sujetándome las muñecas con una mano mientras que la otra seguía en mi cuello sin llegar a estrangularme. Quiso besarme y trató de romper la camiseta de tirantes que llevaba. Le mordí el labio con rabia y lo único que conseguí fue que me agarrara con más fuerza. Intenté por todos los medios quitármelo de encima, pero el peso de su cuerpo apenas me permitía moverme. Nunca en mi vida me había sentido tan vulnerable frente a nadie. Llegó un momento en que el pánico tomó el control.

—¡No! ¡No, suéltame! —grité desesperada.

Todo pasó muy rápido: el sonido de la puerta al abrirse de golpe, unas palabras en otro idioma y Roni salió volando y se estampó contra la pared de la habitación, tirando una silla y rompiéndola con su cuerpo en el proceso. Me incorporé rápido, sujetándome la camiseta medio destrozada. Miré hacia la puerta y encontré a Esther mirando a Roni con ira en sus ojos mientras este se levantaba del suelo.

—¡Fuera! —le gritó. Me impresionó el carácter de la bruja, ya que era muy diferente al que estaba acostumbrada a ver.

Roni la miró con la misma furia. Comenzó a susurrar algo mientras alzaba una mano desafiante, pero ella lo cortó.

—¡Ni se te ocurra, Rob!, o haré que salgas volando por la ventana... Sabes que soy muy capaz. —Una voz fría y sin remordimientos salió de los labios de Esther. Ambos se retaban con

la mirada.

Roni, aunque su nombre real era Rob, se levantó del suelo sacudiéndose la túnica de las astillas de la silla destrozada.

—¿Qué pensaría padre si supiera que su hija ataca a su propia familia para defender a una de las razas que él tanto detesta? —preguntó de modo chulesco, con un amago de sonrisa.

—Lo mismo que pensaría de su hijo mayor. Se avergonzaría de saber que es un brujo tan débil que hasta su hermana pequeña lo supera —le soltó Esther sin titubear. Las facciones de Rob se contrajeron de rabia y comenzó a andar hacia la puerta, con su cara roja por la ira.

—Algún día te arrepentirás de tus palabras y haré que implores por tu propia vida —la amenazó.

—Estaré esperándolo ansiosa. Mientras tanto, mantente alejado de esta habitación y de ella, o el tío Allan se enterará de que has desobedecido sus órdenes —contraatacó la bruja de una manera suave y sutil. Rob salió sin decir nada más.

Esther se volvió hacia mí y cambió su expresión. Su mirada viajó por mi cuerpo en un rápido vistazo. Al darse cuenta de que no tenía ningún rasguño, sus facciones se relajaron.

—¿Estás bien? —preguntó con la misma voz melodiosa de siempre.

—No lo sé —contesté todavía en shock. Aún no podía creer lo sucedido. Roni era una persona falsa. Me hice ilusiones con un tipo que en realidad no existía. Y, para rematar, era hermano de Esther e hijo de Gael, ¿cómo podía asimilarlo?

—No te preocupes, no volverá a molestarte. Más le vale no cabrear a mi tío Allan. Rob no es idiota y lo sabe —me tranquilizó.

Me quedé mirándola con agradecimiento. No hizo falta decirlo en voz alta para que ella me entendiese.

—Iré a por algo de ropa decente para que te cambies. No creo que quieras que te vean así —dijo tras mirar mi camiseta rota.

—Te lo agradecería, pero creo que la única que me visita en mi habitación eres tú, quitando la excursión de tu hermano. —Arrugué el gesto recordando a ese cretino y lo que estuvo a punto de hacerme.

—Venía a informarte de que tienes permiso de mi tío para salir al exterior. Siempre acompañada por mí, claro.

—¿Lo dices en serio? —pregunté como una idiota. Ni siquiera creía que podría salir de estas cuatro paredes. Aunque me encantaba leer, había momentos en que sentía que me asfixiaba. Además, estar lejos de mi familia y mis amigos, sin saber cómo se encontraban, hacía que me comiera aún más la cabeza. Necesitaba evadirme y tomar un poco de aire fresco.

—Muy en serio —contestó—. Pero pórtate bien o se te acabarán los libros y las salidas. Estás avisada. —Me apuntó con el dedo para dejarlo bien claro y se marchó de la habitación.

No intentaría escapar. Me portaría bien para que me dejaran salir y así averiguar todo lo que pudiese de nuestros enemigos. Cualquier cosa sobre ellos jugaría a nuestro favor...

CAPÍTULO 7

Amber

Me encuentro sentada en un sillón ubicado en una especie de porche. Estoy dibujando en mi cuaderno muchas estrellas con lápices de colores. Me encanta mirarlas, y el brillo que desprenden me fascina. Miro hacia el frente, intentando captar la imagen del bosque que me rodea para plasmarlo en el papel. Es de noche, así que elijo las ceras más oscuras que tengo.

Dos personas hablan dentro de la casa, y entonces intento prestar atención a lo que dicen.

—¡Tenemos que huir! Aquí ya no estamos a salvo. —Una voz de mujer habla bajito; aun así, puedo oírla perfectamente—. Voy a empacar las cosas para el viaje, nos vamos mañana.

—No podemos marcharnos, mi amor. Debemos seguir aquí. —Esta vez es una voz de hombre la que capto.

—¿Por qué? Dame una buena razón y me quedaré.

—Confía en mí, no le harán daño —dice él en un ruego.

—Sabes que confío en ti, pero tengo miedo...

—No tienes por qué temer, mi amor. Nunca dejaría que os pasara nada.

—Entonces, huyamos... lejos de aquí. Donde nadie pueda encontrarnos —habla ella, desesperada.

—No podemos hacerlo. Nos encontrarán tarde o temprano.

No me gusta lo que estoy oyendo. No sé a qué se refieren, pero el tono de sus voces me ha transmitido miedo. Me bajo del sillón para acercarme al lugar donde se hallan..

—Escúchame bien, Allan, ¡No permitiré que nadie toque a mi hija! No voy a esperar sentada a que vengan a por ella. Odio cuando haces eso. Explícame, dame una razón para quedarme. —dice la mujer. Sé que es mi madre porque, al entrar en la sala, veo su larga melena pelirroja de espaldas.

—Mi amor... —Él se da cuenta de que ya no están solos y corta la conversación—. ¡Princesa! ¿Has terminado mi dibujo? —pregunta con mucha dulzura.

—No —contesto. Todavía siento miedo y malestar. Algo me dice que no estoy acostumbrada a que discutan.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta mientras se acerca a mí.

—Allan... —susurra mi madre, llamando su atención.

—Luego, mi amor, te lo prometo —dice él, dirigiéndose a ella. Me agarra de los hombros y me lleva con él en dirección al porche. Nos sentamos juntos y comienza a escoger otros colores entre mis lápices...



Me desperté sobresaltada por un estruendo. Al abrir los ojos de golpe, me encontré a Kress entrando en mi habitación.

—¡Vamos, dormilona! —gritó como si fuera mi despertador personal.

—¿Pero qué...? ¿Qué pasa? —pregunté desorientada. No era normal que ella viniera a despertarme, para eso estaba mi móvil.

Mi mente todavía vagaba por el sueño, o mejor dicho: mis recuerdos. ¿Por qué mi padre nos había traicionado?

—Lo que pasa es que eres la última del castillo en despertar —me reprendió. ¿Me estaba llamando dormilona? Pues sí, punto a su favor. Una de las cosas que más disfrutaba era de una cama calentita, ¿para qué engañarnos?

—¿Qué hora es? —Me froté los ojos y cogí mi teléfono—. ¡¿Las ocho de la tarde?! ¡No me lo puedo creer! No me ha sonado el despertador. Hayden va a matarme. —Me eché las manos a la cabeza al pensar en el castigo que el vampiro bipolar me pondría esta vez, pero volví a taparme con las mantas. ¿Qué más daban diez minutos más que menos? De todas formas, recibiría una reprimenda.

—No te preocupes por Hayden, hoy no habrá entrenamiento. Están recibiendo a los lobos en el despacho de Marcus —me informó Kress.

Me destapé de golpe y me quedé mirándola.

—¿Qué has dicho? —Creía haberla oído mal.

—Lo que has escuchado. —Me observó con sonrisa pícar—. Por cierto, tu lobo no ha dejado de preguntar por ti.

En ese instante, mi pulso se aceleró. ¡Estaban aquí! ¡Ray estaba aquí! Solo nos separaban varios pasillos y una escalera.

Bueno, la verdad es que son unos cuantos pasillos más y varias escaleras.

Me levanté de un salto de la cama por la emoción y las ganas de volver a verlo. Muchos sentimientos recorrían todo mi cuerpo. Llegué a la puerta con rapidez, pero la voz de Kress me

detuvo.

—¡Ey, pelirroja! ¿Te has dado cuenta de que vas sin pantalones? —comentó, levantando una ceja. Me miré las braguitas de mariposas que llevaba puestas.

¡Mierda, tiene razón!

Últimamente dormía en ropa interior, pues los días cada vez eran más calurosos.

—¡Voy a vestirme! —grité histérica de la emoción mientras corría a por unas mallas y un sujetador.

—Bien pensado, aunque verte aparecer en bragas delante de tu abuelo Marcus y compañía habría resultado de lo más interesante. —Sonrió con malicia.

Apenas hice caso de su comentario. Estaba tan concentrada en vestirme lo antes posible, que de tanto correr casi me caigo tratando de ponerme las botas. Terminé de calzarme sujetándome al pomo de la puerta. Mi corazón no dejaba de latir a gran velocidad mientras trotaba por los pasillos y bajaba las escaleras sin detenerme. Cuando llegué a la puerta del despacho de Marcus, vi a dos de sus guardias apostados en ella, pero nada me impidió entrar de golpe, sin ni siquiera llamar.

Todos se giraron a la vez en dirección a la puerta debido a mi intromisión poco elegante, pero no me importó cuando le observé. De pie, a un lado de la sala, estaba Ray. Con su jersey blanco pegado al torso, su cabello oscuro y sus increíbles ojos azules. No sé si estaba más guapo que nunca, o quizá fue el tiempo que estuve sin verlo, pero no me di cuenta de cuánto lo extrañaba hasta ese momento.

Cuando nuestros ojos conectaron, entendí que él sentía lo mismo. No sé el tiempo que me quedé parada en la puerta, pero tras mirarlo no me pude contener más. Sin decir ni una sola palabra, corrí hacia sus brazos. Lo abracé y él me estrechó tan fuerte que creí que no me dejaría ir jamás. Aspiré su olor. Un mes me había parecido una eternidad.

—Te he echado de menos —me susurró bajito en el oído.

Y entonces me rompí. Vino a mi mente lo sucedido, todo lo que me atormentaba: *Dana*.

Varias lágrimas silenciosas se desbordaron por mis mejillas. Él se despegó un poco de mí para limpiarlas.

—Yo también a ti —contesté con un hilo de voz.

—Lo sé. No te preocupes, la encontraremos. ¿Estás bien? —Comenzó a inspeccionar mi cara y mis brazos.

Una tos nos indicó que no estábamos solos. Ambos nos separamos y, al mirar a mi alrededor, me percaté de que había bastantes miradas pendientes de nosotros.

Detrás del escritorio se encontraba mi abuelo y, por su cara, deduje que mi eufórica intromisión no le había hecho ninguna gracia. A la derecha, próximo a Marcus, estaba Hayden de brazos cruzados, apoyado en la pared con su típica cara de *póker*. Cerca de Kress, Cameron me

sonreía; ni siquiera sabía en qué momento había aparecido detrás de mí. Justo al otro lado de Ray, estaban Logan y...

—¡Hola, malos pelos! Yo también me alegro de verte, aunque siempre me dejas de segundón. —Y ahí estaba Dash, cortando los momentos incómodos con sus típicos comentarios y su sonrisa rebelde.

—¡Dash! —grité, tirándome encima de él para abrazarlo—. No sabía que vendrías.

—¿Lo dudabas? ¿Qué harías sin mí? Debes tener a alguien que te recuerde peinarte todos los días. —Me revolvió el cabello—. Por cierto, ¿qué haces con mi camiseta? Creí haberla perdido —comentó extrañado. Dash tenía ese don de hacer olvidar a las personas todo lo malo y sacarte una sonrisa.

—Es muy cómoda para dormir, así que te la cogí prestada —le aclaré.

—Amber. —Escuché la voz de Logan justo detrás de Dash. Me acerqué a él y me abrazó—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado, a lo que afirmé con un movimiento de cabeza.

—¡Lo siento...! Siento no haber podido hacer nada por ella. Solo sé complicar las cosas. —Logan tomó mis mejillas y me hizo mirarlo.

—No pidas perdón. Fuiste muy valiente al ir a buscarla, pero eso es algo de lo que debemos encargarnos nosotros. No debes preocuparte, pronto la encontraremos —me tranquilizó.

—Ahora que estamos todos, deberíamos sentarnos y encontrar una solución —dijo Marcus, acomodándose en su escritorio.

Nos posicionamos en las diferentes sillas y sillones que se encontraban repartidos por el despacho, excepto Ray, Hayden y Cameron, que se quedaron de pie.

En ese momento, llamaron a la puerta y esta se abrió. Connor apareció disculpándose por su tardanza y permaneció erguido, al igual que los otros tres. Por fin había llegado el momento que esperaba: encontrar una manera de recuperar a Dana.

CAPÍTULO 8

Amber

Logan comenzó a explicarnos que Nana y Esme junto a Emma, la madre de Dana, se habían trasladado a la casa de un clan cercano. Así estarían más seguras. En cuanto a Thomas y Aaron, se encontraban en busca de otras manadas de lobos en las afueras. Intentaban unir fuerzas contra los brujos y rescatar a mi amiga de sus garras. No se sabía hasta dónde podían llegar ni cuál sería su siguiente movimiento. Según mi padre adoptivo, teníamos que esperar a reunirnos con los demás clanes de la ciudad para trazar un plan entre todos. Eso se resumía a varios días más.

—No podemos esperar tanto —corté la conversación—. Seguimos sin saber en qué condiciones está, si se encuentra atada o herida, si la tienen sin comida...

—¡Dioses! ¡Am, para de una vez! Todos estamos preocupados y esos pensamientos no nos ayudan en nada —exclamó Dash con un suspiro.

—¿¡Y qué quieres que diga!? ¡Es lo que veo cada vez que cierro los ojos y pienso en ella! —comencé a levantar la voz sin darme cuenta.

—¡Amber! —Logan me llamó la atención.

—¡Lo siento! —me disculpé por perder las formas—. Es que..., no puedo quedarme sentada sin hacer nada. Voy a volverme loca.

—Dana está bien, estoy seguro de ello —me calmó—. La mantienen como rehén para ponernos nerviosos y así esperar a que cometamos un error; a que tú cometas un error, como la última vez.

—Logan tiene razón. —Esta vez fue Marcus quien se pronunció—. Te pusiste en bandeja y casi consiguen lo que quieren. Están esperando otra oportunidad o algo más grande... Conociendo a Allan, lo tendrá todo planeado. No moverá un solo dedo si no lo tiene todo bien hilado. —Posó los dedos en su barbilla, pensativo.

—Primero tenemos que descubrir dónde la mantienen escondida —dijo Hayden, que seguía de brazos cruzados en un lado de la habitación—. Tengo a varios de los nuestros en la ciudad buscando cualquier información que nos pueda servir.

—Los lobos ya se están moviendo, no queda mucho para reunirnos y tomar una decisión —informó Logan.

—¿Y por qué buscar un huevo en un gran gallinero si tenéis a la gallina? —los corté—.

Puedo servir como cebo. Dejo que me capturen y me lleven a donde está Dana, y luego aparecéis vosotros y nos sacáis a ambas de allí. ¡Problema resuelto!

—No vas a ponerte en peligro. Mucho menos serás el cebo —impuso Ray.

Había extrañado todas sus facetas. Hasta me había olvidado de su pequeño problema, una cosa que no me gustaba en absoluto: su sobreprotección. Odiaba esa parte de él. Iba a contestarle que no empezáramos con lo mismo de siempre cuando Hayden se me adelantó.

—Ya habló el cromañón. Ella tiene razón. No es mala idea lo que propone, pero somos muy pocos para hacerles frente a todos sin saber lo que nos vamos a encontrar.

—¿Qué me has llamado? —preguntó Ray al vampiro con tono amenazador, apuntándole con el dedo.

¡Ya la hemos liado!

—Cromañón, troglodita, hombre de las cavernas. Podría seguir buscando sinónimos, pero creo que ya me has entendido.

¡Y ahí está! Hayden en todo su esplendor.

—Si soy un hombre de las cavernas por querer protegerla, que así sea —dijo Ray muy cabreado. Se notaba a leguas que no se soportaban.

—¿Podemos dejar de discutir sobre cosas sin sentido? —Connor se metió en la conversación. Hasta ese momento se encontraba callado, al igual que los demás.

¡Por fin alguien intentando resolver un problema en vez de agravarlo!

—Esa es la cuestión, lobo, que no lo entiendes —continuó Hayden como si Connor ni siquiera hubiera abierto la boca—. Ella puede protegerse sola, para eso hemos estado entrenando durante un mes. Ahora podría patearte el culo con los ojos cerrados.

—¡Os recuerdo que sigo aquí! —Me levanté del sillón enfadada. Si hubiera sido un dragón, seguramente lo habría hecho escupiendo fuego en ambas direcciones—. Soy lo bastante capaz para decidir por mí misma.

De pronto, se escuchó una risa intentando ser contenida. Kress, Cameron e incluso Dash estaban a punto de estallar en carcajadas. Desde luego, se lo estaban pasando en grande.

—¡Ya basta! Esta discusión no nos llevará a ninguna parte —los cortó Logan, por fin.

Volví a sentarme.

—Lo único que podemos hacer ahora mismo es esperar a que lleguen los demás —dijo Marcus.

—¿Qué hay del sello? —preguntó Hayden mirando a mi abuelo.

¿El sello? ¿A qué se refiere?

—He intentado ponerme en contacto con Sagara. Es la única que nos puede ayudar con este tema. Hasta ahora, no ha sido posible. Cuando la encuentre, obtendremos una explicación —contestó.

Me había perdido algo. El sello, Sagara... ¿De qué estaban hablando?

—¿Quién es Sagara? ¿Y qué pasa con el sello? —quise saber.

—Sagara es una bruja. A veces nos ayuda en temas relacionados con la magia —explicó Kress.

En una de las clases, Connor me contó que había muchísimos brujos que no compartían la misma visión que Gael acerca de los sobrenaturales. Eso significaba que teníamos a algunos de ellos como aliados.

—Sobre el sello, Hayden y yo pensamos que tienes dos de ellos: uno de sangre, creado por tu madre y otro hecho con magia. Nos dimos cuenta la noche en la que perdiste el control, cuando te enteraste del secuestro de tu amiga. Por más que intentamos darle una explicación, no encontramos ninguna... ¿Por qué dos sellos? Es una cosa muy rara, hay algo que se nos escapa —rumió Kress, extrañada.

Ahora resulta que en vez de uno, tengo dos. ¡Genial!

—Sea lo que sea, solo Sagara podrá descifrarlo... —dijo Marcus como si se estuviera hablando a sí mismo—. Ahora deberíais comer algo y descansar. Acabáis de llegar y ya ha anochecido. ¡Kress! Llama a Lory para que los acompañe a sus habitaciones —ordenó.

Todos nos movimos a la vez. Me levanté para acercarme a Dash y a Ray, pero entonces escuché la voz de Connor:

—¡Amber! Te veo ahora en la biblioteca para tu lección.

—Hoy no habrá clase —intervino Hayden—. Tendrás entrenamiento; necesitas estar preparada cuando llegue el momento. La historia y los estudios pueden esperar. Te espero en la sala de entrenamiento. —Y sin decir nada más, salió detrás de Logan y Marcus, que hablaban entre ellos.

No me libraría del adiestramiento ni el día que llegaba mi familia. Sin embargo, Hayden tenía razón: debía aprovechar todo lo posible para fortalecerme. Cameron salió tras él y Kress lo siguió

—¡Te veo abajo, pelirroja! —dijo esta guiñándome un ojo.

—Yo estaré en la biblioteca por si quieres pasarte luego. —Connor se despidió besando mi mano, como siempre, pero me sentí incómoda porque Ray también estaba allí. Le vi darse la vuelta y salir de la sala.

—Amber, Amber..., eso no está bien. Coquetear con los profesores —comentó Dash, meneando la cabeza—. No sabía que te gustaran los clichés de alumna y profesor —soltó una de las suyas.

—No estaba coqueteando, Connor es así de educado —le expliqué.

—Todos somos así de educados cuando queremos algo. —Levantó sus cejas moviéndolas con picardía. Su gesto y sus palabras me hicieron reír.

—No sabes cuánto he echado de menos tus bromas. —Le abracé otra vez—. Siento no poder quedarme más tiempo con vosotros, pero Hayden y los demás me están esperando en la sala de entrenamiento.

—No te preocupes, nosotros debemos descansar; ha sido un viaje muy largo —dijo Ray masajeándose el cuello. Se notaba que estaba agotado.

—Está bien, id a descansar. Os aseguro que mañana pasaré más tiempo con vosotros —les prometí.

Cuando salimos del despacho, Lory ya los estaba esperando para conducirlos a sus habitaciones correspondientes. Nos volvimos a despedir con un abrazo.

—No te fuerces demasiado —me susurró Ray al oído.

Negué con la cabeza.

—Tranquilo, ahora procura dormir un rato —le aconsejé.

Me giré mientras le dedicaba una sonrisa, pensando en lo cerquita que se encontraba ahora. En ese momento, mis sentimientos estaban a flor de piel. En mi interior, todo se removía como una coctelera.

CAPÍTULO 9

Amber

Llevaba un rato pegándole golpes al saco de boxeo, última adquisición de mi entrenador personal. Lo tenía guardado esperando a que los músculos de mis brazos estuvieran más preparados para trabajar con ellos a más intensidad.

Al otro lado de la sala, Cameron y Kress sujetaban barras de metal que utilizaban para atacar a Hayden sin resultado, pues el vampiro podía ser muy rápido cuando se lo proponía. Los chicos me daban pena. No me gustaría estar en su lugar, se estaban llevando una buena tunda.

—¡No puedo más! Necesito un tentempié y reponer energías —exclamó Cameron a la vez que respiraba con dificultad—. El entrenamiento de hoy está siendo más duro de lo normal, ¿te has levantado de mal humor o qué? —Clavó su mirada de reproche en Hayden.

La carcajada de Kress se escuchó por toda la habitación.

—A nuestro amigo lo que no le hace gracia es tener público. —La vampira levantó la mano y saludó a alguien que estaba en el exterior de la sala.

No sabía a qué se refería, ya que el saco de boxeo tapaba parte de mi visión. Me asomé curiosa para mirar a quién sonreía mi amiga tan animadamente. Cuando le vi, mi respiración se quedó atascada. Ray se encontraba observando a través de la pared de cristal, sentado en el sillón con los brazos cruzados. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Al ver que por fin reparaba en él, me dedicó una de esas sonrisas que tanto me gustaban. Se levantó, se acercó a la entrada y, sin apartar su mirada de la mía, se apoyó en la puerta.

—¡Amber! —La voz de Hayden hizo que girara la cabeza para prestarle atención—. ¡Te toca!

Kress y Cameron se apartaron para dejarnos espacio en el centro. Dejé el saco a un lado y me quité los guantes. Me puse frente a él en posición de ataque, como hacía cada vez que comenzábamos a entrenar. A veces, mi mirada se desviaba hacia el lugar donde se encontraba Ray.

Hayden se quedó pensativo al darse cuenta de la dirección que tomaban mis ojos.

—¿Sabes qué? Se me ha ocurrido una idea. —Miró a Ray—. ¿Por qué no le enseñas al chuchito lo que has aprendido? Creo que sigue pensando que eres una niña indefensa. —La sonrisa cruel de Hayden arañó mis tripas; también le hizo cosas a otras partes de mi cuerpo, pero

eso nunca lo reconocería.

—Se llama Raylen —resoplé molesta. ¿Por qué le gustaba cabrear a todo el mundo?

—No voy a luchar contra ella. —La voz profunda de Ray se escuchó desde la puerta, observando fijamente al vampiro.

—¿Tienes miedo de que tu hermanita pequeña te patee el culo, lobo? —Hayden tampoco apartaba los ojos de él. Sus miradas parecían mantener una batalla silenciosa. Decidí quitar un poco de hierro al asunto.

—¡Vamos, Ray! Es solo un entrenamiento. Estoy acostumbrada. No me harás daño — intenté convencerlo.

Tras un suspiro, atravesó la sala hasta colocarse a mi lado. Hayden se apartó del centro y se apoyó en la pared de cristal de forma relajada, con los brazos cruzados.

—Esto será divertido —soltó Cameron sin parar de reír. Apostaba a que quería ver a Ray en acción. No me había pasado desapercibida la manera en que lo observaba desde su llegada.

—¿No ibas a descansar a tu habitación? —pregunté. No me esperaba que apareciera por sorpresa.

—No podía dormir. Tenía curiosidad por saber lo que haces aquí abajo. —Su mirada me puso un poco nerviosa.

—¿Vamos a empezar con el entrenamiento de una vez?, ¿o preferís una mesita y un té para la charla? —Mi carcajada salió sin pretenderlo. A veces, Hayden me hacía reír con su humor negro.

—Creo que deberíamos comenzar; cierto vampiro está a punto de pellizcarse la nariz — solté divertida, dirigiendo la vista hacia Ray.

Me puse en posición de ataque y él hizo lo mismo, pero no se movió. Sabía que tenía que ser yo la que acometiera primero. Me abalancé en su dirección y, sin esperarlo, me esquivó antes de poder tocar su cuerpo. Nunca había visto a Ray moverse tan deprisa. Comenzamos a andar en círculos uno frente al otro. Me observaba con una sonrisa divertida, creyendo que no lograría alcanzarlo, pero se equivocó; si él era rápido, yo lo era aún más. Así que acorté el poco espacio que nos separaba y lancé una patada a su cadera. Ray la esquivó sin problema. Levanté el puño para golpear y, sin esperarlo, se echó a un lado, me agarró del brazo, giró mi cuerpo y lo dobló, colocándose tras mi espalda. Sentí cómo su pecho subía y bajaba tras de mí; su respiración me hacía cosquillas en el cuello.

¡Amber! No te distraigas. Tienes público.

No podía dejar que mis hormonas controlaran mi cuerpo. Lo aprendí entrenando con Hayden. Ray no era el único que causaba esa reacción en mí últimamente.

Le hiqué el codo en el estómago con el brazo que tenía libre. Él se alejó un poco de mí por la sorpresa. Eso me dio unos segundos para aferrar su brazo, ponerle la zancadilla y tirarlo al

suelo. Luego me coloqué encima de él a horcajadas para bloquearlo. Cuando mis ojos aterrizaron en los suyos, tenía la misma expresión de sorpresa que unos segundos antes. En ese momento, me di cuenta de qué partes de mi anatomía femenina tocaban las suyas. El calor que envolvió mi cuerpo subió hasta mis mejillas. Sentí cómo me ruborizaba, pero alguien tosió y salí del trance. Ray seguía con su vista clavada en la mía; ni siquiera se había movido para pestañear.

—Esto es interesante... —La voz de Cameron rompió el silencio.

—Deberías callarte, Cam. —Kress lo cortó.

Al ser consciente de las miradas que estábamos recibiendo, me levanté como un resorte, separando mi cuerpo del de Ray.

—Pensé que sería una buena idea, pero veo que me equivoqué. —La voz de Hayden se escuchaba molesta—. Quería que entrenaras, Amber, no que jugaras al *Twister*.

Cameron comenzó a reír; yo, sin embargo, fulminé al vampiro bipolar.

Ray apretó la mandíbula y abrió la boca para contestar, pero, antes de que lo hiciera, lo agarré del brazo para que me mirara. Moví mi cabeza en señal de negación. No quería que comenzara una discusión sin sentido. Hayden tenía razón: había sido muy suave conmigo. Yo estaba acostumbrada a otra clase de entrenamiento, pero él no lo sabía.

El vampiro se deslizó por la sala hasta llegar a la pared de armas. Extrajo una barra de hierro y la lanzó en mi dirección. Yo la cogí al vuelo. Sabía lo que venía ahora.

—Apártate, lobo, voy a enseñarte lo que es un entrenamiento de verdad. —Hayden se colocó frente a mí.

Rodé los ojos; Ray, en cambio, se alejó para darnos espacio a la vez que resoplaba molesto. Se colocó cerca de los demás y a nuestro lado para vernos mejor.

Kress estaba muy callada, cosa que me sorprendió. Era raro que no hubiese saltado ya con alguno de sus comentarios, al igual que Cameron.

Al mirar a Hayden, me di cuenta de algo. Aunque casi siempre tenía cara de *póker* y su expresión era indescifrable, había aprendido a ver más allá de su coraza. Por esa razón, sabía que estaba muy molesto. ¿Qué lo había puesto de tan mal humor? Por un momento, se me pasó por la cabeza que estuviese celoso de Ray, pero era absurdo. Yo era parte de su trabajo y lo que sucedió entre nosotros fue por pura supervivencia. Solía morder a Kristel sin sentir nada por ella. ¿Por qué tendría que ser diferente conmigo?

Antes de comenzar, tomé la gomilla que tenía en mi muñeca y me hice una coleta alta, pues sabía que el entrenamiento con Hayden no sería tan *light*. Apreté la barra con mis manos y sentí el frío del metal. Me preparé para atacar antes de que lo hiciera él. Comenzamos a rodearnos, lanzando golpes y esquivándonos. La cosa estaba bastante igualada, pero Hayden no me daba tregua. Era cuestión de tiempo que acabara cayendo. Como si me leyera la mente, agarró la barra de metal arrancándola de mi mano y la lanzó a un lado de la habitación. Luego,

me hizo una llave y me derribó. Mi espalda golpeó el suelo con tanta fuerza que mi respiración se quedó atascada. En ese momento, eché de menos la colchoneta de mis primeros entrenamientos. Comencé a toser, intentando recuperar el aire.

—¿Te has vuelto loco? —Oír las fuertes pisadas de Ray atravesando la sala hizo que me incorporara de inmediato.

—Estoy bien, tranquilo —conseguí decir. Él se aproximó y se agachó a mi altura.

Su mirada preocupada me recordó al día en el que desperté tras quedar inconsciente en el bosque.

—No estoy loco, soy realista. —Hayden lo fulminó con la mirada—. ¿Qué crees que harán los brujos cuando la encuentren? ¿Jugar al parchís? Intentarán llevársela con fuerza bruta si es necesario. Esto no será nada en comparación.

Las fosas nasales de Ray se ensancharon y su mandíbula se apretó. Hayden pasó por nuestro lado para irse de la habitación, pero antes de atravesar la puerta, se giró.

—¿Crees que siempre estarás ahí para protegerla? No es la primera vez que llegas tarde. —Y tras soltar sus últimas palabras, salió de la sala sin mirar atrás.

Cameron lo siguió.

—Te espero arriba, pelirroja. Guardaré tu comida. —Kress se despidió con un gesto y también desapareció.

Ray me ayudó a levantarme.

—¿Te ha hecho daño? ¿Te encuentras bien? —Me giró para tocar mi espalda, como si me hubiera roto algo. Comencé a reír.

—No soy de cristal, Ray. —Seguí riendo—. Estoy acostumbrada a estos entrenamientos. Volvió a girarme para que lo mirara.

—No tiene gracia, Am. No me gusta su forma de enseñar. Es cruel y despiadada. No me puedo ni imaginar que hayas aguantado eso todos los días durante un mes.

Menos mal que no ha visto cuando me hace correr por todo el castillo.

—Gracias a eso, ahora sé defenderme sola, Ray. Puedo valerme por mí misma y hace que me sienta menos patética. Tengo que esforzarme para poder recuperar a Dana.

Él puso la palma de su mano en mi mejilla con cariño y delicadeza.

—Lo haremos, Am. La recuperaremos. Te lo prometo.

Le sonreí a la vez que colocaba la mía sobre la suya, pero, de pronto, sus ojos se desviaron a una zona de mi cuello. Hasta ese momento, no me percaté de que llevaba el cabello recogido.

¡Mierda! No mires, no mires.

Me aparté de él con disimulo y me di la vuelta para tomar la barra de metal del suelo.

—¿Qué tienes en el cuello? —Su voz sonó más grave de lo que me hubiera gustado.

¡Idiota! ¿Por qué te has atado el pelo?

Coloqué el arma en la pared sin mirarlo.

—Los brujos me hirieron. No es nada, solo un rasguño.

Escuché cómo se acercaba a mí por la espalda y un nudo se atascó en mi garganta. Me agarró del brazo y giró mi cuerpo para situarme frente a él. Su mirada desconfiada me puso aún más nerviosa de lo que ya estaba.

—Me parece un poco extraño que solo te haya quedado ese rasguño. ¿Solo te hirieron en el cuello?

—¡No! Tengo algunos más por mi cuerpo. —Mis palabras surgieron temblorosas a la vez que me tapaba inconscientemente con la mano.

¡Mentirosa!

—¡Mírame, Am! —Con mucho esfuerzo, levanté la vista.

Ray clavó sus ojos en los míos mientras retiraba suavemente la mano con la que ocultaba mi cuello. De pronto, sentí sus dedos donde se encontraba la tirita y, antes de que me diera tiempo a alejarme, la arrancó de un tirón. En ese momento, solo hubo silencio. Lo miré a la cara y todo lo que pude leer en sus iris fue rabia y dolor. Su mirada incrédula viajaba desde las señales de colmillos hasta mis ojos una y otra vez.

—¿Quién te ha hecho esto? —En ese instante, la voz de Ray podría haber espantado a un demonio.

—No es lo que piensas, Ray. He sido yo la que...

—No hace falta que me digas quién. Puedo hacerme una idea —me cortó. Se volvió hacia la puerta y se marchó como alma que lleva el diablo.

Me quedé temblando. Mis piernas no se movían. ¿Qué había hecho? Cuando por fin logré reaccionar, corrí detrás de él.

—¡No, Ray! ¡Espera! Deja que te lo explique. Él no tiene la culpa. —Mi voz salía trémula. Estaba muy asustada por lo que pudiera pasar.

Quise entrar al ascensor antes de que ascendiera con él en su interior, pero no llegué a tiempo. Lo único que pude ver antes de que se cerraran las puertas, fue a un Ray con los puños apretados y bastante cabreado.

¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

Pulsé el botón para que volviera a bajar. No dejaba de presionarlo una y otra vez. ¿Por qué iba tan lento? Debía llegar arriba lo antes posible para impedir un desastre.

CAPÍTULO 10

Kress

—¿No crees que te has pasado un poco? —Miré a Hayden con las cejas alzadas.

—No estoy de humor para escuchar tus quejas, Kress.

Acabábamos de llegar al comedor tras salir de la puerta secreta de la sala. Lory había ido a avisar a la cocina para que nos prepararan algo de comer.

—Deberías haber sido un poco más suave con la pelirroja, por lo menos mientras el lobo estuviese ahí.

—¿Por qué debería hacer eso? —Apretó la mandíbula—. Así es como entrenamos todos los días. ¿Tengo que cambiar la forma de hacerlo porque él cree que ella se partirá una uña? — La risa de Cameron, a su lado, me sentó como una patada en el estómago.

Lo desafié con la mirada, con lo que este dejó de reír, y luego volví a mirar a Hayden mientras me sentaba con ellos a la mesa.

—Solo digo que ya sabes lo protector que es el lobo con ella. Deberías evitar cabrearlo. No nos vendría bien enemistarnos con los clanes en este momento.

Me observó fijamente y, aunque siempre parecía ser imperturbable, sus ojos estaban cargados de ira.

—Ella no le pertenece. No es como un objeto que encuentras, te gusta y decides quedártelo.

—Eso no te lo discuto, pero los lobos son así. Son territoriales por naturaleza, y creo que nadie es tan idiota para no darse cuenta de lo que siente por la pelirroja.

Antes de que Hayden pudiera contestar a mi comentario, Lory entró seguida por una de las sirvientas. En sus manos cargaban varias bandejas repletas de comida. De pronto, escuché cómo la puerta secreta se habría de golpe tras mi espalda. Todo pasó muy rápido: antes de que me diera tiempo a reaccionar, el lobo agarró a Hayden de la pechera y lo estampó contra la pared de la sala.

—¿Pero qué...?!

Cameron y yo nos levantamos de golpe. Lory comenzó a gritar asustada y la otra sirvienta huyó de la habitación.

—¿La has mordido? —El lobo estaba furioso; sin embargo, Hayden le dedicó una mueca

divertida—. ¡Te dejé muy claro que no te acercaras a ella! —Sus colmillos se alargaron aun estando en su forma humana.

—¡Suéltalo! No es lo que crees —intenté mediar. No temía por Hayden, sino por él.

Ya sabía a qué venía todo. Debió de ver las marcas en el cuello de la pelirroja. ¿Y quién era la culpable de todo? ¡Yo! Fui quien le dio la idea.

—Y yo te dejé muy claro que no me tocarías una tercera vez. —Hayden lo cogió por el cuello y lo estrelló contra la pared de enfrente.

Ambos comenzaron a pelear. La mesa del centro se rompió y toda la comida salió volando por el aire. Lory se marchó a toda prisa de la sala llamando a Marcus entre gritos de pánico. Estaban destrozando la habitación.

—¡Deberíamos hacer algo! —exclamó Cameron, aterrado. Pero no se atrevía a dar el paso.

La puerta secreta se volvió a abrir de repente y la cara de la pelirroja se transformó en horror al ver lo que sucedía.

—¡Oh, Dios! —exclamó.

Al mismo tiempo, por la otra entrada, Connor accedió a toda velocidad y recurrió a su habilidad. Levantó a Hayden por el aire y lo hizo chocar contra la pared para separarlos. El lobo se incorporó para correr hacia él de nuevo, pero, entonces, Logan apareció, lo sujetó y lo arrinconó en el lado contrario. Todo era un caos.

—¡Se acabó! —gritó Logan. Agarraba a su hijo por los brazos mientras este se removía inquieto, con sus caninos aún expuestos—. ¿Es que os habéis vuelto locos? —La voz profunda de su alfa hizo que entrara en razón y desistiera de seguir peleando.

Por fin, Marcus apareció, y su mirada de furia me dio escalofríos. Miró a todos con una mueca de repulsión.

Al igual que Hayden, el lobo tenía la ropa hecha jirones y un hilo de sangre le recorría el rostro.

—¿Alguien me puede explicar qué ha pasado? —Su voz parecía salida de las pesadillas—. ¡Esto es una vergüenza! Los brujos son nuestro enemigo, ¿qué clase de aliados somos si peleamos entre nosotros?

—¿Tú no deberías estar en tu habitación? —Logan miró a su hijo con cara de reproche.

—Eso, lobo rabioso. Cuéntales quién comenzó la pelea. Por tu culpa, mi comida ahora está incomedible. Al menos podrías haber esperado a que terminara; si querías una clase de entrenamiento, te la habría dado sin problema...

—¡Hayden, cierra la boca! —ordenó Marcus.

El lobo ensanchó sus fosas nasales y dio un paso adelante.

—¿Y bien? —intercedió Marcus—. ¿Tengo que recurrir a mis habilidades para sacaros la

información?

Hayden y el lobo se miraron entre ellos; aun así, no dijeron nada.

—Está bien. ¡Amber! ¿Me lo podrías explicar tú? No sé por qué, pero intuyo que estás en el centro de todo. —Su abuelo la miró con severidad.

—Él la ha mordido —soltó el lobo con sus ojos cargados de ira. Apuntó a la pelirroja, quien se encontraba a mi lado en estado de *shock*.

Todos miramos en su dirección. Su cara pasó del horror a la vergüenza.

—¡Qué exagerado! Hablas como si le hubiese hecho daño. No fue precisamente eso lo que sintió. Te lo aseguro. —Hayden sonrió mientras se lamía su propia sangre. Tenía una herida en el labio inferior.

El moreno dio un paso para arremeter de nuevo contra él, pero Logan lo volvió a sujetar.

Todos en la habitación sabíamos a lo que se refería Hayden. Incluso los lobos entendían lo íntimo que era eso para nosotros.

La cara de la pelirroja se calentó aún más, hasta el punto en que comenzó a respirar de forma acelerada. Su vergüenza se transformó en rabia.

—¿Sabéis qué? —Sus ojos pasaron del lobo a Hayden—. Idos a la mierda, ¡los dos! —gritó y salió de la habitación cabreada.

—¡Amber! —La voz de Marcus retumbó en las paredes, pero ella no se detuvo. Desapareció por la puerta—. ¿Me estáis diciendo que todo esto ha sido por eso? —Marcus comenzó a reír con incredulidad—. No es la primera vez que se inicia una guerra por una mujer. Pero esto... es de risa.

De pronto, su voz burlona se transformó en todo lo contrario.

—Si esto se repite, con gusto os encerraré a ambos en una de mis celdas en el sótano hasta que dejéis de comportaros como críos. —Miró en dirección a Logan, buscando obtener su aprobación.

—Si vuelve a ocurrir, yo mismo os llevaré hasta allí —sentenció este con voz amenazadora—. Ahora, moveos.

El lobo fue el primero en salir sin mirar atrás. Cuando Hayden fue a hacer lo mismo, Marcus lo agarró por el brazo.

—Ya hablaremos de esto más tarde —le susurró con expresión seria.

Hayden se dio la vuelta y se marchó sin decir ni una palabra. Connor ya no estaba, no sé en qué momento había desaparecido.

—También hablaré con mi hijo. Él no suele comportarse así. Siempre ha sido muy protector con su familia; Amber es como una hermana para él. —La voz de Logan sonaba decepcionada. Sus rasgos fuertes se acentuaron debido al enfado.

—Espero que solo sea eso —soltó Marcus. Sus palabras llevaban doble sentido. A él

tampoco le había pasado desapercibido el comportamiento del lobo—. Deberías descansar. Dentro de unas horas hablaremos de esto y de otros temas pendientes.

Tras soltar esas últimas palabras, se dio la vuelta y abandonó la estancia. Al girarme para salir, escuché un silbido.

—¿Qué ha pasado aquí? Parece que se ha desatado el infierno en esta habitación. —Era el lobo más joven, Dashiell—. Es difícil dormir con tanto alboroto.

—Pregúntale a tu hermano. Él y Hayden han decidido remodelar la sala —ironicé.

Cameron comenzó a contarle lo sucedido; yo, sin embargo, fui a buscar a la pelirroja. No me gustaría estar en su lugar. Por su reacción, supe que en estos momentos estaría deseando que se la tragara la tierra. Suponía que había huido fuera del castillo.

Salí al exterior y uno de los guardias me dijo que la había visto ir en dirección al laberinto. ¿Por qué no había escogido otro lugar para despejarse? No era la primera vez que me perdía en él. No entendía cómo la pelirroja, en tan solo un mes de estar aquí, sabía encontrar el camino sin ningún problema.

CAPÍTULO 11

Dana

Mi mirada recorrió el larguísimo pasillo de piedra. Mis pies se deslizaban por las baldosas antiguas y la luz se filtraba por varios ventanales a nuestra derecha. Seguía muy de cerca los pasos de Esther. Por fin me habían dejado salir de mi habitación. Después de bajar dos plantas y traspasar una gran puerta de madera, vi que todo en el lugar era diferente, más moderno. Las paredes eran blancas hasta la mitad; la otra parte tenía un acabado de madera oscura. Esto ya se iba pareciendo más a un colegio. El lado izquierdo del pasillo estaba decorado con retratos de hombres que no había visto en mi vida; no obstante, en las pinturas todos vestían la misma túnica negra con sutiles estrellas decorándola.

—¿Por qué esta parte del edificio es diferente a la superior? —pregunté con curiosidad. Esther detuvo sus pasos y se giró para responder.

—Solo se ha reformado el edificio hasta la segunda planta. Las dos del ala superior se han dejado intactas. Es como una forma de recordarle a los estudiantes que está prohibido subir más arriba. Solo se le está permitido el paso a la familia Sallow.

Eso me hizo llegar a pensar...

—¿Sabe alguno de ellos que me tenéis aquí como rehén?

Las comisuras de sus labios se levantaron en un gesto escalofriante.

—Si lo supieran, ya estarías muerta. Por tu bien, intenta que siga siendo un secreto y nadie sepa lo que eres en realidad. Hay muchos de ellos que tienen bastantes razones para odiar a los tuyos.

Resoplé indignada. No entendía ese resentimiento de los brujos hacia nosotros. ¿Por qué tanto odio?

A medida que íbamos descendiendo las escaleras, el ruido de los alumnos en clase era más notable. El nuevo corredor tenía innumerables puertas de madera a ambos lados. Aunque me hubiera gustado echar un vistazo, no se podía ver nada dentro. Sin darme cuenta, ralenticé mis pasos.

—¡Vamos, date prisa! Pronto será la hora del descanso y todo este pasillo se llenará de estudiantes, por lo que nos será más difícil avanzar hacia el exterior. —La voz de Esther me sobresaltó. Enseguida reanudé la marcha.

Tras bajar a la siguiente planta y cruzar varios pasillos idénticos, llegamos a un gran salón. Había sofás negros repartidos por la habitación y algunas mesitas bajas. El suelo del centro estaba decorado con una enorme alfombra de color azul oscuro cubierta de estrellas imitando una constelación. En una de las esquinas, colgado en la pared, se encontraba un televisor, apagado en ese momento.

—Esta es una de las zonas de descanso —comentó antes de que preguntara.

Se notaba que los estudiantes vivían bien aquí.

—¿Todos los brujos estudian aquí? —Sentí curiosidad.

—Solo los descendientes de las familias más poderosas y adineradas de Londres. Aunque hay excepciones...

Iba a preguntar cuáles eran esas «excepciones», pero algo en un lateral de la sala llamó mi atención.

—¿Qué es eso?

Me acerqué a contemplar una vitrina de cristal. Dentro de ella se hallaban varios trofeos y retratos de chicos. Muchos de ellos parecían antiguos.

—Son los trofeos de los ganadores del torneo Electus. —Esther se acercó—. Cada tres años se elige un nuevo campeón. Quizá tengas suerte y mi tío te permita presenciarlo.

Iba a preguntar cuándo se celebraría el torneo, pero, de pronto, mi vista recayó en un retrato que me resultaba familiar.

—Ese es...

—Sí, es mi tío Allan. Es uno de los brujos más poderosos. No es de extrañar que ganara el torneo. Dos veces —recalcó.

—Pero parece ser más pequeño que los demás. —Me resultaba raro que el resto fueran más mayores.

—Mi tío ya había desarrollado todo su potencial años antes que cualquier estudiante normal. Por lo que cuentan, fue algo que llamó la atención del antiguo director.

Su voz salió con un toque de orgullo. Se notaba que Esther adoraba a su tío. Un nudo se formó en mi garganta al pensar en Amber. Muchos sabían de la vida de su padre excepto ella. Intenté cambiar el tema de conversación.

—¿Por qué no hay ninguna chica en los retratos? —pregunté extrañada. Era algo que me sorprendía, ¿no había brujas tan poderosas?

Esther comenzó a reír como si mi pregunta le hiciera gracia. De pronto, el sonido de un antiguo reloj se escuchó por todo el edificio. Estaba acostumbrada a oírlo desde mi habitación, aunque en la planta superior podía percibirlo de forma más leve.

Ella me agarró de la mano para conducirme a la salida. Después de alejarnos de la zona de descanso, recorrimos otro pasillo hasta la entrada. Al poner un pie en el exterior, aspiré el aire

que me rodeaba. No me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba los olores de los árboles y sentir la brisa besando mis mejillas.

El edificio estaba rodeado por árboles y vegetación. Varios bancos se encontraban repartidos por la zona. Justo frente al acceso principal, en el centro, se hallaba una enorme fuente de agua con varias figuras de sirenas.

La bruja bordeó las estatuas y tomó un sendero hasta uno de los bancos que se encontraban más alejados. Yo la seguí en silencio, admirando lo bien cuidado que estaba el lugar. Cuando llegué a su lado, me senté a la vez que observaba en dirección a la puerta. Los estudiantes comenzaron a salir. De un momento a otro, el espacio se llenó de risas de niños y adolescentes.

Contemplé que se reunían en grupos como en cualquier colegio humano. Algunos de ellos portaban libros; otros bromeaban haciendo magia con sus compañeros. Uno de ellos pronunció un hechizo y alzó la mano para mojar con el agua de la fuente a tres chicas que se habían sentado en el borde. La más bajita de ellas se volvió sorprendida y, tras una mueca de disgusto, se secó la ropa con solo un movimiento de sus manos y varios susurros. Me reí al ver que la escuela de magia no era muy diferente a la nuestra.

—¿Por qué el color de sus túnicas es diferente? —pregunté curiosa.

Esther desvió la mirada y se fijó en el detalle al que me estaba refiriendo.

Tres niñas de apenas ocho años se sentaron junto a los pies de un árbol a la vez que reían entre ellas. Dos vestían túnicas blancas y la tercera llevaba una en tono verde bosque. Ninguna estaba decorada con las típicas estrellas de los brujos.

—Es como un camino que hemos de recorrer hacia la magia. Comenzamos por el blanco, que representa la luz y el corazón puro de un niño. Es lo que necesitamos para empezar a conectar con ella. El color que se nos da en cada momento variará según lo rápido que vayamos adquiriendo poder y conocimiento —explicó.

—¿No tiene nada que ver con la edad? —Aunque eran nuestros enemigos, sentía curiosidad por sus costumbres y su magia.

—Nosotros no funcionamos así. Podría tener ocho años y ser más poderosa que un brujo que me doblase la edad. Entran muchos factores: la rapidez con la que llegue a aprender y la sangre de mis antepasados. Todo influye...

—Siento interrumpir. —Una voz suave e infantil cortó la conversación.

La bruja miró a nuestra espalda y sonrió con dulzura.

—Hola, Leus, ¿buscas a mi tío? —Yo también me giré para observarle.

El chico no tendría más de ocho años; aun así portaba una túnica de tono azul oscuro como el cielo de la noche. Solo pude ver parte de su perfil, dado que comenzó a rodear el banco para situarse frente a nosotras. Tenía la capucha puesta.

—Necesito preguntarle algunas cosas sobre un hechizo en especial, ¿sabes dónde está?
—Aunque era un niño, se expresaba como un adulto.

Cuando se quitó la capucha, contuve la respiración. No por su pelo corto y negro, o sus ojos tan oscuros como un abismo, sino por las cicatrices que adornaban la mitad de su cara. Unas marcas de garras que iban desde la frente hasta su mejilla.

—Creo que ha salido, pero si quieres te ayudo yo —contestó la bruja de forma afable.

—No hace falta, puedo esperar. —Sus ojos se desviaron por un momento hacia mí.

—Esta es Dana. —Ella levantó la mano señalándome—. Una amiga que ha venido a pasar unos días conmigo.

El chico me evaluó con la mirada antes de hablar.

—Encantado, Dana. Mi nombre es Leus. —Aunque sus palabras eran educadas, su expresión era fría y desconfiada.

Leus parecía un adulto encerrado en el cuerpo de un niño. Esther me dio un codazo para sacarme de mis pensamientos. Me había quedado sin palabras.

—En... encantada de conocerte, Leus —respondí nerviosa. Su mirada indagadora me abandonó para centrarse en la bruja.

—Cuando vuelva, dile que le estoy buscando. —Y sin decir nada más, se dio la vuelta y se marchó.

—Esas marcas parecían... —susurré bajito.

—Sí. Garras de lobo —contestó la bruja—. ¿Recuerdas esas excepciones que te dije? Pues Leus es una de ellas. Él no tiene familia, al igual que algunos que viven aquí. Son recogidos por mi tío Allan. Él tiene la tutela de todos ellos.

—¿Qué le pasó? —Me daba miedo conocer la respuesta.

—¿De verdad quieres saberlo? —Ella me observó con frialdad antes de continuar—. Leus tenía cinco años cuando uno de los tuyos se metió en su casa y mató a sus padres y a su hermana mayor. Antes de que también acabara con él, mi tío Allan apareció y lo salvó. Estaba muy herido, pero sobrevivió.

—No puede ser... Nosotros no atacamos a la gente sin razón. —Mi voz salió temblorosa sin pretenderlo.

—¿Qué razón podría tener alguien para atacar a un niño? —La bruja me miró con frialdad—. No todos los tuyos son como tú crees. Algunos asesinan a los míos simplemente por ser lo que somos.

—Yo creía...

—Pues estabas equivocada. Aquí hay bastantes niños huérfanos a causa de los lobos y de vampiros sedientos de sangre. Esa es la verdad.

—¡Lo siento! —me disculpé. Me sentía fatal por esos críos que no tenían culpa de nada.

Esther suavizó su mirada.

—No tienes por qué disculparte. Solo somos seres diferentes en un mundo con una guerra que nunca acaba. No todos somos iguales, pero puedo entender el odio de esos niños hacia vuestra raza. Las únicas marcas del pasado que tiene Leus no son las de su rostro. Las peores están en su corazón.

Ella se miró las manos y su expresión se transformó en pesar.

—Solo tiene siete años, ¿sabes? Pero es lo bastante inteligente y maduro a causa de todas las cosas que ha tenido que enfrentar a su corta edad. Por eso es muy importante que no sepan lo que eres. Correrías peligro si llegara a descubrirse. Mi padre y mi tío te quieren viva, así que, no seas tan idiota de cavar tu propia tumba.

Mis dedos se deslizaron de forma inconsciente por mi cuello. El pañuelo que llevaba puesto era un recordatorio de que no podía enseñar el collar que anulaba mi transformación. Si alguno de ellos llegaba a verlo, se harían muchas preguntas.

CAPÍTULO 12

Amber

Salí corriendo del castillo y me adentré en el laberinto que sabía recorrer incluso con los ojos cerrados. Necesitaba escapar de todo y de todos. Llegué hasta el banco en el que solía sentarme, pero, en vez de eso, lo hice en la fría hierba y apoyé la espalda en el tronco de un árbol. Necesitaba sentir la naturaleza, abrazarla. Aunque ya entendía el porqué. Recordé que de niña, en casa de los Wood, solía situarme debajo de mi ventana para observar el bosque. Aunque fuera de noche y estuviera sola, al igual que ahora, eso me hacía sentir mejor. Ahora sabía que estaba conectada a ella desde el momento en que nací. La naturaleza, los árboles, la hierba; eran mis aliadas.

Suspiré, cansada. Estaba harta de encontrarme siempre en el centro del huracán. Quería a Ray, le había echado de menos, pero odiaba cómo me hacía sentir su exagerada protección. Sentía que me asfixiaba y no me dejaba ser yo misma. Sin contar con el vampiro bipolar. Cada día estaba más confusa sobre mis sentimientos y eso no me gustaba. Enterré la cabeza en mis rodillas y me quedé ahí, en calma; necesitaba un momento para serenarme. Para fingir que todo iba bien y no pensar en un presente donde se habían llevado a Dana, en el que tenía que luchar por alcanzar mis objetivos y todavía seguía siendo una chica humana normal. Llevaba un buen rato metida en mis pensamientos cuando una voz me sobresaltó.

—¿No habría sido más fácil encerrarte en tu habitación? —Kress se puso frente a mí con los brazos cruzados y las cejas alzadas—. Odio este laberinto. Me he perdido en él tres veces. Todavía me pregunto cómo puedes cruzarlo sin problemas. ¿Tienes algún don del que no nos has hablado?

Me reí tras ver su cara de reproche y, aunque al principio quería estar sola, en el fondo me alegraba que ella estuviera aquí.

—No te rías, pelirroja. Estuve a punto de llamar a Hayden para que me sacara de ahí. No sé por qué os gusta tanto este sitio. Yo no le veo nada especial. —Resopló y se sentó en la hierba, a mi lado—. ¿Quieres hablar de ello? —Chocó su hombro con el mío de una forma cariñosa. Para una chica a la que no le gustaba el contacto físico, ya era un gran esfuerzo.

—No creo que haga falta —contesté tras suspirar—. Ya has visto todo lo que ha pasado allí dentro. No me puedo creer que hayan llegado a pelearse y que todos se hayan enterado de lo

que pasó con Hayden.

—¿Por qué le das tanta importancia? No es para tanto. Eres adulta, pelirroja. Puedes hacer lo que quieras y con quien quieras. ¡Además, tenías una buena razón para hacerlo! Y yo fui quien te dio la idea.

—¡Dios, Kress! Ahí se acaba de montar una guerra campal por mi culpa. —Levanté los brazos con desesperación.

—Pues que se maten. Son hombres, piensan antes con otra cosa que con la cabeza. Están tan concentrados en levantar la pata y mear en el territorio del otro, que no se han dado cuenta de en qué situación te pondría eso.

—Intenté explicárselo a Ray, pero no me dejó. ¡Idiota sobreprotector! —maldije.

—Te avisé. Te dije que todo te explotaría en la cara cuando llegara el momento y continúas sin ver más allá. Sigues pensando que toda esa protección se debe a que eres su hermanita pequeña. ¿Estás segura de eso? ¿No lo ves, o no quieres verlo?

—Solo veo la realidad, y esa realidad es que Ray es así. Demasiado protector. Y no me gusta. No me gusta cómo me hace sentir eso. —Resoplé de la impotencia.

—Deberías hablar con el lobo y explicarle cómo te sientes. Estoy segura de que te escuchará e intentará ser menos... intenso.

La miré y sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. Se quedó un momento pensativa y continuó hablando.

—Y menos mal que a Hayden todavía le queda un poco de cordura y no utilizó su poder en él. Esperaba que no llegaran a nada más que las manos.

—No me hables de Hayden. Si lo tuviera delante de mí ahora mismo, lo estrangularía con mis propias manos. ¿Cómo se le ocurre decir delante de todos que disfruté de que me mordiera? Creía que iba a morir de vergüenza. No soy una persona a la que le gusta ir aireando mis temas personales y mi intimidad.

—Pero lo disfrutaste..., ¿o no? —La mirada picarona y el movimiento de sus cejas me hicieron reír.

—¡Oh, Kress! Eres de lo que no hay. —La empujé para apartarla de mi lado, lo que la hizo carcajearse.

De pronto, su sonrisa se esfumó y su rostro se tornó más solemne.

—Ahora hablemos en serio, pelirroja. Quiero que seas sincera conmigo y, sobre todo, contigo misma. —Se hizo un silencio entre nosotras—. ¿Qué sientes realmente por él?

Me levanté de un salto. Su pregunta me había cogido desprevenida. Tiré de las mangas de la chaqueta, de pronto muy nerviosa. La vampira seguía esperando mi respuesta en silencio.

—¡No lo sé! ¿Vale? —Despacio, me volví a sentar en mitad de la hierba y, tras un suspiro de resignación, deslicé las manos por mi rostro—. Soy un desastre en estos temas. Lo

único que sé es que hay algo dentro de mí que tira hacia él sin remedio. Por mucho que me resista o luche contra ello, ese hilo invisible que me mantiene unida a Hayden no desaparece. ¿Y quieres saber lo más frustrante de todo, Kress? Que aún no puedo entender la razón. Por más que intento convencerme de que estoy enamorada de otro, ese algo siempre me lleva en la misma dirección. Cuando estoy tan cerca de él, su olor es como un refugio seguro para mí. Y no tengo una explicación para ello.

—Quizá ese algo tiene nombre y tú no quieras verlo. ¿Por qué es tan terrible enamorarse de Hayden? Explícamelo para que pueda entenderlo. Soy toda oídos.

La miré con gesto de incredulidad.

—¿En serio me lo estás preguntando? —Levanté las cejas—. ¡Por Dios! El vampiro bipolar es exasperante. Sin mencionar que su mente es un poco retorcida y escalofriante. Me encantaría saber qué es lo que se le pasa por la cabeza la mayoría de las veces.

—Puede que tengas razón. Hayden es un tanto escalofriante en algunas ocasiones, pero de lo que sí estoy segura es de que existen muy pocos como él, dispuestos a proteger la vida de las personas a las que atesoran, aun teniendo que dar la suya propia.

—Me estoy volviendo loca. —Me froté los ojos con cansancio.

—¿Quieres saber mi opinión sincera, tal como yo lo veo desde afuera? —preguntó.

—¿Me va a gustar escucharlo? —cuestioné con sarcasmo.

—Estoy segura de que no —respondió con una mueca burlona.

—De acuerdo. Tendré que resignarme. —Suspiré—. ¿Y bien?

—Creo recordar que, no hace mucho, te dije que la admiración se puede confundir con el amor. Pienso que los sentimientos que tienes hacia el lobo no son más que eso. Aunque no te guste escucharlo, es lo que pienso. La única vida que has conocido desde que tus recuerdos se borraron es la protección del clan de Logan y, sobre todo, la de su hijo. No es difícil creer que estás enamorada de la persona que te cuida y te hace sentir segura en cada momento. No has conocido nada más, pelirroja. Esa es la realidad.

—Llevo muchos años queriendo a Ray, ¿cómo puedes decirme que solo es admiración? —solté bastante molesta.

—No digo que no le quieras. Solo que no de la forma en que crees. Siempre te he dicho que soy muy observadora. Es difícil no darse cuenta de la manera en que miras a Hayden. Pero, volviendo a lo mismo, esta es mi opinión. Eres tú la que debe entender sus propios sentimientos y ser sincera consigo misma. —Kress se incorporó y me ofreció la mano para ayudarme. Yo la cogí y también me levanté de la hierba.

—Ni siquiera quiero pensar en lo que siento en este momento. Eso no va a devolverme a Dana. Ella es lo más importante para mí ahora mismo. —La miré a los ojos.

Ella me devolvió la mirada y levantó las comisuras de los labios.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Hay que recuperar a tu amiga y aquí no hacemos nada. Aprovechemos el tiempo en algo más constructivo...

Y así, nos adentramos en el laberinto para volver al castillo. Eso sí, yo guiando el camino para que Kress no se perdiera.

CAPÍTULO 13

Amber

Mi mirada recorre la ciudad mientras viajamos a gran velocidad por la carretera. Ella mira una y otra vez por el espejo retrovisor. Desde el asiento a su lado, en el que estoy sentada, puedo percibir su miedo y desesperación. Como siempre, veo su cara borrosa, pero su larga melena pelirroja, recogida en una coleta, me desvela quién es.

—¿Crees que nos siguen? —pregunto asustada. Ella suspira.

—Hasta ahora no he visto nada raro. Ya hace bastante tiempo que hemos escapado del castillo, pero sé que no se detendrán hasta encontrarnos.

Noto cómo mi pecho se aprieta y una lágrima recorre mi mejilla. Siento una pena tan grande en mi interior que se me hace difícil respirar.

—No te preocupes, princesa. Ya casi hemos llegado al bosque. Ellos nos ayudarán. —Su voz suena dulce y tranquilizadora.

Aunque quiero decirle a mi madre que estoy bien, no me salen las palabras. Llevo mi mano al cuello y agarro con fuerza el medallón que se encuentra colgado de él.

—No llores, mi amor. Estoy segura de que Chris está bien. Es un chico muy fuerte, no le pasará nada. Volverás a verlo cuando todo esto acabe.

Mis lágrimas siguen cayendo sin poder detenerlas y la pena se transforma en rabia.

—¡¿Cuándo?! —pregunto en un arranque de ira—. ¿Cuándo se acabará, mamá? ¡Quiero volver al castillo! No quiero separarme de Chris ni de ti. ¡No quiero estar en un lugar que no conozco!

—Lo siento, princesa. Ya hemos hablado de esto. Nos han encontrado. Esta es la única manera que tengo de mantenerte segura y lejos de ellos.

Apoyo la cabeza en la ventana y así transcurre el viaje, entre pensamientos que vienen y van. Pesadillas que se hacen realidad y que rompen mis sueños.

Ahora todo el exterior es naturaleza. El bosque nos rodea a ambos lados de la calzada y el sol comienza a descender entre los árboles, dando paso a la oscuridad de la noche. Las palabras de mi madre hacen que pierda de vista el paisaje y centre en ella toda mi atención.

—Ya casi hemos llegado. Ahora solo tenemos que cruzar... —Su voz se detiene a mitad de la frase. No veo la expresión de su rostro, pero sí noto la fuerza con la que agarra el volante.

Miro hacia delante del vehículo y ahí está lo que la ha dejado sin habla.

La calzada comienza a convertirse en hielo. Aunque todo pasa en un segundo, siento que el tiempo transcurre a cámara lenta. Mi madre pisa el freno, pero es demasiado tarde. Grita y suelta el volante para protegerme con su cuerpo. El vehículo gira deslizándose por el suelo resbaladizo hasta que chocamos contra un árbol. Todo me da vueltas y tengo ganas de vomitar. Estoy en estado de shock, solo puedo escuchar un zumbido en mis oídos hasta que la voz de mi madre y sus manos en mis mejillas me sacan del trance.

—¡Amber! —Me mira asustada—. Necesito que seas fuerte. Cuando te diga que corras, no te detengas. Sigue el sendero del bosque hasta traspasar un gran sauce. Los lobos te protegerán.

Ni siquiera contesto. Estoy aterrada.

Con su velocidad de vampiro, nos saca a ambas del coche y tira de mí para adentrarnos en la espesura, pero solo recorremos unos cuantos metros cuando un bloque de hielo nos corta el camino. Dos figuras femeninas aparecen a nuestro lado. Sus rostros están borrosos, aunque sus manos son muy pálidas. La más bajita de ellas lleva el cabello muy corto y rubio; es totalmente opuesta a la otra, que tiene una larga melena negra que le llega a la cintura.

—Ya no tienes dónde esconderte, Eirena. Ni a dónde ir. No seas idiota y deja que nos encarguemos de ese monstruo —suelta la morena con repulsión.

—Cuidado con tus palabras, Isabela. Estás hablando de mi hija —le advierte. Ella me coloca detrás de su espalda—. Jamás pensé que fuerais unas traidoras. ¿Cómo se os ocurre ayudar a esos brujos que tanto nos desprecian?

—¿En serio crees que ayudamos a los brujos? —La carcajada de la rubia me da escalofríos.

—Entonces, apartaos de nuestro camino. Ellos llegarán pronto —exige mi madre.

—No podemos dejarla vivir. Esa abominación será el fin para todos nosotros. ¿Es que tu asqueroso amante no te ha contado para qué la quieren? —Isabella da un paso más y mi madre nos hace retroceder.

—No vuelvas a hablar así de Allan. Él ya no está entre nosotros. Déjalo descansar en paz. —Aprieta los puños con rabia.

—¡Ohh! Cómo te ha engañado. Él ha muerto, pero no antes de cumplir su cometido: crear a ese monstruo. —Su dedo apunta en mi dirección—. No quiero hacerte daño, Eirena; le tenía cariño a tu madre. Pero, si no te apartas, no me dejarás más opción.

—No vas a hacer daño a mi hija, Isabela. Antes tendrás que matarme. —Mi pulso se acelera. Siento más miedo por mi madre que por mí.

—No me hagas reír. ¿Qué harás? ¿Atacarnos con flores? No seas patética. Con tus habilidades, no tienes nada que hacer contra nosotras.

De pronto, Isabela alza las manos y la hierba comienza a convertirse en escarcha. Varios trozos de hielo afilados se forman delante de nosotras.

—¡Ahora, Amber! ¡Corre! ¡Sigue el sendero! —grita mi madre antes de alzar las manos.

Los trozos afilados vienen hacia nosotras, pero en ese momento un árbol enorme sale de la tierra, creciendo a gran velocidad y haciéndonos de escudo. El hielo se clava en su tronco.

—¡Corre! —vuelve a gritar.

Mis pies por fin se ponen en marcha, pero antes de seguir trotando hasta el sendero, escucho a Isabela.

—Acaba con ella, Anastasia. Luego nos haremos cargo de ese monstruo.

Giro mi cabeza y veo cómo el cuerpo de la rubia se transforma en una enorme serpiente blanca. Se desliza por el suelo a gran velocidad y arremete contra mi madre. Se enrosca alrededor de ella y comienza a asfixiarla. Intenta quitársela del cuello para poder respirar y entonces mis pies ya no pueden avanzar. Una ira que jamás había experimentado en mi corta vida surge en mi interior. Siento algo oscuro y malvado recorrerme. Un trueno retumba en el bosque y desata una tormenta de lluvia y relámpagos. Veo que Isabela me mira con terror y da un paso hacia atrás. Sin ser consciente de lo que hago, levanto las manos. Algo dentro de mí guía todos mis movimientos; solo siento rabia. Lo único que deseo es salvar a mi madre. Únicamente pido que me dejen ser una niña feliz. Me han quitado a mi padre, a Chris, a mi abuelo, y ahora quieren separarme de mi madre. Quieren dejarme sola, y odio la soledad.

La tierra se abre ante nosotras y varias raíces con espinas comienzan a brotar de ella. Algunas arremeten contra Isabela mientras ella intenta esquivarlas; las otras atraviesan con sus espinas el cuerpo de la serpiente, que se parte en trozos y suelta a su presa. Ella cae al suelo y los pedazos ensangrentados del reptil se transforman en pequeñas luces que se evaporan en el aire.

Mi madre me mira sorprendida a la vez que se levanta con rapidez para correr a mi lado. Siento mi cuerpo pesado, sin fuerzas, y caigo de rodillas en la fría y húmeda hierba. La tormenta desaparece y las enredaderas de espinas vuelven a su lugar bajo la tierra.

Cuando mi madre llega hasta mí, la voz de Isabela nos sorprende:

—¡Maldito monstruo! ¡Pagarás por lo de mi hermana!

Varios fragmentos de hielo vienen directamente hacia mí, pero antes de que impacten contra mi cuerpo, se quedan suspendidos en el aire. Miro a Isabella: su figura se ha congelado, su brazo sigue en la misma posición que antes de atacarnos. Es como si el tiempo se hubiera detenido. Miro a mi madre, que observa más allá como si alguien estuviera a mi espalda. Cuando voy a girar la cabeza, ella me lo impide al abrazarme. Está cubierta de sangre, pero no me importa. Solo quiero sentir su calor, apaciguar mi miedo. Coloca sus manos en mis mejillas.

—¿Cuánto hace que tus habilidades despertaron? ¿Esto ha pasado antes, Amber? —me

pregunta asustada.

Yo niego y comienzo a llorar.

—No pretendía matarla, mamá. Solo quería que nos dejaran en paz. —Mis lágrimas recorren mi rostro.

—¡Lo sé, mi amor! Lo sé. —Entierra mi cabeza en su pecho—. ¡Debemos darnos prisa! Esto no tenía que suceder así. Nos queda poco tiempo, hay que llegar al gran sauce.

Ella me agarra de la mano y corremos hacia el sendero. Yo sigo llorando; no quería matar a nadie, pero lo he hecho. Soy una asesina. Soy un monstruo.



—¡Am! ¡Despierta! —Una voz se coló a través del bosque mientras corría cogida de la mano de mi madre.

—¡Amber!

—¡Soy un monstruo!

—¡Despierta!

Me levanté sobresaltada y gritando. Sentí unos brazos alrededor de mi cuerpo.

—¡Tranquila! Estoy aquí contigo. Solo ha sido una pesadilla. —La voz de Ray hizo que me calmara poco a poco, pero mis lágrimas seguían sin detenerse y me faltaba el aire para respirar.

—No quiero ser un monstruo. —Mi voz salió rota. Los recuerdos de mi pesadilla seguían vivos en mi mente.

Él me acarició el cabello mientras me abrazaba.

—No lo eres. Jamás serías un monstruo. No vuelvas a decir eso. No sé qué has soñado, pero solo ha sido una pesadilla, nada más.

Lo estreché entre mis brazos e intenté relajarme y olvidar todo lo que había visto. Mi respiración fue tornándose más relajada. Ray debió darse cuenta cuando me cogió de las mejillas para que lo mirara.

—Date un baño para relajarte. Te esperaré aquí afuera.

—¿Qué hora es? —pregunté desorientada. La luz se filtraba a través de la ventana.

—Las cuatro de la tarde. Sé que es más temprano de la hora a la que sueles despertarte, pero Marcus quiere reunirse con todos nosotros en su despacho cuanto antes. Le dije a mi padre que vendría a avisarte.

Cuando miré a Ray a los ojos, todo lo sucedido el día anterior pasó por mi cabeza.

—Sobre lo de anoche...

—Hablaemos de eso cuando te des ese baño —me cortó. Su mandíbula se tensó al mencionarle ese detalle.

Moví mi cabeza en un movimiento afirmativo y me levanté de la cama. Cogí el uniforme negro que me pondría después y me encaminé hacia el baño bajo la atenta mirada de Ray. Él me observaba en silencio, sabía que estaba molesto conmigo, y no era el único. No me gustó su forma de actuar la noche anterior. Su exagerada protección me asfixiaba y no estaba dispuesta a permitirlo.

CAPÍTULO 14

Amber

El baño de agua caliente relajó todo mi cuerpo y mis pensamientos se disolvieron como el vapor. Cada vez tenía más sueños sobre mi pasado. No cabía duda de que el sello que usó mi madre para borrar la memoria y contener mi poder se debilitaba. A causa de ello, mis recuerdos volvían poco a poco a mi mente y se introducían en ella a través de mis sueños.

Salí de la bañera y me vestí lo más rápido que pude. Si mi abuelo Marcus nos había llamado a todos para reunirnos, quizá tendría información sobre Dana. Estaba ansiosa por conocer su paradero y cómo la recuperaríamos.

Al regresar a la habitación, me encontré con la mirada de Ray. Se encontraba sentado en el sillón, esperándome como había prometido. Los músculos de sus hombros se marcaban bajo una camiseta corta y azul que resaltaba sus ojos del color del mar. Estos me recorrieron antes de hablar.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Creo que sí. Ya sabes. Las pesadillas no dejan de acosarme —respondí un poco tirante. Bajé la vista al suelo; seguía enfadada con él por lo de la noche anterior.

—¡Am! Tenemos que hablar. —Tras suspirar, se levantó del sillón lentamente.

—¿Ahora piensas escucharme? ¿O saldrás corriendo de nuevo sin dejar que te lo explique? —le reproché.

—¿Qué hay que explicar? —resopló molesto—. ¿Me crees tan tonto como para no entender qué conlleva que te muerda un vampiro? ¿Lo íntimo que es eso para ellos? —Apretó los puños y tensó su mandíbula—. No puedo creer que tu abuelo haya dejado pasar como si nada lo que te ha hecho.

—¡Hayden no tiene la culpa, Ray! Podría habértelo explicado si me hubieses escuchado anoche. —Levanté los brazos, exasperada.

—¡¿Que no tiene la culpa?! ¿Os habéis vuelto todos locos aquí o qué? Ahora me dirás que estabais entrenando, se cayó encima de ti y que por error te clavó los dientes. —Ray comenzó a reír con incredulidad.

—Yo se lo pedí. —Las palabras correctas salieron por fin de mis labios.

De pronto, la risa de Ray se congeló y me miró sin entender. Un silencio incómodo nos

rodeó. Él tardó unos minutos en encajar lo que le acababa de decir.

—¿Qué has dicho? —Alzó las cejas y me observó directamente a los ojos.

Me armé de valor.

—Yo fui quien le pidió que me mordiera —repetí.

En ese momento, su silencio me preocupó. No esperé que se girase y comenzase a dar vueltas por la habitación. Seguí hablando por miedo a que se marchara sin una explicación.

—Después de la trifulca con los brujos, Hayden estaba muy mal. Sé que ellos se fortalecen con la sangre y no era capaz de dejarlo así. Mi sangre es poderosa, ¡sabía que podía ayudarlo! —Él no paraba de dar vueltas mientras le hablaba—. Cuando se lo dije se negó, prácticamente tuve que obligarle a que lo hiciera. ¡Estaba así por mi culpa, Ray!

De pronto, se puso frente a mí en dos zancadas y me encaró.

—¿Me estás diciendo que se lo pediste porque te sentías culpable?!

—¡No...! ¡Lo hice porque no podía verlo así! —Mis palabras salieron sin pensar. Agaché la vista—. No podía verlo en ese estado. —Cuando alcé la cabeza, la mirada dolida de Ray me tomó por sorpresa.

—¿Tanto te importa ese vampiro, Am? ¿Hasta llegar a hacer eso por él? —susurró, apartándose de mí.

—¿Por qué lo haces sonar como si fuera algo sucio?! —Él estaba cabreadísimo, pero yo también terminé por explotar—. ¡Ya no soy una niña, Ray! Soy una adulta que puede tomar sus propias decisiones. Nadie te da el derecho de ir y pelearte con alguien por una decisión que yo he tomado. ¡Por Dios, Ray! Eres demasiado protector y no te das cuenta de lo que eso llega a afectarme. ¿Qué crees que piensan todos cuando ven tus reacciones exageradas?

—¡Dímelo tú, Amber! —Se volvió a acercar a mí, tanto que sentí su respiración muy cerca de mis labios.

Aunque su mirada desprendía rabia y dolor, sus manos acariciaron mis mejillas con ternura mientras susurraba:

—¿Qué crees tú que piensan? ¿Que estoy enamorado de ti? ¿Que me muero de celos cada vez que imagino que otro ha podido tocarte? —En ese momento, dejé de respirar—. Pues entonces llevan toda la razón. Odio saber que otro te ha tocado mientras que yo, en cambio, llevo años luchando contra mis instintos para no hacerlo. Durante mucho tiempo he intentado convencerme de que lo nuestro está prohibido y que debo conformarme con estar a tu lado.

Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando pegó su frente a la mía y la palma de su mano acarició mi cuello.

—Pero ya no puedo más, Am. Pueden impedirme tocarte porque está prohibido. Incluso pueden obligarme a renunciar a esto. Pero no conseguirán que no te ame, porque nunca dejaré de hacerlo.

No estaba lista para este momento. Para escuchar unas palabras que llevaba tanto tiempo deseando oír. Como dijo Kress, todo me había explotado en la cara sin previo aviso. Nada me preparó para sentir su cuerpo tan pegado al mío, o cómo, de pronto, su boca se estampaba contra la mía, con tantas ganas que tuve que agarrarme a su cuello para no caer.

Ambos nos enredamos en besos y caricias ardientes. Nuestras lenguas bailaban una al compás de la otra intentando tomar lo que llevábamos tiempo deseando. Los besos de Ray eran exigentes, salvajes, como una bestia liberada al fin de su encierro. Sus grandes manos descendieron por mi cintura hasta aferrar mis muslos y, con un tirón hacia arriba, me colocó alrededor de sus caderas. Yo me sostuve con fuerza a sus anchos hombros, disfrutando del tacto de sus músculos y del calor de su cuerpo. Me llevó hasta el tocador y me sentó en él tirando todo lo que encontró a su paso.

Juntos, nuestros cuerpos eran llamas y lujuria. Sus labios abandonaron los míos para bajar hasta mi cuello con besos cargados de deseo, pero entonces el recuerdo de Hayden apareció en mi cabeza. Sus suaves y delicados besos eran tan diferentes a los de Ray que...

¡Joder, Amber! Saca de tu mente al vampiro bipolar. ¿No tienes lo que habías soñado desde hace tanto tiempo?

Ray tuvo que darse cuenta porque detuvo sus besos y me observó preocupado.

—¡Lo siento! ¿Te he hecho daño? —preguntó con la respiración acelerada y la voz ronca. Negué con la cabeza.

¿Qué le digo? ¿Que el vampiro idiota se ha metido en mis pensamientos y se ha cargado el mejor momento de mi vida?

—Puedes seguir si quieres —solté nerviosa.

¿En serio, Amber? ¿No se te ha ocurrido otra cosa? ¿Por qué no le dices que te haga suya y terminas antes?

Mientras discutía conmigo misma mentalmente, Ray me agarró de la barbilla para que lo mirase. Su expresión se endureció.

—Am, tengo que contarte una...

Varios golpes en la puerta hicieron que nos quedáramos en silencio.

—¡Malos pelos! ¿Puedo pasar? —La voz de Dash nos sorprendió a los dos.

Antes de que nos diera tiempo a separarnos, la abrió de sopetón. Su mirada pasó de mí a Ray, y luego a la inversa. Yo me bajé del tocador con disimulo, pero por su cara supe lo que pensaba.

—¿Qué carajo estabais..? ¡Bueno, da igual! No estoy preparado para esto. Es como ver a mis padres montándose en mis narices. —Arrugó la nariz con repulsión—. ¿No deberíais ser más precavidos y cerrar con pestillo? —Frunció el entrecejo.

—¿No deberías llamar antes de entrar? —le recriminó su hermano, molesto.

—Lo he hecho. —Dash se excusó levantando las manos.

—Si entras sin permiso es lo mismo que no haber llamado —recalqué.

—¿Vamos a seguir discutiendo sobre esto todo el día? —Ray miró a su hermano con las cejas alzadas.

—¿No es este el momento incómodo en el que tú dices que te vas y la esperas abajo? —le soltó Dash—. Porque creo que Amber querrá peinarse un poco. Ya sabemos que su cabello es una tragedia, pero ahora mismo parece que se ha peleado con un gato. —Sonrió.

Agarré la almohada y se la tiré a la cabeza. Él la esquivó, riendo.

—Os espero en el despacho de Marcus —nos informó Ray antes de desaparecer por la puerta. Yo me quedé mirando a mi hermano adoptivo.

—¿Sabes, Dash? Te he echado mucho de menos, pero me acabas de recordar por qué a veces me dan ganas de estrangularte.

Él me sonrió como siempre hacía después de sus bromas.

—Te espero abajo, ¡date prisa o te perderás la reunión! —exclamó tras salir de la habitación. Pero, antes de cerrar, asomó la cabeza y volvió a hablar. Por su cara pícara ya me imaginaba que iba a soltar alguna de las suyas, aunque, al contrario de lo que pensé, sus palabras me sorprendieron y me calaron muy hondo—. ¡Oye, Am! Yo también te he echado de menos. Para mí siempre serás mi hermana, aunque seas una mezcla de esas raras entre especies. —Arrugó la nariz.

Sus palabras me hicieron reír de verdad, como no lo hacía desde que se llevaron a Dana.

—Te quiero. —Sonrió y cerró la puerta.

—Yo también —contesté, aunque sabía que ya no podía oírme.

No me había dado cuenta de cuánto extrañaba las bromas de Dash. Como siempre había pensado, su sonrisa era un rayo de sol en los días grises.

CAPÍTULO 15

Amber

No podía creer lo sucedido entre Ray y yo. Mucho menos que él sintiera lo que decía por mí. Siempre pensé que me protegía como a su hermana pequeña, pero por lo visto era la única que no veía la realidad. ¿Qué se suponía que éramos ahora? Era muy torpe para estos temas. Nunca había tenido nada con nadie, y lo de Hayden no contaba. Fue por pura necesidad y para que se recuperase cuanto antes.

Arreglé mi cabello y me di prisa en bajar. Marcus no era de los que les gustara esperar.

Me acerqué a la puerta del despacho de mi abuelo y saludé al guardia apostado en ella antes de entrar. Las voces de los presentes en la habitación se escuchaban desde afuera. En el momento en que puse un pie en la sala, toda la atención recayó en mí.

—Llegas tarde, Amber. —Los labios de Marcus se crisparon.

—¡Lo siento! —me disculpé.

—Siéntate. —Su voz grave retumbó en la sala.

Antes de tomar asiento, miré a todos los presentes. Mi abuelo se encontraba detrás del escritorio. Hayden, como era usual, se colocaba cerca de él, apoyado en la pared en una postura relajada. Me dio un rápido vistazo antes de centrar su atención en Ray, que se encontraba en uno de los sillones que se repartían por la sala. En ellos, se sentaban todos los demás: Kress, Cameron, Connor y Dash. A excepción de Logan, de pie con los brazos cruzados y en actitud pensativa.

—Como iba diciendo... —prosiguió Marcus—. He podido contactar con Sagara. Ha aceptado ver a Amber esta noche.

¿Cómo? ¿Esa no era la bruja?

—Sigo creyendo que es mala idea sacarla del castillo —opinó Ray, apretando la mandíbula—. Se la estamos poniendo en bandeja a Gael. Sin contar con que quieres que vaya a uno de esos aquelarres.

—Raylen... —le amonestó Logan—. Si Marcus lo ha decidido es porque sabe que no corre peligro con ellos.

—Sagara lleva muchos años trabajando con nosotros —aclaró mi abuelo—. ¿De dónde crees que han salido los collares que anulan nuestras habilidades? Ella y su aquelarre se encargan

de hechizarlos para ese fin.

Cuando vine a la reunión, jamás imaginé que sería para esto.

—¿Y Dana? Creo que lo más importante ahora mismo es encontrarla —corté la conversación.

—Seguimos buscando, pero nadie sabe dónde está. La mantienen bien escondida. — Hayden habló por primera vez.

Como me prometió antes de la trifulca con los brujos, la buscaba sin descanso.

—¿Y si no quieren hablar? —pregunté exasperada—. Quizá no quieran ir contra Gael.

—Lo dudo —interrumpió Cameron, con una mueca divertida—. Te aseguro que le temen más a Hayden. Creo que no querrían llegar al punto en el que él les tuviera que sacar la información.

¿Qué haría el vampiro bipolar para hacer que hablaran? Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No quería ni pensarlo.

—Es como si se la hubiera tragado la tierra —dijo Connor, pensativo.

—Thomas y Aaron ya se encuentran en la ciudad. La están buscando junto a otros clanes. Si no hay noticias, pronto se reunirán con nosotros para pensar en un nuevo plan. —Logan se tocó la barbilla—. Hay algo que no entiendo... ¿Por qué de pronto los brujos han desaparecido? No han vuelto a intentar llevársela. ¿A qué están esperando?

—Eso mismo me pregunto yo. —Marcus tensó la mandíbula—. Solo Allan lo sabe. Si todavía no ha venido a por ella, es que está esperando algo... y ese algo no creo que nos vaya a gustar. Allan no es como Gael, torpe e impulsivo. Es mucho más inteligente y no hace las cosas porque sí.

Cada vez que hablaban de mi padre, algo en mi interior se removía y muchas preguntas se formaban en mi cabeza. ¿Por qué nos había traicionado? ¿Alguna vez nos quiso a mi madre y a mí? Ella confiaba en él ciegamente. Pude darme cuenta de ello en mi último sueño. ¿Tanto lo amaba que no se daba cuenta de que la engañaba? La voz de mi abuelo hizo que le prestara atención.

—Lo primero es saber por qué ansían tanto el poder de Amber. Todos sabemos que lo quieren para destruirnos, pero no cómo lo piensan utilizar. Desconocemos cómo es de poderoso y, sobre todo, por qué hay dos sellos para encerrarlo. Todo esto es un misterio y hay muchas cosas que se nos escapan. Si Sagara puede darnos esa información, sabremos a qué nos enfrentamos.

—Ella podría decirnos dónde está Dana, ¿no? Si es tan poderosa como dices, será capaz de ayudarnos —sugerí.

—Este mundo no funciona así, Amber —respondió Marcus con tono cansado—. Aunque Sagara no comparta los mismos pensamientos idealistas que Gael o esa aversión hacia nosotros,

jamás delataría a ningún aquelarre. Sería como ir en contra de los suyos.

Suspiré agotada. Dana llevaba demasiado tiempo desaparecida. Un nudo se apretaba en mi garganta. ¿Dónde la tendrían? ¿Estaría bien? Una imagen de ella encadenada y otras cosas aún peores se colaban en mi mente cuando pensaba en ello.

—¡Hayden! Kress y tú llevaréis a Amber al encuentro. Saldréis en dos horas, cuando se ponga el sol —ordenó Marcus.

—Yo los acompañaré —soltó Ray—. No pienso dejar a Amber sola sin saber lo que encontrará allí. —Hayden resopló molesto al escucharlo.

¡Por favor! Que no empiecen a pelear de nuevo.

—¡Tú harás lo que se te ordene! —Mi padre adoptivo levantó la voz frente a su hijo.

—Déjalo, Logan. El chico tiene razón. —Mi abuelo observó a Ray con los ojos entrecerrados—. Así me daréis la prueba de que podéis trabajar juntos. —Luego miró a Hayden—. Espero que os comportéis como aliados y dejéis de pelear como críos en un patio de recreo. Ahora tenemos que estar más unidos que nunca, y creo que no hace falta recordaros que lo que está en juego es la seguridad de mi nieta.

Logan se quedó un momento pensando en lo que proponía.

—¿No será un problema para la bruja? —habló por fin.

—Ella sabe de nuestra alianza —respondió Marcus—. Confía en mi mano derecha, al igual que en mí. Si van con Hayden, no habrá problema.

—Entonces, creo que ya está decidido. ¡Dashiel, prepárate! Saldrás con tu hermano para acompañarlos —informó Logan.

—¡Bien! —exclamó Dash, emocionado.

Ya me parecía raro que no hubiese interrumpido con alguno de sus comentarios.

Todos comenzamos a levantarnos de nuestros asientos para dar por terminada la reunión, aunque la voz de mi abuelo al llamar a Ray hizo que me parara en seco.

—Sé que eres el líder y un futuro alfa, pero esta vez tendrás que ceder tu autoridad. Estaréis bajo las órdenes de mi mano derecha. —Se refirió a Hayden—. Espero que eso no sea un problema para ti.

Ray apretó los puños y tensó la mandíbula; aun así, afirmó con un movimiento de cabeza indicando que estaba de acuerdo. Yo no estaba tan segura. Esperaba que esos dos dejaran de lado sus diferencias por el bien de todos.

Tras salir, Hayden nos ordenó que estuviéramos listos en dos horas y se marchó junto a Cameron.

—¡Am...! —Ray colocó su mano en mi hombro para hablarme de algo, pero la voz de Logan lo cortó.

—¡Raylen! Necesito que vengas conmigo.

Ray me miró tras suspirar.

—Luego hablamos —dijo con pesar, marchándose tras su padre y su hermano.

¿De qué quiere hablar? ¿Quizá se ha arrepentido de lo que ha pasado entre nosotros?

Kress me sacó de mis pensamientos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó analizando mi expresión preocupada.

—Un poco —respondí haciendo una mueca.

Recorrimos el pasillo una al lado de la otra.

—No debes preocuparte por Sagara. Le debe mucho a tu abuelo y a tu madre.

—¿A mi madre? —Volví la cabeza hacia ella con sorpresa.

—Supuse que no lo sabías. Sagara es una desertora —comenzó a explicarme—. Hace muchos años fue juzgada por su propio aquelarre. La encerraron durante varios meses hasta que logró escapar. Por la historia que escuché, Eirena era aún una niña cuando la encontró malherida en el bosque y la ayudó. Gracias a las súplicas de tu madre, Marcus le dio cobijo hasta que se recuperó de todas sus heridas. Desde ahí, logró formar su propio aquelarre.

El orgullo inundaba mi corazón cada vez que pensaba en la bondad de mi madre. Como me contó Lory, ella era especial. Siempre ayudaba a los demás sin tener en cuenta de qué raza sobrenatural se tratase.

—¿Qué hizo para que la encerraran? —pregunté con curiosidad.

—Rompió una norma: accedió por completo al conocimiento de la magia.

Llegamos a la escalera donde nos teníamos que separar. Cada una iría a su habitación para prepararse, pero la curiosidad hizo que me detuviera.

—¿Qué significa eso? ¿No es lo que suelen hacer los brujos? —No entendía nada. Según Connor, ellos estudiaban la magia y los conjuros de sus antepasados.

—Los hombres sí. —Resopló molesta—. En la mayoría de los aquelarres, las mujeres solo pueden aprender magia curativa y poco más. ¡Malditos machistas! A ellas les está totalmente prohibido acceder a más conocimiento.

Un sentimiento de rabia e indignación se apoderó de mí. ¿Todavía se permitía eso? Creí que en el siglo XXI todo había cambiado, pero claro, estaba pensando en el mundo humano, no en el sobrenatural.

—Por tu cara, sé lo que estás pensando y sí, todavía existen cosas como esas. Para ellos, pelirroja, una mujer con poder es muy peligrosa. Les conviene mantenerlas en la ignorancia y encerradas en sus casas, cuidando de sus hijos.

—Todo eso me parece...

—¡Sí! Repugnante, lo sé. Por eso me cae bien esa vieja. Tuvo agallas para revelarse. Por suerte, en su aquelarre todo es diferente. Es la única mujer que se encarga de uno. Las niñas tienen derecho a estudiar, al igual que los niños. Allí hay brujos y brujas con los mismos

conocimientos. No me extraña nada el respeto que le tienen.

—Ahora tengo ganas de conocerla. —Sonreí aliviada.

—No te confíes. También es un poco gruñona. En general, no le gusta la compañía de la gente, así que no esperes un recibimiento cariñoso. ¡Y ahora, cámbiate! Saldremos dentro de poco.

Y así, subí las escaleras preguntándome si esa mujer tendría las respuestas que nos hacían falta...

CAPÍTULO 16

Amber

Como había dicho Marcus, transcurridas casi dos horas el sol se puso dando paso a la oscuridad. Me vestí con el uniforme que me había dado Lory. Era completamente negro: un jersey de manga larga y pantalones estrechos. Eran cómodos y elásticos, así podía moverme con facilidad. Me calcé las botas militares que solía utilizar para entrenar. Escondería en ellas mis dagas; aunque mi abuelo aseguraba que no correría peligro, llevarlas me hacía sentir más segura. Desde el ataque de ese vampiro en el callejón y la aparición de Isabela, no quería volver a sentirme sola y desprotegida.

Bajé hasta el salón para encontrarme con los demás. Al descender las escaleras, vi que ya estaban esperando. Al igual que yo, Kress y Hayden vestían un uniforme negro. El jersey de manga larga que llevaba el vampiro se le pegaba a sus brazos y pecho, lo que hacía resaltar su trabajado cuerpo. Ray y Dash, por el contrario, llevaban vaqueros y camiseta corta. Desde pequeños eran muy calurosos; ahora que sabía lo que eran, imaginé que se debía a su sangre salvaje y animal. Aun siendo aliados, se notaba que no se soportaban. Cada uno se encontraba en un lado de la sala esperando a que bajara para irnos. El primero en verme fue Ray, que se acercó a mí en dos zancadas. Sus ojos azules como el mar me miraron preocupados.

—Escúchame bien, Am. No quiero que te separes de mí ni un solo segundo. Si algo sale mal, podré protegerte. No confío en ningún brujo y no sé por qué, pero tengo un mal presentimiento.

Posé una de mis manos en su hombro y sonreí.

—No tienes por qué preocuparte. Llevo mis dagas escondidas. Si algo llegara a pasar como dices, puedo defenderme sola.

—¡Vamos! Tenemos que irnos. A la bruja no le gusta esperar —ordenó Hayden de mala gana. Desde que Ray llegó al castillo, el vampiro bipolar estaba algo más molesto. Por lo normal su expresión era seria, pero últimamente su mirada glacial traspasaba hasta los huesos.

—¿Vas a una guerra? —Dash sonrió divertido cuando llegué hasta ellos.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

Él me echó el brazo por los hombros de forma cariñosa.

—Me resulta raro verte así vestida, pareces la viuda negra. Aunque tengo que reconocer

que es sexi. —Movi6 las cejas a modo pica r6n.

La risa de Kress se escuch6 a nuestro lado.

—¿Le est6s tirando los tejos a tu hermana adoptiva, lobo? —pregunt6 ella bromista, esperando su respuesta con las cejas alzadas.

Ray y Hayden no dijeron ni una palabra. Iban recorriendo los pasillos delante de nosotros.

—Te aseguro que no —respondi6 divertido—. Bastante lio hay ya como para a~adir otro m6s a la ecuaci6n. ¡Auch! —Le habia atizado un codazo en las costillas para evitar que siguiera hablando. Quit6 su brazo de mis hombros para encogerse—. ¿Te he dicho ya que pegas m6s fuerte que antes? —ironiz6 masajeando su costado.

—Mejor c6llate si no quieres saber la buena puntería que tengo tambi6n con las dagas. —Mi mirada molesta lo hizo reír.

—¡Vaya! Un mes aquí y est6s hecha toda una Tomb Raider. —La sonrisa de Dash era contagiosa, así que no pude estar molesta con él por mucho tiempo.

Lo abracé de forma cari~osa, a la vez que camin6bamos por el final del último pasillo. Dash me devolvi6 el gesto revolviendo mi cabello. Lo habia echado mucho de menos.

Al salir al exterior, un olor a tierra mojada invadi6 mis fosas nasales. El día, como tantos otros en Londres, se tornaba húmedo y lluvioso. Uno de los guardias de mi abuelo estaba esper6ndonos con un todoterreno preparado. Con un gesto de respeto, le entreg6 las llaves a Hayden. Este las cogi6 y se mont6 en el lugar del conductor. Kress se coloc6 a su lado de copiloto y los dem6s ocupamos los asientos de la parte de atr6s. Yo me situé entre ellos. Enseguida traspasamos los portones de las tierras de Marcus. Después de un par de minutos, el silencio invadi6 el auto. Eso hizo que me diera cuenta de que mi cuerpo rozaba demasiado el de Ray. Recordé lo sucedido entre nosotros. Me sentía rara, como si todo hubiera sido un sueño o fruto de mi imaginaci6n. Intenté distraerme con cualquier cosa.

—¿Esa mochila no es demasiado grande para ocultar armas? —pregunté a Dash con la nariz arrugada. Desde que nos encontramos en la sala, no me pas6 desapercibida, colgando de su espalda. Ahora descansaba entre sus piernas.

—¿Qué te ha hecho pensar que son armas? —respondi6 extrañado.

—¿Qué llevarías si no? —le devolví el gesto.

—Llevo ropa para Ray y para mí, por si la cosa se pone interesante y tenemos que transformarnos. Todavía recuerdo los gritos que diste la última vez que me quedé desnudo. —Puso los ojos en blanco. Cuando fui a contestar, Dash volvi6 a hablar—. ¿Y tú de qué te ríes, blanquito? —Señal6 al reflejo de Hayden en el retrovisor. Un lado de su boca se curvaba hacia arriba.

—Tu dios podría haber pensado en eso cuando os cre6, me parece algo ridículo —opin6

con una mueca divertida.

—Hayden... —Kress lo reprendió.

¿Había alguien que se llevara bien con el vampiro bipolar?

—Vuelve a repetir eso, chupasangre, y te enseñaré lo ridículo que puedo llegar a ser en mi forma de lobo. No me durarías ni un asalto. —Apretó los dientes.

—Qué miedo —soltó en tono aburrido—. Creo que correré el riesgo por ver su cara cuando vuelvas a tu forma de nuevo. —Me señaló.

Resoplé molesta tras sus palabras. A Hayden, como no era de extrañar, le encantaba cabrearme con sus comentarios sarcásticos.

¡Idiota!

—¡Dash! —Ray regañó a su hermano y luego miró al reflejo de Hayden—. Puedes guardarte tus opiniones, vampiro. Nadie te las ha pedido.

¡Madre mía! Si los lobos y los vampiros se llevan así ahora, ¿cómo sería antes de la alianza?

Intenté mediar un poco.

—¿Podemos llegar a nuestro destino sin matarnos en el proceso? La verdad es que os agradecería algo de paz. —Todos guardaron silencio—. ¡Gracias! Eso está mucho mejor.

Me eché hacia atrás en el asiento y suspiré aliviada al escuchar solo los ruidos que se filtraban del exterior del vehículo. Estaba muy inquieta y tener a los chicos discutiendo a mi lado todo el tiempo no ayudaba. La mano de Ray agarró la mía al darse cuenta de mi nerviosismo, algo que agradecí.

Miré la ciudad, maravillada. Aunque aquellas vistas no eran nuevas para mí, seguía quedándome ensimismada con las luces que alumbraban las calles y los edificios. Nos adentramos en su interior, donde la gente parecía feliz, tranquila, ajena a todo lo que, sin siquiera imaginarlo, se ocultaba ante sus ojos. ¿Cómo serían sus vidas si supieran que en realidad los personajes de sus pesadillas y sus películas de terror no eran una mera invención? Había veces que hasta yo misma dudaba de si este era mi destino o en realidad era un largo sueño del que al fin despertaría.

—Creo que te has equivocado de camino, Hayden. —La voz de Kress me sacó de mis pensamientos.

—La bruja quiere vernos en su local. Se lo dejó muy claro a Marcus —respondió este centrado en la carretera.

—Aquello estará atestado de brujos de su aquelarre, ¿desde cuándo desconfía de nosotros? —Los labios rojos de Kress se crisparon.

—No es de nosotros de quien desconfía. Le ha dicho a Marcus que Amber estará más segura allí. Si Gael decide atacar esta noche, ella y su gente nos respaldarán. Aunque tampoco

descarto que sea por nuestra compañía; no le agradan los lobos y no se fía de ellos.

—Me parece gracioso escuchar eso de los brujos. No fuimos nosotros quienes empezamos una guerra —se quejó Dash molesto.

—Tampoco sabemos todo lo que ha pasado a lo largo de los años. Cada uno tiene su versión —explicó Kress.

En ese momento, Hayden aparcó el vehículo en una zona poco iluminada. Dash dejó la mochila escondida bajo el asiento, lo que me hizo pensar que estábamos en un barrio no muy seguro. Comenzamos a caminar por las calles oscuras y desiertas. Apenas había nadie, no sabía si se debía a lo tarde que era o a que la gente no solía merodear por allí. De pronto, Hayden se desvió en una esquina a la derecha y todos lo seguimos. Entramos en un callejón sin salida. Al final de este, un letrero viejo y destartado contenía una sola palabra: Halloween. ¿Por qué los sobrenaturales eran tan poco originales en poner el nombre a sus locales? Primero Blood Night y ahora esto. Me parecía algo gracioso y no llegaba a entenderlo. Al acercarnos, el letrero apuntaba hacia una escalera que descendía hasta llegar a una puerta negra.

—Esto parece la entrada a un local de juego ilegal —dijo Dash emocionado.

—¡Shhh! —Lo hice callar. Ya estaba bastante nerviosa sin saber lo que encontraría allí.

Hayden dio tres golpes en la madera y, tras varios segundos, una ventanilla se abrió desde dentro, recibiéndonos unos ojos oscuros.

—¿Qué quieres, vampiro? —Se escuchó una voz de hombre grave y rasposa.

—¿En serio sigues jugando al mismo jueguecito de siempre? —preguntó Hayden molesto—. Te aconsejo que abras ya, mastodonte, si no quieres que vuelva a tirar la puerta abajo como la última vez. Hoy tengo poca paciencia y tu jefa nos está esperando.

¿Pero qué mierda...?

Se hizo el silencio y se escuchó descorrer un cerrojo. La puerta se abrió y el tipo de ojos oscuros nos observó unos segundos antes de dejarnos pasar. Su cuerpo era corpulento y sus brazos anchos y musculados. Parecía uno de esos luchadores de la WWE. Su cabello era moreno y largo hasta los hombros y, debido a Hayden, su expresión de cabreo me hizo pensar que no era una buena idea haber ido hasta allí.

El vampiro bipolar se paró justo a su lado antes de entrar. Un largo pasillo poco iluminado se encontraba detrás del mastodonte, como lo había llamado Hayden.

—Chico listo. No me gusta esperar y tengo un poco de prisa. Ahora, si te quitas, me ahorrarás tiempo. —Las palabras de Hayden y su mirada aburrida me dieron ganas de cometer un asesinato, sobre todo por la expresión del gorila y sus fosas nasales dilatadas mientras miraba al vampiro con ira.

¿Por qué tiene que tocarle las narices a todo el mundo? Por su culpa nos echarán de aquí a patadas.

—¡Déjalos pasar, Milo! Mi abuela los está esperando. —Una voz de chico se escuchó desde el interior. Me puse de puntillas para verlo mejor. Su pelo alborotado era de color castaño. Vestía unos vaqueros y un jersey, un estilo a como lo hacían Dash y Ray.

El tal Milo se hizo a un lado para dejarnos pasar, aunque no entendía el nombre... ¿Milo? Pensé que Hulk le pegaría más.

Al adentrarnos en el pasillo donde el chico nos esperaba, sentí el cuerpo de Ray muy próximo al mío. Como dijo antes de salir, me quería cerca de él en todo momento. Sin duda habría pensado lo mismo que yo. ¿En cuántos problemas nos metería el vampiro por culpa de su arrogancia?

CAPÍTULO 17

Amber

—Mi abuela lleva un rato esperando. Si llegáis a tardar un poco más, ni siquiera os habría recibido.

El chico era joven, podría tener la misma edad que Dash.

—Dile a tu abuela que a mí tampoco me sobra el tiempo. Así que, si te das prisa... — Hayden alzó la mano, invitándolo a que nos dejara pasar. Habíamos llegado a una puerta al final de un pasillo bastante oscuro, únicamente iluminado por unos candelabros antiguos que se situaban en las paredes de moqueta verde bosque.

—¿Sabes, vampiro? Me caes fatal. No sé cómo mi abuela lleva años aguantando tus visitas —se quejó el brujo.

—Qué le vamos a hacer. La vida no es justa. A mí me cae mejor tu hermana y hoy estás tú en vez de ella. —El tono aburrido de Hayden hizo resoplar al chico. Pero sus ojos se agrandaron cuando se percató de mi presencia.

—¿Ella es la mestiza? —Su mirada escrutadora y sus palabras me incomodaron.

—Ella tiene nombre, brujo —soltó Ray bastante molesto. Este lo miró con asco al percatarse de lo que era. Cuando iba a contestar, la voz de Kress cortó el momento incómodo.

—¿No decías que tu abuela tiene prisa en vernos? ¿Por qué no pasamos y dejáis la charla amistosa para luego? —le susurró con voz seductora colocando una mano en su pecho. El chico comenzó a ponerse nervioso.

—Cla... ¡Claro! Seguidme —tartamudeó. La vampira sabía muy bien cómo obtener lo que quería.

El brujo por fin abrió la puerta y nos acompañó al interior. Lo primero en que me fijé fue en el tono azul apagado de las luces y en la música rock antigua que se escuchaba de fondo. Las paredes eran de piedra. Sin lugar a dudas, nos encontrábamos en una cueva que hacía de bar. Luego reparé en que éramos el centro de atención. Una barra se extendía a lo largo de la sala a nuestra derecha, donde una chica de piel morena se quedó a medio secar un vaso que tenía entre las manos. En el centro, había una mesa de billar con varios jugadores. Uno de ellos, moreno y con pintas rebeldes, se detuvo para observarnos de forma descarada. Escuché a Ray resoplar molesto. Esperaba que no le diera por sacar su vena protectora en ese momento. Mientras

caminábamos siguiendo al brujo, varias personas nos escrutaban desde los pequeños sofás que se encontraban repartidos por el pub. Seguí caminando junto a los chicos intentando ignorar las miradas incómodas de los presentes y por fin, al final de la sala, alcanzamos una escalera que descendía aún más abajo de lo que ya estábamos. Un sentimiento de asfixia envolvió mi pecho.

Tranquila, Amber. Respira.

No me gustaban los sitios cerrados, me hacían sentir atrapada.

Mientras bajaba, arrugué la nariz tras percibir un olor a moho y a piedra antigua.

—¡Esto parece la guarida de Drácula! —bufó Dash a la vez que intentaba quitar una telaraña que obstaculizaba su paso.

—¡Ja, ja! Qué gracioso. —Ironizó Kress haciendo una mueca.

Cuando llegamos a la parte de abajo, recorrimos un largo pasillo hasta detenernos en una puerta. El brujo ni siquiera se molestó en llamar antes de abrirla. Al entrar, me fijé en la cantidad de estanterías que tenía la sala. En ellas, se acumulaban bastantes objetos que me hacían dudar de si salir corriendo o no. Había muchos botes de cristal; algunos contenían plantas y otros partes de animales. O quizá quise convencerme de ello para mantener la calma. Comenzaba a sospechar que los cuentos sobre brujas y calderos no andaban tan mal encaminados. Varios espejos y atrapasueños de todos los tamaños colgaban de las paredes, lo que hacía la estancia más escalofriante.

—Por fin habéis llegado. —Una voz de mujer me sacó del trance en el que me encontraba. Su sonido era antiguo y autoritario.

Abrí los ojos con sorpresa al mirarla. Su voz no contrastaba para nada con su apariencia. Por lo que había escuchado sabía que era algo mayor, pero nunca me había parado a pensar en su edad. La anciana tenía el pelo blanco recogido en una coleta baja que le llegaba a la cintura. Sus brazos delgados y su cuerpo huesudo y encorvado delataban su avanzada edad. También vestía una túnica negra, lo que la hacía ver aún más escuchimizada. Se encontraba sentada frente a una mesa cubierta de cartas que supuse que serían del tarot.

—Por lo que veo, no creo que hayamos interrumpido nada importante —contestó Hayden observando las cartas.

La bruja levantó la mirada desafiándolo y fue cuando pude ver sus ojos negros como el ónix.

—Nadie te ha pedido que hables, Demon Albus —contestó molesta.

—Ya sabes que no me hace falta tu permiso, Anus. —Tras la insolencia del vampiro, ella suspiró.

—El día que decida convertirte en una serpiente blanca dejarás de ser tan arrogante —amenazó la bruja. Hayden, por el contrario, torció los labios en una media sonrisa.

Me dio la sensación de que no se caían tan mal como había pensado en un principio.

—¡Acércate, niña! Deja que pueda verte de cerca. —Por el tono de voz, la anciana parecía estar molesta a cada momento. Kress no se quedó corta al decir que era bastante gruñona.

Miré a Hayden preguntando qué hacer, y este afirmó con un gesto de cabeza para que me acercara. Los demás estaban completamente en silencio. Aunque la anciana parecía débil y a punto de convertirse en polvo, irradiaba un poder que no podía explicar. No era evidente a simple vista, solo se podía sentir.

Al acercarme, la bruja me miró a los ojos y, aunque yo no pude ver nada en los suyos, estaba segura de que ella sí había descubierto algo en los míos.

—Interesante... —Sonrió de manera sombría. Las arrugas de sus ojos se hicieron más notorias al intentar observar mi interior —. Al fin tu alma ha encontrado lo que lleva tanto tiempo buscando. Te habla y te da señales para que te des cuenta. —Chasqueó la lengua—. Pero no la escuchas, niña. El ego no te deja prestar atención.

¿A qué se refería la bruja? Intenté pensar en cada palabra que me había dicho.

—¡Marchaos! —ordenó a los demás haciendo aspavientos con las manos—. Dejadme a solas con ella. Demasiada energía alrededor.

El nieto de la mujer, que se había quedado apartado y en silencio, intervino.

—Ya la habéis escuchado. Todos fuera. —Invitó con un movimiento de cabeza apuntando hacia la salida.

Kress fue la primera en abandonar la habitación, aunque antes me guiñó un ojo para tranquilizarme. ¿Tanto se notaba mi nerviosismo? Dash la siguió. Ray, por el contrario, me miró dudoso, sin saber qué hacer. Con un gesto le hice comprender que podía salir y que iba a estar bien, y entonces se decidió a acompañar a los demás. Tras su marcha solo faltaba Hayden, quien se apoyó en la pared de forma aburrida y con los brazos cruzados.

—Tú también, vampiro. Ha dicho todos —le recordó el brujo.

Hayden pasó de él totalmente.

—Déjalo, Oliver, ya contaba con que no se iría —comentó la anciana con expresión cansada. Se podía ver que lo conocía muy bien.

El brujo resopló molesto antes de darse la vuelta y perderse entre las estanterías para salir de la sala. Centré toda mi atención en la bruja. No había dejado de darle vueltas a sus palabras y entonces caí en algo...

—Si te refieres a mi amiga, aún sigo buscándola. ¿Sabes cómo encontrarla?

Sagara comenzó a reír amargamente.

—Me temo que no puedo ayudarte en eso. Y no me refiero a tu amiga, niña. La mente olvida, pero el alma nunca lo hace. Hay lazos que ni siquiera la mente puede deshacer. —Desvió su mirada hacia Hayden—. ¿No es así, Demon Albus? —preguntó.

—Creí que tenías prisa, Anus. ¿Podrías decirnos algo sobre los sellos? Hemos venido

para eso. —El mal carácter del vampiro hizo su aparición.

¿Qué se traen estos dos?

—Las verdades son como las hojas secas de los árboles. Por mucho que intentes hundirlas en el mar, siempre saldrán a flote —le dijo la bruja antes de poner toda su atención en mí.

Hayden comenzó a masajearse el entrecejo.

Creo que me he perdido algo...

Sagara se levantó de su silla y rodeó la mesa para ponerse frente a mí.

—¡Bien! Dame tu mano, niña —me ofreció la suya para que la cogiera.

La alcé y se la estreché con miedo. Al hacerlo, una especie de calambre me recorrió el cuerpo y la solté de golpe por la impresión.

—No tengas miedo. Esto es algo normal. Es el choque de tu energía y la mía. Ambas son poderosas.

—Mi poder está sellado.

—Eso no significa que no esté ahí, dentro de ti. Ahora dame tu mano sin miedo.

Se la volví a estrechar con recelo, y al no recibir otra descarga, me tranquilicé. Ella cerró los ojos y comenzó a susurrar palabras que no llegué a comprender. Miré a Hayden, pero se encontraba concentrado en la bruja. De pronto, noté algo recorrer mi cuerpo, como una serpiente que exploraba mi interior. Mi respiración se aceleró y, en ese momento, una fuerza tiró de mí. No era la primera vez que lo sentía, era la misma sensación que se apoderaba de mí cuando mi poder quería romper el sello y salir a la superficie. Mis rodillas se doblaron tras percibir una energía en lo más profundo de mi ser. Una luz blanca y brillante surgió del suelo a mis pies, pero no pude ver lo que era, ya que mi mente se encontraba sumergida en el dolor que estaba sintiendo en ese momento. Lo que sí llegué a vislumbrar fueron unas pequeñas lunas que se iluminaban en mi muñeca. De repente, la bruja me soltó y el dolor desapareció como si nada. Ella suspiró a la vez que volvía a su asiento. Yo, en cambio, continué de rodillas en el suelo. Mi respiración seguía acelerada, y mis piernas tardaban en reaccionar para poder levantarme. De pronto, unas manos me alzaron con cuidado para ayudarme. No había visto cómo Hayden se había movido tan rápido para llegar hasta mí.

—Gracias —dije con la voz aún entrecortada.

—¿Y bien? ¿Has podido ver algo? —preguntó el vampiro, a mi lado.

Sagara se recolocó en su asiento, pensativa.

—Jamás había visto nada igual. Uno de sus sellos es de sangre. Anula sus habilidades y su verdadero ser. Pero el otro...

—¿Mi verdadero ser? —pregunté sin entender.

—Lo que eres en realidad, niña. Esa protección te hace parecer humana, aunque no lo

seas. —La bruja resopló molesta—. El otro sello es mágico. Un conjuro nuevo que nunca he visto. Solo alguien muy poderoso podría haber creado algo así.

—Era lo que pensaba —comentó Hayden—. ¿Pero quién? ¿Y por qué?

—Eso es lo que no entiendo —contestó ella—. ¿Qué es lo que el sello mágico está tratando de encerrar?

La anciana parecía preocupada, como dándole vueltas a algo que no podía descifrar.

Su mano se deslizó en un cajón de su mesa y sacó de él una tabla pequeña de madera para colocarla encima de esta. En sus extremos estaban tallados un sol y una luna, uno frente al otro. Luego llevó las manos a su cuello y extrajo una cadena de la que colgaba una especie de piedra negra y alargada. Había oído hablar de ellas, si no me equivocaba eran péndulos. Connor me explicó una vez que algunos brujos solían llevarlos encima.

—¿Para qué es eso? —pregunté dubitativa. Sabía que era habitual que los tuvieran, aunque Connor no me explicó cuál era su fin.

—¿No has venido a encontrar respuestas, niña? Pues te las voy a dar. Ahora necesito tu sangre.

Sacó una pequeña daga de su túnica y me agarró la mano. En ese momento, no sabía si en realidad quería respuestas o seguir viviendo en la ignorancia como hasta ahora...

CAPÍTULO 18

Amber

Me encogí de dolor al sentir el filo de la daga deslizándose por mi palma. La sangre corrió por la hoja sin detenerse hasta mancharla de un brillante rojo escarlata. Apreté los dientes, la herida escocía como el demonio.

¿Por qué en todas las historias sobre brujos y rituales hay sangre de por medio?

Pensé en cerrar la mano para contener la hemorragia, pero cierto vampiro bipolar la tomó y se la llevó a los labios. No me dio tiempo a protestar cuando su lengua recorrió el corte de una forma tan sensual que tuve que tragar saliva. Avergonzada, miré a la bruja por si se había dado cuenta, pero estaba tan concentrada en colocar la daga ensangrentada en el centro de la tabla que ni siquiera se percató. Aunque ya sabía lo que los vampiros podían hacer con su saliva y lo había experimentado antes, no dejaba de sorprenderme la facilidad con la que cicatrizaban las heridas. Me acerqué un poco a Hayden para susurrarle.

—Al menos, podrías pedir permiso. —Lo miré de reojo.

—Con un gracias bastaría —contestó arrogante.

—Gracias, pero preferiría que me avisaras antes. —Lo fulminé con la mirada.

—Cuidado, princesa. —Torció los labios con una media sonrisa—. Por tu expresión puedo pensar que te ha gustado demasiado.

Cuando iba a contestar, la habitación se quedó en una oscuridad absoluta. Varias velas que se encontraban en la mesa comenzaron a prenderse solas. Un escalofrío recorrió mi espalda. Sagara sujetaba el péndulo con la mano justo encima de la daga cubierta de sangre. Con los ojos cerrados, susurraba palabras que solo ella entendía mientras Hayden y yo observábamos sin perder detalle alguno. La piedra comenzó a moverse en círculos y la bruja abrió los ojos para mirarme. La expresión de horror en su cara hizo que mi vello se erizara.

—No eres lo que todos piensan. Tu nacimiento no es casualidad. Muchos planes se trazaron años antes de que nacieras. —Sagara hablaba como si algo la hubiera poseído. Seguía sosteniendo el péndulo en su mano, igual que si fuese una especie de hilo que la conectara a la información—. Las piezas del tablero comenzaron a moverse hace mucho tiempo. Dos jugadores ocultos en la oscuridad. Solo la reina blanca puede cambiar su destino y el de todos.

—¿Qué encierra ese sello? —preguntó Hayden—. ¿Para qué la quieren los brujos? —

Apretó los puños esperando respuestas, pero Sagara seguía hablando de cosas que no llegaba a comprender.

—Ese sello jamás debe romperse o el equilibrio se verá afectado. Caos y destrucción. El mundo será eclipsado por décadas de oscuridad. —La voz de la bruja daba cada vez más miedo. Me quedé en shock tras sus palabras.

—¿A qué te refieres?! No estoy entendiendo nada —dije alterada. Solo escuchaba incoherencias.

—Ellos están esperando a la Luna de Sangre. Los otros aún no saben de tu existencia. Si lo supieran, ya estarías muerta.

—¿Quiénes son ellos?! —gritó Hayden exasperado.

—Ellos son lo que todos temen...

De pronto, una llama de fuego surgió de la tabla y subió por el péndulo hasta las manos de la bruja. Los ojos de Sagara se volvieron blancos a la vez que gritaba de agonía y su cuerpo comenzaba a incendiarse. Hayden tiró de mí para colocarme tras su espalda.

—¡Ayúdala, por favor! —Mis gritos de pánico se unían a los de la anciana mientras se quemaba viva.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y todos entraron para ver lo que pasaba. Ray posó sus ojos en la bruja y luego en mí. Su mirada me recorrió para percatarse de que no estaba herida. Mi atención se desvió a Oliver, el nieto de Sagara que, con un movimiento de su mano hizo desaparecer las llamas y se acercó a su abuela para ver el estado en el que se encontraba. El olor a carne quemada invadió el espacio y me revolvió el estómago. Sentí unas ganas tremendas de llorar cuando vi el cuerpo de la bruja. Toda su piel estaba calcinada y desfigurada por el fuego. Comencé a respirar acelerada, pero Hayden me estrechó contra su cuerpo, impidiendo que pudiera ver más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una voz desconocida. Me separé de Hayden para mirar hacia la puerta. Allí se encontraba el mastodonte que nos había dejado pasar al *pub*. Sus facciones se contrajeron al ver lo sucedido.

—¡Tú! —La voz de Oliver me sobresaltó. Miró a Hayden con ira. Cerró los puños y apretó la mandíbula, luego desvió la vista hacia los demás—. ¡Pagaréis por esto!

—¡Te equivocas! No hemos sido nosotros —grité desesperada—. La tabla comenzó a arder de pronto y...

—¡Milo! —dijo al mastodonte—. Coge a la mestiza, la quiero viva. Los demás pueden irse al infierno.

Oliver susurró y levantó su mano formando una llamarada de fuego que lanzó hacia Hayden, quien me empujó para hacerme a un lado y que las llamas no me alcanzaran. Por suerte, solo llegó a rozarlo. ¿Por qué nos atacaban a nosotros?

—Creo que no has querido hacer eso. —Hayden miró al brujo, desafiándolo.

—Yo creo que sí. Voy a mandarte de vuelta al sitio al que perteneces, vampiro —soltó el chico con una mueca de desprecio.

—No me digas... Estoy temblando de miedo —le contestó tras hacer un amago de sonrisa—. No me obligues a hacerte daño, tu abuela no habría querido esto.

Oliver se enfureció y formó de nuevo fuego con sus manos.

—¡Lobo! ¡Sácala de aquí! —gritó Hayden a Ray. Sus ojos se tornaron completamente rojos y sus colmillos se alargaron.

Y entonces todo se volvió un caos. El mastodonte vino hacia mí antes de que Ray llegara a mi lado, pero Kress se interpuso entre nosotros. Sacó un pequeño palo de metal que se transformó en un bastón ancho y alargado. Arremetió contra él pero, cuando aún no había alcanzado su cuerpo, este le lanzó varios rayos que la impulsaron hacia atrás. La vampira se estampó contra la estantería haciendo caer algunos botes de cristal a su paso.

—¡Kress! —grité asustada mientras el mastodonte avanzaba hacia mí.

Me puse en guardia para defenderme, pero antes de llegar a tocarme, Ray lo embistió tirándolo al suelo. Justo al otro lado de la habitación, Hayden se enfrentaba al brujo intentando esquivar sus ataques. Si el vampiro no había utilizado su habilidad, significaba que no quería dañar al chico.

—¡Dash, llévatela! ¡Sácala de aquí! —La voz profunda de Ray salió como un trueno. Su cuerpo se iluminó con una luz brillante y dorada hasta que la forma del lobo negro hizo su aparición.

Dash me agarró e intentó arrastrarme fuera de allí mientras el cánido se enzarzaba en una pelea con el brujo gigante.

—¡No podemos irnos, Dash! —le grité. Me resistía a dejarlos allí.

—¡Créeme, Am! Le tengo más miedo a mi hermano que a los brujos si algo llegara a ocurrirte —confesó mientras me sacaba a empujones—. No les pasará nada. Nos buscarán una vez hayamos salido de aquí. ¿Qué le ha pasado a la vieja? ¿Tenía que morir hoy? —resopló molesto a la vez que tiraba de mí por las escaleras.

Mis piernas eran más rápidas que antes, aunque tenía que admitir que no tanto como las de mi hermano. Cruzamos el pasillo y subimos por las escaleras, pero al llegar a la cima de estas, paramos de golpe al ver que habíamos llamado la atención de los presentes en el *pub*. Todos nos miraban extrañados y aunque había menos brujos que cuando llegamos, todavía eran demasiados.

—¿Alguna idea? Porque lo veo bastante jodido —le susurré a Dash.

La morena de la barra salió de ella con las cejas alzadas.

—¿Dónde están Oliver y Milo? —preguntó desconfiada.

Dash me agarró de los hombros.

—A la chica le dan un poco de fobia los sitios cerrados, así que la acompaño fuera para que le dé el aire.

¿En serio? ¿No se te ha ocurrido nada mejor?

Después de una hora metida ahí abajo no creía que fuera a colar. Sin contar con las respiraciones aceleradas tras la carrera.

—Ni se os ocurra moveros de ahí —ordenó la morena—. ¡Lucian! Baja a buscar a Milo y a Oliver. Asegúrate de que todo esté en orden.

El brujo con pintas de malote que se encontraba en el billar pasó por nuestro lado para bajar, pero antes nos dedicó un gesto de advertencia.

En ese momento, Dash me miró a los ojos y acercó su rostro al mío.

—Escúchame bien, Am. Sube a mi lomo y, pase lo que pase, no te sueltes. Esto será como las carreras que hacemos en el bosque, ¿entendido?

Afirmé con un movimiento de cabeza. El cuerpo de mi hermano adoptivo comenzó a brillar y, de un segundo a otro, un precioso lobo gris apareció en su lugar. Los ojos de la morena se abrieron con sorpresa. Ya no le quedaba duda de que había pasado algo y que solo queríamos salir de allí. Me subí con rapidez al lomo de Dash, a la vez que los brujos se levantaban de sus asientos. Detrás de nosotros, el tal Lucian era arrastrado por un lobo negro escaleras arriba. Por fin Ray había podido subir. Tras percatarse de lo que estaba pasando, la bruja fue a ayudar a su compañero, lo que nos dio tiempo para escapar.

Dash comenzó a correr hacia la salida derribando mesas y a algunos brujos que intentaban interponerse en nuestro camino. Giré mi cabeza para mirar hacia atrás, comprobando que Hayden y Kress también habían salido de allí y que estaban sanos y salvos. Eso me permitió respirar con tranquilidad.

Casi habíamos llegado a la puerta cuando sentí una ráfaga de aire tan poderosa que hizo que me soltara del pelaje de Dash. Los dos salimos volando por los aires y, de pronto, mi cuerpo se encogió tras sentir cristales partiéndose a mi espalda. Había aterrizado contra las botellas colocadas detrás de la barra. Al caer al suelo, sentí algo atravesar mi muslo y un dolor punzante casi me deja sin respiración. Sin pensarlo, cogí aire y llené mis pulmones, aparté el dolor y me levanté como pude. ¿Dónde habría caído Dash? Tenía que encontrarlo. Miré desesperada a un lado y a otro. Allí se había desatado el infierno. Los brujos arremetían contra los míos, y estos se defendían de sus ataques. Estaba claro que Hayden no quería hacerles daño. Solo pretendíamos salir de allí.

Al girar la cabeza a mi izquierda, por fin pude hallar al lobo gris. Se encontraba tirado en el suelo, tenía una pata ensangrentada y le costaba levantarse. Un tipo se acercaba a él formando una esfera en sus manos. Si no hacía algo ya...

Era cuestión de segundos. Ni siquiera me acordé de las dagas que tenía escondidas en las botas. Lo primero que vi fue una bandeja que había en la barra. La alcancé y, sin pensarlo dos veces, se la lancé al brujo como si fuese un disco volador. Si me había servido un tacón como arma en el pasado, eso también podría hacerlo. Quizá confiaba demasiado en mi puntería.

La bandeja se estampó contra la cabeza del tipo y la esfera se esfumó, pero antes de cantar victoria alguien me sujetó por detrás.

—Ya te tengo, mestiza.

Uno de los brujos me cogió por el cabello. Sentí el tirón, aunque apenas noté dolor gracias a la adrenalina que corría por mi cuerpo. Intenté defenderme, pero el tipo me había agarrado bien y ni siquiera podía tocarlo. Tenía entendido que ellos no luchaban cuerpo a cuerpo, preferían la magia para defenderse. No obstante, estaba claro que el aquelarre de Sagara era diferente.

El brujo comenzó a arrastrarme aferrando mi cabello en un puño, dirigiéndose hacia la salida. Ahora entendía por qué tanto Kress como Dana lo llevaban corto; era una debilidad para nosotras.

Intenté por todos los medios liberarme del brujo, pero me fue imposible. De pronto escuché al tipo chillar, por fin me había soltado. Gritaba mirándose las manos como si se las estuvieran rompiendo. Sin duda era la habilidad de Hayden, que se encontraba en algún lugar de la trifulca. Me levanté con mucho trabajo, no sabía qué me pasaba. Las fuerzas me habían abandonado. Los ruidos de la batalla, muebles y cosas rompiéndose a mi alrededor embotaron mis oídos. Una bruja se puso frente a mí y levantó con magia un sillón para lanzármelo. Alcancé las dagas con mucho esfuerzo, dado que el dolor en la pierna se hacía más intenso y mi cuerpo se tambaleaba sin control.

Intenté fijar la vista en mi objetivo pensando en cómo acabaría esto y que eran demasiados para nosotros, pero en ese momento ocurrió lo que menos esperaba. Se escuchó un estruendo en la puerta principal. Un sonido parecido a una estampida y rugidos atronadores ocuparon todo el espacio. Sin esperarlo, un borrón negro saltó encima de la bruja para impedir que me derribara y justo detrás de este aparecieron muchos más. No sabía si lo que estaba viendo ocurría de verdad o veía doble por el estado en el que me encontraba. Una gran cantidad de lobos comenzaron a arrinconar a los brujos hasta que estos, al verse derrotados, desistieron del ataque.

Por fin, el ruido de la trifulca cesó, pero mi atención estaba puesta en otra parte. Delante de mí se encontraba el lobo que me había ayudado. Era negro, pero no se trataba de Ray. Su tamaño era menor y en su pecho resaltaba un mechón blanco como la nieve. De pronto su cuerpo se iluminó para dar paso a la silueta de una mujer desnuda. Todo en ella era perfecto: sus curvas, sus pechos y una melena negra y brillante que le caía en cascada hasta la cintura. Su mirada se

posó en mí.

—Hemos llegado a tiempo. —Me sonrió.

—¿Megan? —pregunté en un susurro.

De pronto mi vista se nubló y comencé a ver borroso. Todo me daba vueltas sin parar y sentí que perdía las últimas fuerzas que me quedaban. Mis piernas fallaron y noté que caía al vacío, pero entonces alguien me sujetó. Mis ojos se cerraron y, aunque no podía ver nada, sabía que era Hayden el que me cargaba. Su olor era inconfundible para mí.

—¿Qué le pasa?! —Escuché la voz asustada de Ray.

—Tiene una herida profunda en el muslo. Ha debido de perder mucha sangre. —Esta vez fue a Kress a quien oí.

—¿Qué creés que haces, vampiro?! —El crujido de una tela al romperse y las palabras de Ray fueron lo último que escuché. En ese momento todo se volvió oscuridad.

CAPÍTULO 19

Dana

—¿Qué haces ahí tirada? —Una voz dulce como el algodón me sobresaltó. Me encontraba sentada en el suelo con las piernas cruzadas.

—Te recuerdo que soy un lobo enjaulado. Necesito mantener mi conexión con mi animal interior. Hace mucho que no me transformo, estoy muy estresada —resoplé molesta.

Estaba meditando momentos antes de que Esther entrara en mi habitación cargada con una bandeja que dejó en la mesilla. Como siempre, traía consigo la comida que me preparaban. Su trabajo era ese, aparte de vigilar y velar por mi seguridad. Era una rehén un poco inusual.

—¿No te han valido los libros? —preguntó preocupada.

—¡Sí, claro! Pero aun así necesitamos esa conexión —le expliqué. La meditación me relajaba, era una forma de estar más cerca de mi loba.

—Sabes que no puedo quitarte ese collar. Mi padre me mataría si lo hiciera —soltó molesta.

—Lo sé. No te lo estoy pidiendo —dije malhumorada.

—¡Estás de un humor de perros! ¿Lo sabías? —La bruja cambió su expresión dulce por una más enfadada. No entendía cómo una persona podía pasar de un extremo a otro en segundos.

Me arrepentí enseguida de pagar con ella mi mal humor. Desde que me capturaron, era la única que se preocupaba por mí. Se excusaba con que su tío le había encomendado la tarea de vigilarme, pero en el fondo sabía que no era así. Esther me traía libros para que se me hicieran los días más fáciles, incluso se quedaba conmigo la mayor parte de su tiempo libre para conversar o leer juntas. Intuía que mi compañía le agradaba, al igual que tenía que reconocer que la suya me hacía sentir bien. Sin darme apenas cuenta, levanté la comisura de mis labios con una sonrisa.

—¿Y ahora qué? —Se extrañó al ver mi reacción. Todavía me encontraba sentada en el suelo y en posición de meditación.

—¿Sabes lo que acabas de decir? —pregunté picarona. Ella se quedó pensando.

—¿Me iluminas? —Hizo varios círculos con la mano esperando mi respuesta.

—Has dicho: si te quito el collar mi padre me mataría. Si no fuera por él, ¿lo harías? —Yo seguía sonriendo. Ella frunció las cejas sin entender—. ¿Confías en mí lo suficiente para

quitármelo y que no te hingue los dientes?

—Te equivocas, rubita. —Puso los brazos en jarras—. Confío más en mí misma y en mi poder. Soy totalmente capaz de hacer que te arrepientas si se te ocurre hincarme el diente.

Su expresión de bruja poderosa me hizo reír y, a la vez, ella también rompió a carcajadas. Por un lado, la compañía de Esther me gustaba, pero por otro, sentía que estaba traicionando a los míos. ¿Qué pensarían Amber y los chicos si supieran que en su mundo nosotros éramos los malos?

—¡Come, loba endemoniada! Luego vendré a traerte algo con lo que entretenerte. Hoy tengo cosas que hacer —me soltó con un amago de sonrisa mientras se giraba para salir.

—No me hables como si fuera tu mascota. —Hice un mohín.

—No te comportes como tal —Me sacó la lengua, y yo suspiré.

Tras cerrarse la puerta, me acerqué a la mesilla donde la bruja había dejado la comida. Cuando fui a coger el plato, algo llamó mi atención. Cerca de la bandeja se encontraba el cuaderno que Esther llevaba siempre consigo a todas partes. Se veía antiguo y desgastado por el tiempo, como si alguien lo hubiera utilizado muchos años antes de que nosotras nacióramos. Sabía que no debía tocarlo, que no me pertenecía, pero la realidad me golpeó al darme cuenta de que seguían siendo mis enemigos. Me tenían cautiva con la intención de atrapar a mi amiga. Necesitaba averiguar más cosas sobre ellos. Sus puntos débiles y algo que me pudiera servir llegado el momento.

Antes de darle más vueltas, lo abrí. Sus páginas amarillentas y deterioradas me confirmaron lo que ya pensaba. Era un cuaderno de notas antiguo y pertenecía a Allan Sallow, el padre de Amber. Su nombre aparecía en la primera hoja. Pasé varias de ellas y todas contenían símbolos extraños. Sus letras estaban escritas en una lengua muy antigua que podía descifrar sin problemas gracias a mis estudios, aunque la caligrafía era bastante enrevesada. Pasé las páginas hasta llegar a la parte donde se encontraba una fina cinta que hacía de marcador. En el papel se podía ver un dibujo de las fases de la luna, y debajo de este su traducción: *Luna de Sangre*.

De pronto la puerta se abrió y el cuaderno se cerró de golpe con una pequeña ventisca. Esther se aproximó a mí en dos zancadas y me agarró fuerte del brazo.

—¿Qué has visto?! —Su cara aterrada y a la vez llena de ira hizo que me preguntara por la importancia de lo que había ahí escrito.

—¡Suéltame, me haces daño! —exigí, y la desafié con la mirada.

Ella miró la mano con la que me agarraba y me soltó de golpe.

—No deberías hurgar en las cosas personales de otros —dijo enfadada.

—Pensé que lo habías dejado para que lo leyese como haces con los otros libros —le expliqué—. Y no he visto nada. Estaba a punto de hacerlo cuando has entrado y te has puesto como una loca.

Ella suspiró y cogió el cuaderno.

—Lo siento. No quise hacerte daño. Me lo he dejado olvidado, pero la próxima vez ni se te ocurra mirarlo. Es algo muy personal. No me gusta que toquen mis cosas sin permiso —soltó molesta.

—¡Lo siento! No lo sabía —mentí—. No volverá a ocurrir.

—Volveré más tarde. Termina de comer, seguro que la comida estará ya fría.

Por fin su gesto desconfiado me abandonó al girarse y acercarse a la puerta para salir. Cuando esta se cerró, me senté en la cama y suspiré. ¿Qué había sido eso? Sin duda ese cuaderno era importante. La mirada aterrorizada de la bruja me confesó que era algo que yo no debía ver. ¿Qué significaban las fases y la Luna de Sangre? Era algo que escapaba a mi entendimiento.



Después de pasar toda la tarde dándole vueltas al cuaderno y a esos símbolos tan extraños, escuché la cerradura de mi habitación. Me levanté de golpe de la cama, era aún temprano para que Esther me trajera la comida. Temía que su hermano Rob hubiese cambiado de opinión y decidiera hacerme una visita. Pero tras ver aparecer a la bruja mi cuerpo se relajó. Como todos los días, llevaba puesta una túnica negra, pero esta era diferente. La tela era más lisa y brillante, con ribetes plateados en los bordes. En sus manos portaba otra muy parecida.

—¿Qué llevas puesto? —Levanté las cejas.

—Estás de suerte. Mi tío ha aceptado dejarte venir conmigo. Tenemos su permiso.

—¿Y a dónde se supone que vamos? El sol acaba de ponerse —pregunté extrañada.

—Es una sorpresa. —Sonrió traviesa—. ¡Ponte esto! —Me lanzó la túnica que llevaba en las manos.

Tras ponerme la prenda me sentí rara. Era una sensación un tanto asfixiante. Estaba acostumbrada a llevar poca ropa o ninguna en caso de transformarme. La desnudez era una cosa natural entre los míos.

La bruja se acercó hasta estar a pocos centímetros de mí y me colocó la capucha despacio. Luego hizo lo mismo con la suya.

—Ahora ya estamos listas —susurró.

Al mirarla tan de cerca pude advertir que sus ojos no eran de un simple marrón. Dentro de este color destacaban pequeñas motas verdes. Por un momento, me quedé absorta en ellos.

—No debes quitarte la capucha en ningún momento, ¿entendido? —me advirtió.

—¿No tenemos el permiso de tu tío?

—De mi tío, no de mi padre. No quiero ni pensar lo que nos haría si se enterase. Digamos que iremos camufladas.

Esbozó una sonrisa malvada que podría haberme hecho retroceder y quedarme en mi habitación, pero estaba tan harta de esas cuatro paredes que iría al mismísimo infierno con tal de salir de allí. Por otra parte, me picaba la curiosidad de saber a dónde me llevaría la bruja. Ese era uno de mis defectos, era demasiado curiosa.

Mis pies se deslizaron por el largo pasillo de piedra. Estaba oscuro, solo las antorchas de las paredes alumbraban nuestro camino. Al mirar por los ventanales vislumbré el cielo repleto de estrellas, acompañando a una luna llena y brillante. Me encantaban esas noches. En ellas, mis fuerzas se renovaban y me hacían sentir más poderosa en mi otro cuerpo. Suspiré cansada. Extrañaba poder transformarme, correr libre por el bosque y sentir la hierba bajo mis patas, pero lo que más echaba de menos era a mi familia y amigos. Jamás me acostumbraría a estar sin ellos. ¿Se encontrarían muy preocupados por mí? Sin duda mi clan estaría moviendo cielo y tierra para encontrarme. Y Amber... Mi hermana, seguro que se culpaba por mi captura. La conocía demasiado bien para reconocer que no descansaría hasta hallarme.

Comenzamos a bajar las escaleras del colegio, que nos llevaban a las aulas de los alumnos. Todo estaba en silencio. Por la hora, ya habrían terminado sus clases por hoy. Tras salir al exterior, Esther me hizo rodear el edificio hasta la parte trasera. Desde mi habitación podía ver uno de los laterales; apreciando que la vegetación era abundante alrededor de él y que, a gran distancia, se encontraba la ciudad. Nunca antes había visto el sitio a donde nos dirigíamos. Al terminar de rodearlo quedé impresionada con lo que vi. Dos edificaciones más se encontraban detrás del colegio. Una de ellas era de ladrillo, más moderna que este. Por su estructura, debía de haberse construido después.

—Esos son los dormitorios de los estudiantes —me informó la bruja al ver el lugar donde se dirigían mis ojos.

Muchos de ellos salían vestidos con túnicas negras idénticas a las nuestras. Todos caminaban hacia la otra construcción, la más grande y la que más me había impactado. Una cúpula gigante de piedra oscura se levantaba imponente ante mis ojos.

—Es... —Me quedé sin habla—. Es impresionante —pude contestar al fin.

—Por dentro te gustará más. Te dije que sería una sorpresa. —Sonrió emocionada.

—Pero... ¿Qué pasa ahí dentro? Todos parecen ir al mismo lado —pregunté confusa.

—¡Vamos, ven! Te lo mostraré. —Me agarró de la mano para avanzar hacia la entrada. La puerta estaba abierta de par en par para que los estudiantes pudieran acceder sin problemas. El hueco de esta era inmenso; si no supiera que los gigantes no existían, habría creído que lo habían construido para uno de ellos.

El ruido del bullicio de la gente se hizo más intenso mientras pasábamos por un largo pasillo, hasta que por fin llegamos al centro de la cúpula. Doble el cuello para apreciar su techo alto y ovalado. En los extremos del edificio circular se encontraban infinidades de asientos que ya estaban ocupados por estudiantes vestidos con sus túnicas. Todo se veía negro, oscuro, excepto por un lugar que destacaba entre los demás, en el centro. Se encontraba vacío. Solo una arena blanca cubría el suelo, no había nada más. Un escalofrío trepó por mi espalda al recordarme a un anfiteatro.

Esther puso su mano en mi hombro y, tras una sonrisa, dijo:

—Bienvenida al Torneo de Electus.

—¿El Torneo de Electus? —pregunté sorprendida. No podía creer que fuera a presenciar una cosa así.

—¡Vamos! —Esther me agarró del brazo para meternos entre el gentío y subir a los escalones de piedra que hacían de asientos.

—¿Por qué avanzamos tan arriba? Aquí hay sitios libres. —Le indiqué con la mano los que pasábamos de largo.

—Tú sígueme. Luego entenderás por qué —contestó sin soltarme.

Después de subir gran parte de ellos y atravesar varios pasillos abarrotados de estudiantes, nos sentamos en un lateral de la cúpula, en una de las últimas filas más elevadas.

De un momento a otro todo se fue llenando. Me acerqué más a la bruja.

—¿Has participado alguna vez? —pregunté bajito para que no se enteraran los chicos y las chicas que había a nuestro lado.

Esther rio amargamente, luego se acercó para hablarme.

—A las chicas no les está permitido tomar parte en el torneo. Se supone que no somos tan poderosas.

—No lo entiendo. Ellas también visten colores diferentes, por lo que pude ver. Me dijiste que la tonalidad de sus túnicas cambiaba según su poder.

—Y conocimiento —me explicó—. A las mujeres se les enseña lo básico, magia protectora y curativa. Nunca hechizos tan poderosos.

—Pero tú...

—He dicho se supone —me cortó. Luego me habló al oído—. Tenemos prohibido estudiar la misma magia que los chicos. Ellos tienen acceso a más conocimiento que nosotras. Lo mío es una excepción.

Iba a preguntar por qué, pero de pronto todo el mundo se puso en pie y guardó silencio. Sus miradas se desviaron más abajo, al otro extremo de la puerta de entrada. Allí se encontraba un balcón hecho de piedra, donde varias personas que vestían túnicas negras con bordados de estrellas tomaban asiento bajo la mirada del público. Cuando se deshicieron de las capuchas,

supe la razón por la que Esther nos había situado en aquella zona. Desde allí era más difícil localizarnos. De pie, en el centro del palco, estaba su padre, y justo a ambos lados de él se situaban Allan, Rob, dos hombres y una mujer; la única que vestía una túnica sin estrellas. Me acerqué a la bruja.

—¿Quiénes son ellos?

—A mi familia ya los conoces. Los otros tres son profesores del colegio —me informó—. La mujer es experta en hierbas medicinales y magia curativa.

Sin darme cuenta, en mi mente apareció Nana, la abuela de los chicos. Se le daban genial las plantas y todo lo que tuviera que ver con ellas. Las palabras de Gael me devolvieron al presente. El eco de su voz retumbaba por las paredes de la estancia como si estuviésemos en una cueva.

—Bienvenidos al segundo día del Torneo de Electus. Como ya sabéis, hoy se elegirá a un nuevo campeón. O quizá no tan nuevo. —Sonrió—. Lo más importante de todo y para lo que está hecha esta celebración es para que todos aspiréis a ser más poderosos de lo que ya sois. Que llegue el día en el que al fin acabemos con la escoria que sigue caminando por nuestro mundo como si fuese suyo, creyéndose con derecho a hacerlo. —Sus palabras me dieron ganas de saltar y abalanzarme sobre él—. Sin más dilación, que empiece el torneo —terminó de decir.

CAPÍTULO 20

Dana

Todos comenzaron a aplaudir. De pronto, dos chicos vestidos con las típicas túnicas salieron a la arena del centro. Uno de ellos tenía el pelo oscuro y largo hasta los hombros; el otro era asiático.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—El chico japonés es Riku, y el de cabello negro y largo es el antiguo campeón, Daniel. Ganó el torneo hace tres años y ahora tiene que mantener el título como campeón. Es el pupilo de mi padre, él cree que este año lo volverá a ganar. Ayer fue el primer día y salió victorioso de dos enfrentamientos.

Riku y Daniel se colocaron uno frente al otro a larga distancia.

—¿Cómo se eligen las batallas? —pregunté curiosa. No sabía en qué orden se decidían.

—Los profesores escogen a cuatro de ellos, los que creen que tienen más posibilidades de ganar, para enfrentarse al último campeón. Ayer se descalificaron dos. Hoy quedan los dos restantes. Espero que pierda. —La expresión enfadada de la bruja me hizo entender que no le caía nada bien el chico.

—¿Qué pasa con él? —pregunté extrañada.

—No me gusta su manera de competir, es demasiado sucia. Ayer mandó a uno de ellos a la enfermería. Si mi tío no hubiese interrumpido el enfrentamiento, ese chico estaría muerto.

De pronto, Allan alzó las manos desde el palco y un torrente de energía se esparció alrededor de los asientos donde nos encontrábamos.

—¿Qué ha sido eso? —Mi mirada recorría de un lado a otro el manto casi invisible que iba deslizándose a nuestro alrededor.

—Eso es una barrera de protección para nosotros. Ya sabes, por si la cosa se sale de control. No creo que quieras acabar chamuscada. —La bruja sonrió con malicia.

Cuando iba a contestar, algo en la arena llamó mi atención. Riku hizo su primer movimiento. Movié los labios y plantó las manos en el suelo. De este salieron enredaderas que fueron disparadas hacia Daniel, pero el brujo llamó al fuego y las hizo arder antes de que tocaran su cuerpo. Su sonrisa triunfante y de superioridad hizo enfadar a Riku, que volvió a arremeter contra él. Esta vez invocó el mismo elemento que su oponente. Un ave fénix voló en picado hacia Daniel, pero este ya estaba preparado; formó una gran barrera de agua que impidió que el

pájaro cumpliera su cometido e hizo que se evaporara al tomar contacto con ella. Mis nervios estaban a flor de piel. No era lo mismo luchar contra los brujos y su magia que estar de espectadora y ver cómo lo hacían entre ellos.

Daniel no soltó su elemento, sino que lo transformó en un torbellino que engulló a Riku en su interior. El chico se agarró el cuello sin poder respirar hasta que cayó de rodillas, pero el torrente de agua que lo rodeaba no lo dejaba libre. Los estudiantes a mi lado susurraban asustados. ¡Se estaba ahogando! La cara de disfrute de Daniel me incendió por dentro.

—¡Tranquila! Mi tío lo parará antes de que le pase nada. —No sabía en qué momento había agarrado con fuerza la túnica de Esther.

Como ella predijo, la barrera cayó y el agua se evaporó de pronto tras un gesto de Allan, que dio por terminado el enfrentamiento.

A continuación, varios chicos entraron a la arena para cargar a Riku, que por desgracia había quedado en el suelo inconsciente. En el otro extremo, Daniel sonreía ganador tras los aplausos del público. Yo, sin embargo, ardía de rabia por la falta de compasión hacia uno de sus compañeros. No me extrañaba nada que fuera así después de saber quién había sido su maestro.

—¿Crees que ganará este año también? —pregunté. Todavía había una última oportunidad, aunque viendo la forma tan despiadada y ruin con la que Daniel se ensañaba con sus oponentes, no me sorprendería que saliera victorioso.

—Espero que no lo haga. Tengo todas mis esperanzas puestas en el aprendiz de mi tío.

Justo después de que Esther pronunciara esas palabras, otro chico salió a la arena y fue entonces cuando sentí miedo por lo que podría pasar. Su estatura era mucho menor que la de Daniel. En ese momento, Allan volvió a levantar la barrera frente a nosotros.

—No puede ser... —susurré. La bruja me observó esperando mi reacción.

Cuando el chico se quitó la capucha y pude ver las cicatrices que le cruzaban la cara, lo reconocí al instante. Hasta Daniel sonrió burlón.

—Deberían parar esto —solté enfadada—. Es solo un niño...

—Parece que no escuchaste nada de lo que te dije. Ahora calla y observa. Espero que Leus le baje los humos a ese fanfarrón.

Mi mente no era capaz de asimilar cómo habían podido enfrentar a un niño de tan solo siete años contra otro que le doblaba la edad.

Leus se colocó donde momentos antes Riku había caído inconsciente. Temía que terminara de igual forma, o peor. Al parecer el brujo pensó lo mismo que yo, porque enseguida comenzó a llamar a los elementos para terminar con aquello cuanto antes y llevarse de nuevo el título. De pronto, dos esferas gigantes de agua se formaron a su alrededor. Alzó las dos manos y comenzó a unir las hasta crear una gran ola. Mi corazón empezó a palpar de miedo y, sin apenas darme cuenta, me levanté de mi asiento.

—¿Pero qué haces?! —chistó Esther antes de agarrarme y hacer que me sentara de nuevo—. ¡Siéntate! Vas a conseguir que mi padre nos vea.

Daniel impulsó la ola hacia Leus y entonces me tapé los ojos. No quería ver cómo pretendía ahogar al pequeño como hizo con Riku.

—Deberías ver esto. —Escuché la voz de la bruja a mi lado.

Cuando me atreví a mirar, quedé impresionada. El pequeño Leus había formado una coraza alrededor de su cuerpo con las mismas enredaderas utilizadas por el chico asiático. Poco a poco, estas se fueron desprendiendo como un capullo impenetrable hasta mostrarle ileso y sin rasguños. La gente empezó a aplaudir la gran hazaña del chico, cosa que a Daniel no le agradó nada. Su cara comenzó a ponerse roja de rabia y, sin que nadie lo esperara, volvió a alzar las manos y dos esferas de fuego volaron rápidas para impactar contra Leus. En ese momento me quedé sin respiración, pensé que ese sería el final. Sin embargo, el pequeño estaba preparado. Dos segundos antes de que chocaran contra él, levantó los brazos con fuerza y un bloque de arena, del mismo suelo, se levantó a su alrededor. El fuego desapareció tras tocar la barrera que se movía en torno al pequeño como si fuese una espiral. Sus brazos bajaron y esta cayó.

—Leus tiene dos elementos que domina a la perfección, uno de ellos es el aire —me explicó—. También es demasiado inteligente. Para enfrentarte a alguien tienes que aprender a usar la cabeza y los elementos a tu favor.

El pequeño brujo hizo varios movimientos con las manos y la tierra empezó a tomar forma. Una gran serpiente de arena se deslizó veloz hacia Daniel. Este comenzó a recular mientras invocaba al elemento agua, pero de pronto todo se volvió oscuro dentro de la cúpula. Los estudiantes comenzaron a susurrar preguntando qué había pasado. No se podía ver absolutamente nada, hasta que por fin la oscuridad se disipó y todos nos quedamos perplejos. La serpiente de arena y aire se encontraba enroscada en el cuerpo de Daniel, que luchaba para introducir algo de aire a sus pulmones.

—Ese es el otro elemento que Leus domina muy bien, la oscuridad. ¿Impresionante, verdad? —Esther me sonrió.

—Ya lo creo —dije sorprendida.

Leus seguía moviendo las manos en círculo mientras el brujo intentaba respirar sin conseguirlo.

—Creo que le está dando de su propia medicina. —La bruja se carcajeó.

Me fijé en el pequeño; su mirada estaba clavada en Allan esperando una señal. Cuando este dio su aprobación, Leus bajó las manos y Daniel cayó al suelo. La serpiente de arena desapareció al instante.

—Creo que ya tenemos ganador —soltó Esther emocionada.

El silencio se rompió tras los intensos aplausos y silbidos del público. Yo misma me

levanté para unirme a ellos. Esther me agarró fuerte del hombro.

—Tenemos que irnos. ¡Ya!

Sin decir nada más, me cogió de la mano y comenzamos a bajar despacio esquivando a la gente.

—¿Qué pasa? —pregunté nerviosa.

—Tenemos que salir de aquí. Rob nos ha visto. ¿Cuánto tiempo crees que tardará mi padre en enterarse de que he venido y no estoy enferma en mi habitación como él cree?

Al mirar hacia atrás, faltaban dos personas en el palco: Rob y Gael.

—¡Vamos, rápido! —Su voz parecía muy asustada mientras andábamos a toda prisa sin querer llamar demasiado la atención.

Al salir, comenzamos a correr por el camino. Pasamos los dormitorios de los estudiantes y rodeamos la parte trasera del colegio, pero antes de entrar por las puertas, sentí que me agarraban con fuerza, lo que me hizo soltar la mano de Esther. De un tirón, me quitaron la capucha que ocultaba mi rostro.

—¿¡Lo ves, padre!? Sabía que eran ellas —dijo Rob asiendo mi brazo bruscamente y colocándome frente a Gael.

La cara de este al mirarme fue de rabia y repulsión. Después miró a su hija de la misma forma que lo había hecho conmigo.

—¿Te atreves a mentirme para sacar a esta rata de paseo? —Su mano se alzó para abofetearme, pero Esther se agarró a su brazo en una súplica antes de que lo hiciera.

—¡Por favor, por favor, padre! Ha sido culpa mía. No debí hacerlo. ¡Lo siento! —Su cuerpo temblaba. Yo me quedé congelada al ver a Esther tan aterrorizada.

De pronto, él se la quitó de encima y la golpeó en la cara con tanta fuerza que la tiró al suelo.

—¡No! —grité a la vez que me arrodillaba a su lado. El cuerpo de la bruja no dejaba de temblar. Si antes Gael me parecía despiadado, ahora se había convertido en algo peor que un monstruo. Una rabia inmensa me inundó al ver a Rob sonreír, disfrutando del dolor de su hermana.

—¿Te atreves a defender a esta escoria delante de mí? Pues bien, serás tú la que pague el castigo. —Un látigo mágico apareció en las manos de Gael. Yo me preparé para protegerla si fuera necesario, aunque sin poder transformarme no tenía nada que hacer contra él—. Si sigues desobedeciendo acabarás como tu madre, ardiendo en el infierno.

Antes de que el látigo cayera me puse en pie, pero entonces una barrera nos protegió. Allan apareció a nuestro lado y observó a Esther, tirada en el suelo y golpeada. Por una fracción de segundos, vi algo oscuro en sus ojos. Cuando miró a su hermano ya no había nada.

—Yo fui quien le dijo que la trajera —le explicó mientras se ponía frente a nosotras

haciendo de escudo—. Con todos en el torneo no podía dejarla sin vigilancia y que tuviera oportunidad de escapar.

—¿Y no se te ocurrió comentármelo antes? ¿Desde cuándo eres tú el que toma las decisiones en mi colegio, hermano? —preguntó Gael acercándose a él de manera intimidante.

—¡Esther! Llévala a su habitación —ordenó su tío frente a nosotras sin dar la espalda a su hermano. La ayudé a levantarse mientras Rob nos miraba con rabia contenida—. Desde que me hice cargo de la loba hasta que consigamos lo que queremos. Te recuerdo que tenemos un trato, Gael —contestó Allan enfrentando a su hermano.

Nos giramos y entramos a toda prisa en el colegio sin mirar atrás, pero sí escuché las últimas palabras de Gael.

—Me estoy cansando de que siempre aparezcas en el momento justo. Es mi hija y yo decido su castigo. La próxima vez que te entrometas, tú serás quien deje caer el látigo.

Subimos rápido las escaleras que nos llevaban a mi habitación. Esther no dijo ni una sola palabra. Su mirada gacha me hizo entender que se sentía avergonzada por culpa de su padre. No podía creer cómo podía hacerle algo así a su propia hija.

Al entrar cerré la puerta, me quité la maldita túnica y me acerqué a la mesilla. Esther se sentó en mi cama; su silencio empezaba a preocuparme.

—¿Dónde está el ungüento que preparaste para mis heridas? —pregunté revolviendo las cosas del cajón.

—En el escritorio —contestó con un tono apagado.

Me dirigí a este y no dejé de buscar hasta que encontré el pequeño bote de cristal y las gasas. Después me acerqué a la cama y me senté a su lado.

—Déjame ver. —La agarré por la barbilla e hice que me mirara.

—No hace falta, puedo hacerlo sola —susurró con un hilo de voz.

Ignoré sus palabras y, tras tomar un poco de ungüento con una gasa, comencé a aplicarlo en la comisura de sus labios. Tenía un corte muy feo por culpa del golpe.

—¿Por qué te metiste en medio? Ahora tú deberías estar cuidándome a mí, no al revés. No vuelvas a hacerlo —la regañé.

—No pensé que fuera a golpearme delante de nadie. —Por un momento, la mano que sujetaba la gasa se quedó congelada. Sus palabras y su mirada abochornada me hicieron hervir la sangre.

—No es la primera vez que te pega... —No era una pregunta—. No tienes que avergonzarte, él es el monstruo —escupí las palabras con desprecio, luego seguí dándole pequeños toquitos con la gasa a su labio malherido.

Esther me agarró la muñeca con la que la estaba curando de una forma muy suave y me miró a los ojos. En el momento en que hice lo mismo, me hundí en los suyos. Sentí que no podía

escapar y que ya estaba perdida. Sabía que no había vuelta atrás.

Muy despacio y con miedo, acercó su boca a la mía para acariciar mis labios. Los sentí suaves y fríos, con un sabor amargo debido al ungüento. En ese momento, me asusté y me sorprendí a mí misma, no por querer sus besos o porque fuera la primera vez que deseaba a una chica, sino porque era mi enemiga y había conseguido derribar todos mis muros y llegar hasta mi corazón. Antes de que retrocediera y creyera que no le correspondía, coloqué mi otra mano en su mejilla y fui yo la que le devolví el beso. Saboreé sus labios de terciopelo, con cuidado de no hacerle daño, y acaricié su cuello con los dedos hasta llegar a su clavícula. Ella me dedicó una sonrisa dulce, como si estuviésemos compartiendo un secreto. Se la devolví. Sabía que ambas éramos muy diferentes y que una vez que cruzáramos la línea ya no habría vuelta atrás, pero nada de eso me importaba en ese momento. Quería ser egoísta y, por una vez, tomar lo que deseaba sin obtener la aprobación de nadie. Introduje mi mano bajo su túnica, ansiosa por encontrar su piel. Ella, al ver mi recibimiento, hizo lo mismo con mi jersey. Tiró de él hacia arriba y comenzó a recorrer mi cuello con besos delicados hasta llegar al escote del sujetador. Deslizó sus manos por mi espalda hasta desabrocharlo. Con sus labios, exploró una parte sensible de mis pechos, lo que me arrancó un gemido de satisfacción. Su boca me abandonó para quitarse la túnica y la prenda fina que llevaba debajo. Antes de volver a mí, echó la cerradura de la puerta con un movimiento de la mano. Su mirada recorrió parte de mi cuerpo y yo hice lo mismo con el suyo.

—Eres preciosa —susurré mientras la contemplaba. Nunca me habían llamado la atención las chicas, pero para mí, Esther era perfecta y especial. Su corta melena negra y sus grandes ojos pardos resaltaban con el color pálido de su piel.

De un momento a otro, su expresión cambió a una más recatada, como si quisiera esconderse de mí.

—Mi cuerpo es todo menos hermoso. —Con timidez y vergüenza, me enseñó lo que tanto le incomodaba mostrarme. Al girarse y quitarse el sujetador, pude ver su espalda. Varias cicatrices se cruzaban de un extremo a otro. No era la primera vez que su padre la había amenazado con el látigo—. Es horrorosa... —Su voz se quebró. El nudo en la garganta de Esther hizo que odiara más aún a Gael, pero en vez de maldecir, me acerqué a ella y empecé a acariciarla.

Cuando rompió en un llanto silencioso, yo comencé a besar cada parte de su espalda, de sus cicatrices. Mis labios recorrían su piel para limpiar el dolor que su padre había dejado en su cuerpo, en su alma y en su pasado. Porque en ese momento solo quería amarla, cuidarla, tener un instante para nosotras. Aunque era una bruja enemiga, jamás dejaría que volvieran a hacerle daño. Eso no eran simples palabras. Era una promesa grabada en su piel.

CAPÍTULO 21

Amber

Me siento bien, a gusto, en paz. Escucho los sonidos del bosque, los pájaros cantan sin parar, como una orquesta donde varios instrumentos se mezclan a la perfección. Pero no puede ser. Me encuentro en la capital, muy lejos de toda la vegetación a la que estoy acostumbrada.

Abro los ojos con esfuerzo, a la vez que noto la hierba bajo mi cuerpo. Cuando por fin lo hago, todo lo que puedo visualizar es verde, pero no el color verde corriente al que estoy acostumbrada. Este es más intenso y lleno de vida. Me incorporo y me quedo sentada admirando todo lo que me rodea.

¿Dónde estoy?

Es un bosque igual que en el que me crie, pero a la vez es diferente. Los tonos son vivos, mágicos, como si un mago hubiese pasado su varita por el entorno. Varias mariposas blancas revolotean a mi alrededor. Algunas de ellas vuelan hacia el interior del follaje, trazando un camino.

—¿Queréis que os siga? —les pregunto.

Sé que estoy soñando, por esa razón me permito hablarles sin pensar en que me he vuelto loca. Me alzo y comienzo a caminar por el sendero que ellas mismas han trazado para mí. Anhele descubrir a dónde quieren llevarme.

Sigo andando absorta en lo que me rodea, todo esto es hermoso, un sueño del que no me gustaría despertar. No sé por qué, pero, aun estando en un sitio desconocido no siento miedo, solo una sensación de armonía. Como si todo aquí estuviera en balance con la naturaleza, los árboles, los animales.

Por fin llego hasta donde las mariposas se detienen. Al pararme a su lado, todas se me posan encima y de un momento a otro, salen volando hacia un gran árbol, rodeándolo. Está delante de mí. Es gigante y majestuoso, su tronco es ancho y robusto, sin duda es muy antiguo. Me acerco despacio, algo en mí tira hacia él para que toque su corteza. Coloco la palma de mi mano y cierro los ojos. Siento vida en su interior, igual que si un corazón palpitase. Al abrirlos, veo que su fondo se va llenando de luz violeta, como si fueran venas recorriendo todo su cuerpo. Sus hojas se transforman y toman el mismo tono que las ramificaciones que se extienden por su tronco. Mi expresión cambia a una de sorpresa al ver lo hermoso que es.

—Ya tengo la confirmación que buscaba. —Una voz que proviene de una de las ramas más arriba me sobresalta.

Levanto la cabeza asustada, creía que estaba sola en este bosque extraño, pero no es así. Una figura pequeña, sentada en una de las gruesas ramas, balancea sus piernas de arriba abajo. Parece una niña humana. Su pelo rubio y largo cae suelto sobre sus hombros, pero al mirar sus ojos, me doy cuenta de que no lo es. No tiene pupilas ni iris. Todo es de un negro absoluto.

—¿Qué eres? —pregunto curiosa. No sé por qué, pero esta criatura no me hace sentir miedo.

—Pregunta errónea. Eso es irrelevante. Si fuera tú querría saber antes dónde me encuentro. —Su voz no es para nada la de una niña y su forma de expresarse tampoco.

—Está bien. ¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar? Creía que estaba soñando.

—Y lo estás. —La criatura baja de un salto de la rama y se coloca frente a mí—. Estamos en tu sueño, solo que yo te he traído hasta aquí. Nos encontramos en uno de los tantos planos que alberga el universo. Únicamente en este puedo contactar contigo sin que ellos lo sepan.

—¿Quiénes son ellos? No es la primera vez que lo escucho.

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Ahora debo darme prisa. No tenemos mucho tiempo antes de que despiertes.

La criatura se gira y posa la palma en la corteza del árbol, que sigue palpitando como si de un corazón se tratase. Traspasa su tronco como si fuese agua, y saca algo de su interior. Sujeta una especie de piedra en sus manos.

—El bosque tiene algo para ti. Espero que no se equivoque y sepas elegir bien cuando haya que hacerlo.

—¿El bosque? ¿A qué te refieres?

La criatura toma mi mano y deposita la piedra en ella. La miro con detenimiento. Su color es del mismo tono violeta que la vida que habita en el interior del árbol. Varias enredaderas de plata rodean su superficie en un intrincado que se asemeja a él. Es bello, pero no sé por qué me lo da a mí.

—¿Qué es esto? —Miro a la criatura.

—Es la conexión que te une a nosotros. Solo podrás utilizarla una vez. Recuerda, hija de luz y oscuridad. Una única vez. Acudiremos a tu llamada y el bosque te brindará su ayuda. No la pierdas ni desvelas que la tienes. No puedes confiar en nadie, nada es lo que parece.

—Si decido pedir ayuda, ¿cómo debo hacerlo?

—Lo sabrás en el momento adecuado.

Su voz va perdiéndose en la lejanía y su rostro se vuelve borroso.

—¡Espera! Dime quién eres —grito, pero todo lo hermoso que me rodea va

desapareciendo poco a poco.



Mis párpados pesaban, pero aun así conseguí abrirlos. Me sentía cansada y dolorida, como si acabara de terminar un día de duro entrenamiento. Cuando mi visión se fue adaptando al entorno, me percaté de que me encontraba acostada en una cama, dentro de una habitación demasiado blanca. Una chica de pelo castaño recogido en un moño vestida con una bata blanca de enfermera estaba de espaldas, trasteando en uno de los muchos muebles que había repartidos por allí. En el momento en que intenté incorporarme, algo tiró de mi brazo. La muchacha se percató de mi despertar a causa del ruido.

—¡Oh! Ya has despertado. —Me sonrió amable. Sus ojos eran tan claros como los de Ray—. Espera, deja que te ayude —soltó al ver que intentaba incorporarme. Me quitó los tubos que estaban conectados en la parte interior de mi brazo. Luego me colocó un algodón con un trozo de esparadrapo en su lugar.

—¿Dónde estoy? —pregunté confusa.

—Estás en la enfermería de mi casa. Trabajo para tu abuelo Marcus, aquí en la capital. ¿No recuerdas lo que ha pasado?

—Sí, tuvimos una trifulca con los brujos, pero de pronto comencé a sentirme mal, sin fuerzas. ¿Dónde están los demás? ¿Están bien? —Mi voz preocupada llevó a la mujer a sentarse a mi lado.

—Todos se encuentran perfectamente. El joven lobo solo tenía un rasguño en una de sus piernas, que se curó gracias a su poder de sanación. Aun así, no era nada comparado con tu herida. Perdiste mucha sangre, Amber. Por suerte, consiguieron tapar la hemorragia y traerte a tiempo. Tuve que hacerte una transfusión, por eso tenías esa vía en tu brazo —me explicó.

—¿Cómo no pude darme cuenta de que me estaba desangrando? —Arrugué la nariz sin entender cómo había podido pasar.

—La adrenalina actuó en tu cuerpo al notar el peligro, por eso no pudiste notarlo antes. —Todo tenía sentido.

—Eres Sarah, ¿verdad? Connor me habló de este lugar.

—Veo que no hacen falta las presentaciones —comentó alegre.

De pronto recordé a la mujer que se llevaron malherida el día del *pub*.

—Aquí trajeron a la chica que encontré en el callejón, ¿verdad? ¿Cómo está ella? ¿Pudo recuperarse?

—Todo salió bien, no hay nada que no pueda arreglarse con un poco de sangre y una limpieza de memoria. —Sonrió—. Gracias a ti hoy estará haciendo una vida normal como cualquier adolescente.

—Entonces... ¿Puedes borrar la memoria? —Creí que esa era su habilidad.

—No soy la única. Y solo se puede hacer con humanos corrientes. —Se levantó y se acercó a la puerta—. Avisaré a los demás de que ya has despertado. Me ha costado mucho sacarlos de la habitación para que te dejaran descansar. Iré a por algo de ropa para ti. Crane destrozó tu pantalón para poder cerrar la herida.

—¡¿Qué?! —Abrí los ojos como platos.

—¡Tranquila! Las braguitas no son tan espantosas. —Salió de la habitación riendo a carcajadas.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que llevaba puesta una bata de hospital. Metí la cabeza bajo las sábanas y levanté el borde de la prenda para mirar mi ropa interior.

¡Oh, Dios! Margaritas.

Maldije mi gusto por las braguitas con estampados cursis.

Me inspeccioné la herida en el muslo, pero estaba casi cicatrizada. Sin duda el vampiro había pasado su lengua por esa zona tan íntima de mi cuerpo. Mi pulso se aceleró solo de pensarlo y de pronto sentí un calor en mi bajo vientre.

La puerta se abrió de golpe y Ray entró como una exhalación.

—Am, ¿cómo estás? —Comenzó a retirarme el cabello de la frente y a tomarme con su palma la temperatura. Detrás de él entró Hayden. Se apoyó en la pared de brazos cruzados y me miró con detenimiento.

—Es... Estoy bien —logré decir.

—Creo que tienes algo de fiebre. Tu temperatura está más alta de lo normal —comentó preocupado.

Eso ya lo sabía, pero lo cómico de todo esto es que no se debía a la fiebre, sino a mis sucios pensamientos que tenían que ver con un vampiro rubio que me miraba en ese instante.

—Estoy bien, Ray, ¡de verdad! ¿Dónde están los demás? —pregunté para cambiar de tema.

—Te esperan fuera. La habitación es demasiado pequeña para todos.

Antes de que Ray pudiera seguir hablando, Sarah entró por la puerta cargando en las manos la ropa que me había prometido.

—Como las dos tenemos más o menos la misma talla, puede que esto te sirva. —Dejó las prendas a los pies de la cama—. ¡Chicos! No me hagáis volver a echaros de aquí. La señorita tiene que cambiarse, en privado —los regañó.

—Creo que tiene algo de fiebre. ¿Seguro que ya podemos irnos? ¿No necesita hacerle

más pruebas? —Ray se veía preocupado.

Sarah me tomó la temperatura, extrañada.

—Yo la veo perfectamente —contestó—. Ahora, ¡fuera! —les ordenó.

—Te esperamos en la sala —dijo Ray antes de salir. Hayden ya lo había hecho sin decir una palabra.

—¿Quieres que te ayude?, ¿o prefieres que me vaya? —preguntó Sarah con amabilidad.

—Quédate. No tardaré mucho.

Empecé a vestirme muy despacio. Todavía me sentía muy cansada. Aunque me hubieran hecho una transfusión de sangre, mi cuerpo había sufrido por la falta de ella. Terminé de hacerlo con la ayuda de Sarah y me acerqué a un pequeño espejo que había en la habitación. Mi piel se encontraba pálida y debajo de mis párpados inferiores se podía distinguir el color grisáceo de las ojeras. Estaba hecha un asco, mi aspecto lo decía a gritos. Era lógico que Ray estuviera tan preocupado.

—Amber, se te ha caído esto. Debe haber sido al cambiarte. —Escuché la voz de Sarah a mi espalda.

Cuando me giré para mirarla, vi que estaba recogiendo algo de la cama. Al verlo me quedé sin respiración. Ella lo cogió y lo depositó en mi mano. Miré absorta la piedra violeta con intrincados en plata que asemejaban a un árbol.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Al ver su cara de preocupación, cambié mi expresión por una más relajada.

—Sí, claro. Debe haberseme caído. ¡Gracias, Sarah!

Al salir de la habitación la observé por última vez antes de esconderla en uno de los bolsillos del pantalón. No podía ser cierto. Creí que había sido un sueño, ni siquiera le había dado importancia al despertar, pero esto...

Ahora estaba segura de que no lo era. Yo había estado allí y tenía que descubrir por qué y qué era esa criatura. Quizá Connor sabría algo... De pronto, recordé sus palabras: *No la pierdas ni desveles que la tienes. No puedes confiar en nadie, nada es lo que parece.*

No podía contarle nada al vampiro ni preguntarle directamente. Tendría que buscar la forma de encontrar información sin que nadie sospechara. ¿Quién era? ¿Y por qué quería ayudarme?

CAPÍTULO 22

Amber

Al salir de la habitación, seguí a Sarah por un largo pasillo. A medida que avanzaba por el resto de la estancia, todo en ella me parecía común y corriente. A diferencia de la sala en la que me encontraba segundos antes al despertar, ahora no había nada de blanco, todo era colorido y alegre. Nadie pensaría que allí había una pequeña enfermería o algo parecido. La seguí por unas escaleras que bajaban a la planta inferior y me agarré con fuerza a la barandilla de madera oscura. Sentí mi cuerpo débil, sin fuerzas. Al instante pensé en una de las sopas curativas que Lory preparaba. Me vendría muy bien para recuperar la estabilidad de mi musculatura. Sin duda se lo pediría con urgencia cuando llegara al castillo.

—¿Cómo estás, pelirroja? Por un momento creí que te habías quedado seca —soltó Kress, tan burlesca como aliviada al verme aparecer.

—Por lo que veo tengo más resistencia de lo que pensaba. —Levanté las comisuras de mis labios.

Miré a mi alrededor: los demás ocupaban los asientos que se repartían por la sala. Todos menos Hayden, que estaba apoyado en una de las paredes en actitud relajada, como solía hacer. Estaba llegando a pensar que al vampiro bipolar le dolía la espalda o bien tenía complejo de araña. Ray se acercó a mí tan rápido como bajé el último escalón.

—Deberías apoyarte en mi hombro, no creo que puedas caminar sola. —Hizo el amago de agarrarme por la cintura, pero lo rechacé.

—No es necesario, Ray. Estoy bien. Puedo sola —lo tranquilicé antes de que me viera más vulnerable de lo que ya estaba.

Odiaba que otros tuvieran que cuidarme. Quería parecer una persona fuerte y capaz, aunque en el fondo me sentía una estúpida que lo único que hacía era estorbar. Era gracioso cómo había cambiado mi visión en tan pocos meses. Cuando me enteré de lo que era y todo lo que se escondía a simple vista, quise retroceder en el tiempo y volver a mi vida mortal. Ahora todo había cambiado. Quería ser más fuerte, valiente y poder proteger así a los que amaba, pero por culpa del sello no era nada más que una inútil humana sin poderes. Eso me quemaba por dentro. Por mucho que entrenara día y noche, jamás podría llegar a ser una verdadera rival frente a uno de ellos; sin embargo, rendirse no estaba en mi diccionario, así que me pondría mi

armadura y me enfrentaría de nuevo a lo que el destino tuviera preparado para mí.

De pronto, Dash se levantó de su asiento.

—Creí haberte dicho que no te soltaras de mi lomo. —La sonrisa que siempre lo acompañaba se esfumó.

Sus facciones contraídas y el movimiento nervioso de sus manos deslizándose por su corto cabello castaño hicieron que me acercara a él. Conocía bien a Dash y sabía que tenía que estar muy preocupado, culpándose a sí mismo de mi estado. Cambié mi expresión a una un poco más aburrida.

—El viaje me pareció tedioso, así que pensé que sería más divertida la experiencia de apuñalarme a mí misma con una botella de cristal —solté en actitud bromista.

Tras mis palabras, se escuchó una carcajada de Kress. Sin embargo, las cejas de mi hermano menor se alzaron con expresión de incredulidad.

—¿Te estás quedando conmigo, Am? Nosotros preocupados, ¿y tú haciendo bromitas? Yo no le veo la gracia —resopló molesto.

Me acerqué y lo abracé, algo que él no esperaba. Sus hombros se relajaron tras mi contacto.

—Estoy bien, idiota. ¿No has escuchado nunca eso de «Bicho malo nunca muere»? —le susurré al oído.

—No vuelvas a asustarme así, en serio. No quiero perder a nadie más. —Sus brazos me estrecharon con fuerza y después de soltarme y respirar hondo, su sonrisa reapareció. Sabía que lo de *perder a nadie más* iba por Dana. Aunque a veces peleaban igual que si fuesen críos, en el fondo se querían mucho. Todos éramos como una gran familia, nuestros lazos de amor se habían afianzado con los años.

—Deberíamos irnos. Acaba de amanecer —interrumpió Hayden. Luego miró a Sarah—. Le pasaré a Marcus tu pedido. Mañana mandaré a alguien que te traiga las cosas que necesitas. —Ella asintió con la cabeza.

Quería darle las gracias a Hayden por contener la hemorragia de mi herida, pero salió de la sala antes de poder llegar a pronunciar palabra alguna.

—¡Vamos, pelirroja! Creo que todos necesitamos descansar —dijo Kress antes de desaparecer tras Hayden.

Antes de salir me despedí de Sarah con la promesa de volver a la ciudad para visitarla. Me caía bien esa chica. Connor me contó que ella también era una Sangre Pura. Se especializó en medicina y eligió ayudar a los humanos en vez de continuar con la tradición de casarse y seguir con su linaje. Tras conocerla, pude entender por qué se había dedicado a esto. Se notaba lo mucho que disfrutaba ayudando y cuidando a los demás. Cuanto más conocía a los vampiros, más creía que todo lo que se decía de ellos eran puras mentiras. Estaba claro que quien inventó

las primeras historias jamás se topó con uno en realidad.

Al salir al exterior me sorprendió la luz de la mañana. Debía haber estado inconsciente toda la noche, ya que cuando me desvanecí habían pasado solo unas cuantas horas después de que se pusiera el sol.

Bajé los escalones de la entrada mirando a mi alrededor. La zona estaba llena de casas adosadas y varios árboles adornaban las aceras, dando un toque de color al ambiente. La gente paseaba tranquila como si nada. Me sentí rara, como si ya no mirara el mundo de igual manera, como si ya no perteneciera al mismo sitio que ellos.

Seguí a los chicos hasta el coche, que se encontraba aparcado a la vuelta de la esquina.

—¿Estás bien? —me preguntó Kress antes de entrar en el vehículo—. Te noto como ida...

—Estará así durante un tiempo —la cortó Hayden—. Son los síntomas después de la transfusión. Solo necesita descansar.

—¡Vamos, Am! —Ray me tomó de la mano y apoyó la otra en mi cintura para ayudarme.

Su tacto era cálido, y es que él me hacía sentir a salvo, en casa. Dash ya había entrado en la parte trasera antes que nosotros, así que quedé de nuevo sentada entre los dos, igual que en el viaje anterior. Apoyé mi cabeza en el hombro de Ray mientras intentaba asimilar todo lo que había pasado desde que salí del castillo. A mi mente llegaban las imágenes de Sagara, cómo había muerto consumida por las llamas. La trifulca con los brujos, cuando salí despedida hacia la estantería de botellas y ...

—¡Megan! —Levanté la cabeza de pronto al recordar al lobo negro que impidió que me atacaran.

Todos en el coche giraron la cabeza para mirarme. Desvié la vista hacia Ray pidiendo respuestas.

—¡El lobo era Megan! La vi cambiar. Varios de ellos vinieron a ayudarnos y era ella. —Más que una pregunta, era una afirmación—. ¿Qué pasó con ellos? ¿Y con los brujos? ¿Por qué Megan estaba allí?

Ray me agarró de los hombros.

—Tranquilízate, Am. Te lo explicaré todo desde el principio, pero debes calmarte.

Asentí con la cabeza. Luego miré a Kress, quien intercambió una mirada con Ray que no supe descifrar.

—¡Bien! ¿Por dónde deberíamos empezar? —comentó Dash, burlón.



Después de pasar todo el camino escuchando atentamente a Ray, por fin llegamos al castillo. Según me explicaron, Megan pertenecía a otro clan vecino. Para ser más exactos, era la hija de un alfa. Vivían en el pueblo y escondían su secreto como hacía mi familia. Ahora podía entender ese buen rollo entre ellos la noche de la fiesta de la hoguera, o el porqué de que Megan estuviera colada por Ray. Ambos eran lo mismo y se entendían a la perfección. También me contaron que ella y su clan, al igual que muchos otros, se habían movilizado para ayudar y encontrar a Dana o buscar alguna información en la ciudad que los llevara hasta ella.

En el momento en que fuimos atacados por los brujos, ellos lo percibieron y vinieron en nuestra ayuda. Me explicaron que, tras caer inconsciente y estando ya acorralados, apareció la nieta mayor de Sagara, que puso en orden la situación y tomó represalias contra su hermano menor por habernos atacado sin razón. Según Ray, la bruja confiaba en Hayden y prometió averiguar qué había pasado en realidad con su abuela. Ahora que Sagara estaba muerta, ella tomaría el mando de su aquelarre. Tras una rápida explicación, volví a apoyar mi cabeza en el hombro de Ray. Mis párpados pesaban y me sentía muy cansada. En ese momento, él tomó mi mano y comenzó a hacer círculos en la parte posterior de esta. Sin darme cuenta, caí en un sueño profundo.

—Am, despierta. Hemos llegado —el susurro de Ray me hizo abrir los ojos.

Me froté el rostro y miré a mi alrededor. Ya recorriamos el sendero de árboles cerca del castillo. Cuando el coche estacionó en la puerta, fue una sorpresa encontrarme con mi abuelo y Logan esperando. Incluso Lory estaba allí. Se agarraba el delantal, nerviosa.

—No esperaba esta bienvenida —bromeó Dash.

Tras bajar del automóvil, la mirada de mi padre adoptivo y de mi abuelo recorrieron mi cuerpo asegurándose de que estaba bien.

—¡Hayden! Ven conmigo a mi despacho —dijo Marcus con cara de pocos amigos. El vampiro suspiró molesto—. ¡Lory! Lleva a Amber a su habitación y asegúrate de que no salga de allí hasta que yo lo ordene.

Marcus estaba muy cabreado y no sabía el porqué. Nos habían atacado, ¿qué podríamos haber hecho aparte de defendernos? Mi abuelo se dio la vuelta para entrar tras los pasos de Hayden. Kress los siguió. Justo en ese momento, Logan se acercó a mí preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó mirándome a los ojos.

—Casi se queda seca, pero como ella dice, bicho malo nunca muere —rio Dash.

—¡Dashiel! —lo regañó su padre.

—Estoy bien, Logan. Solo necesito descansar un poco —contesté para tranquilizarlo.

—¡Bien! Sube a tu habitación. Los chicos me contarán lo que ha pasado.

Cuando estaba a punto de seguir a Lory, Ray me agarró del brazo.

—Luego iré a ver cómo estás. Descansa, te vendrá bien después de todo.

Asentí con la cabeza y seguí a Lory al interior del castillo.

—Te he preparado una de esas sopas con extra de vitaminas —dijo mientras subía las escaleras que llevaban a mi habitación.

—¿Por qué Marcus está tan cabreado? *¡Que no salga hasta que yo lo ordene!* —imité su voz—. ¡En serio! ¿Qué culpa tengo yo de casi morir desangrada? —resoplé molesta. Tampoco me pasó desapercibido el tono con el que le habló a Hayden.

—Solo está enfadado consigo mismo. Piensa que se equivocó y no debió enviarte allí —me explicó Lory—. Casi pierde a su nieta por culpa de una decisión que él tomó. No se lo tomes tan en cuenta. Quiere que te quedes en tu habitación para que descanses como es debido. Mañana por la noche tendremos invitados, así que espera que estés recuperada para entonces.

—¿Invitados? —pregunté sin entender.

—Tu abuelo se reunirá en una cena con algunos de los alfas para recabar cualquier información que tengan. —Lory me abrió la puerta y esperó a que entrara—. Ahora mismo te traigo la comida. Acuéstate, no tardaré mucho.

Cuando la puerta se cerró, me senté en la cama y comencé a darle vueltas a todo. Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué la piedra violeta. La observé con detenimiento. Era la misma que en mi sueño, todo había sido real. Muchas preguntas se formaban en mi mente. ¿Quién era esa criatura? ¿Por qué me había dado esto? Tenía que encontrar respuestas y solo las hallaría en Connor. Él sabía todo sobre el mundo sobrenatural y sus criaturas. Quizá podría sacarle información sin tener que contarle nada de lo de la piedra y mi sueño. Apoyé mi espalda en el colchón y suspiré cansada. ¿Cuándo podría volver a ver a Dana? Era lo único que le rogaba al universo. Solo quería abrazarla, escuchar su risa de nuevo y saber que estaba a salvo.

—No te preocupes, Dana. Dónde quiera que estés daré contigo y cuando eso pase... —Apreté mis puños con fuerza—, pagarán por todo el sufrimiento que nos han causado.

CAPÍTULO 23

Amber

Me desperté tras sentir una suave caricia en la frente. Al abrir los ojos, Hayden se encontraba parado cerca de mi cama.

—¿Qué ocurre? —dije con la voz cansada.

Me incorporé despacio. No entendía por qué estaba en mi habitación, aunque no me extrañaba nada que entrara sin avisar como acostumbraba a hacer. Me puse nerviosa al darme cuenta de que estábamos a solas. No habíamos tenido un momento así desde el día en el que le pedí que me mordiera.

No pienses en eso, Amber. ¡Ahora no!

—No es nada. Vuelve a dormir. Estaba comprobando que no tuvieras fiebre —contestó con cara de póker. Ahora entendía por qué había sentido una caricia en mi frente. Estaba verificando mi temperatura.

—¿Por qué tendría que tener fiebre? —pregunté extrañada.

—Son efectos que puedes experimentar después de la transfusión —me explicó—. En tu caso todo está normal.

—¿Qué hora es? —pregunté. Debía de ser de noche, dado que la habitación se encontraba en penumbra. Había pasado horas durmiendo desde que llegué. Ni siquiera me había dado cuenta.

—Las siete —contestó evaluando mi estado. Su mirada verde bosque inspeccionaba en silencio cómo me encontraba. ¿No hubiera sido más fácil solo preguntar? Para él no. El vampiro bipolar solía hacer siempre las cosas más difíciles. Si no fuera el caso, no le habría dado ese apodo.

Hayden estaba vestido para salir. Llevaba un jersey blanco y pantalón negro que conjuntaba con una americana del mismo color.

—¿Vas a salir? —pregunté curiosa.

—Hoy nos toca ir de caza.

Todos se encontraban buscando alguna pista sobre Dana, pero, aun así, seguían haciendo su trabajo. Que ella estuviese desaparecida no significaba que algunos vampiros no continuaran dañando a los humanos.

Sin decir nada más, se giró y me dio la espalda para salir de la habitación, pero llamé su atención antes de que llegara a la puerta.

—¡Hayden!

Se dio la vuelta para mirarme y esperó hasta que hablara.

—Gracias por parar la hemorragia. Si no hubiera sido por ti, ahora mismo estaría muerta.

—Es mi...

—Es tu trabajo mantenerme a salvo, lo sé —lo corté—. Pero eso no significa que no esté agradecida. Así que... ¡Gracias!

—Hice lo que tenía que hacer. Ahora descansa.

Se volvió a girar para salir, pero entonces algo fugaz pasó por mi mente. Algo que quería preguntarle hacía mucho tiempo, aunque todavía no se había dado el momento. No sabía cuándo podría estar a solas de nuevo con él, así que aproveché esa oportunidad.

—¡Hayden! —Volví a llamar su atención.

—¿Sí, princesa? —soltó en tono sarcástico a la vez que resoplaba. La verdad es que estaba empezando a ser un poco pesada. Tampoco ayudaba nada el mal humor que arrastraba el vampiro desde que Ray había llegado al castillo.

—Llevo tiempo queriendo preguntarte algo. Algo que no logro entender del todo y me gustaría que tú me explicases.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieres saber?

Su mirada penetrante hizo que agarrara las sábanas con fuerza. Él no se movió del sitio donde estaba, cerca de la puerta, así que seguí adelante.

—El día de la trifulca con los brujos escuché algo que no puedo quitarme de la cabeza.

Sabía que era una confusión, pero aun así, necesitaba decirlo para poder dejarlo pasar. Entonces formulé la pregunta que tanto tiempo llevaba queriendo hacerle.

—¿Por qué Gael insinuó que yo era tu prometida?

Hayden bajó la vista al suelo y metió sus manos en los bolsillos. Luego volvió a mirarme para contestar.

—Debió confundirme con alguien, eso es todo.

—¿Creyó que eras Chris? —Las palabras salieron de mis labios sin pensarlas.

La confusión y sorpresa en su rostro duraron tan solo unos segundos, luego volvió a su típica expresión indescifrable.

—¿Sabes quién es? ¡Eso no es posible! —se quedó perplejo, como si aquello fuera inviable.

—A veces se me aparece en sueños. No puedo verle la cara, al igual que a mi madre, pero he podido rescatar poco a poco algunos de los recuerdos de antes de perder la memoria. Aunque parezca una locura y no consiga ver su rostro, puedo llegar a sentir su cariño y amabilidad. Lo

único que sé es que él era lo más importante para mí aparte de mi madre... De eso estoy segura. —Agarré mi colgante y lo observé, deslizándolo los dedos por su superficie—. ¿Sabes? Me equivoqué. Este medallón le pertenecía, no era de mi padre como pensé en un principio. Quiero encontrar su paradero. Desde que llegué al castillo yo...

—Él está muerto —me cortó. Levanté la cabeza impactada. No esperaba esa respuesta. La mirada de Hayden era fría como un témpano de hielo. Su mandíbula se apretó—. Ese chico cariñoso y amable murió junto a sus padres el día que atacaron el castillo. No pierdas más el tiempo en buscar a alguien que ya no existe.

Quise decir algo, pero no podía pronunciar palabra alguna. El nudo que se instaló en mi pecho no me dejaba. Mis ojos se humedecieron sin pretenderlo y agaché la cabeza. No quería llorar delante de Hayden. Su silencio se me hizo incómodo. ¿Por qué no se iba? Parece que escuchó mis pensamientos, porque lo oí abrir la puerta.

—Descansa. Mañana por la noche hay una reunión. Tu abuelo quiere que estés presente. —Y, tras sus palabras, salió de mi habitación.

Las lágrimas recorrían mis mejillas; por mucho que quisiera contenerlas me era imposible parar de llorar. ¿Qué esperaba? Sabía que era muy probable que Chris hubiese muerto aquella noche, pero, aun así, no perdí la esperanza. Ahora podía dejar de buscar. Él se había ido. Solo me quedarían sus escasos recuerdos. ¿A cuántas personas tenía que perder por el camino? ¿Cuántas vidas inocentes pagarían por culpa de mi sangre mestiza? Me volví a recostar y me hice un ovillo mientras dejaba correr mi llanto. Cada vez que pensaba en los brujos, el dolor y la rabia se entremezclaban en mi interior. Algo tenebroso seguía creciendo dentro de mí. Mi corazón se llenaba poco a poco de venganza y oscuridad.



Unos cuantos ruidos en mi habitación me hicieron despertar. Me incorporé de golpe.

—¡Ohh! Lo siento, cielo, no quería asustarte. —Lory trasteaba con una bandeja de comida en mi escritorio—. Pretendía despertarte cuando esto estuviera listo. —Me sonrió de manera cariñosa y me enseñó el plato de verduras que me había preparado—. Sé que necesitas descansar, pero también debes comer para recuperar fuerzas. —Me hablaba mientras rellenaba un vaso de zumo de naranja. Luego puso la bandeja en mi cama—. ¿Quieres que te ayude?

Comencé a reír. Me sentía como una cría enferma a la que tuvieran que cuidar.

—¡No! ¡Por Dios, Lory! Puedo comer sola. —Le sonreí—. Además, me encuentro

mucho mejor. Aunque te agradezco todo el cariño que me has dado desde que llegué. Me hace sentir como en casa.

Lory se sentó a mi lado y me agarró de la mano.

—Esta también es tu casa, cielo. Eres la nieta legítima de Marcus, todo en este castillo te pertenece por derecho; no lo olvides. —Depositó un beso en mi cabeza, se levantó y se aproximó hasta la puerta—. ¡Por cierto! Tu hermano mayor estuvo aquí, pero estabas dormida. Dijo que te vería por la mañana. Creo que no se acaba de acostumbrar a que nosotros durmamos de día. —Salió de la habitación riendo.

Sabía que para mi familia adoptiva era difícil adaptarse a nuestros horarios de sueño. Descansábamos durante el día mientras ellos intentaban encontrar el paradero de Dana. Cuando el sol descendía, Marcus y Logan se reunían en una cena para intercambiar información y luego le tocaba el turno a los vampiros. Trabajaban día y noche como aliados. Sin embargo, yo me veía obligada a permanecer en el castillo por mi propia seguridad. Odiaba sentir que no estaba haciendo nada, por esa razón entrenaba al máximo para descargar mi frustración.

Cuando terminé de comer miré el reloj de mi móvil; eran las dos de la madrugada. Mi mente volvió a reproducir las palabras de Hayden como había hecho una y otra vez antes de quedarme dormida: «Él está muerto».

¡Para ya, Amber!

Decidí desechar ese recuerdo. No me valdría de nada acostarme en una esquina y echarme a llorar; no podía retroceder en el tiempo. Si algo había aprendido era a no rendirme. Ahora había llegado el momento de buscar respuestas. Saqué la piedra violeta de mi armario y la escondí debajo de mi ropa para que nadie la viera. Me vestí a toda prisa con unas mallas negras y una camiseta holgada de manga corta. Quería estar cómoda, intuía que iba a pasar bastante tiempo en la biblioteca.

Abrí la puerta de mi habitación con cuidado de que nadie me viera. Supuestamente, debía permanecer aquí hasta que mi abuelo ordenara lo contrario. ¡Por Dios! Me sentía como una adolescente de quince años escapando de un castigo para ir a una fiesta.

Recorrí los pasillos con cuidado y esquivé a uno de los guardias, que se encontraban deambulando por la zona. Para mi suerte, conseguí llegar hasta la biblioteca sin ser vista. ¿El único fallo de mi plan? Que Connor se encontrara allí en ese momento. Si así fuera, tendría que inventar alguna excusa para sacarle información sin ser demasiado obvia.

Entré en la sala repleta de libros.

—¿Hola? ¿Connor?

Tras un largo silencio que me confirmó que allí no había nadie, me puse manos a la obra. Recorrí los pasillos buscando algo que tuviese que ver con la naturaleza, los árboles, e incluso los sueños. ¿Resultado? Dos horas de reloj y no tenía absolutamente nada. Todos los libros de

naturaleza o árboles eran para aprender sobre las plantas y sus cualidades, y eran muy similares a los que ya tenía.

—¿No se supone que deberías estar descansando en tu habitación? —La voz de Connor me sobresaltó. Enseguida cambié mi expresión nerviosa por una más aburrida.

—Llevo todo el día durmiendo. Necesitaba salir de esas cuatro paredes —contesté mientras pasaba las páginas de uno de los tomos.

Connor se acercó y se sentó frente a mí en la larga mesa de madera rústica. Como siempre, su sonrisa me ponía nerviosa y no en el buen sentido. Había algo en él que no me llegaba a encajar.

—¿Qué estás leyendo? —Me quitó el libro de las manos y comenzó a inspeccionar su contenido—. ¿Te interesan las plantas? —preguntó extrañado.

—Solía ayudar a mi abuela con remedios caseros hechos con ellas.

—Algo había escuchado sobre eso —contestó. Su mirada escrutadora me intimidaba. Connor poseía una belleza oscura difícil de describir.

Decidí romper el silencio con algo que me ayudara a sacarle información.

—¿Existen más seres sobrenaturales de los que no me hayas hablado todavía? —pregunté. Se quedó extrañado por el cambio tan radical de tema. Titubeó antes de contestar.

—Podría decirse que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Todo este mundo es nuevo para mí. Supongo que siento curiosidad por saber más. ¿Por qué no me has hablado de ellos?

—Porque solo hemos dado lo que te hace falta saber. No creo que quieras perder el tiempo hablando de ángeles y demonios, y de seres que nunca verás.

—¿Ángeles y demonios? —repetí extrañada.

—Según nuestra historia fuimos creados por planos diferentes. La luz y la oscuridad. Ángeles y demonios, ambos enfrentados desde el principio de los tiempos, pero ¿para qué hablar de ellos? ¿Alguna vez has visto alguno? Yo tampoco y no hay ningún registro en los libros de nadie que haya interactuado con ellos. Me parece algo irrelevante.

—¿Y seres de la naturaleza? ¿Quizá duendes o hadas? —Estaba acercándome a mi objetivo.

—¿Hadas? —Comenzó a reír.

—No te rías. Si existen lobos, vampiros y brujos, ¿por qué no hadas? —resoplé molesta.

—¡Lo siento! Me ha resultado un poco infantil —se disculpó—. En todo caso serían ninfas, y para nada se parecen a las criaturas de las historias que los humanos le cuentan a sus hijos antes de ir a la cama.

—¿Ellas existen de verdad? —pregunté con sorpresa.

—Según Alexander Russ, sí.

—¿Quién es Alexander Russ? —Nunca había escuchado ese nombre.

Connor se levantó de su asiento y se acercó a una de las estanterías. Comenzó a buscar.

—Alexander era un vampiro muy antiguo. Escribió un diario de la guerra que se gestaba contra los primeros aquelarres de brujos que se alzaron en oposición nuestra. En sus páginas habla de criaturas que habitaban en un plano superior al que nos encontramos. Él las llamó ninfas del bosque, creadas para proteger el orden de los planos y la naturaleza. ¡Aquí está!

Connor extrajo un libro de la estantería. Con un movimiento de su mano, usó su habilidad para limpiar el polvo que cubría su lomo. Por su estado, parecía haber pasado tiempo desde la última vez que alguien lo había utilizado. El vampiro se volvió a sentar frente a mí buscando algo en el interior. Me lo puso delante para que pudiera verlo. Había un dibujo hecho a mano de una criatura con forma humanoide, pero a diferencia de nosotros, su cuerpo estaba formado por raíces y enredaderas.

—Según Alexander, ella es Kali, la reina de las ninfas. Él la dibujó como la recordaba. Por lo que ha escrito en su diario, son criaturas que no suelen dejarse ver en el mundo mortal. Tampoco hay más registros aparte de este que hablen sobre ellas.

Algo en el dibujo llamó mi atención. Los ojos redondos y sin pupilas de la criatura me recordaron a mi sueño. Pero yo había visto a una niña, nada que ver con la figura que se encontraba frente a mí.

—¿Las ninfas pueden cambiar de forma? —Miré a Connor esperando ansiosa su respuesta.

—Alexander cuenta que la primera vez que vio a Kali, esta se le presentó en forma de ave. Supongo que sí, eso demuestra que pueden crear una falsa ilusión para quien las observa.

Pasé algunas páginas donde solo había escritos, hasta que una de ellas atrajo mi interés e hizo que mi corazón se acelerara.

Una piedra muy parecida a la mía se dibujaba en ella. Eran prácticamente iguales, la diferencia estaba en su forma. Esta se asemejaba a una lágrima terminada en pico y la que yo llevaba en ese momento en el bolsillo era más ovalada, pero las ramificaciones de plata del exterior eran idénticas.

—¿Qué es esto? —pregunté con la voz entrecortada. Tenía que tranquilizarme si no quería que Connor se diera cuenta.

—Es la «Piedra del Llamado». Un trato con la reina de las ninfas. Fue un privilegio para Alexander recibir este regalo de Kali.

—¿Por qué? ¿Para qué sirve esta piedra? —Cada vez entendía menos.

—Es la conexión entre los dos planos. Una promesa, un llamado.

—¿Un llamado para qué?

—Para ofrecer un ejército. ¿Cómo crees que acabó la guerra? En ese momento los

aquelarres eran demasiados. Si Alexander no hubiera aceptado su ayuda, jamás habiéramos ganado.

—¿Un ejército de ninfas? ¿Por qué interceder en una guerra que no va con ellas?

—Como te he dicho antes, fueron creadas para proteger el orden de los planos —me explicó.

—Aun así, siempre hay guerras humanas y ellas no aparecen —solté exasperada.

—Una guerra sobrenatural no es nada comparado con los juegos de los mortales. ¿Sabes cómo quedaría nuestro mundo si los seres con poder decidiéramos tomar el control? Todo sería un caos.

—¿Y por qué Alexander? ¿Por qué le entregaron su ejército a él?

—No lo sé. Supongo que al ser el líder de los vampiros, Kali lo eligió. Nadie ha visto nunca más esa piedra. Desapareció junto al ejército después de terminar su cometido.

Seguí pasando las páginas. Ya sabía quién era esa criatura, pero ¿por qué me había escogido a mí?

—¿Puedo llevarme el libro a mi habitación? Me gustaría leerlo. Quiero entretenerme en algo hasta que Marcus decida levantar mi encierro —dije sarcástica.

Connor comenzó a reír.

—Puedes llevártelo. Te veré en la reunión de mañana. —Tomó mi mano y depositó un beso en la parte superior—. ¡Descansa, cariño! —Su mirada penetrante me puso nerviosa—. Hoy no tengo rosas que ofrecerte.

—Con el libro está bien —me solté de su agarre y me levanté del asiento con el diario entre mis manos.

Al llegar a la puerta escuché su voz:

—No te preocupes por tu encierro, querida. Cuando seas mi esposa, no tendrás que pedir permiso para poder salir.

En ese instante me volví como un resorte.

—¿Qué has dicho? ¿A qué te refieres?

CAPÍTULO 24

Kress

Habíamos acabado la cacería antes de lo previsto. El vampiro al que teníamos que dar caza era tan idiota que no tardamos ni una hora en atraparlo. Elaboré una teoría: los transformados cada vez contaban con menos neuronas, o los Sangre Pura elegían cada vez peor a los humanos que transformaban. Después de llegar al castillo me di un buen baño. El muy maldito me había empujado a un contenedor de basura intentando escapar.

En ese momento, me encontraba en dirección al despacho de Marcus. Había recibido un mensaje de Cameron donde ponía que tenía un recado que hacer. Supuse que sería volver a la ciudad para llevar las bolsas de sangre que Sarah necesitaba. ¡Qué fastidio! Odiaba conducir la furgoneta frigorífica, pero si ese era mi encargo y me había tocado, tendría que aguantarme. Por eso no me gustaba nada que nos lo pusieran tan fácil a la hora de atrapar a los vampiros. Menos tiempo de caza significaba más tiempo para hacer recados absurdos y aburridos.

Estaba llegando a la puerta cuando Hayden me adelantó a toda prisa. Intenté preguntar qué pasaba, pero no me dio tiempo. Abrió la puerta del despacho, se metió dentro y luego cerró de un portazo. Comencé a escuchar las voces desde afuera.

—¡¿Cuándo pensabas decírmelo?! —La voz de Hayden sonaba alterada.

—No vuelvas a irrumpir en mi despacho así. ¿Queda claro? —Marcus lo regañó—. Por lo que veo, ya te has enterado.

Pensé enirme, pero la verdad es que quería saber lo que sucedía. Era difícil ver a Hayden cabreado y mucho menos hablando así a nuestro líder. ¿Qué lo había puesto de tan mal humor?

—¡¿Ella lo sabe?! ¡¿Está de acuerdo con eso?! —preguntó mi amigo.

—Todavía no. Los Loughy vinieron a hablar conmigo hace ya algún tiempo. Tanto ellos como Connor están interesados en una unión entre los dos linajes. —Marcus suspiró—. Si algo me llegara a pasar en esta guerra, ella ocupará mi puesto y tengo que formar alianzas para que ellos la protejan. Seamos realistas, Hayden. ¿Crees que el resto de vampiros se dejará guiar por una mestiza? Sabes muy bien que no lo harán. Necesita el respaldo de una familia fuerte e influyente. Con Connor a su lado podrá tomar el control sin provocar una rebelión.

¿Había escuchado una unión? No podía ser cierto.

—¡Yo puedo protegerla! —La voz dolida de Hayden me llegó hasta los huesos.

Marcus suavizó su tono antes de contestar.

—Hayden. Te he criado igual que a un hijo. Nada me haría más feliz que entregarte la mano de mi nieta como se había decidido hace años, pero ahora tu familia no está para pactar una alianza. Tú solo no puedes protegerla.

Cada vez estaba más confusa. ¿Hayden estaba comprometido con la pelirroja? ¿Qué me había perdido?

—¡No te estoy pidiendo su mano! Te estoy ofreciendo su seguridad sin pedir nada a cambio. Jamás dejaría que le pasara nada, ni la obligaría a hacer algo que no quisiera.

—De eso estoy seguro —respondió Marcus—. ¿Por qué crees que te encargué su protección? Sé lo que llevas haciendo todos estos años desde que perdió la memoria, Hayden. A mí no puedes engañarme. ¿Crees que no sé de tus escapadas al bosque para verla a escondidas? Aunque no lo creas, siempre lo he sabido. No hay nada que no llegue a mis oídos.

Un silencio se apoderó de la sala. Yo, por otro lado, me había quedado en *shock*. Ahora comprendía los cambios de humor en Hayden y su forma de actuar frente a la pelirroja. Fue él quien rompió el silencio.

—¿Sabes lo que estás haciendo?!

—Sí, lo sé. —La voz profunda de Marcus retumbó en las paredes—. No pienses que no me he dado cuenta de cómo la mira el hijo mayor de Logan. No soy tonto y no permitiré que lo que pasó con mi hija se repita, así tenga que encerrarla en una habitación bajo llave.

—Esa sería la mejor opción, sin duda —contestó él.

—¿Qué has dicho?!

—Que si tuviera que elegir, se la entregaría al lobo sin pensarlo antes que a Connor y su familia. ¡Es como echar un trozo de carne a los leones! ¡¿No lo entiendes?! ¡Solo quieren su descendencia, nada más!

—¡No vuelvas a insinuar una cosa así! ¡Las mezclas están prohibidas! Ya te he consentido demasiado. No hagas que te recuerde cuál es tu lugar. ¡Ahora, fuera de mi despacho! —Marcus lo echó.

—Soy tu mano derecha. Te he servido siempre sin cuestionar tus órdenes y jamás me ha temblado el pulso en llevarlas a cabo. Pero escúchame bien, Marcus. Si sigues adelante con esto, no me quedará de brazos cruzados. No dejaré que la utilicen, aunque para ello tenga que llevármela lejos de aquí.

Antes de que me diera tiempo a asimilar lo que había escuchado, la puerta se abrió de golpe y un Hayden con los puños cerrados salió a toda prisa como un vendaval. Me miró de soslayo y siguió su camino. Ni siquiera le importó que hubiese oído la conversación. Lo que no entendía era cómo la pelirroja no lo sabía. Deduje que, tras perder la memoria, no se acordaba de él, pero ¿por qué Hayden no le dijo quién era? Ahora entendía el comentario que Cameron me

hizo una vez: *¡Todos tenemos secretos, no te metas en sus cosas!* Como intuía, él sabía toda la historia. Los dos vivían en el castillo desde la niñez.

Me puse a dar vueltas en el pasillo analizando la situación. Para ser sincera, tampoco me atrevía a entrar en el despacho. No me imaginaba lo cabreado que debía de estar Marcus tras la amenaza de Hayden. Cuando por fin me decidí a hacerlo, la pelirroja apareció de pronto de la misma forma en que lo había hecho él.

—¡Amber, espera! ¿Qué piensas hacer? —Lory la seguía de cerca.

Pasó como un rayo por mi lado y abrió la puerta del despacho de golpe. La diferencia es que ella no se molestó en cerrarla.

Lory se quedó parada a mi lado con cara de espanto.

—¿Me has comprometido con Connor?! —Posó las dos manos en el escritorio de su abuelo. La expresión de Marcus indicaba que iba a explotar en cualquier momento, pero la pelirroja no le dejó decir ni una palabra. Parecía que le habían dado cuerda. Ni siquiera se detenía para respirar—. ¿En qué siglo crees que estamos?! —Levantó los brazos exasperada—. ¡No me lo puedo creer! ¡¿Esto es una broma, verdad?! Por si no lo sabías y no has salido del castillo en bastante tiempo, las mujeres ahora podemos decidir sobre nuestro futuro. ¿Quién te da el derecho para aparecer en mi vida de la nada y tomar decisiones por mí?

Marcus incendió un papel que tenía entre las manos y lo convirtió en cenizas.

—¿Has terminado? —respondió con una tranquilidad que me sorprendió.

—¡No! No he terminado. —La pelirroja daba vueltas por la estancia sin parar—. Si piensas que voy a aceptar esto, estás muy equivocado.

—Ya está decidido. Los Loughy y yo anunciaremos tu compromiso a la sociedad vampírica la noche de la Luna de Sangre. Espero que te comportes como una adulta y dejes de hacer berrinches de niña malcriada —le respondió sin inmutarse.

—¡No puedes obligarme! —gritó la pelirroja.

—No me pongas a prueba —la amenazó Marcus.

—Estaré esperando a que lo intentes. —Volvió a posar sus manos en el escritorio frente a él, desafiante. Ambos se mantuvieron la mirada.

Era sorprendente lo mucho que se parecían. Si no fuera porque la situación era seria, podría haberme echado a reír. Ambos eran cabezones y orgullosos. De repente, la pelirroja se giró y salió de la habitación. Pasó por nuestro lado sin ni siquiera mirarnos. Estaba muy cabreada.

Escuché a Lory suspirar.

—¡Marcus! —llamó su atención desde la entrada—. Si sigues así, la perderás. No cometas los mismos errores que con su madre. Aún estás a tiempo. No cargues tu conciencia con más arrepentimiento.

Después de esas últimas palabras que él no contestó, Lory se marchó tras la pelirroja. Al verme parada en la puerta, Marcus se me quedó mirando con expresión cansada.

—¿Tú también tienes algo que aportar?

—¿Hay algún recado que hacer? —Levanté las cejas. ¿Qué más podía decir?



—Espero que esa cosa que dices ser urgente sea importante. Acabas de interrumpirme en un momento muy...

—Entra y cierra la puerta —lo corté a mitad de la frase.

Cameron acababa de entrar en mi habitación. Le había mandado un mensaje al poco de llegar de la ciudad y haberle suministrado a Sarah las bolsas de sangre que le hacían falta.

—¿Y bien? —Después de entrar se cruzó de brazos con las cejas alzadas.

—¡Espera un momento! ¿Qué he interrumpido? ¿Tú no deberías estar a punto de acostarte? Ya ha amanecido. Creía que estabas durmiendo y que por eso no contestabas a mis mensajes —solté con la nariz arrugada. Él sonrió picarón—. ¡Vale, déjalo! No quiero saberlo.

Cameron comenzó a reír a la vez que se sentaba a mi lado en la cama. En ese momento no tenía encima ningún complemento de los que solía llevar: collares y pulseras de pinchos. Eso significaba que estaba haciendo algo más que dormir. Aparte, su pelo teñido de verde lucía un poco alborotado.

—Estoy esperando —canturreó.

—No seas tan impaciente. Es algo delicado —suspiré. Luego fui al grano—. ¿Sabías lo del compromiso de la pelirroja?

De pronto, Cameron cambió su expresión socarrona a una más seria.

—Si piensas que estoy mal por Connor y quieres consolarme, estás equivocada. Estoy harto de su rechazo. Así que él se lo pierde. —Deslizó la mano por su cuerpo—. Soy demasiado *hot*.

Su fanfarronería me hizo sonreír.

—Si esta era la urgencia y no vas a decir nada más, ¿qué tal si me voy y sigo con lo que he dejado a medias? —Comenzó a levantarse.

—¿Qué tal si en vez de eso te pateo las pelotas? —Arrugué las cejas molesta.

Apostaba a que Chad estaba esperándolo en su habitación. Era uno de los guardias mestizos que se había encaprichado con Cameron. Él quería algo más serio, pero mi amigo siempre había tenido ojos para Connor y solo se acostaba con él por diversión. Quizá había cambiado de opinión y lo quisiera para algo más que sexo.

—¿Sabes que da miedo cuando te pones así? Me encanta tu faceta de chica dura. — Sonrió pícaro. Yo continué hablando.

—Hayden llegó como una fiera al despacho de Marcus —le expliqué.

—Es lógico. Marcus no le había dicho nada. Nos enteramos por casualidad por algunos cuchicheos de los guardias —contestó él.

—Hayden ha amenazado a Marcus con llevársela si sigue adelante con el compromiso. Creo que se le ha ido la cabeza —resoplé.

—Solo intenta protegerla. No se fía de Connor. Piensa que quiere utilizarla.

—No me mientas, Cam. Lo sé todo. Los escuché hablando en el despacho. ¿Tú lo sabías, verdad? Hayden y la pelirroja se conocen desde niños.

Cameron abrió los ojos sorprendido, luego arrugó la frente.

—No deberías escuchar conversaciones ajenas, Kress. Esa historia no va contigo ni conmigo. Ni se te ocurra hablar de eso delante de Amber. Ella no sabe nada ni Hayden quiere que lo sepa.

—¿Por qué? Él la quiere, debería decírselo. ¿Por qué no lo hace? —pregunté molesta. No entendía nada.

—Porque, según él, es malo para ella, ya no es el mismo chico de antes y *bla bla bla, bla bla bla*. Ya sabes, Hayden y sus mierdas. Le afectó enormemente ser el causante de la muerte de sus padres. Cuando llegué al castillo, me costó mucho acercarme a él. Se encerró en sí mismo y se ganó la fama del vampiro frío y sin corazón que todo el mundo cree que es.

—¡Pero eso no es cierto! Hayden se preocupa por los demás. Aunque a veces tenga una manera rara de demostrarlo. —Suspiré cansada.

—¡Kress, en serio! No te metas. Si él no quiere que lo sepa, déjalo estar.

—Está bien, pero creo que es un error —expresé lo que sentía.

Cam se levantó.

—Ahora me voy. Necesitamos descansar. Esta noche es la cena de la reunión. Tendremos que hacer guardia. Que descanses, bombón. —Me tiró un beso desde la puerta.

—Tú también. Aunque creo que con Chad en tu habitación es lo que menos harás —bromeé.

Él sonrió antes de cerrar la puerta. Yo me tumbé en la cama. Me sería difícil conciliar el sueño con tantas cosas que rondaban mi cabeza. Pensé lo doloroso que habría sido para Hayden entrenar a la pelirroja sin que ella se acordara de él. Un sentimiento de pena estrujó mi corazón. Mi amigo se veía a sí mismo como un tipo cruel y despiadado; sin embargo, para mí era la persona más buena y menos egoísta que había conocido jamás.

CAPÍTULO 25

Amber

Pasé todo el día durmiendo y descansando en mi habitación, hasta que Lory vino a traer las prendas de ropa para la cena. Algunos alfa, entre ellos Logan, se reunirían con Marcus para intercambiar información. Esperaba que supieran o tuvieran cualquier indicio de dónde se encontraba Dana. Me extrañó que Ray aún no hubiera venido a verme. Supuse que tenían trabajo que hacer. ¿Qué quería decirme? ¿Se había arrepentido de nuestro acercamiento? Y si ese no fuera el caso, ¿qué éramos ahora? ¿Y qué seríamos en un futuro?

—¿Tengo que ponerme otro vestido, como el día de mi presentación? —pregunté a Lory.

—Para la reunión no será necesario, pero sí para la fiesta de la Luna de Sangre —contestó a la vez que rebuscaba entre las prendas.

—¿Qué es la Luna de Sangre? —pregunté curiosa. Sonaba un poco escalofriante. Por un momento me imaginé una noche en la que todos los invitados se mordían los unos a los otros frente a los demás. ¡Yo y mi imaginación desbordante!

—Es una fiesta que se celebra cada año para recordarle a todos los vampiros lo importante que fue Alexander Russ. Gracias a él se ganó la guerra contra los brujos. Si hubiéramos perdido, hoy en día no existiríamos. Los aquelarres querían acabar con los Sangre Pura. Eso significaría el fin para todos nosotros —me explicó.

—Creo que más bien sería gracias a las ninfas —contesté sin pensar.

—Bueno, nadie está seguro de eso. Nunca se ha visto a ninguna. He escuchado hablar de ello. Un ejército de ninfas, pero quizá alguien tergiversó la historia con el paso de los años.

El mismo Alexander lo escribió en su diario, pero por lo que veía, no todo el mundo tenía acceso a él. Yo mejor que nadie sabía que ellas existían. Había visto una en mi sueño, aunque sobre eso no le dije nada a Lory.

—¿Qué tal esto? —Me enseñó un vestido negro, de tirantes y con escote terminado en pico.

—Es bonito, pero no me apetece un vestido. —Arrugué la nariz.

Ni siquiera me aguantaba yo misma. Después de discutir con mi abuelo, me encerré en mi habitación hasta que me quedé dormida. ¿Quién se creía que era para tomar decisiones por mí? Estábamos en el siglo XXI, ¡por Dios! No sabía si reír o llorar. Era de risa que Marcus

siguiera teniendo una mentalidad tan anticuada. Por no mencionar a Connor; ver su sonrisa de suficiencia al decir que sería su esposa me llenó de cólera. Sin haber dado mi consentimiento, ya se creía dueño de mi persona.

—Deberías ver cómo te queda. Quizá te guste más puesto. Es muy bonito. —Sonrió, mirándolo. Mi abuelo le había dicho que comprara lo que quisiera para mí.

—Está bien. Me lo probaré. Pero prepara unos pantalones por si acaso. —Le devolví la sonrisa. Ya que Lory se había molestado en ir a buscar prendas a mi gusto, quise hacerla feliz, aunque fuera solo al probarme el vestido. No quería pagar con ella mi mal humor.

Después de un buen rato ya estaba lista. Lory había recogido mi larga melena en un moño elegante aunque desenfadado. Varios mechones caían sueltos a ambos lados. El maquillaje era sutil. A ella le encantaba cómo se veían mis ojos ahumados, pero decidió dejarlo para el día de la fiesta. Al final opté por el vestido negro. Era muy suave y también cómodo, cosa que me sorprendió nada más sentirlo en mi cuerpo. En lo único que no había pensado era en los zapatos que tendría que llevar. ¡Por cierto, un fastidio! Lory no trajo ninguno que no llevara tacón. Tendría que hacer malabares para llegar al salón.

—Vamos, cariño. Quitale esa cara. Estás preciosa. —Me miraba con fascinación.

—No es eso, Lory. El vestido y el recogido me encantan, es solo que no me suelo llevar muy bien con los tacones. Lo único bueno que he sacado de ellos es que pueden ser una gran arma en el momento menos pensado. —Reí recordando el episodio con el vampiro en el callejón. Ahora todo aquello me resultaba tan lejano...

Bajé las escaleras como pude agarrándome a la barandilla. ¿Cómo diantres se acostumbraban las chicas a caminar con estas cosas? Al final de las escaleras, Hayden se encontraba parado con su mirada clavada en mí. Si no quería hacer el ridículo delante de nadie, ya había llegado tarde. No pude dejar de fijarme en lo guapo que era y en lo atractivo que estaba en traje de chaqueta. No paró de observarme hasta que puse un pie en el último escalón.

—¿Necesitas ayuda? —dijo burlón ofreciéndome el brazo para que me agarrara a él.

—¿Tanto se me nota? —Arrugué la nariz y lo tomé sin dudar, aunque cada vez que su cuerpo tocaba el mío sentía una electricidad difícil de describir.

—Podría decirse que lo tuyo no es andar en tacones. —Su mueca me pareció un intento de sonrisa.

—Gracias por la aclaración, pero eso ya lo sabía —resoplé. Hoy teníamos el lado del vampiro más bromista y tocapelotas.

—Tú has preguntado —me aclaró a la vez que recorriamos juntos el pasillo hasta la sala donde habían preparado la cena.

Al entrar, Marcus nos esperaba solo, presidiendo una gran mesa rectangular.

—Tomad asiento. Los demás no tardarán en llegar. —Clavó sus ojos en mí—. Amber,

siéntate a mi lado —me ordenó indicando un lugar a su derecha.

De pronto uno de los guardias entró con un móvil entre las manos y se lo entregó. Él se levantó del asiento y se distanció de nosotros para contestar. Comenzó a hablar cerca de la ventana. Mientras tanto, Hayden me acompañó y me retiró la silla para que me sentara. Supuse que se vio obligado a hacerlo para que no hiciera más el ridículo. Todavía tenía que acostumbrarme a los tacones del demonio.

—¡Gracias! —le agradecí en un susurro. Cuando vi que su intención no era la de sentarse a mi lado, lo agarré del antebrazo—. ¡¿Adónde vas?!

Él me miró sin entender.

—¿A sentarme? —Indicó un lugar justo en frente del mío, al otro lado de la mesa.

—¡Ni se te ocurra moverte de aquí! —susurré bajito para que Marcus no nos oyera—. No pienso permitir que Connor ocupe ese asiento.

Lo que más falta me hacía era que mi supuesto prometido se sentara a mi lado. Hayden se inclinó para susurrarme.

—Pensaba que tu profesor perfecto te agradaba más que yo. —Su mueca burlona me hizo rechinar los dientes—. Creo que dijiste algo como...

—¡Hayden, por favor! —lo corté.

—¿Podría unirme a la conversación? —Mi abuelo se sentó esperando a saber qué estábamos hablando. Entonces respondí con la verdad.

—No pienso sentarme...

—Amber requería mi ayuda para encontrar algo que se le había perdido —me cortó Hayden—. ¡Ah! Aquí está. —Se agachó un momento y recogió algo del suelo. Luego, de forma delicada, lo introdujo en mi cabello.

Me resultó extraño, estaba segura de que Lory no había añadido nada a mi peinado. Alcé mis dedos para tocar el objeto. Se trataba de un broche. ¿De dónde demonios lo había sacado? Sin decir nada más, Hayden se sentó a mi lado como le había pedido. En ese instante, un guardia entró a la sala seguido por mi padre adoptivo y varios hombres corpulentos, entre ellos el padre de Megan, el señor Fletcher. Era el alcalde del pueblo, así que lo había visto un par de veces en la cafetería cerca de nuestra tienda familiar. Era alto y robusto, con una cabellera negra y un poco larga que llevaba atada en una coleta baja.

—Siento la tardanza. Las cosas en la ciudad se nos han complicado un poco. Thomas ha decidido no venir. Sigue buscando a su hija sin descanso —explicó Logan.

Los últimos en aparecer fueron Connor y su padre.

—Tomad asiento, discutiremos todo durante la cena. —Marcus señaló los sillones para que se acomodaran. ¿Dónde demonios se había metido Ray?

Todos comenzaron a ocupar los sillones. Connor se situó frente a mí y justo al lado

izquierdo de mi abuelo. Logan lo hizo delante de Hayden. Mi padre adoptivo me miró con cariño.

—Estas preciosa, Amber.

—Gracias, Logan. —Le sonreí a la vez que sentía un pellizco en el pecho. Lo quería como a un padre. A veces podía ser demasiado serio y estricto, pero con el paso de los años conseguí interpretar sus palabras. Era una manera de expresar que me quería y que me echaba de menos.

—Iba a decir lo mismo, pero te me has adelantado —le soltó Connor educadamente.

Hayden rio de incredulidad. Antes de que Connor contestara, Marcus habló en voz alta.

—Creo que algunos de vosotros aún no conocéis a mi nieta. Ella es Amber. —Marcus se dirigió a los presentes. Ellos miraron en mi dirección—. He pensado que sería buena idea que asistiera a esta reunión. Como mi sucesora, tendrá que aprender todo sobre nuestra alianza.

—Encantado de volver a verte, Amber —dijo el señor Fletcher dedicándome una sonrisa.

—Lo mismo digo, señor Fletcher —le contesté cortés.

—Llamame Scott, por favor. Me hace sentir menos viejo —comentó divertido.

La puerta se abrió y las encargadas del servicio comenzaron a llenar la mesa de platos y bandejas con comida.

—¿Y bien? —preguntó mi abuelo—. ¿Habéis dado con algo?

—Tengo a algunos de mis chicos investigando varios colegios de la ciudad que podrían pertenecer a Gael. —Esta vez fue Scott quién contestó—. Según tengo entendido, suele desplazarse de un lado a otro para supervisar.

—¿Colegios? —preguntó Hayden—. ¿Qué clase de colegios?

—De magia —explicó Logan—. Se les instruye desde pequeños para sacar todo su potencial. El maldito brujo no ha perdido el tiempo en estos años.

—Pero esos colegios ya existían. Tengo entendido que los hermanos Sallow estudiaron en uno —comentó Adam, el padre de Connor.

—No sé cómo, pero ahora él dirige todos y cada uno de ellos a su antojo —intervino Scott—. ¿Qué creéis que les enseña? Que nosotros somos su principal enemigo.

El sonido de la puerta al abrirse me sacó de la conversación. Ray entraba en ese mismo momento acompañado de... ¿Megan?

—Sentimos la tardanza. Hemos tenido un pequeño percance por el camino —se excusó esta sonriendo. Llevaba un top blanco y un pantalón de cuero negro ajustado que hacía resaltar sus curvas.

Ray me miró fijamente con una expresión en su rostro que no supe descifrar. Luego desvió la mirada.

Ambos se sentaron también a la mesa uno al lado del otro, mientras el servicio colocaba

dos platos más para que ellos se sirvieran.

Yo aproveché para ponerme una copa de champán, pero Hayden me la quitó y la cambió por una de agua, el muy cretino. No quería que terminara como la última vez.

—Tú debes de ser la hija de Fletcher —dijo Marcus—. Por lo que tengo entendido, gracias a tu intervención la trifulca con los brujos no llegó a mayores.

—Nuestra manada y yo estábamos cerca cuando sentimos que se encontraban en peligro. Solo seguimos el rastro hasta llegar hasta ellos. No fue difícil. —Le quitó importancia. A mí solo me faltaba resoplar.

No tenía nada en contra de Megan, simplemente no me gustaba por el simple hecho de que llevaba años enamorada de Ray. Todo el mundo en el pueblo lo sabía. Que hubieran llegado juntos tampoco ayudaba mucho.

—Como iba diciendo —Scott volvió a hablar de nuevo mientras los demás comenzábamos a comer—, cada vez más niños crecen con la ideología de Gael. Eso significa que serán un mayor número contra nosotros en un futuro. Más brujos con la idea de exterminar a los nuestros.

—Debemos encontrarlo y acabar con él —soltó Marcus—. Sé que Allan trama algo. No me creo que solo se siente a esperar a que mi nieta decida correr a salvar a su amiga. No tiene lógica que se escondan en este momento.

Ray y Megan hablaban entre ellos sin prestar atención a la conversación.

—Por eso debemos encontrar su paradero. Estoy seguro de que la tienen cerca. Así matamos dos pájaros de un tiro. Todavía nos faltan muchos sitios en los que buscar —contestó uno de los alfas.

—Mañana se celebra la Luna de Sangre —explicó mi abuelo—. Toda la comunidad vampírica asistirá. Tendréis que haceros cargo vosotros de la ciudad. Quizá Allan y Gael decidan hacer algún movimiento aprovechando nuestra ausencia.

Cuando escuché sobre la dichosa fiesta, casi se me atragantó el filete.

—También hay algo importante que anunciar a nuestra sociedad —soltó Adam mirando a su hijo tras sonreír—. ¿Verdad, Marcus?

Me quedé con el tenedor a medio camino. Se había acabado mi paciencia. ¿Quiénes eran ellos para decidir por mí? Lo solté sobre la mesa con bastante fuerza, pero cuando iba a pronunciarme y a decir que se metieran el compromiso por donde les cupiese, sentí una mano apretar mi muslo. Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Hayden se acercó a mi oído para susurrarme:

—¿Recuerdas lo que te dije cuando llegaste al castillo? Tienes que ser más lista que ellos. Si ofendes a tu abuelo delante de todos, tú pierdes.

—¿Algo que debamos saber, Crane? —Connor se quedó mirando a Hayden con cara de

pocos amigos—. Es de mala educación cuchichear delante de invitados. —Sonrió con falsedad.

Se notaba que ese detalle no le había gustado nada. Cuando iba a responderle, el vampiro volvió a apretar mi muslo y lo hizo él.

—¿Celoso, Connor? —La mirada de Hayden era fría como un témpano de hielo—. Cuidado, quizá Amber se pueda llegar a asustar de tu excesivo control antes de tiempo.

Un silencio incómodo se instaló en la mesa, pero Marcus decidió romperlo a la vez que yo aprovechaba para robarle a Hayden su copa de champán y llevármela a los labios.

—Hablando de anuncios, debo felicitaros por el compromiso de vuestros hijos. Una unión entre manadas siempre es algo que celebrar.

Cuando escuché las palabras que iban dirigidas a Logan, la copa resbaló de mis manos y terminó rompiéndose a trozos en la mesa. Su contenido salpicó mi vestido, pero apenas lo sentí. Solo escuchaba los latidos de mi corazón y las palabras de mi abuelo. ¿Ray comprometido con Megan? No podía ser.

Todos en la estancia guardaron silencio tras mi accidente. Ni siquiera miré a mi alrededor. No quería ver a Ray en ese momento. Me levanté despacio con la mirada gacha.

—¡Lo siento! Se me ha debido de resbalar. —Sonreí por fuera. Por dentro sentía una tormenta de sensaciones que no podía describir—. Si me disculpáis, iré a cambiarme. Mi vestido está hecho un desastre.

Nadie dijo una sola palabra. Caminé despacio hasta la salida. Al cerrar la puerta, comencé a correr hacia el exterior del castillo. Casi me caigo por culpa del calzado, así que me quité los zapatos y seguí trotando con ellos en mis manos. Al pasar, los guardias me miraban como si estuviera loca. Pero necesitaba salir de allí, tomar oxígeno con el que llenar mis pulmones; sentía que me asfixiaba.

Cuando llegué al exterior, me acerqué a la entrada del laberinto. Paré solo un momento para respirar hondo el aire de la noche y miré el calzado que llevaba en mis manos.

—¡Malditos tacones! —Los lancé lejos pagando con ellos toda mi frustración. Cuando decidí adentrarme en su interior, escuché pasos tras de mí.

—¡Am, espera! Deja que te explique.

Ray se encontraba a mi espalda. La expresión de súplica en su rostro hizo que me detuviera, pero el sentimiento de rabia y mi orgullo herido lo invadió todo...

CAPÍTULO 26

Amber

—¡Amber, espera! Déjame que te explique.

Miré a Ray con rabia y me volví para acceder al laberinto sin decir ni una palabra. Cuando había dado unos cuantos pasos, él me detuvo agarrando mi brazo.

—¡Tienes que escucharme!

Me solté de su agarre de un tirón.

—Contéstame solo a una cosa, Ray. ¿Cuánto hace que estáis comprometidos? —pregunté dolida. Él agachó la cabeza.

—Desde unos días antes de que se llevaran a Dana. —Mi silencio hizo que levantara la mirada—. ¡Am! Quería decírtelo.

—¿Que querías decírmelo?! ¿Cuándo, Ray? ¿Antes de besarme o después de revolcarte conmigo en mi habitación si Dash no hubiese interrumpido? —escupí con rabia.

—Para mí no eres solo eso. ¡No sabes lo que dices! —contestó herido.

—Entonces, ¿por qué? ¡Dijiste que me querías! Que estabas enamorado de mí. ¡Por Dios! Estás comprometido con otra. ¿Qué crees que diría ella de esto?

—Ella sabe lo que siento por ti. Siempre lo ha sabido. Este compromiso fue pactado por nuestros padres. Nosotros no tuvimos nada que ver. No podemos decir que no —contestó derrotado.

Me tapé la cara, nerviosa y llena de frustración. Comencé a dar vueltas.

—¿Y a ella no le importan tus sentimientos?! ¿Es que no tiene orgullo? —resoplé.

—Nuestro mundo funciona así, Am. No puedo defraudar a mi padre ni ella al suyo. Sabes mejor que nadie que es mi responsabilidad como futuro alfa. Necesito crear una familia por el bien de la manada. Solo nos queda aceptarlo. Daría lo que fuera por cambiar eso, pero por mucho que mi corazón se rompa en pedazos, no puedo negarme a este compromiso.

Su mirada derrotada me traspasó hasta los huesos.

—¿Entonces por qué, Ray? ¿Por qué me soltaste todo aquello? Hubiera preferido no saber nada de tus sentimientos. Para mí hubiese sido más fácil seguir así. El día que decida compartir mi vida con alguien, quiero ser lo más importante para él. No quiero ser una segunda opción.

Ray se acercó a mí en dos zancadas y me agarró de los hombros.

—¡Porque soy un egoísta! Hay una parte en mí más racional que me grita que te deje ir, que esto es imposible, pero la otra intenta aferrarse a la idea de que aún no quiero perderte. —Su mandíbula se apretó—. Creí que podría con todo esto, pero no puedo evitar morirme de celos cada vez que veo cómo miras a ese vampiro.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —pregunté molesta.

—No hemos sido sinceros del todo, Am. Si no es así, dime que no sientes nada por él.

Por un momento no supe qué contestar. ¿Qué sentía en realidad por Hayden?

—Tu silencio me confirma lo que ya sabía. Nunca me has mirado como lo miras a él —susurró dolido.

—No lo sé, ¿vale? Ni siquiera yo lo sé. Estoy muy confundida ahora mismo. —Suspiré cansada.

¿Qué podía reprocharle a Ray? Yo tampoco había sido sincera del todo al besarlo. Ni yo misma sabía lo que quería. Llevaba tanto tiempo anhelando escuchar esas palabras, que no me paré a analizar mis verdaderos sentimientos. Lo conocía más que nadie. Sabía que haría lo mejor para su gente aunque sus deseos fueran otros.

Solté un suspiro de resignación y posé una mano en su hombro de forma cariñosa. No quería discutir con él por algo que ya no tenía sentido.

—¡Lo siento tanto, Ray! No es justo cabrearme contigo ni reprocharte nada. Siempre he sabido lo mucho que te importa la manada y que siempre optarás por hacer lo correcto. Eso es lo que más me gusta de ti... Y por lo que más te admiro.

Ambos nos observamos sin decir nada. Tras un suspiro de derrota, él rompió el silencio.

—¡Anda, ven aquí! —Ray me estrechó fuerte entre sus brazos—. Nunca quise hacerte daño. Todo lo que dije es la verdad, pero no puedo luchar una guerra que ya está perdida.

Me soltó para posar sus manos en mis mejillas.

—Te quiero, Am, y eso no va a cambiar. Nunca dudes de que, aunque tomemos caminos diferentes, siempre me tendrás a tu lado. Te lo dije una vez y cumpliré mi palabra.

Una sonrisa se instaló en mis labios. Quería mucho a Ray. Él había sido mi protección y el muro en el que me apoyaba desde que llegué a casa de los Wood. Nadie podría borrar eso jamás.

—Odio pelear contigo. No quiero que estemos mal —solté mientras volvía a hundir mi cabeza en su pecho.

—Yo tampoco —me contestó.

Nos quedamos un par de minutos abrazados hasta que, poco a poco, ambos nos dejamos ir. Ray me dijo que era hora de volver, pero yo quería estar un rato más a solas y pensar.

Me senté en la hierba y comencé a darle vueltas a algo en mi cabeza. Me sorprendió

darme cuenta de lo que en realidad sentí al enterarme del compromiso de Ray. No era dolor por saber que compartiría la vida con otra persona, sino rabia porque me sentía una estúpida. Había herido mi orgullo, no mi corazón. Las palabras de Kress llegaron a mi mente y me hicieron entender una cosa: ¿En realidad Ray era un capricho para mí? ¿Todo lo que sentía era simple admiración? Quizá mi amor no era lo que había creído en un principio. Tal vez necesitaba salir de mi burbuja para darme cuenta de eso.

Alcé la mano para quitar el broche que Hayden había colocado en mi cabello. Lo puse en mi palma y lo observé. Era muy bonito. Se trataba de una estrella de color esmeralda. ¿De dónde había salido? Estaba segurísima de que Lory no lo había puesto allí.

Me levanté y caminé descalza por el interior del castillo. Por suerte, solo me crucé con alguno de los guardias antes de llegar al ascensor que bajaba a la sala de entrenamiento. Necesitaba descargar mi frustración y eso no lo conseguiría tirada en la hierba.

Cuando bajé me di cuenta de que la sala estaba vacía, justo como pensaba. No sabía si la cena había terminado o Marcus aún seguía reunido con los demás. Había desaparecido para no volver. De todas formas ya me esperaba una reprimenda por parte del conde Drácula.

Cogí los guantes de boxeo, me los coloqué y comencé a golpear el saco. Con cada golpe, mi cabeza reproducía una y otra vez el día en que me enteré que se habían llevado a Dana; el momento en que habían herido a Hayden hasta casi matarlo; la sonrisa petulante de Connor al decir que estábamos prometidos; las últimas palabras de Ray..., y así, una y otra vez, volvía a empezar.

—¿No crees que ese vestido es demasiado bonito para entrenar? —La voz de Hayden me sacó de mis pensamientos. Ni siquiera lo oí llegar.

Paré de atizarle al saco. Mi respiración se encontraba acelerada y aun con los guantes puestos me dolían los puños. No sé cuánto tiempo había pasado desde que empecé a golpear.

—¡Lárgate, Hayden! No es momento para tu humor negro. —Sacudí el saco una vez más, sin mirarlo.

—Siempre pensé que las mujeres despechadas lloraban, no que golpearan sacos para descargar su frustración amorosa —soltó el muy cretino. Volví a parar y lo miré con las cejas alzadas. Se encontraba apoyado en la puerta de cristal.

—¿Me acabas de llamar despechada?

—¿Es eso lo que he dicho? —preguntó con sarcasmo.

—No estoy despechada, ¿vale? —dije alterada. Creo que Hayden era la única persona que podía sacarme de mis casillas sin esfuerzo.

—No lo pareció cuando saliste de la sala y justo después el chucho corrió detrás de ti. La escena fue digna de una película romántica. A los presentes no les hizo mucha gracia ver tanto amor en el aire.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Tú no deberías estar en esa reunión? —resoplé molesta. No sabía por qué Hayden quería llevarme hasta el límite.

—¿Y verle el careto a tu prometido perfecto? Creo que paso.

Su comentario me hizo reír, pero me mantuve seria para disimularlo.

—¡Mira! Si vienes a decir «ya te lo dije», puedes ahorrarte el viaje. No es lo que piensas. Estoy bien. Acabo de hablar con Ray y ya está todo arreglado —mentí. No todo estaba bien. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, y una de ellas era lo que sentía por el idiota que se encontraba delante de mí.

—No he venido a decirte eso. —Su expresión cambió a una más seria—. Y todo no está bien. —¿Es que también leía la mente?—. Si así fuera, no estarías atizándole a un saco vestida con un atuendo tan... —Movié una de sus manos para hallar un adjetivo.

—¿Incómodo? —decidí terminar por él. Me estaba poniendo de los nervios.

—No era exactamente lo que iba a decir, pero podría valer.

¿Qué iba a decir?

—Quítate los guantes y ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa —me ordenó. Yo suspiré y me quedé mirándolo sin moverme del sitio—. Te aseguro que te gustará.

Me los quité y decidí seguirlo. No todos los días el vampiro bipolar era tan amable. ¿Qué bicho le había picado?

Me quedé extrañada cuando lo vi acercarse a la pared de armas que se encontraba justo enfrente de mí. Pensé que se había vuelto más loco de lo que ya estaba.

—¿Piensas enseñarme las... armas? —Me quedé mirándolo como una idiota—. ¿Te estás quedando conmigo? —Arrugué la nariz analizando qué demonios se le pasaba al vampiro por la cabeza.

Sin decir ni una palabra, cruzó dos dagas que había en la pared y algo se accionó. Parte de ella se abrió hacia dentro mostrando el principio de un pasaje secreto.

—¿Cuántos de estos hay repartidos por el castillo? —dije asombrada.

—Son vías de escape muy útiles para salir sin ser vistos. O, en nuestro caso, llegar a partes del castillo sin tener que dar explicaciones —me contestó antes de adentrarse en él.

Tras seguirle, Hayden volvió a colocar la pared en su sitio, quedándonos a oscuras. El olor a humedad y el cambio de temperatura hicieron que me encogiese de frío.

—¿Hayden? —lo llamé con miedo. Me aterraban los sitios cerrados y oscuros. Sentí cómo el aire comenzaba a faltar en mis pulmones.

—Dame solo un segundo. —Escuché su voz a mi lado. De pronto una luz iluminó el espacio. Era la linterna de su móvil—. ¡Vamos!

Comencé a seguirlo por el pasadizo. Me recordó al túnel por el que hui con mi madre.

—¿A cuántas partes del castillo llevan estos túneles? —pregunté con curiosidad.

—Te sorprendería saberlo —contestó. No podía verle la cara, pero apostaba a que sonreía de manera escalofriante.

Después de andar unos pasos en línea recta, el camino se dividía en dos.

—El de la izquierda da al exterior de estas tierras —me explicó. Luego tomó el de la derecha.

Cuanto más avanzábamos, más me encogía de frío. Tan solo llevaba un simple vestido de tirantes. Hayden debió darse cuenta del ruido de mis dientes al castañear, porque, sin esperarlo, detuvo sus pasos, se quitó la chaqueta y, sin decir nada, la colocó en mis hombros para arroparme.

—¡Gracias! —logré exclamar.

Me agarró de la mano y tiró de mí para que fuera tras él.

—A partir de ahora es más complicado seguir con tan poca luz —me aclaró.

Eso era lo que no llegaba a entender del vampiro. A veces era frío e inexpresivo y otras... tan amable que sus gestos hacían palpar mi corazón. ¿Por qué sus cambios de humor eran tan contradictorios? Era algo que no podía descifrar. Hayden era como un rompecabezas esperando ser montado.

Seguimos recorriendo tramos muy complicados, algunos rectos y otros formando escaleras. Subíamos cada vez más. Me sorprendió encontrar tantos pasadizos secretos ajenos a los ojos de los habitantes del castillo. ¿A qué lugar querría llevarme Hayden? Era un misterio que no tardaría en descubrir.

CAPÍTULO 27

Amber

—¿Cuánto falta? —pregunté después de subir no sé cuantas escaleras.

—Ya casi estamos —respondió caminando delante de mí.

Creo que las dos últimas las había subido gracias a que el vampiro había hecho un poco de fuerza con su brazo para impulsarme hacia arriba. Estaba agotada. Para mi alivio, se paró frente a una pared y comenzó a palpar algo en su superficie. No sé qué encontraría, porque cuando dio con lo que buscaba, esta se abrió hacia dentro. Hayden asomó la cabeza.

—Camino despejado. Podemos salir —me informó.

La puerta secreta daba a un corredor interior del castillo que no había visto antes.

—¿Dónde estamos?

—En la parte más alta.

Hayden apuntó hacia el final del pasillo. Cuando miré en esa dirección, supe a qué se refería: un ventanal enorme daba paso a la azotea. Me acerqué a él; a través del cristal se podía ver el cielo estrellado.

—¡Es precioso! —exclamé contemplando las pequeñas luces que alumbraban la oscuridad.

—¡Vamos! —Giró la manecilla para salir—. No era eso lo que quería enseñarte.

Seguí sus pasos hacia el exterior. Desde allí se podían ver incluso las luces de la ciudad en la lejanía. Hayden nos hizo rodear la azotea y por fin supe lo que deseaba mostrarme. Delante de mí se encontraba un inmenso invernadero de cristal y aluminio. Desde el exterior ya podían apreciarse los innumerables colores de las flores en el interior.

—Era de tu madre. Pensé que te gustaría verlo. —En ese momento no tuve palabras. La emoción inundó mi pecho y un nudo se instaló en mi garganta.

—¿Puedo...? —pregunté emocionada. El vampiro me dio permiso con un gesto de la mano.

Sin pensarlo dos veces, abrí la puerta y entré.

—Dicen que a Eirena le encantaban las flores; las hacía crecer con su habilidad y las cuidaba ella misma. He oído que este era su lugar favorito. —Escuché a Hayden detrás de mí. Se quedó fuera para darme un poco de privacidad.

Caminé despacio entre las numerosas especies de plantas que se encontraban allí. Deslicé los dedos suavemente por sus hojas e inhalé sus diferentes aromas. El nudo seguía en mi garganta. Aquello era como tener un pedacito más de mi madre. Esto me había hecho muy feliz. Por un instante, me olvidé de todo lo que me carcomía por dentro y disfruté de todo lo que ella había creado.

Después de dar varias vueltas y ver su interior al completo, decidí salir a buscar a Hayden. Lo descubrí sentado en el exterior, admirando las estrellas. Apoyaba su espalda en el cristal. Muy despacio, me senté a su lado.

—¡Gracias! Esto es... muy especial para mí. —Él no dijo nada. Parecía estar inmerso en el cielo nocturno—. ¿Por qué hemos subido sin que nos vean?

—Porque no deberíamos estar aquí. Este lugar está prohibido. Solo Marcus puede acceder a la parte más alta.

—Entonces, ¿quién se encarga de cuidar las flores? —cuestioné con curiosidad.

—¿Quién crees que lo hace si nadie más tiene permitido subir? —respondió con otra pregunta.

—¿Por qué haría algo así? No parece que le gusten las flores. —Arrugué la nariz. No me imaginaba a mi abuelo regando y cuidando él mismo de ellas.

—Porque es lo único que le queda de tu madre aparte de ti. —No supe qué decir—. Para Marcus, mantener este lugar es como si ella aún siguiera aquí.

Los dos nos quedamos un buen rato en silencio contemplando las estrellas. No sé si fue por las vistas, o porque necesitaba desahogarme, pero de pronto mis pensamientos se deslizaron en palabras.

—No quiero casarme con Connor —susurré.

Hubo otro silencio, hasta que el vampiro lo rompió, dejándome muy sorprendida.

—Entonces no permitiré que eso suceda. —Giró su cabeza hacia mí y ambos nos miramos a los ojos—. Lo que quiero que entiendas es que solo tú puedes hacer cambiar su decisión.

—¡Lo he intentado! Pero es demasiado terco. —Suspiré.

—Lo único que necesitas es escoger las palabras adecuadas. Sé sincera y dile lo que sientes. Estoy seguro de que, si le hablas como una adulta, te escuchará. Los dos sois demasiado tercos.

Eso último me hizo sonreír.

—Tenemos que irnos. Marcus podría subir en cualquier momento.

El vampiro se levantó y me tomó de la mano para alzarme.

Hicimos de nuevo todo el recorrido de vuelta por el pasadizo secreto hasta llegar a nuestras habitaciones. Esa vez fue más sencillo, ya que solo era descender las escaleras.

—Gracias por enseñarme el invernadero —le dije.

Me paré en la puerta y me quité la chaqueta para entregársela antes de entrar a mi habitación. Él la tomó de mis manos.

—Ahora date un baño y descansa. Mañana será la fiesta de la Luna de Sangre —aconsejó.

Y, sin decir nada más, se volvió para entrar en su habitación.

—¡Hayden! —lo llamé—. Casi se me olvida.

Él se giró para mirarme. Me quité el broche del cabello.

—Esto debe de ser tuyo. —Lo coloqué en la palma de su mano.

—Lo siento, pero creo que te has equivocado; no acostumbro a ponerme estas cosas. —Me lo devolvió.

—Supongo que no. —Sonreí. El humor de Hayden podía hacerme reír o sacarme de quicio a partes iguales—. Te aseguro que no es mío. —Se lo volví a entregar.

No sabía de dónde había salido; sin embargo, estaba segura de que no me pertenecía.

—Lo vi en la ciudad y pensé que... No importa, si no te gusta puedo tirarlo o... —comenzó a explicarme.

Se lo quité de las manos antes de que siguiera hablando.

—¡Gracias! Me gusta mucho —lo corté.

¿Por qué no solo decía que era para mí en vez de dar tantos rodeos? Hayden y su extraña forma de ser.

—Que descanses, princesa. —Sin decir nada más, se giró y se metió en su habitación.

Me quedé parada en la puerta y observé el broche.

—¿Por qué una estrella esmeralda? —susurré para mí.

Era una gran casualidad que me dejó sorprendida al mirarlo. Me encantaban las estrellas y el color esmeralda siempre había sido mi favorito. A veces me asustaba la forma en que Hayden podía ver a través de mí. Sus pequeños detalles revolvían muchas cosas en mi interior.

Me metí en el baño y me desnudé. El vestido desprendía un fuerte olor a champán, resultado de la copa que me había tirado encima. Estaba tan inmersa en mi mente que casi no me percaté de ello. La noche estaba a punto de terminar y parecía que hubiera durado una eternidad. Me senté en la bañera mientras esta se llenaba poco a poco de agua caliente. Mis pensamientos iban y venían, al igual que mis emociones. La búsqueda de Dana, el compromiso con Connor y el descubrimiento de mis verdaderos sentimientos hacia Ray. ¿Qué demonios estaba pasando con mi vida?

Y entonces él llegó a mi cabeza. La forma en que sus ojos verdes me miraban. Sus labios, los besos suaves y delicados que me hicieron perder la cordura. Sin apenas darme cuenta, cerré los ojos y comencé a recordar cómo se sentían sus manos en mi piel. Deslicé la esponja por cada

parte de mi cuerpo donde me gustaría que él me tocara. Mi respiración se aceleró y entonces abrí los ojos de golpe.

¿Pero qué mierda...?

Mi cuerpo ardía de lujuria. Lo deseaba. Deseaba sus caricias, sus besos y la facilidad con la que hizo a mi cuerpo querer aún más. ¿Cuánto tiempo llevaba queriendo repetir ese instante una y otra vez? Sin embargo, era tan cobarde que no me atrevía a reconocerlo. A tomar lo que deseaba. Quería cambiar, hacerme más fuerte, pero si no superaba antes mis inseguridades, jamás lograría alcanzar mis objetivos. Ya era hora de romper todas mis ataduras mentales.

Salí de la bañera y me sequé lo más rápido que pude. Luego cogí de mi armario lo primero que encontré: un vestido blanco y corto de *lycra* que Lory había comprado para mí. Ni siquiera me detuve a ponerme un sujetador. Estaba decidida y tomaría lo que deseaba, o al menos lo intentaría. No más miedos u obstáculos que me impidieran avanzar.

Salí de mi habitación y me acerqué a la puerta del vampiro. Alcé la mano y llamé. Ya no había vuelta atrás. ¿Me había vuelto loca? Quizás un poco sí, pero, por una vez en mi vida, estaba segura de lo que quería.

Hayden abrió la puerta con una toalla en la mano y se quedó sin palabras tras verme. Su torso desnudo y su cabello húmedo y alborotado me indicaron que acababa de darse una ducha. Su flequillo mojado seguía escondiendo la cicatriz de su ojo derecho.

—Pensé que estarías durmiendo. —Fue todo lo que pude decir.

—Estaba a punto de hacerlo. ¿Sucedó algo? —Él se quedó esperando. Yo tardé un poco en contestar.

—¿Puedo... quedarme contigo? —Nerviosa, me pellizqué las manos.

—¿Otra vez esas pesadillas? —Se hizo a un lado para dejarme pasar—. Puedes dormir en mi cama. Si quieres, me quedaré en el sillón.

Cuando entré en su cuarto, cerró la puerta y dejó caer la toalla en un rincón. Cogí aire y me armé de valor antes de volverme hacia él.

—No he venido a dormir. —Lo miré a los ojos—. Quiero algo más que eso, Hayden.

Me acerqué a él hasta tenerlo frente a mí. Su cuerpo se puso rígido sin saber qué demonios pasaba. Tomé su mano despacio y deslicé su palma por mi cuello y garganta suavemente hasta llegar al centro, entre mis pechos.

—Necesito que me toques, Hayden. Quiero sentir tus manos en mi piel —susurré muy cerca de sus labios.

Luego, subí mi otra mano por su torso desnudo y me deleité con el tacto de sus músculos bajo mi palma. Me encantaba el tono pálido de su piel. Hablando claro, me encantaba todo de él. Su pecho comenzó a subir y bajar con respiraciones aceleradas. Como creí desde un principio, mis caricias lograban desestabilizarlo. De pronto, sin esperarlo, me giró y pegó mi espalda a la

pared. Agarró mis dos manos por encima de mi cabeza sin hacerme daño.

—¿Qué demonios se te pasa por la cabeza?! ¿Es que quieres volverme loco? —Apretó la mandíbula—. ¿A qué estás jugando?

—¡No estoy jugando a nada! No me trates como si fuese una niña. —Me solté de su agarre de un tirón—. ¡Estoy harta de que todos me digan lo que tengo que hacer! Por una vez, quiero decidir algo por mí misma.

—¿Y por eso quieres desquitarte conmigo? ¡Joder, Amber! Esto no es un juego. ¿Es que te has vuelto loca? Vienes aquí y comienzas a tocarme y a... —Suspiró y se agarró el puente de la nariz.

—¿Te resulta tan retorcido? No me he vuelto loca, Hayden. Solo quiero que me hagas sentir. Olvidar por un instante que mi vida se ha hecho pedazos, que se han llevado a mi amiga, que estoy comprometida con alguien que no deseo y que todos los malditos días soy dirigida como una patética marioneta.

—¿Entonces vienes a mi habitación para que pierda el control y te muerda!? ¿Esa es tu gran idea para rebelarte?! —Su risa incrédula me hizo estallar.

—¡He venido porque te deseo! Porque estoy harta de luchar contra mis propios pensamientos. *Esa es la verdad* —recalqué—. Me dijiste que era una adulta y que no había nada de malo en querer dar placer a mi cuerpo. Pensé que quizá juntos podríamos olvidar todo lo que nos atormenta. —Suspiré cansada y lo miré a los ojos—. No soy estúpida, Hayden. Sé que hay algo aquí que intentas ocultar a quienes te rodean. —Puse mi palma en su corazón—. Llevo demasiado tiempo observándote como para no darme cuenta de ello.

Deslicé los dedos de la otra mano por su mejilla.

—Déjame curar esas heridas... ¡Por favor! Nunca había sido tan sincera como lo soy ahora. Dime que estoy equivocada y que no me desees, Hayden. Si es así, saldré de esta habitación y nunca más volveré a hablar de lo que siento.

Pude distinguir una tormenta desatándose en su mirada, pero su silencio fue demasiado para mí. Bajé la mano y me giré derrotada.

—Quizá fue un error haber venido —dije mientras le daba la espalda.

Giré el pomo para salir, pero antes de abrir la puerta, Hayden me agarró de la muñeca y me hizo volverme. Acercó su boca a la mía para susurrarme.

—¿Por qué no ves que no soy bueno para ti? Soy todo lo que no te mereces —escupió con ira contenida.

—No necesito que lo seas. No solo quiero que me muerdas, Hayden. Quiero todo de ti. Eso es lo que deseo en este momento y ...

No esperó a que terminara. Sus labios se estamparon con los míos en un beso lleno de deseo. No supe cuántas ganas tenía de que volviera a hacerlo hasta ese momento. Su lengua se

introdujo en mi boca con movimientos delicados que me hacían perder la cordura y encendían cada parte de mi cuerpo. Una de sus manos acariciaba mi cabello mientras que, con la otra, recorría un camino desde mi muslo hasta el interior de mi vestido. Sin esperarlo, me levantó y me colocó a horcajadas sobre él para llevarme a la cama. Me agarré fuerte a sus hombros y a ese cuerpo que tanto tiempo llevaba deseando. Solo despegó sus labios de los míos cuando dejó caer mi espalda suavemente en el colchón. Se colocó encima de mí para susurrarme.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? Porque, una vez que empiece, ya no podré parar y tampoco querrás que lo haga. —La voz ronca y llena de deseo del vampiro me hizo arder.

—Nunca había estado más segura de algo —contesté con la respiración acelerada.

Entonces, ya no hubo marcha atrás. Su boca descendió hasta la mía y sus dedos comenzaron a acariciarme. Retiré su cabello y besé cada parte de la cicatriz que cruzaba su rostro intentando borrar todo lo que le hizo daño en el pasado. Rodeé sus caderas con mis piernas y empecé a balancearme contra él para pegarlo más a mí. Toda la ropa me sobraba. Despacio, deslizó mi vestido hacia arriba hasta que yo misma me deshice de él. Su mirada hambrienta recorrió mi cuerpo desnudo haciéndome sentir viva, deseada.

Bajé mis manos hasta su cintura y toqué el elástico de su pantalón. Quería apartar todos los obstáculos que nos separaban. Él me ayudó un poco y terminó de bajarlo por mí hasta quedar completamente desnudo. Todo en él era perfecto. Me moría por tocar cada parte de su piel.

Sin ninguna prisa, los dedos hábiles de Hayden acariciaron lugares íntimos de mi anatomía, haciéndome estremecer. Mis jadeos y los suyos encendían aún más nuestro deseo. Creí volverme loca. Mi piel ardía sin control e iba encendiéndose aún más con cada caricia y con el vaivén de nuestros cuerpos. Jamás había sentido algo así. Pero no era suficiente, aún quería más.

—¡Por favor! —le rogué.

Quería que acabara ya con aquella tortura. Y entonces sació todos mis deseos.

Hayden cogió algo del cajón para colocarlo en su miembro mientras dejaba un rastro de besos por todo mi cuerpo. Yo no tenía experiencia, pero él estaba bastante seguro de lo que hacía. Apretó mi mano y se introdujo poco a poco dentro de mí mientras besaba dulcemente mis mejillas. Por un instante, sentí un dolor agudo y una presión en la zona, pero, de un momento a otro, esa incomodidad fue transformándose en otra sensación, una nueva para mí.

Con una mirada, me preguntó si estaba bien. No hacían falta palabras. Sus ojos verdes clavados en los míos hablaban por sí solos. La oscilación de sus caderas era suave y controlada hasta que yo, en respuesta, comencé a moverme con él. Encajábamos a la perfección y, en ese instante, ya no había nada más. Solo el movimiento de nuestros cuerpos convertidos en uno solo.

Lentamente, sus embestidas fueron tornándose más rápidas, profundas y entonces, cuando creí explotar de placer, sentí sus colmillos perforar mi cuello. Desde ese momento toqué el cielo una y otra vez, mi cuerpo empezó a temblar y todo se convirtió en luces de colores. Sus

labios abandonaron mi cuello, las acometidas se hicieron más intensas y en ese instante, él llegó después de mí junto a un gruñido grave y profundo.

Sus movimientos cesaron y sus ojos verde bosque conectaron con los míos. Su mirada decía tantas cosas... Fue entonces cuando supe que aquella era la mejor decisión que había tomado en mi vida.

CAPÍTULO 28

Amber

Me desperté con la sensación de estar cómoda y calentita. Cuando abrí los ojos, me topé con la mirada verde bosque de Hayden. ¿Cuánto tiempo llevaba observando cómo dormía?

—Hola —susurró pensativo mientras repasaba cada centímetro de mi rostro.

—Hola. —Sonreí.

Su brazo rodeaba mi cuerpo y sus piernas estaban en contacto con las mías. Todo aquello era demasiado íntimo entre nosotros. Jamás hubiese pensado encontrarme en una situación así con él. Siempre fantaseé con que mi primera vez sería con Ray y nunca llegué a pensar que tendría sentimientos por nadie más, pero me equivoqué. Esto era aún más intenso de lo que jamás había sentido. Todo era perfecto, mejor de lo que había imaginado. Estaba en una nube y eso me daba un poco de miedo. Miedo de saber lo que realmente Hayden me hacía sentir, aunque no quisiera ponerlo en palabras.

Acarició mi espalda. Luego, de una forma muy dulce, deslizó sus dedos por el cabello de mi frente. Su silencio me ponía nerviosa. Era más fácil cuando solo lo insultaba y él se reía de mis ataques de ira.

—¿En qué piensas? —pregunté curiosa.

—En todo... y en nada. —Seguía perdido en sus pensamientos. Como solía hacer la mayoría del tiempo desde que lo conocí. ¿Qué diablos era lo que se le pasaba por la cabeza y ocupaba gran parte de su día?

—Eso no es una respuesta. —Fruncí el entrecejo—. A veces eres un enigma que me gustaría descifrar. —Suspiré. Él levantó las comisuras de sus labios.

—¿Cómo te encuentras? —Sus dedos seguían acariciando mi cabello.

—¿Bien? —mentí.

Me encontraba en el cielo en ese momento. Quitando la incomodidad que sentía en mis partes íntimas. Y es que después de la primera vez, hubo más. ¿Quién pensaría que el vampiro de sonrisa frívola podía ser tan fogoso? A veces su bipolaridad me sacaba de mis casillas, pero en otros ámbitos, no podía quejarme. Después de varias veces, cuando ambos quedamos satisfechos, sucumbimos al sueño. Eso sí, acurrucados el uno al lado del otro.

—¿Solo bien? —Levantó su ceja izquierda. Su flequillo seguía tapando su ojo derecho,

como de costumbre—. Acabas de herir mi ego masculino. —Y ahí estaba otra vez su parte engreída. Reí al verlo hacer una mueca de desdén.

—Mejor que bien... ¿Contento? —Sin mirarme al espejo, podía adivinar la sonrisa boba que adornaba mi cara en ese momento.

Levanté la mano para apartar su flequillo nuevamente, como mientras hacíamos el amor, pero Hayden agarró mi muñeca antes de que lo tocara. Le pedí permiso en una pregunta silenciosa y entonces me soltó. Retiré su cabello y comencé a pasar mis dedos por la cicatriz. Él cerró los párpados disfrutando de la sensación. Esta empezaba más arriba de su ceja y, gracias a Dios, no había dañado sus preciosos ojos verdes. La línea continuaba por debajo hasta llegar a la mejilla. No podía entender por qué intentaba esconderla, si su visión no se había visto afectada.

—¿Por qué quieres ocultarla? A mí no me parece que tengas que hacerlo. Me gusta tu rostro así —me sinceré. Todo en él me resultaba perfecto. Su mandíbula afilada, sus labios carnosos... Desde la primera vez que lo vi en el bosque, pensé que había salido de una pintura.

Su cuerpo se tensó tras mi pregunta.

—¡Lo siento! No quería incomodarte.

Sin pretenderlo, había arruinado un momento de complicidad. Como siempre, debería tener la maldita boca cerrada. Hayden apretó la mandíbula antes de hablar.

—Me hace recordar todo lo que perdí ese día y en lo que me he convertido. Para mí fue un antes y un después. —Sus palabras estaban cargadas de un rencor y una rabia que congelaban hasta el alma.

¿Qué habría perdido Hayden ese día que lo hacía hablar con tanta amargura? Me imaginé que se trataría de sus padres. Cuando los brujos atacaron el castillo, muchos Sangre Pura perdieron a sus seres queridos. Yo perdí a mi madre... y aunque me doliera aceptar la nueva noticia, también perdí a Chris. Un nudo me aprisionó la garganta y la culpa inundó mi corazón. Chris había muerto por mi culpa. Nunca volvería a ver a ese chico que cuidaba de mí con tanto cariño. Ni siquiera sabía cómo era su rostro. Todo lo que pasaba en mi vida me parecía injusto. Todo lo que Gael me estaba arrebatando hacía crecer un odio desmedido en mí.

—Debería vestirme. Cameron se estará preguntando por qué no he llegado aún a la zona de guardia. —Por su forma de decirlo, estaba claro que no le apetecía nada salir de la habitación. Ya éramos dos.

—¿A la zona de guardia? —pregunté curiosa. Era una sala controlada por los guardias del castillo. Estaba repleta de pantallas donde podían espiar todo lo que pasaba a través de las cámaras que se encontraban colocadas por varias zonas de la finca de Marcus. Las mismas que tuve que evitar para que no me vieran el día que me escapé para recuperar a Dana.

La verdad es que no sabía lo que hacía el vampiro cuando no estaba entrenando a principiantes como yo ni iba de caza con los demás. Sus horas sobrantes eran un misterio para

mí.

—Tengo que organizar a los guardias para esta noche. —Se levantó de la cama y casi me da un infarto. Delante de mí, un culo pálido, apretado y sexi me cortó la respiración. De un momento a otro noté mi cara arder.

No seas patética, Amber. No es la primera vez que lo ves o lo tocas.

¡Sí, ya! Pero en ese momento estaba bastante ocupada en otras cosas como para sentir vergüenza.

—En la fiesta habrá muchos invitados. Hay que tenerlo todo controlado. —Se colocó unos bóxer, que por cierto le quedaban de muerte, y unos pantalones negros que cogió del armario—. Puedes quedarte un rato más en mi cama y descansar.

—¿Qué hora es?! —pregunté escandalizada al darme cuenta de que también tenía mis obligaciones.

—Las siete y dieciséis —contestó tras una mueca divertida. Sin duda, se había dado cuenta de mi escrutinio a sus partes traseras.

Me eché las manos a la cabeza y suspiré.

—Lory se tiene que estar volviendo loca buscándome. Querrá que me pruebe el vestido que ha preparado para mí.

Esperaba que no fuera rojo. No tendría tiempo para arreglarlo antes de la fiesta.

—No te preocupes por eso. Lory sabe perfectamente que estás aquí. —Terminó por ponerse una camiseta que se pegaba a su esculpido cuerpo. La verdad, me gustaba más sin ella.

¡Por Dios! Céstrate, Amber. Pareces una perversa.

¿Qué me había hecho Hayden para estar así? Bueno... yo sabía lo que me había hecho.

—¿Que Lory sabe que estoy aquí? —De la manera en que Hayden levantó la comisura de sus labios, pude intuir cómo se había enterado. Abrí mis ojos con sorpresa.

—Entró, igual que siempre. La diferencia es que había alguien más durmiendo conmigo. —Pude notar cómo mi cara empezaba a arder. En ese instante recordé las palabras de Lory: nunca digas nunca—. Tranquila, no parecía tan extrañada. Le dije que te dejara descansar y que más tarde la buscarías.

Hayden se acercó a la cama.

—Tengo que irme. —Se agachó para darme un dulce beso en los labios. Se retiró un poco para mirarme a los ojos a la vez que colocaba su mano en mi cuello y lo acariciaba—. Sobre esto... Sobre nosotros...

—No tienes de qué preocuparte —lo corté. No quería escuchar las palabras que vendrían ahora—. Sabía lo que hacía cuando vine a tu habitación. Te dije que no buscaba un compromiso por tu parte. Solo que te dejaras llevar por el momento. No me debes nada, Hayden. Ambos somos adultos y los dos hemos hecho lo que queríamos hacer. No hay más.

Él se quedó asombrado con mi respuesta. Juraría que para nada se esperaba todo aquello. Ni siquiera yo pensé que esas palabras tan maduras saldrían de mí. Su rostro se tornó serio antes de murmurar:

—Tenemos cosas de las que hablar y...

—Pero no será ahora. —Volví a interrumpirlo. No me apetecía hablar de eso en ese momento. Sabía de la relación que tuvo con Kristel y que él no quería algo más serio con ella. ¿Por qué conmigo sería diferente? Prefería seguir en mi nube esponjosa por algún tiempo más. No quería escuchar nada de eso. ¡Ni hablar!—. Tú tienes que cumplir con tu deber y yo tengo que hacer algo antes de la fiesta.

Él arrugó el entrecejo sin saber a qué me refería.

—Voy a seguir tu consejo, Hayden. Hablaré con Marcus y le pediré que anule mi compromiso con Connor.

—Espero que no se desate el infierno en esa conversación.

—¿Tan poca fe tienes en mí? —Fruncí el ceño.

—Ambos sois demasiado orgullosos. Todavía recuerdo vuestra primera conversación, el día que llegaste al castillo. —Su mueca burlona me dijo que estaba disfrutando con ese recuerdo—. Si no llego a intervenir, no me hubiese extrañado que hasta los muebles salieran volando. Me sorprendió lo mucho que os parecíais.

Hayden tenía razón. Ese día casi saltan chispas entre nosotros. Él se acercó a la puerta para salir.

—Intentaré ser un poco menos...

—¿Orgullosa, peleona, altiva? —me cortó.

—¡Vale vale! Ya te he entendido. —Arrugué la nariz molesta a la vez que le lanzaba la almohada que tenía a mi lado. Él la esquivó y sonrió burlón.

—Luego te veo. Tengo que darte una cosa. —Y, sin decir nada más, salió de la habitación.

Me dejé caer hacia atrás con un suspiro. ¿Cómo podría llamar a nuestra relación ahora? ¿Amigos con derecho a roce? No sabía hacia dónde nos llevaría esto, pero nunca podría arrepentirme de haberme dejado llevar por mis instintos. Sentía muchas cosas por Hayden y jamás borraría lo que acababa de pasar. Estaba orgullosa de mí misma. Por una vez, dejé que el corazón me guiase sin reprimir mis sentimientos. Por una vez, no permití que nadie manejara mis pasos.



Después de hacer una pequeña visita a mi habitación y vestirme con algo más adecuado, decidí bajar para hablar con mi abuelo. Me puse una tirita, de modo que las marcas que había dejado Hayden en mi cuello no fueran demasiado obvias, aunque sabía que Marcus no era tonto.

Esperaba que todo se solucionara y no acabara en tragedia. Si mi abuelo decidía anunciar mi compromiso con Connor en la fiesta, no me cabía duda de que yo no estaría allí para presenciarlo. Sería mejor idea desaparecer que dejarlo en ridículo delante de todos.

Me aproximé al despacho, no sin antes preguntarle a un guardia si Marcus se encontraba allí. Alcé la mano y llamé a la puerta.

Escuché la voz de mi abuelo darme permiso para pasar. Al entrar, me quedé paralizada. No esperaba encontrarlo reunido con alguien. Una chica estaba sentada frente a él en su escritorio. Marcus me miró esperando saber qué hacía allí.

—¡Lo siento! Creí que estabas solo. Tenía que hablar contigo de algo. Volveré más tarde.
—La desconocida me miró con atención.

—¿Ella es Amber? —le preguntó a Marcus.

—Puedes pasar, justo estábamos hablando de ti —contestó él. Cerré la puerta y me acerqué a ellos.

Me quedé mirando a la chica. Tenía el cabello muy corto en un tono borgoña, y el flequillo tapaba por completo su frente hasta llegar a las cejas. Llevaba los labios pintados de negro, al igual que su ropa. Su maquillaje y el estilo de vestir me recordaron un poco al gótico. Sus ojos eran grandes y de color verde aceituna, pero lo que más me llamó la atención fue su tatuaje: una mariposa que comenzaba debajo de la clavícula y terminaba en el centro del pecho, desde donde colgaba una media luna hacia abajo sostenida por dos calaveras. Su escote era abierto, así que se podía apreciar el dibujo al completo. ¿Quién sería esa chica? Marcus resolvió mis dudas.

—Ella es Veca, la nieta mayor de Sagara.

CAPÍTULO 29

Amber

Me quedé mirando a Veca. Me resultó extraño que sus ojos fueran claros tratándose de una bruja; todos los que había conocido hasta ahora los tenían oscuros. Escuchar quién era me recordó la muerte de Sagara, y un escalofrío me recorrió.

—Siento lo de tu abuela —me disculpé. Yo no tuve nada que ver, pero de no estar allí en ese momento, quizá nada hubiese ocurrido.

—No tienes por qué. Sé que no fuisteis vosotros. Las llamas que hicieron arder su cuerpo fueron creadas por alguien muy poderoso dispuesto a impedir que sepas más de lo que sabes hasta ahora. —Su voz sonaba bastante madura—. Soy yo la que lo siente. Casi te desangras por nuestra culpa. Mi hermano no debió comportarse así, y mi aquelarre tendría que haber esperado a que yo llegase. Estoy segura de que mi abuela estaría enfadada con todo lo que ha pasado.

—Veca vino a disculparse por lo sucedido y a informarme de que nuestro acuerdo sigue en pie aunque Sagara ya no esté. A partir de ahora, ella ocupará su lugar —intervino Marcus.

El acuerdo al que se refería mi abuelo era, como me había informado Kress, el suministro de materiales por parte del aquelarre: collares hechizados para bloquear habilidades e incluso venenos para debilitar a un vampiro. A cambio, Marcus se encargaba de la seguridad en las calles y de que ningún vampiro rebelde creara problemas que afectaran a los brujos y a la ciudad.

—Tu hermano no vio lo que sucedió, es lógico que arremetiera contra nosotros —disculpé al chico.

—Aun así, debería haber actuado de otra manera. —Tras suspirar, la bruja se levantó del asiento. Parecía cansada—. Gracias por recibirme, Marcus. Como te he comentado, seguiré investigando quién está detrás de todo esto. Lo que he encontrado hasta ahora me indica que hay algo más que magia. —Luego me miró a mí—. Deberías tener cuidado. Excepto nosotros, nadie sabía que te reunirías con mi abuela. Lo que sea que la mató persigue tus pasos sumido en la oscuridad. Es imposible que nadie de mi aquelarre fuera capaz de sentirlo.

—Gracias por tu advertencia —le dije.

Si no tenía ya bastante con los brujos que intentaban secuestrarme y ninfas que se metían en mis sueños para hacer tratos conmigo sin ser consciente de ello, se le agregaba algo más, algo oscuro que me perseguía sin saberlo. ¡Genial! ¿Alguien más quería apuntarse? ¿Lucifer quizá?

Sin contar con el compromiso que estaba dispuesta a romper. Mi vida era un profundo caos. Podría tirarla al retrete y pulsar el botón de la cisterna que me daría igual. Todo era un tremendo asco.

Veca se acercó a mí antes de salir.

—Espero que nos volvamos a ver, Amber. Si necesitas alguna vez mi ayuda, ya sabes dónde encontrarme. Eres bienvenida.

—¡Gracias, Veca! —Asentí.

La bruja pasó por mi lado y se acercó a la puerta.

—Estaremos en contacto, Marcus.

Se despidió antes de salir. Yo me acerqué al escritorio mientras mi abuelo analizaba el porqué estaba allí.

—¿Por qué me resulta tan raro verte en mi despacho? —preguntó con incredulidad—. ¿Tiene que ver algo con la fiesta de esta noche?

¡Vale! Me había pillado. Quizá me conocía más de lo que yo creía.

Me senté despacio frente a él y lo miré a los ojos.

—Quiero hablar del compromiso.

—No volveré a debatir sobre este tema —me cortó—. Ya está decidido.

¡Tranquila, Amber! ¡Tranquila! Recuerda: no pierdas la compostura.

Respiré tres veces antes de hablar y de saltar a su yugular.

—Necesito saber el porqué. Soy yo la que estoy a punto de casarme con alguien sin haberlo elegido. ¿Puedo conocer la razón?

—Precisas protección cuando yo no esté. No necesitas más explicación que esa.

—¿Cuando tú no estés? ¿Piensas irte de viaje? —pregunté sin entender. Él me miró como si me hubiese salido otra cabeza—. ¡¿Qué?! ¿A dónde irías si no?

—Podría morir en cualquier momento y no pienso dejar que cualquiera ocupe mi lugar. —Tensó la mandíbula.

Sorprendida, levanté las cejas y lo miré con incredulidad.

—¿Piensas morir dentro de poco? ¿Cuántos años tienes? El conde Drácula tenía 400 al menos, ¿no? —Me agarré de la barbilla pensando hasta que miré a Marcus. Su cara era todo un poema.

—¿Me estás comparando con el conde Drácula? —Arrugó la frente. Creo que eso no le gustó.

La verdad es que sí, lo hacía, en mis pensamientos, pero eso no se lo iba a contar.

—¡No! Claro que no. Me refería a que no sé qué te hace pensar que podrías morir —me excusé. ¿Qué más podía decir?

—Estamos en una guerra constante, puede pasar cualquier cosa. Con la protección de

Connor y su familia ocuparías mi lugar sin ningún problema. Eres mi única descendiente. No pienso arriesgarme.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero?! —Levanté la voz.

¡Oh! Sí. Ya perdí la compostura. Mi carácter empezaba a asomar la patita. Suspiré e intenté calmarme.

—¡Lo siento! Pero creo que no soy ninguna damisela en peligro que tenga que esconderse detrás de un hombre y de su familia. No quiero ser esa clase de persona.

—No se trata de lo que quieras ser, esto está fuera de tu alcance. Las cosas no siempre son como queremos. La decisión ya está tomada —zanjó bajando la cabeza. Comenzó a organizar unos papeles que tenía en el escritorio.

Un nudo aprisionó mi garganta y me rompí. Harta de todo lo que no podía controlar, las palabras salieron de mis labios sin pensarlas.

—¡Por favor, abuelo! —Él levantó la cabeza con sorpresa al escuchar cómo lo había llamado, pero no me detuve—. Necesito que confíes en mí. No soy la humana frágil e insegura que llegó al castillo. Cada día intento hacerme más fuerte por mí misma y no estoy sola. Tengo a Hayden, y algo que ni Connor ni su familia poseen: los lobos. Logan y los demás jamás dejarían que nadie me hiciera daño ni me arrebatará nada. No puedo compartir mi vida con alguien que no deseo.

Un silencio envolvió la habitación tras mis palabras. Marcus suspiró antes de hablar.

—¿Esa tirita que llevas puesta en el cuello tiene algo que ver? —Mi cara se calentó tras sus palabras. Él levantó la mano de pronto—. ¡Déjalo! No hace falta que respondas.

No sé por qué, pero no parecía muy preocupado por ese detalle. Daba la impresión de estar... ¿Aliviado por saber que me habían mordido?

—Lo que quiero que entiendas es que las mezclas entre nosotros están prohibidas. Los lobos y los vampiros jamás deberíamos emparejarnos. Sé que eres joven, pero... deberías entender esas cosas.

Marcus se veía un poco incómodo hablando de este tema en particular y yo no sabía qué demonios me intentaba decir. Lo miré extrañada.

—¿Qué tienen que ver los lobos? —pregunté sin entender nada.

—Me he dado cuenta de que el hijo mayor de Logan está... —Meneó la mano intentando decir las palabras, pero fue incapaz. La verdad, me dieron ganas de reír. Ahora entendía a qué se refería. Hayden ya me avisó de que nuestra desaparición en la cena no había pasado desapercibida para nadie. Según él, Ray y yo protagonizamos la típica escena romántica esa noche.

—Si te refieres a lo de Ray, estás equivocado. Puede que al principio estuviese un poco confusa —me sinceré—. Lo quiero muchísimo, pero lo que siento por él no es ese tipo de amor.

—Él pareció respirar tranquilo, como si se hubiese quitado un gran peso de encima—. ¡Espera un momento! —Abrí mis ojos con sorpresa—. ¿Me has comprometido por esa razón? —Lo miré incrédula.

Me ignoró y volvió su atención a los papeles que había en el escritorio. ¿En serio intentaba esquivar mi pregunta?

—Hablaré con Adam y con Connor para romper el compromiso. Confío en no tener que arrepentirme de esto. —Suspiró.

—¡Espera! ¿Qué? —me sobresalté. ¿Había escuchado mal?

—No hagas que me arrepienta en un futuro —repitió y me prestó atención—. Confiaré en ti. Espero que no traiciones esa confianza.

No creía lo que estaba escuchando. ¡Lo había convencido! Tal y como había dicho Hayden.

—¡Gracias! —contesté enérgica.

—Ahora vete. Tienes que prepararte para la fiesta. Y no me salgas con uno de tus numeritos. El vestido que le he dado a Lory será el que te pongas. No hagas que cambie de opinión.

¿Ponerme un vestido rojo? Eso no era nada. Me pondría lo que fuera con tal de romper el compromiso con Connor.

Me levanté del asiento sonriendo y llegué hasta la puerta. La abrí, pero antes de salir, me quedé mirando a Marcus. Seguía distraído con varios documentos que ocupaban su escritorio.

—Por si te interesaba saberlo, aún me siguen gustando los bombones de chocolate. —Él levantó la vista hacia mí y abrió los ojos con sorpresa. Se preguntaría cómo demonios podría acordarme de eso cuando supuestamente había perdido la memoria. Yo le sonreí—. Nos vemos más tarde... Abuelo. —Y sin darle oportunidad de preguntar, salí de la habitación.



Para mi sorpresa, cuando Lory me enseñó el vestido vi que no era completamente rojo y, a diferencia del otro, era menos pomposo. Tenía un escote en forma de corazón y varias flores negras que subían por los hombros para sujetarlo. Esos bordados de pétalos se entremezclaban alrededor y en el centro del pecho. De ahí caían hacia abajo, llegando a la cadera. Su tela roja y suave se pegaba a mi cuerpo hasta las rodillas y desde allí comenzaba una cola de sirena. Para terminar y darle un toque más sexi y femenino, tenía una abertura desde mi muslo hasta el suelo, que se ocultaba tras una gasa completamente negra a juego con el mismo bordado que el resto del vestido.

—¿Esto ha sido idea de Marcus o tuya? —pregunté a Lory.

—¿Crees que hubiera sido idea mía? —Levantó las cejas—. Por supuesto que no. No quiero recibir otra reprimenda. Bastante tengo con aguantar el mal humor de tu abuelo todos los días. A mí también me sorprendió su elección. Supongo que sabía que no te quedarías de brazos cruzados hasta llevar esos dos colores. Así que le añadió el negro, pero este lleva menos que el anterior. Muy astuto por su parte.

—Este me gusta. —Sonreí a través del espejo. Lory estaba arreglándose el cabello en ese momento. Había decidido dejarlo suelto, según ella le iba más a ese vestido.

—¿Conservarás la tiritita? —preguntó con sonrisa pícar—. No tienes por qué esconderte. No has hecho nada malo.

—Lo sé. Solo intento evitar preguntas incómodas. No creo que a Connor le haga ni pizca de gracia que aparezca con marcas en el cuello justo después de haber roto nuestro compromiso. No quiero dejarlo en ridículo delante de sus padres. Él no se merece eso.

—Yo creo que sí. No debió planear nada sin tu consentimiento. —Arrugó las cejas indignada. A Lory no le gustó la decisión que tomó mi abuelo—. ¡Ya estás! Como siempre, pareces una princesa. No sabes lo orgullosa que estaría tu madre si te viera en este momento. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me recuerdas tanto a ella...

Alguien llamó a la puerta y la interrumpió.

—Yo voy —dijo mientras se dirigía a abrir. Uno de los guardias le entregó algo. Cuando cerró, se acercó a mí y esbozó una sonrisa pícar.

—Es de Hayden, para ti. —Me dio un pequeño y alargado cofre de madera—. Pensaba dártelo él mismo, pero le ha surgido algo y pidió a un guardia que te lo trajese. Me parece muy romántico.

Mis mejillas comenzaron a arder por el comentario.

—Nosotros no estamos... —intenté explicarle—. Ya sabes —terminé de decir. La cara de Lory se volvió seria de un momento a otro.

—Hablando de tu madre... Sé que ella no está y quizá no tengas a nadie con quien puedas hablar de estas cosas, pero...

Levanté las cejas esperando a que continuara.

—¿Has usado protección?

—¿A qué clase de protección te refieres?

—Lo que se debe usar cuando una mujer y un hombre mantienen relaciones más íntimas —me explicó.

Mi cara comenzó a arder.

—¡Oh, Lory! Claro que sí. No me hagas hablar de esto, es un poco... incómodo.

Me di la vuelta, sentándome y apoyando el cofre en el tocador para ver su contenido y así

cortar la conversación. No me sentía preparada para hablar de estas cosas con ella.

—Sé que Hayden es bastante maduro para eso, pero quería asegurarme. —La escuché a mi espalda.

—No tienes de qué preocuparte, soy una mestiza. Que yo sepa, los mestizos no pueden procrear. —Abrí el cofre y me quedé bastante sorprendida.

—Nunca ha habido nadie como tú antes, así que no lo sabemos.

—¡Dios mío! Me encanta. Es preciosa —solté emocionada, ignorando lo último que había dicho. Lory se asomó y arrugó la nariz.

—¿Un cuchillo? ¿Eso es lo que te ha regalado? —comentó decepcionada.

—Es una daga, Lory, no un cuchillo. Y es perfecta.

Era fina y alargada. La empuñadura era un intrincado de enredaderas hasta llegar a la hoja y en el centro de esta se encontraba una piedra esmeralda incrustada en su base. Era preciosa. Sin duda, sabía que Hayden la había pedido hacer para mí.

—Esperaba un collar o una pulsera, no un... lo que sea. Creo que eres la única mujer que se alegraría de que le regalaran algo así.

—Para mí es mejor que una pulsera o un collar. —Sonreí.

—Bueno, ahora que estás lista, iré a ver cómo está la cosa allí abajo. —Lory recogió el maletín de maquillaje y los cepillos—. La fiesta hace un rato que empezó y tengo que dirigir al personal. No te demores mucho en bajar. No está bien visto que los anfitriones lleguen tarde.

—No tardaré. —Le di un beso en la mejilla antes de que se marchara. Ella sonrió complacida por mi muestra de afecto.

Al cerrar la puerta, me quedé mirando el regalo de Hayden. No podía esperar a llevarla conmigo. En esta fiesta era una estupidez ir armada, pero si la escondía nadie se daría cuenta. No pensaba separarme de ella jamás.

Me puse un arnés en el muslo que no se veía con el vestido e introduje la daga en él. La verdad es que era tan fina que apenas notaba que la llevaba.

Tras un suspiro, me acerqué a la puerta. No sabía en qué consistía la celebración de la Luna de Sangre. Con todo lo del compromiso apenas me había parado a pensarlo, pero en ese momento me sentía tranquila. Ya no tenía que temer que Connor anunciara nuestro enlace, ni tenía que preocuparme por caerme y hacer el ridículo. Esta vez mi calzado llevaba mucho menos tacón que el anterior, y aunque ese no fuera uno de mis mayores problemas, se agradecía. Me pregunté por qué Hayden no había venido él mismo a traer la daga. ¿Con qué estaba tan ocupado? Y así salí de la habitación y me preparé para bajar. La música ya se escuchaba de fondo mientras recorría los pasillos del castillo.

CAPÍTULO 30

Amber

Al igual que el día de la fiesta de mi presentación a la comunidad vampírica, la música se escuchaba en gran parte del castillo. Una melodía delicada que te invitaba a cerrar los ojos y disfrutar de sus dulces notas. Recorrí el pasillo hasta llegar a la barandilla, donde comenzaban los dos tramos de escaleras a ambos lados. Desde allí, como la primera vez, observé a todos en el salón. Sin embargo, ahora todo era diferente. En aquel momento me sentía insegura, sin saber lo que podría encontrarme. Me daba cuenta de que algo en mí había cambiado. Ya no tenía miedo. Ni siquiera me impresionaba la cantidad de personas vestidas de rojo que me observaban desde abajo. O aquellos que se preguntaban si solo sería una sangre sucia insignificante, o un arma muy poderosa que podría acabar con ellos en cuestión de segundos. Los *Sangre Pura*, seres orgullosos de su limpio linaje, que creían ser superiores a unos simples mestizos. Yo era la excepción y lo desconocido. En sus rostros se reflejaba la curiosidad y el miedo.

Levanté la barbilla y bajé las escaleras sin titubear. El tiempo que llevaba en el castillo había aprendido lo importante que eran las apariencias.

—¿Me permite que la acompañe, señorita? —Me quedé sorprendida al ver quién me esperaba en el último escalón para ofrecerme su brazo. Ni siquiera lo había reconocido en traje de chaqueta.

—Estás...

—¿Impresionante?, ¿sexi?, ¿atractivo? —me cortó y levantó las cejas en modo casanova.

—¿Raro? —Comencé a reír a la vez que tomaba su brazo. Él arrugó la nariz.

—Eso no me lo esperaba. ¡Sé sincera, Am! Soy el hombre más interesante con el que te has topado hoy —soltó Dash burlón.

—¿Me estabas esperando, chico interesante? —pregunté para seguirle el juego.

—¡Me has pillado! Estoy un poco aburrido. Esto está lleno de chupasangres demasiado correctos y estirados.

Me reí a carcajadas.

—Entonces, ¿qué harás si al romperse el sello me convierto en uno de ellos? —comencé a bromear. Había echado de menos esos pequeños piques con él. Aunque no era del todo mentira; no sabía en qué monstruo me convertiría cuando eso pasara.

—Sé que mi sangre podría parecerte irresistible, pero... ¡Lo siento, Am! Te daría de esas bolsas especiales para vampiros. Me causaría un poco de repelús que... —Sacudió su cuerpo para borrar esa imagen—. Prefiero otra clase de mordiscos. —Sonreí tras ver su mueca de desagrado.

—¿No se supone que tú no deberías de estar aquí? —Decidí cambiar de tema antes de que se me escapara lo bien que se sentía que te mordieran. Tan solo pensar en Hayden y en ese detalle, un calor se apoderó de mis mejillas.

Me parecía extraño ver a Dash allí. Los lobos no iban a asistir a la fiesta. Se consideraba una noche sagrada para los vampiros. No es que se les prohibiera estar, pero dudaba mucho que les interesara venerar a un antepasado que no tenía nada que ver con ellos. Aunque, pensándolo bien, les había beneficiado que Alexander Russ acabara con los aquelarres. Pero eso no venía al caso. Supuestamente tenían que estar haciendo la ronda de la noche para investigar el paradero de Dana.

—¡No lo sé! Órdenes de última hora. Mi padre me pidió que te acompañase hasta que él llegara al castillo —respondió extrañado.

—¿Dónde está Marcus? —pregunté, mirando a mi alrededor.

—Lleva gran parte del tiempo atendiendo a los invitados —me explicó.

Fuimos recorriendo el salón hasta detenernos en una de las mesas que se encontraban repartidas por la sala. Una pareja de vampiros Sangre Pura me sonrió con un gesto de saludo desde una esquina, cosa que me sorprendió. Supuse que no le caía mal a todo el mundo. Aunque la gran mayoría de ellos intentaba ignorar mi presencia.

Miré a mi alrededor buscando a Hayden y a los demás, pero no pude encontrarlos. Con tanta gente, no me extrañaba nada.

—¿Y el resto? —pregunté algo confundida mientras Dash agarraba una copa—. Yo que tú no haría eso —le advertí—. Hay solo dos cosas que los vampiros suelen beber en las fiestas: una no es exactamente vino, y la otra no es champán apto para humanos. —Él se quedó mirando el contenido antes de beberlo.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Arqueó las cejas.

—Quizá te lo cuente algún día —suspiré. Nunca podría olvidarme de esa noche. Desde ese día, algo cambió entre Hayden y yo.

—Creo que tiene más pinta de champán, y yo no soy un humano normal, así que...

—Yo le haría caso. —Cameron apareció a nuestro lado—. Ese champán tampoco es apto para lobos. —El vampiro mestizo también iba muy elegante, aunque su pelo teñido de verde desentonaba un poco con el resto de su atuendo.

Dash resopló y dejó la copa en la mesa.

—Entonces, ¿qué se supone que puedo beber? Vaya fiasco de fiesta —soltó molesto.

—¿Dónde están Kress y Hayden? —pregunté extrañada. Cameron solía estar siempre con ellos.

—Han tenido que encargarse de un trabajo de última hora.

—¿Un trabajo? —Me resultaba muy raro que fuese en ese mismo momento, uno que era tan importante para la sociedad vampírica—. ¿Qué clase de trabajo?

El vampiro tartamudeó antes de contestar. Dash estaba muy pendiente de nuestra conversación.

—La verdad es que no lo sé. Solo he recibido la orden de quedarme en la fiesta cerca de Marcus, así que voy a hacer lo que me han dicho. Ya me he entretenido lo suficiente. —Se giró para marcharse, pero lo agarré del brazo. Analicé la situación: ni Hayden ni Kress se encontraban aquí y Logan también se había marchado sin Dash. Me olía a que nos querían dejar fuera de algo... peligroso.

—¡Cameron! Ya puedes ir soltando por qué solo estamos aquí nosotros tres. —Seguí reteniendo su brazo para que no tuviera la oportunidad de escabullirse.

—No solo estamos los tres. Está Marcus, Adam, tu prometido...

—¡Exprometido! —recalqué—. ¿Cameron? —Levanté las cejas exigiendo una respuesta más convincente. Dash permanecía muy callado. Supuse que estaba intuyendo lo mismo que yo.

—¡Mierda! Le dije a Hayden y a tu abuelo que eras demasiado lista —resopló molesto.

—¿Y bien? ¿Prefieres contarmelo tú, o tengo que preguntar a Marcus? —lo amenacé.

—¡Vale vale! Ni se te ocurra decirle nada a tu abuelo. Al comienzo de la fiesta nos llegó información sobre dónde podría estar tu amiga. Los lobos, junto a Hayden, Kress y algunos vampiros van ahora hacia allí. Pensaron que sería demasiado peligroso para vosotros, así que me han dejado a mí a cargo de la guardia del castillo y de la celebración. Alguien tenía que quedarse junto a Marcus.

—¿En serio saben dónde está y no me han dicho nada? —pregunté cabreada. No me podía creer que se hubieran ido sin mí. Me hubiese gustado estar allí para recuperarla.

—Tu abuelo sabía que te pondrías así —contestó él—. Hazme el favor de disimular. De esto no sabes nada; si no, seré vampiro calcinado. —Arrugó la nariz.

—¡Y me dejan aquí! —saltó Dash—. En esta birria de fiesta mientras ellos se divierten yendo a un rescate. —Su mueca me hizo reír y es que, aunque estaba bastante molesta, la cara de fastidio de Dash era bastante graciosa.

Cameron se marchó antes de que pudiese sacarle algo más. Miré hacia donde se dirigía para encontrar a mi abuelo y lo vi hablando con Adam y Connor en un rincón de la sala. Por la expresión de ambos, no parecía que estuviesen molestos por la anulación del compromiso. Eso me hizo estar un poco más tranquila. No quería hacerle daño a Connor. A pesar de que no había contado con mi aprobación, me enseñó muchas cosas desde que llegué al castillo.

—¿Vienes conmigo? —pregunté a Dash.

—Luego te veo. Buscaré algo que pueda llevarme a la boca. Ya que no puedo beber nada, por lo menos intentaré llenar el estómago —contestó con pesar.

Pobre Dash, estaba muy molesto porque lo hubieran dejado aquí. Conociendo a Logan, no querría ponerlo en peligro; era demasiado joven todavía para entrar en una trifulca con tantos brujos de por medio. Eso me dio un poco de miedo. ¿Estarían bien? Confiaba en las habilidades de Hayden, era muy poderoso; aun así, temía que resultaran heridos. Ray, Logan, Kress, todos eran importantes para mí. Esperaba que pudiesen rescatar a Dana. Una emoción invadió mi pecho al pensar en volver a abrazarla. Por un momento, una imagen pasó por mi cabeza: ella entrando por las puertas del castillo sana y salva, sin ningún rasguño. Ambas correríamos la una hacia la otra con lágrimas en los ojos y, por fin, el nudo que apretaba mi garganta desde que se la habían llevado desaparecería.

Ese pensamiento se esfumó cuando llegué hasta mi abuelo. El primero en darse cuenta fue Connor. Me tomó de la mano y la besó, como solía hacer.

—¡Estás preciosa! —Sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Gracias —contesté a la vez que retiraba la mano. Me hacía sentir un poco incómoda después de todo lo que había pasado.

—¡Oh! Amber. Te estábamos esperando. Tan hermosa como siempre —comentó Adam, el padre de Connor.

—Gracias, Señor Loughy —contesté—. ¿Cómo está Elena? No la he visto en la fiesta —pregunté por la madre de Connor.

—Tenía que ocuparse de algo. No tardará en venir —respondió.

—Llegas tarde. —Marcus frunció las cejas, molesto.

—Me he entretenido un poco buscando a los demás. Qué raro, ¿no? No encuentro ni a Hayden ni a Kress —dije en tono sarcástico. No pretendía decir nada ya que no quería poner a Cameron en un aprieto, pero ganas no me faltaban.

Mi abuelo pasó de mi comentario y le dio un sorbo a su copa de... ¡Buaj, qué asco! Sin duda, era sangre. A diferencia de él, Connor y Adam estaban tomando champán.

De pronto, con un gesto de la mano, hizo que los músicos dejaran de tocar sus instrumentos. La sala se quedó en silencio y todos los presentes se giraron para prestarle atención a mi abuelo, que comenzó a hablar.

—Hoy conmemoramos la noche de la Luna de Sangre. Una noche que quedará para siempre grabada en la historia.

Algo llamó mi atención. Varios guardias entraron en la sala, y no los reconocí. Mientras tanto, Marcus seguía dando su discurso.

—Una celebración para recordar y agradecer a Alexander Russ, nuestro antepasado y

antiguo líder de esta sociedad. Hoy estamos aquí gracias a él y a su victoria contra los antiguos aquelarres.

De pronto, más guardias entraron y las puertas del salón comenzaron a cerrarse. Ni siquiera estaba atenta a lo que Marcus decía. Mi cuerpo se tensó. Algo no estaba bien.

—Aquellos que hoy se han vuelto a levantar contra nosotros. Hoy brindaremos por Alexander Russ y por nuestra sociedad.

Mis ojos se desviaron hacia los presentes, demasiado concentrados en las palabras de Marcus. Luego miré a Cameron, a Connor y a Adam. Ellos estaban como si nada. Este último llenaba una copa de sangre y se la entregaba a mi abuelo. ¿Me estaba imaginando cosas raras? Podría ser, pero la sensación de malestar en mi cuerpo no me había abandonado.

—Junto a los lobos conseguiremos lo que una vez él logró: acabar con esta guerra y salir triunfantes de ella.

Mi abuelo dio un sorbo y los presentes en el salón hicieron lo mismo con sus bebidas.

Lo único que pude ver antes de que un recuerdo llegara a mi mente fue la sonrisa maquiavélica de Adam, mientras Marcus se agarraba la garganta y dejaba caer su copa al suelo. Entonces, ese recuerdo de Sagara resonó en mi cabeza: *Ellos están esperando a la Luna de Sangre*. En ese instante, las palabras de la bruja cobraron sentido.

CAPÍTULO 31

Amber

—¡Proteged a mi nieta! —Gritó mi abuelo antes de caer de rodillas agarrándose el pecho.

Un círculo en llamas me rodeó por completo sin llegar a tocarme. Marcus había creado una barrera para protegerme. De repente todo se convirtió en un caos. Los gritos a mi alrededor y el sonido de la lucha me dejaron aturdida. Me quedé en *shock* cuando los guardias que acababan de entrar y que no conocía de nada arremetieron contra los de mi abuelo y la batalla se desató.

La gente corría hacia las puertas para intentar salir, pero estas estaban atrancadas. Los vampiros Sangre Pura luchaban unos contra otros después de escoger su bando. Algunos seguían a Marcus y otros se habían revelado.

Pude volver en mí cuando sentí a Cameron venir en mi dirección, aunque no llegó muy lejos, pues Adam lo inmovilizó a mitad de camino con un movimiento de su mano. Intentó moverse, pero su propio cuerpo no lo dejaba avanzar. Me quedé perpleja; ahí estaba la escalofriante habilidad del vampiro Sangre Pura. Varios guardias se abalanzaron sobre mi amigo y lo hicieron caer de rodillas.

—Me has envenenado. —Marcus tosió agarrándose el pecho—. ¡Sucio traidor!

Por un instante, temí por mi abuelo. A medida que sus fuerzas flaqueaban, las llamas que me rodeaban iban perdiendo intensidad. El calor que sentía por el fuego se iba disipando.

—¿Quién lo iba a decir? El mismo veneno que utilizas para arrebatar las habilidades a tu propia raza te ha dejado fuera de la ecuación —soltó Adam sin pizca de arrepentimiento.

De pronto, algo me hizo girar la cabeza; un borrón gris apareció en mi visión. Era Dash en medio de la trifulca. Mi respiración se atascó. El lobo se abalanzó sobre uno de los guardias y lo dejó fuera de combate. Por fin solté el aire que estaba conteniendo, pero eso duró poco; una ráfaga de viento lo rodeó y comenzó a asfixiarlo hasta hacerlo volver a su forma humana.

—¡Dash! —grité y me revolví inquieta. Mis pies comenzaron a moverse, pero me era imposible traspasar el fuego que aún me tenía atrapada.

¡Maldita sea!

Sabía que para mi abuelo era una barrera impenetrable, pero para mí se trataba de un obstáculo que me impedía salir y luchar por los míos. Me eché las manos al muslo en busca de mi daga. Ellos no sabían que estaba armada y Hayden me había enseñado a no mostrar todas mis

cartas hasta que fuera necesario. Y ese era un buen momento.

Antes de que llegara a desenfundar el arma, Connor dejó de utilizar su habilidad y permitió que Dash volviera a respirar. Mi pecho se aflojó un poco, pero justo en ese momento lo agarraron entre dos guardias y lo arrastraron desnudo hasta colocarlo cerca de Cameron. Ambos estaban custodiados sin poder hacer nada. Mi hermano y el vampiro mestizo me miraron con impotencia. Poco a poco, todo se derrumbaba a nuestro alrededor. La Luna de Sangre se había convertido en una noche sangrienta que no olvidaríamos jamás.

Un guardia que conocía muy bien desde que llegué al castillo salió de la nada y corrió hacia nosotros para arremeter contra Adam por la espalda. Chad siempre había sido amable conmigo. Su gran sonrisa era de las que te invitaban a sonreír con él. Me caía muy bien y, por un momento, supe lo que iba a pasar. El Sangre Pura se dio la vuelta antes de que llegara a tocarlo y lo hizo detenerse con su habilidad. Luego, con un movimiento veloz, le quitó la espada y la clavó en su corazón. Todo fue tan rápido que no tuve tiempo de asimilarlo. El guardia de sonrisa amable se convirtió en polvo en cuestión de segundos. La respiración se me quedó atascada. Pensé que ya no podría soportar nada más, y entonces escuché a Cameron.

—¡Nooo! —chilló desde el suelo, donde se encontraba de rodillas. Chad y mi amigo tenían más que una amistad. Las lágrimas surcaban sus mejillas y sus gritos de dolor apuñalaron mi corazón.

La rabia iba apoderándose de mi cuerpo a medida que observaba todo lo que sucedía a mi alrededor. Un trueno retumbó en el cielo avisando de una futura tormenta. La magia tiraba de mí queriendo salir a la superficie, pero el sello se lo impedía. Un estruendo siguió a otro y comenzó a llover mientras mis puños se apretaban de impotencia.

La mirada de Adam se desvió hacia los ventanales del salón. Varias enredaderas se deslizaban por los cristales como si estuvieran buscando la forma de entrar.

—¡Vaya! ¿No es impresionante? —dijo el vampiro traidor. Sus iris azules me miraban con codicia.

Todo a mi alrededor era un caos, todo lo que veían mis ojos estrujaba un poco más mi corazón y la ira iba creciendo poco a poco dentro de mí.

De pronto, y sin esperarlo, un camino de hielo salió de la nada y se formó en el suelo hasta apagar las diminutas llamas que se encontraban a mi alrededor. Quise dar un paso atrás, pero no me dio tiempo y comenzó a subir por mis piernas hasta llegar a congelar parte de mis rodillas. Alguien muy fuerte me agarró por los hombros desde atrás y me susurró al oído.

—Cuánto tiempo, sangre sucia. —Escuché una voz de mujer que me heló por dentro. No podía ser, ella debería estar encerrada en las mazmorras por incumplir las normas de los vampiros.

¡Isabela!

Mi cuerpo se tensó al sentir mis piernas entumecidas por el frío y su lengua deslizándose por mi cuello. Mientras tanto, el sonido de los cristales al romperse cuando las enredaderas consiguieron entrar llamó la atención de todos.

—¡Ah, no! Ni siquiera lo intentes. —Me agarró del cabello hacia atrás y me hizo levantar la barbilla para colocarme algo en el cuello. Sentí un *click* y el metal frío en mi garganta—. ¿Qué se siente al llevar un collar como si fueras un perro? Esta vez, las tornas han cambiado.

Las enredaderas retrocedieron tal como habían llegado y la tormenta se suavizó. El pequeño hilo que me mantenía conectada a mi magia se esfumó.

El hielo desapareció de repente liberando mis extremidades; supuse que para la vampira ya no era una amenaza. Intenté soltarme, pero me tenía bien agarrada. De una fuerte sacudida, hizo que me arrodillara y tiró más de mi cabello hacia atrás para que no me liberase. Hice una mueca al sentir explotar un intenso dolor en mi cuero cabelludo.

—No hace falta que le hagas daño, ya le has puesto el collar. —Una voz que revolvió mi estómago se escuchó a unos metros de nosotras.

—¡Tranquilo, Connor! Te devolveré a tu querida mestiza sin ningún rasguño —se burló la vampira.

De un momento a otro el sonido de la batalla perdió intensidad. El suelo de la sala se había convertido en un espacio lleno de cristales rotos y comida esparcida, pero lo que más me horrorizó fue lo que resaltaba entre todo aquello: sangre, polvo negruzco y prendas vacías. Eso era todo lo que quedaba de ellos, esos que habían muerto por intentar protegernos. Me entraron unas ganas tremendas de llorar. Los guardias de Adam habían matado a casi todos los mestizos, la escolta de Marcus y unos pocos invitados que decidieron venir. Solo quedaban varios Sangre Pura vestidos con alguna prenda roja, los que salieron en nuestra defensa. Y todos se encontraban apresados como traidores. Entre ellos divisé a la pareja que me había sonreído en la fiesta. Sus miradas estaban cargadas de rabia y desolación mientras observaban al vampiro que había envenenado a su líder y convertido una noche sagrada en una pesadilla.

—Llevad a los traidores a las mazmorras. A los mestizos que queden vivos, ¡matadlos! —ordenó.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando divisé a los guardias terminando con el último aliento de los que estaban malheridos. Apuntaban al corazón o a la cabeza, eso me hizo cerrar los ojos por un momento. No quería ver más. La bilis subía por mi garganta poco a poco y ya ni siquiera sentía el dolor que Isabella ejercía al tirar de mi cabello.

—Déjala ir, Adam —dijo Marcus con esfuerzo y con apenas un hilo de voz. Ese veneno lo había debilitado por completo—. ¿Quieres mi posición? Quédatela; pero déjala fuera de todo esto. Ella no será un problema para ti.

Adam comenzó a reír con incredulidad.

—Ella es el camino hacia mi meta. ¡Imagínate! El linaje más poderoso que se haya visto nunca. Mi descendencia gobernará por encima de todos.

—Hayden y Logan no te lo permitirán. —Mi abuelo torció el gesto con rabia y dolor.

Adam se acercó a él sonriendo con la espada de Chad en la mano y, sin esperarlo, con un rápido movimiento, se la clavó en las costillas.

—¡No! —Me revolví inquieta, lo que hizo que la vampira me sujetara con más fuerza de la que ya ejercía. Con una mano agarraba mi cabello y con la otra mis manos a la espalda.

Aunque temía por la vida de mi abuelo, respiré aliviada porque no hubiese hundido el arma en su corazón. Era lo único que podía matar a un vampiro.

Marcus se encogió y comenzó a toser sangre. Muy despacio, Adam acercó su cara a la de él y le susurró con desprecio:

—Hayden y Logan pueden besarme el trasero. Tengo una sorpresa preparada para ellos. ¿Pensabas que formaría todo esto sin tener aliados? No soy tan tonto, Marcus. Ahora Gael estará esperando a que le lleve a la mestiza. Los brujos, a cambio, se asegurarán de mantenerme en la cima, donde siempre debí estar. No a la sombra de los Dankworth. Ya no más. La sociedad vampírica necesita a alguien fuerte, no a un débil y sentimental viejo como tú. —Sonrió con frialdad.

—No sabes lo que estás haciendo. Cuando tengan lo que quieren, ellos mismos te matarán. Es la razón por la que persiguen ese poder. —Marcus tosió antes de seguir hablando—. Creí que eras más listo.

—Ya me he cansado de tu charla. No perderé más tiempo contigo. —Su expresión cambió a una más divertida—. Seré generoso y, al menos, te concederé el poder despiderte de tu nieta, ya que con tu hija no pudiste hacerlo.

Esas palabras aplastaron mi corazón y lo hicieron añicos. Borraron toda la esperanza que tenía de que le permitiera vivir. Y entonces me derrumbé, dejé de ser fuerte para convertirme en desesperación.

—¡No, por favor! ¡Por favor! —Mis mejillas comenzaron a empaparse de lágrimas que no podía controlar—. ¡Por favor! ¡Haré lo que quieras!

—¡Esto no fue lo que hablamos! —Connor intercedió dando un paso adelante—. Nunca dijiste que había que matarlo. Quedamos en que lo encerraríamos con los demás.

—Ahora los planes han cambiado —contestó él. La mirada glacial que le dedicó a su hijo hizo que este diera un paso hacia atrás de nuevo.

Rugué y rogué y no dejé de hacerlo hasta que los ojos de mi abuelo conectaron con los míos.

—No llores, mi pequeña zanahoria. Eres fuerte y sé que podrás con esto. Eres una Dankworth, y los Dankworth nunca se rinden. Siempre estaré orgulloso de ti. —Sonrió con pena

al observarme, como si fuera la última vez que lo haría.

Creí que no soportaría tanto dolor. Sabía que su mirada de amor y despedida se grabaría en mi memoria hasta el día en que dejase de respirar.

Adam levantó la espada y entonces me volví loca. La ira salía por todos mis poros hasta llegar a mi garganta cuando grité y me puse en movimiento. El instinto tomó el control. Con todas mis fuerzas, me solté del agarre que Isabela ejercía en mis manos. Una de ellas voló veloz hacia mi muslo y tomé la daga que llevaba escondida. Me giré lo más rápido que pude hasta cortar mi cabello para liberarme por completo de su sujeción.

Estaba dispuesta a acabar con mis debilidades, y esa era una de ellas.

Luego voltee la daga en mi mano por instinto y la hundi en su cuerpo. La vampira abrió los ojos con sorpresa y se encogió de dolor. Todo pasó tan deprisa que no supe si fue directo a su hombro o a su corazón, ya que ni siquiera esperé para comprobarlo. Solo quería llegar hasta mi abuelo, detener el golpe; ese era mi objetivo.

Me volví corriendo en su dirección, pero mi cuerpo se detuvo de repente, como si un gran muro hubiese frenado mi avance. Me temblaron las piernas y la daga resbaló de mi mano al ver la espada clavada en su pecho. Había llegado tarde... Si solo hubiese tenido un instante más...

El cuerpo de Marcus se convirtió en pequeñas luces blancas que se iban desprendiendo en el aire como motas de polvo. La espada cayó con un ruido sordo al impactar contra el suelo y todo el salón se quedó en silencio. Nunca había visto a un Sangre Pura morir. Jamás imaginé que lo vería. Resultaba extraño lo hermosas que podían llegar a ser esas luces y lo que en el fondo significaban. Provocaban en mí algo demasiado retorcido para comprenderlo.

Caí de rodillas, sin fuerzas, con la vista perdida en esas minúsculas partículas que llenaban el espacio que antes ocupaba mi abuelo. Ya no podría verlo más. Ya no había nada. Él se había ido y las pequeñas luces terminaron por desaparecer.

No sé cuándo dejé de oír a Cameron y a Dash gritar mi nombre, cuándo simplemente dejé de escuchar a mi alrededor y me encerré en mí misma. Un silencio lo llenó todo. ¿Cuántas cosas más tendría que perder por el camino? ¿Cuánta venganza más albergaría mi corazón? Sin embargo, las palabras que se sucedieron las guardé y sellé en lo más profundo de mi alma.

—Espero que te sirva de lección. Si no fueses tan impulsiva y solo te dedicaras a acatar órdenes, esto no habría pasado —escupió Adam con rabia—. Por tu culpa he tenido que hacerlo y cambiar mis planes.

Poco a poco, levanté la cabeza y clavé mis ojos en los suyos. La rabia hormigueaba en mi piel y me quemaba desde dentro. Y entonces mi voz fue lo único que se escuchó en esa sala cargada de guerra y sangre.

—Espero que no me dejes vivir lo suficiente. Porque, si lo haces y tengo la oportunidad, te haré sufrir tanto y tan lentamente que hasta rogarás por tu propia muerte. Y cuando creas que

ya no puedes sentir más dolor, te mataré.

No eran simples palabras, era una promesa y Adam lo sabía. No me pasó desapercibido su cuerpo al tensarse ni la emoción de miedo que cruzó por su mirada aunque solo fuese por un corto espacio de tiempo. Vi el movimiento de su nuez al tragar, hasta que por fin se recompuso.

—Llevala a su habitación hasta que lleguen los brujos. A estos dos encerradlos en la celda con los demás. Pueden ser un gran incentivo para que no se le ocurra hacer nada estúpido —ordenó.

Isabela me agarró del brazo para levantarme del suelo a la vez que pateaba la daga lejos de mí. Me colocó las manos hacia atrás y las ató a mi espalda. La parte de su hombro estaba empapada de sangre. Por desgracia, no había acertado en su corazón.

—Intenta apuñalarme de nuevo y te mataré con mis propias manos, sangre sucia. No me importará que te quieran viva —murmuró su amenaza en mi oído.

Cuando los guardias levantaron a Cameron y a Dash, pude fijarme en sus rostros llenos de magulladuras. Este último estaba mucho más dañado, ya que al estar en su forma humana le era más difícil cicatrizar. La mirada de consuelo de mi hermano pequeño y sus palabras de ánimo, susurradas mientras los obligaban a tomar un camino diferente al mío, rompieron un poco más mi corazón.

—No llores, Am. Todo saldrá bien.

Ni siquiera me había dado cuenta de que las lágrimas habían vuelto a mojar mis mejillas. Creía que ya no me quedarían más que derramar.

Comencé el camino hasta mi habitación atada de manos y perdida en mis pensamientos. Cada paso que daba las imágenes se repetían en mi cabeza una y otra vez, y luego volvían a empezar de nuevo. Cada vez me costaba más respirar debido a lo que eso me causaba. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que pasar así? ¿Por qué no llegué a salvarle? Pensé en todo lo que podría haber hecho diferente para llegar hasta él a tiempo... Ese era el problema. Que ni siquiera el tiempo podría borrar lo que me habían hecho. Todo lo que me arrebataron. Todo lo que ya no tendría en un futuro.

CAPÍTULO 32

Amber

—¿Es necesario que ates sus manos? —preguntó Connor a la vampira—. Sin armas no supone un peligro.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Quieres callarte? —contestó molesta—. Pareces un crío con un juguete nuevo. Espero que cambies de opinión cuando ella misma intente matarte mientras duermes.

Y en eso llevaba razón. Mataría a cada uno de ellos sin pestañear. Pero la muerte de mi abuelo me había dejado vacía, abatida. Ni siquiera podía poner en palabras mis sentimientos. No tenía fuerzas para seguir luchando.

Al llegar a mi habitación, Isabela me desató las manos y me empujó hacia dentro. Sin decir una palabra me subí a la cama, me quité el calzado medio destrozado que llevaba y apoyé la espalda en el cabecero. Luego me abracé las rodillas. Quería que todo fuese una pesadilla como las que solía tener y que Lory llegase pronto para despertarme. ¡Oh, Dios mío, Lory! Con todo lo que había pasado ni siquiera pensé dónde se encontraría durante el ataque. Pedí con todas mis fuerzas al universo que le hubiese dado tiempo a escapar. Escuché la puerta cerrarse y unos pasos que recorrieron el cuarto hasta sentarse en el sillón. Su voz me produjo asco.

—¡Lo siento, Amber! No sabía que matarían a Marcus. —La voz de Connor me arañó las entrañas—. Pensé que solo lo encerrarían.

Sus palabras para mí ya no valían nada. Al notar que le ignoraba, se acercó hasta el colchón y se sentó a mi lado. Yo me encogí, pero no por miedo. Era asco y decepción lo que sentía hacia él. Hayden tenía razón. Connor tenía dos caras y solo me había mostrado una. De pronto sentí que tomaba un mechón corto de mi cabello.

—¿Cómo has podido hacerte esto? —Su voz cargada de pena después de todo lo que había pasado incendió mi ira de nuevo. Levanté la cabeza como un resorte y aparté su mano de un manotazo. Sin embargo, él no se movió.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme! —escupí las palabras con rabia mirándolo de frente.

—Sé que estás dolida, pero esto pasará. Cuando seas mi esposa haré que me perdones y que vuelvas a confiar en mí. ¡Te lo prometo!

—Estás enfermo. —Arrugué la nariz con repulsión. Pero él siguió hablando como si no

me hubiese escuchado.

—Los brujos no te harán daño. Nunca dejaría que te pasara nada. Solo romperán el sello y luego te llevaré conmigo. Juntos tomaremos el control de la sociedad vampírica. Ya no tendrás que preocuparte de que te persigan. A mi padre solo le importa nuestra descendencia y el futuro de nuestro linaje. No te hará daño.

¿Era verdad lo que estaba escuchando? No me podía creer que estuviera diciendo todo aquello después de haber estado implicado en la muerte de mi abuelo. Lo miré desafiante e hice una mueca.

—Pues lamento romper las ilusiones de tu padre, porque lo más probable es que nunca pueda tener hijos. Soy una mestiza, ¿se os ha olvidado ese detalle? —Sonreí con malicia. Esperaba derrumbar todas sus ilusiones y acabar con sus ideas sin sentido.

—Un brujo lo vio en tu futuro, Amber. No hay duda de que tendrás descendencia. Y una muy poderosa.

¿Qué había pasado con mi antiguo profesor? Este parecía estar loco. ¿Es que había perdido la cabeza?

—Escúchame bien, Connor. —Quería que me mirara y prestara atención a lo que tenía que decir—. Olvida si alguna vez tuve aprecio por ti. Lo que siento ahora mismo al mirarte... es asco. —La mirada de dolor del vampiro no me detuvo—. Un asco tan profundo que hasta se me revuelve el estómago. Antes de casarme contigo y dejar que pusieras un solo dedo sobre mí, preferiría estar muerta.

El vampiro, en silencio, colocó bien las solapas de su chaqueta y luego se levantó de la cama echándose hacia atrás el cabello. Como si así pudiese borrar de su memoria todo lo que le acababa de decir. Comenzó a andar en círculos por la habitación hasta que decidió hablar.

—Sé que ahora mismo me odias y que estás dolida. —Se acercó a la ventana de mi habitación dándome la espalda mientras me hablaba—. Con el tiempo te darás cuenta de que esto era necesario y que...

De pronto se quedó callado y fijó la vista en algo. Abrió la ventana con nerviosismo para poder ver mejor el exterior. De repente, se giró hacia mí con el rostro descompuesto.

—Ni se te ocurra intentar moverte de aquí. —Me apuntó con el dedo antes de salir de mi habitación como alma que lleva el diablo. Cuando la puerta se cerró, corrí hasta el ventanal para ver qué había creado esa reacción en el vampiro.

¡¿Pero qué...?!

Una masa de personas bajaba desde la colina hacia el castillo, y cuando digo una masa me refiero a una gran cantidad, bastantes cuerpos en movimiento que descendían desde el principio de la finca. En ese momento, la puerta se volvió a abrir y Connor apareció acompañado de dos guardias.

—Tenemos que darnos prisa. Hay que salir de aquí.

Se acercó a mí y volvió a mirar por la ventana. Luego cogió los zapatos que me había quitado antes de subir a la cama y los colocó a mi lado para que me los pusiera. Yo no moví ni un músculo. Otro de los guardias apareció en la habitación a toda prisa.

—Tu padre te espera en la sala de entrenamiento. No hay tiempo —le informó.

No sabía qué diablos pasaba, pero lo que venía hacia el castillo había puesto muy nervioso al vampiro. Connor me tomó de la mano para que lo siguiera, pero la rechacé. Ni siquiera me había calzado. No tenía pensado irme con él a ninguna parte.

—No pienso acompañarte a ningún sitio —dije altiva. Sin esperarlo, su mano se ciñó a mi brazo con fuerza.

—No hagas que te ate como ha hecho Isabella. Vendrás conmigo aunque tenga que llevarte a rastras. —Tensó su mandíbula y apretó los dientes al hablar. Era la primera vez que veía su lado más oscuro.

Tiró de mí hacia la salida sin ninguna delicadeza. No le importó que mis pies estuvieran descalzos. Sus dedos apretaban mi brazo a la vez que me arrastraba por el pasillo para que lo siguiera a toda prisa. Cuando vio que la cola del vestido me impedía avanzar, le quitó una de las dagas a los guardias y la cortó con brusquedad. Me hacía gracia que los demás se refirieran a Hayden como un vampiro frío y despiadado cuando, a diferencia de Connor, él jamás habría ejercido tanta fuerza conmigo, ni me habría causado dolor.

Después de recorrer todos los pasillos y bajar en el ascensor, llegamos hasta la sala de entrenamiento; Adam, Isabela y otros cuantos guardias más nos esperaban allí.

—¡Vamos! Hemos quedado con los brujos cerca de aquí —dijo Adam a su hijo tras echar un vistazo en mi dirección y asegurarse de que no se iban sin mí. El vampiro traidor cruzó las dos dagas en la pared como había hecho Hayden una vez y esta se abrió dejando al descubierto el pasadizo que ya, según veían mis ojos, no era tan secreto. Por un momento se me pasó por la cabeza tomar una de las armas que se encontraban ahí colgadas, pero, como había imaginado, me era imposible. Connor no me soltaba.

—¿Cómo se han enterado de lo de Marcus? —La pregunta de Isabela me hizo desistir y prestar atención.

—Alguno de ellos debe haber escapado durante la celebración y avisado a los demás —respondió Connor. No sabía a qué se referían. ¿De qué huíamos? Por un momento pensé en Hayden y en mi familia, pero ellos llegarían a cuatro patas, no como lo que vi en la colina.

—Me parece absurdo tener que irnos a escondidas. Somos más poderosos que ellos —soltó la vampira indignada—. ¿Desde cuándo a los mestizos se les ocurre desafiar a los Sangre Pura? Siempre nos han tenido miedo —resopló molesta a la vez que nos introducíamos en el oscuro y frío pasillo.

¿Mestizos?

¿La masa de personas que bajaba por la colina se trataba de mestizos? Sabía que muchos de ellos no habían asistido a la celebración de la Luna de Sangre. Aunque obedecían a mi abuelo, intentaban cruzarse lo menos posible con los Sangre Pura. En realidad, gracias a estos últimos y a sus aires de superioridad, la comunidad vampírica se encontraba dividida en dos bandos.

Adam encendió una antorcha para poder iluminar el espacio. Una manera un poco más arcaica que la de Hayden. Cuando contestó, aclaró las dudas de la vampira y también las mías.

—Somos más poderosos, pero ellos son demasiados —escupió con rabia—. No han venido por la muerte de Marcus. Lo han hecho por ella y hasta que no la liberemos no se detendrán.

Sus palabras me dejaron en *shock*. Kress me dijo una vez que tenía a los mestizos de mi parte, y que eso me beneficiaría, pero no supe cuánto hasta ese momento. ¿Por qué arriesgaban sus vidas por mí? Yo no les había dado nada ni mi vida valía más que las suyas. Aunque no podía entender eso, una emoción de gratitud me embargó. Para mí llegarían tarde, pero para los que estaban en el castillo atrapados en las mazmorras, no. Dash y Cameron estarían bien. Respiré aliviada, nunca olvidaría lo que los mestizos habían hecho por mí.

Llegamos al tramo donde el pasadizo se dividía en dos. Antes de ver a Adam elegir una dirección, ya sabía cuál tomaríamos. Hayden me había dicho que la de la izquierda llegaba a las afueras de la finca de mi abuelo. De un brusco tirón, Connor me dirigió hacia donde pensaba. Esta vez no había escaleras, solo un camino recto que conducía al exterior.

Cuando llegamos al último tramo, el trayecto acababa en unas escaleras de metal que iban hacia arriba. Uno de los guardias subió primero y levantó una pequeña trampilla que se encontraba camuflada a medio metro de su cabeza. Salió por ella y en cuestión de pocos minutos se asomó de nuevo.

—Está todo despejado —informó.

Adam e Isabela ascendieron, después me tocó a mí. Los últimos serían Connor y los guardias que iban guardando nuestras espaldas. Mis pies ardían cada vez que subía un escalón de metal. Tenía las plantas llenas de heridas, producidas al recorrer el pasadizo descalza.

Un mal recuerdo llegó a mi mente al salir del túnel y mirar a mi alrededor. Este daba a una parte del bosque cerca de la finca de mi abuelo que ya conocía. En ese lugar casi matan a Hayden. Todos esos instantes pasaron veloces por mi memoria: la primera vez que vi el rostro de Gael, la pelea con los brujos y la aparición de mi padre, ese al que creía muerto. No debía alegrarme de que me llevaran hasta los brujos, pero mientras recorría el pasadizo fui analizando la situación. Era la única manera que tenía de volver a ver a Dana, aunque mi pregunta era: si pensaban llevarme ellos mismos hasta mi amiga, ¿por qué hacerla su rehén? Algo en todo esto no me cuadraba. Necesitaban a Dana para sus planes, de eso no me cabía duda.

Anduvimos un tramo más de árboles hasta que por fin los brujos se dejaron ver. Varias siluetas con túnicas aparecieron de la nada. Los guardias de Adam crearon una barrera a nuestro alrededor. No hacía falta decir que, en el fondo, no se fiaban de ellos.

—Aquí está, como pediste —dijo el vampiro traidor—. Yo he cumplido con mi parte, espero que cumplas con la tuya.

Uno de ellos dio un paso al frente y sin verle el rostro supe quién era. No había olvidado su forma de caminar. Se echó las manos a la capucha y la deslizó hacia atrás antes de hablar. Sus ojos oscuros conectaron con los míos, ni siquiera le dedicó una mirada a los demás. Su objetivo era yo y siempre lo había sido.

—Me alegro de volver a verte, sobrina. —Una sonrisa triunfante se instaló en su rostro.

CAPÍTULO 33

Kress

—No deberíamos haber dejado solo a Marcus en la celebración —murmuré.

Hayden iba a mi lado en la parte trasera de uno de los todoterrenos que utilizábamos para trabajar en la ciudad. Para esta misión, salieron del castillo tres de ellos repletos de guardias entrenados y escogidos por Hayden. En nuestro auto nos repartíamos: Ryan, el conductor; un Sangre Pura que dentro de lo que cabía no era tan petulante como el resto y que estaba de buen ver, como casi todos ellos; Nick a su lado, asiático y mestizo, bastante callado para mi gusto, aunque a veces eso también se agradecía; a mi derecha James, otro mestizo que solo podría describir como un auténtico cretino que hacía que me preguntara a cada momento por qué los hombres como él tenían que existir; y en el único sitio restante a mi izquierda, el líder de la misión y a quien iba dirigida mi queja.

—No está solo. He dejado a Cameron a cargo —respondió con la vista perdida en... la verdad no lo sabía. Hayden era siempre así, se perdía solo en sus pensamientos.

—Eso no me tranquiliza. Podríamos haber esperado a que la celebración terminara. No es propio de ti salir a una misión en un momento como este. Los lobos podrían haberse encargado ellos mismos —solté lo que pensaba.

—Creía que tú solo tenías que acatar órdenes, no dirigirnos. —La voz profunda de James me hizo volver la cabeza en su dirección y levantar mi labio superior con hastío—. ¿Se supone que ahora eres tú la nueva jefa?

—¿Se supone que no tienes ningún miedo a morir? —respondí de vuelta—. Porque si te vuelvo a escuchar decir algo así otra vez, no me importará atravesarte el corazón con Artemisa y tirar tus restos por la ventana —amenacé.

Artemisa era mi bastón de metal mágico y mi arma preferida. La misma Sagara me lo entregó muchos años atrás, creado y hechizado con su poder. No sabía por qué la bruja me obsequió con ese regalo. Sus palabras al colocarlo en mis manos fueron: *No hagas preguntas, ella te ha elegido*; y así, sin más, lo acepté. Era pequeño, pero cuando estaba en peligro se estiraba el triple de su tamaño habitual, como si tuviera vida propia.

—Solo alguien como tú podría haberle puesto un nombre tan ridículo a un... —La voz burlona de James se apagó cuando sus ojos se desviaron a mi otro lado. La mirada glacial de

Hayden le decía que se callara. Bajó la cabeza y no volvió a hablar. Apostaba a que otra mirada así lo haría mearse en los pantalones.

—Los lobos no van a esperar y tenemos una alianza con ellos. Cuantos más seamos, mejor. No sabemos qué nos vamos a encontrar hasta que lleguemos allí —respondió Hayden a mi pregunta anterior.

Levanté la comisura de mis labios con picardía antes de decir lo que pensaba desde que salimos del castillo.

—¿Y no se debe a que le has prometido a cierta persona que la traerías tú mismo de vuelta?

Me refería a la pelirroja, pero dado que teníamos público, no me atreví a ser más concreta.

—Yo siempre cumplo mis promesas —respondió sin mirarme. No me extrañaba. Hayden era muy reacio a hablar de sentimientos.

—Ya estamos cerca —anunció Ryan mientras miraba el GPS del auto.

Según la ubicación que nos había dado Adam, se trataba de un colegio que se encontraba en el centro de la ciudad. Eso me pareció extraño. ¿Un lugar donde practicaban magia a la vista de los humanos? Me resultaba algo fuera de lo normal.

Ryan aparcó el coche e indicó un edificio que se encontraba al otro lado de la calle.

—Si la dirección que te han dado es correcta, se supone que es ese.

Los otros dos todoterrenos se situaron cerca del nuestro esperando órdenes de Hayden.

Cuando miré por la ventana, lo único que pude ver fue la entrada a un recinto abandonado. Al fondo, un gran edificio que había visto años mejores, con la fachada deteriorada y negruzca.

—En ese colegio no creo que vivan ni los fantasmas —murmuró James.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Hayden a Ryan. Nick no abrió la boca en ningún momento.

—No hay duda. Es aquí. —Volvió a consultar la ubicación.

—¿No deberían haber llegado ya los lobos? Según tengo entendido, ellos ya estaban en la ciudad cuando fueron avisados, ¿no? —Escruté a nuestro alrededor por si veía algo de movimiento... ¡Nada! A esa hora de la madrugada toda la ciudad se encontraba dormida.

Hayden tecleó en su móvil e hizo una llamada. Supuse que querría contactar con Logan. Era muy extraño que aún no estuvieran aquí.

Después de un intento, metió el dispositivo en su bolsillo y se dispuso a salir.

—¿Adónde vas? —pregunté con las cejas alzadas. Hayden contestó mientras se bajaba del auto.

—¿Has escuchado alguna vez eso de que los chuchos siempre llegan tarde? —respondió

con otra pregunta.

Resoplé molesta. Los demás comenzaron a coger sus armas para ir tras él. Yo tenía a Artemisa pegada a mi cadera. Seguía pensando que era mala idea no esperar a Logan, pero Hayden era tan tozudo que no habría manera de hacerlo cambiar de parecer.

Llegamos hasta las rejas que separaban la calle de la propiedad. No éramos pocos, al menos quince contando con Hayden, pero algo en ese edificio no me daba buena espina.

Ryan utilizó su habilidad para abrir la cerradura del exterior. Era absurdo tener que saltar las rejas cuando contábamos con un vampiro Sangre Pura que dominaba la telequinesis.

Una vez abierta, recorrimos el camino hasta llegar a la puerta de entrada. El suelo estaba cubierto de hierbajos, otro dato más para hacerme pensar que el colegio se encontraba desierto.

Ryan volvió a usar su habilidad y nos permitió acceder al interior del edificio. La puerta chirrió a causa de las bisagras, causando eco en la primera estancia. Todo estaba oscuro, pero gracias a nuestra visión desarrollada, podíamos ver hasta las motas de polvo que se acumulaban en los muebles.

—Creo que lo único que vamos a encontrar aquí será polvo y alguna que otra araña —murmuró James con una mueca—. Esto está desierto.

Ignoré su comentario y miré a Hayden esperando instrucciones. Pude ver en su rostro que estaba pensando lo mismo que yo. Era extraño que los brujos dejaran a la amiga de la pelirroja en un sitio abandonado donde podría entrar cualquiera.

—¿Nos dividimos? —preguntó uno de ellos.

—No. Seguiremos juntos. Si hay brujos por aquí y están escondidos, es lo que esperan que hagamos —contestó Hayden analizando la situación.

Recorrimos todos los pasillos desiertos e inspeccionamos las habitaciones. ¡Nada! Todo lo que encontramos fueron muebles y objetos viejos abandonados hacía ya tiempo. Este lugar llevaba años cerrado.

Íbamos por el cuarto pasillo de la segunda planta cuando de pronto escuchamos un ruido que provenía de una habitación al final del corredor. Nos acercamos a paso ligero hasta la puerta. Todos prepararon sus armas sin saber lo que nos encontraríamos.

Hayden la abrió de una patada y se preparó, pero...

No había ningún brujo a la vista. La habitación, a diferencia de las otras, era de gran tamaño, con varios pilares en los laterales y un pequeño altar al fondo, justo enfrente de la puerta. En este, algunas velas apagadas y cubiertas de polvo se encontraban alineadas entre sí.

—Se supone que este era el lugar de los ritos —dijo Ryan mirando la escena, pensativo.

—¿A cuántos corderos habrán degollado aquí? —rio James haciéndose el gracioso.

Yo resoplé y puse los ojos en blanco. Estaba harta de escuchar tanta estupidez. Todos avanzamos hasta el altar mientras inspeccionábamos que no hubiera nada allí que se nos

escapara. Entonces, algo en el suelo llamó mi atención: varias piedras se encontraban colocadas estratégicamente, con unos metros de separación entre ellas. Giré mi cuerpo mientras miraba a mi alrededor y pude darme cuenta de que todo el centro de la sala estaba rodeada por ellas.

—¿Qué demonios es...?

Antes de que me diera tiempo a terminar la pregunta, sentí a Artemisa vibrar en mi cadera y, justo en ese momento, la voz de Hayden retumbó en la habitación.

—¡Salid del círculo!

CAPÍTULO 34

Kress

—¡Salid del círculo!

Algo bajo mis pies comenzó a brillar y entonces sentí que me agarraban del brazo y me empujaban fuera del centro, haciéndome chocar contra la pared.

Hayden había conseguido sacarnos a Ryan y a mí del círculo, ya que éramos los únicos que estábamos más cerca de él. Algunos salieron a tiempo, pero otros...

Los gritos de mis compañeros llenaron mis oídos y un pánico que nunca había sentido se deslizó por mi cuerpo. Lo que estaba viendo era...

No sabía si eran lazos, enredaderas o lenguas sangrientas. Salían del suelo iluminado con extraños símbolos y se enredaban en sus cuerpos como serpientes hechas de sangre. Varias siluetas con túnicas comenzaron a aparecer de la nada susurrando un cántico aterrador. Otros venían hacia nosotros. Ahora entendía a lo que se refería la pelirroja. Esto era lo que habían utilizado para absorber la energía de Hayden.

—¡Ryan! Intenta mover las piedras. Hay que romper el círculo. —Hayden comenzó a dar instrucciones y entonces me moví.

Desenganché a Artemisa de mi costado y esta se estiró. De pronto, uno de ellos me lanzó varias esferas de fuego, pero logré esquivarlas por los pelos gracias a mi agilidad. La sorpresa en el rostro del brujo no se hizo esperar cuando me acerqué a él tanto y tan rápido que atravesé su estómago con el bastón antes de que se diera cuenta. ¡Uno menos!

Un grito a mi espalda me hizo girar la cabeza. Hayden había apuntalado a uno de ellos a la pared, una daga en cada extremo de sus manos. Se movía como una ráfaga por la sala e iba derribando a cada brujo que se cruzaba en su camino. Todo lo que veía a mi alrededor eran fogonazos de luces y borrones de vampiros moviéndose por la gran habitación. Algo frío golpeó mi espalda con tanta fuerza que mi cuerpo se estrelló contra el altar. Me levanté del suelo y quité un trozo de madera que había atravesado mi muslo. Pronto la herida dejaría de sangrar y se cerraría, pero estaba empapada de agua y cabreada a partes iguales. Miré al brujo con rabia.

—¡Tú! ¿Acabas de destrozar mis pantalones favoritos? —gruñí antes de sentir mis colmillos deslizarse.

Cogí impulso y salté sin dar tiempo a que el cretino volviera a formar una esfera de agua.

Cuando llegué hasta él, pegué mi boca a su cuello y lo desgarré sin piedad. Su cuerpo se desplomó en el suelo. ¡Dos menos!

La luz del círculo se desvaneció, por lo que supuse que Ryan había conseguido llegar hasta las piedras, o los demás se habían deshecho de los brujos que lo conjuraban. Giré a Artemisa en mi mano y seguí derribando cuerpos vestidos con túnicas de estrellas hasta que ya no quedó ninguno en pie. De un momento a otro, se hizo el silencio en la habitación. Repasé la sala buscando a mis compañeros. Pude contar hasta nueve cuando llegué a Hayden. Los seis restantes se encontraban en el centro del círculo.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué les ha pasado? —pregunté boquiabierta.

No se habían convertido en polvo, algo los había absorbido hasta dejar solo una cáscara vacía y sin vida.

—Ya no tendrás que atravesarlo con Artemisa. Se te han adelantado —dijo Ryan a mi lado mientras observaba a uno de ellos. Miré en su dirección y pude reconocer a James por la ropa y lo poco que había quedado de él.

¿Me dio pena? La verdad es que no. Un cretino menos en el mundo. Mis entrenamientos serían más tranquilos sin él.

—Quemad los cuerpos —ordenó Hayden a Ryan. Luego se acercó al brujo que había incrustado en la pared.

—¿Dónde está la loba? —preguntó con voz tranquila, pero con un tono que hacía que los vellos de cualquier ser se erizaran.

El brujo respiraba con dificultad, y sus manos sangraban debido a las dagas clavadas en las palmas.

—Vas a morir de todas formas, así que tú decides la manera de hacerlo.

El móvil de Hayden comenzó a sonar en su bolsillo, pero no le prestó atención. Estaba bastante ocupado.

Al ver que el brujo no contestaba, utilizó su habilidad y este gritó de agonía. Una de sus manos empezó a echar humo y a desintegrarse hasta que solo quedó polvo. Cayó hacia un lado de la pared, su cuerpo colgando ahora de un brazo. Hayden se la había extirpado. ¿Estaba horrorizada? En absoluto. Ya estaba bastante acostumbrada a la vena psicótica de mi amigo. Por algo todos los vampiros le tenían respeto.

—¿Te lo has pensado mejor? —volvió a preguntar, pero el móvil sonó de nuevo en su bolsillo. Se agarró el puente de la nariz y suspiró, luego lo apuntó con el dedo—. No he terminado contigo, te daré algo de tiempo para que analices tu situación.

Le dio la espalda y sacó el teléfono para contestar.

—Ya no hace falta que vengáis, no la tienen aquí —informó Hayden. Deduje que Logan se encontraba al otro lado de la línea—. Estamos justo donde nos dijo Adam y ... —De pronto se

quedó callado y apartó el móvil de su oído. Su puño se apretó hasta que no hubo nada del aparato en sus manos, solo un material hecho pedazos.

A su espalda, el brujo comenzó a reír con la voz entrecortada debido al dolor.

—¡Cucú! ¡Sorpresa! —Fue lo que dijo antes de que Hayden se volviera hacia él y lo desintegrara por completo. Los gritos de agonía retumbaron en la sala hasta que solo quedó su ropa.

Antes de darme cuenta, Hayden salía del edificio a toda prisa y yo corrí tras él. Los demás permanecieron atrás encargándose de hacer desaparecer los cuerpos.

—¡Hayden! ¿Qué diablos pasa? —pregunté. No recibí respuesta.

Se subió al coche y yo lo hice justo antes de que arrancara y me dejara allí. El auto salió a toda velocidad del aparcamiento.

—¡¿Dónde está Logan?! —pregunté alterada, no sabía qué demonios pasaba. Hayden conducía con su mirada fija en la carretera como si se hubiese vuelto loco. Agradecí que a esa hora no transitara nadie por las calles.

—¿Cómo no pude darme cuenta? —rio amargamente.

—¡¿Me vas a explicar de una vez lo que ha pasado?! —grité fuera de mí.

—Esto ha sido una trampa, eso es lo que ha pasado. ¿Cómo he podido ser tan idiota? —escupió lleno de ira.

De pronto comprendí el porqué volvíamos a toda velocidad. Algo había pasado en el castillo.

—Marcus... —susurré temerosa—. ¿Dónde está Logan?

—Adam los mandó a otro sitio en el que los brujos los estaban esperando, al igual que a nosotros. —Rio amargamente con la vista todavía en la carretera—. Nos quería divididos y fuera del castillo. Nunca debí haberme ido.

Aun en el estado de nervios en el que se encontraba, durante el camino pude sacarle algo más. Logan iba hacia el castillo también en ese mismo momento; los lobos habían sido emboscados por los brujos y habían tenido algunas bajas al igual que nosotros. Todo había sido planeado por Adam. Rata traidora.

Para Hayden, Marcus había sido como un padre, pero después de escucharlo hablar de su pasado aquel día en el despacho, sabía que su ira provenía de pensar que, cuando llegáramos, quizá ella ya no estaría. Ahora comprendía que había algo más importante para él que su propia vida. Lo entendí al observar su mirada cargada de rabia y miedo. Nunca había visto temor en los ojos de Hayden, jamás. Entonces fue cuando supe que, si llegábamos tarde, haría arder el mundo hasta encontrarla.



Al llegar al castillo, no había nadie vigilando las puertas. No hacía falta ser muy listo para saber que las cosas no iban bien. Desde el sendero se podían ver los coches que utilizaban los lobos para desplazarse. Ellos habían aparecido antes que nosotros.

Hayden detuvo el coche y se bajó a toda prisa. No paró de avanzar cuando Logan se acercó a él para prevenirlo de lo que encontraría, ni al ver que una gran multitud de mestizos se hacían a un lado para dejarle paso. Tampoco cuando sus pies recorrieron el salón cubierto de sangre y polvo. Solo se detuvo al ver los restos de la ropa de Marcus. Todo lo que quedaba de él. Pena, tristeza, rabia. Un cúmulo de varias emociones inundó mi cuerpo al ver lo que había quedado de ellos. Mi gente, mi familia. Masacrados por la ambición de unos pocos. Pero lo que más me impactó fue el silencio de mi amigo. Recogió algo del suelo y no pude ver lo que era hasta que me acerqué a él. En una de sus manos agarraba una pequeña daga y en la otra...

Me tapé la boca con las dos manos por la impresión. En la otra apretaba un mechón de pelo de color rojizo. Sin duda era de ella.

—¡Lo siento, Hayden! ¡Lo siento! —Cameron apareció detrás de nosotros con la ropa desgarrada. Las lágrimas de dolor surcaban su rostro—. No pude detenerlos. No pude hacer nada. Mataron a Marcus frente a todos y a ella... se la han llevado. Adam y Connor se la van a entregar a los brujos.

No podía ver la cara de Hayden, pero sí sus manos. Su puño se aferró a la daga hasta que de su palma comenzó a manar sangre.

—¡Hayden! —susurré—. La encontraremos.

De pronto, agarró una de las pocas mesas que aún permanecía en pie y la estrelló contra la pared de la sala, haciéndola añicos.

—Ya he sacado a todos los que había en las mazmorras —informó uno de los lobos a Logan—. Solo quedan ellos. El resto...

No sabía qué hacer. Cómo actuar ni cómo consolar a mis amigos. Jamás había pasado por algo así, pero no era la primera vez que Hayden perdía a alguien importante para él.

—Los lobos y yo saldremos a buscarla por los alrededores. No tienen que haber ido muy lejos. Quizá no hayan llegado hasta los brujos todavía —informó Logan.

—No hará falta, padre. Yo puedo encontrarla. —El lobo de la pelirroja apareció en el salón.

La mirada helada de Hayden lo traspasó.

—¿Ah, sí? ¿Ahora eres adivino? —le soltó con voz iracunda.

—Le puse un rastreador a su colgante. Solo tengo que activarlo —contestó él.

No me lo podía creer. Si la pelirroja se enteraba de que el lobo la controlaba de aquella manera, no tenía ninguna duda de que probaría su puntería con sus pelotas.

—¿Le has puesto un puto rastreador sin que ella lo sepa? —escupió Hayden con ira.

—Ese puto rastreador nos dirá dónde está en este momento. ¡De nada! Y ahora tú decides si me sigues o no. Yo no perderé más tiempo aquí.

Esperaba que no fuera demasiado tarde y pudiéramos impedir que los brujos pusieran sus manos en ella.

CAPÍTULO 35

Amber

Una vez reunidos con los brujos, proseguimos el camino en coche. No sabía si me llevarían junto a Dana. Ya no sabía qué esperar. Nada me había preparado para lo que acababa de vivir. Me perdí en mis pensamientos, preguntándome si habría podido evitar la muerte de mi abuelo. De utilizar la daga contra Adam antes... ¿El resultado habría cambiado?

Me llevé las manos al cuello. El collar frío se pegaba a mi piel, aunque eso no era lo que me impedía respirar con normalidad. El nudo de angustia seguía ahí, oprimiendo mi garganta.

—Lo siento. Sé que te molesta, pero no puedo quitártelo. Espero que lo comprendas. — La voz de Connor a mi lado hizo que ese nudo se apretara aún más.

Simplemente lo ignoré y seguí con la vista clavada en la ventana. Las luces de la ciudad podrían haber sido una gran distracción en otro momento, pero en este no lo eran. Mi mente vagaba por los últimos acontecimientos vividos aquella noche. Hice el amago de llevar mi mano al colgante de Chris, como solía hacer a veces. A lo largo de los años se había convertido en una costumbre, pero retrocedí y posé la mano en mi regazo de nuevo. Lo que menos quería era que me quitaran lo único que me hacía sentir segura, en casa.

Las luces de la ciudad se distanciaron cuando comenzamos a atravesar un tramo de árboles frondosos. A lo lejos, un edificio de varias plantas se levantaba imponente. El coche lo rodeó y dejó al descubierto otra edificación más pequeña tras este. Aunque eso no fue lo que llamó mi atención, sino algo más allá. Una enorme estructura redondeada hecha de piedra. Su techo era ovalado, como un gran iglú.

El coche se detuvo en la entrada y uno de los brujos me sacó del interior a empujones. Puso mis manos a la espalda y me hizo avanzar a trompicones detrás de Gael. Varios de ellos caminaban a mi alrededor y otros seguían nuestros pasos, entre ellos los vampiros Sangre Pura.

Al entrar, sentí el frío de la piedra en las heridas de las plantas de mis pies, pero enseguida se disipó mientras divagaba en todo lo que veían mis ojos. Su interior me recordó a un anfiteatro romano. Los laterales estaban cubiertos de asientos de piedra, donde se acomodaban tipos con túnicas negras y sus habituales detalles de estrellas. Todo se hallaba en completo silencio, y eso me asustó aún más. No podía ver sus caras, sus capuchas tapaban sus rostros de una forma tan macabra que mis vellos se erizaron.

Me arrastraron hasta el centro de la cúpula, donde pude sentir la arena bajo mis plantas. Observé a mi alrededor atemorizada. La tenue luz de las velas que rodeaban el espacio me hicieron pensar en un sacrificio. Para ellos esto era un espectáculo, y yo era lo que venían a ver. El nudo que sentía en mi garganta se apretó aún más y mis palmas comenzaron a sudar. Un sentimiento de terror se apoderó de mí cuando vislumbré en el centro de la arena un altar de piedra, pero toda esa sensación se desplomó y mi alma cayó a mis pies cuando escuché la voz de Dana después de tanto tiempo.

—¡Soltadme! —Su grito a mi espalda me hizo girar la cabeza y entonces la vi: sus ojos celestes llenos de rabia, su corto cabello dorado cayendo hacia su barbilla mientras dos brujos la arrastraban y agarraban sus brazos con fuerza. Llevaba un collar idéntico al mío. Cuando sus ojos se posaron en mí, se disolvieron todas sus quejas—. ¿¿Amber? —Sus ojos se abrieron con sorpresa al verme allí—. ¡Amber! —gritó fuera de sí.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dan! —Me revolví y mi cuerpo comenzó a luchar para poder llegar hasta ella, pero los brazos que me sujetaban no me dejaron avanzar. Cuando mi mente imaginaba nuestro reencuentro, nada tenía que ver con esto.

Todo esfuerzo de soltarme fue en vano cuando me alzaron y me colocaron en el altar. El frío de la piedra inundó parte de mi espalda.

—¡Soltadla! ¡Os mataré a todos! —Los gritos llenos de ira de Dana se clavaron como cuchillas por mi cuerpo—. ¡Os desgarraré y luego me bañaré en vuestra sangre!

Sus promesas de venganza murieron cuando uno de ellos cubrió su boca con una tela. De pronto, unos pasos en el suelo empedrado de la entrada hicieron eco y la sala se quedó en un silencio sepulcral que se extendió a medida que se aproximaban. Y entonces... deslizó su capucha hacia atrás y reveló su rostro: *mi padre*.

Se acercaba al altar con andares tranquilos y serenos. Sus ojos marrones me miraron sin pizca de compasión cuando las lágrimas surcaron mis mejillas.

Con un movimiento de cabeza dirigido a los demás, estos agarraron mis manos y mis pies y me ataron a los bordes de la piedra.

—¡No! —intenté soltarme, luchar con todas mis fuerzas, pero me fue imposible porque estaba maniatada. La impotencia corría por mi interior como lava ardiente. Volví a mirar a mi padre por si aún quedaba algo de bondad en él.

—¡Por favor, padre! Si alguna vez te he importado, detén esto... ¡Por favor! —recurrí a lo último que me quedaba.

Sin embargo, todo lo que recibí fue silencio. ¡Nada! La desilusión arañaba mis tripas como si se tratase de garras. Ya no me quedaba absolutamente nada a lo que aferrarme. Ellos romperían el sello y acabarían con lo único que tenía y me importaba en este mundo. Entonces, recordé la piedra de las ninfas y lo que podría haber hecho con ella si no la hubiese dejado

olvidada en mi habitación. Ya nadie podría parar esto...

Un ruido estremecedor invadió la sala cuando la cúpula de piedra comenzó a abrirse y dejó al descubierto un cielo oscuro y repleto de estrellas. Levanté la vista hacia ellas y contemplé la luna llena que las acompañaba. Su forma redondeada y su cara visible se iluminaba en su totalidad. Se teñía de tonos rojos y anaranjados, como si las llamas lamieran toda su superficie: *la Luna de Sangre*.

Uno de los brujos le tendió a Allan una pequeña daga y una copa de metal con grabados en su superficie. La bilis subió por mi garganta cuando lo vi acercarse a Dana.

—¡No! —grité y grité hasta quedarme ronca cuando cogió su brazo y deslizó la hoja por su piel hasta hacerla sangrar. El líquido cayó en el interior del vaso. Luego se acercó a Adam para que este derramara la suya. Se volvió hacia mí y se acercó poco a poco hasta situarse a mi lado, colocó la copa en la piedra del altar e hizo lo mismo cortando su palma. El líquido rojo y espeso cayó en el interior mezclándose con los demás: *sangre de lobo, vampiro y brujo*.

Ahora sabía por qué necesitaban a Dana y a Adam. Este era su plan desde el principio...

Gael se colocó detrás de mi padre con una sonrisa codiciosa. Él había ganado. Obtendría lo que llevaba tantos años ansiando: El poder. Aunque ni yo misma sabía lo que se ocultaba en mi interior. Uno de los brujos quitó el collar que aprisionaba mi garganta y todo empezó.

Allan levantó la copa e inició un cántico en una lengua extraña que ya había escuchado antes. La sangre salió de ella formando una espiral y moviéndose como si tuviera vida propia. ¿Estaba asustada? ¡Mucho! Mi cuerpo se retorció de terror. De un momento a otro, una luz cegadora se alzó por encima de mí a la vez que un ardor intenso invadía mi muñeca. Las fases de la luna se dibujaron de una forma mágica y brillaron en el centro de un gran círculo. Abrí los ojos con sorpresa cuando la sangre fue absorbida por él, y entonces algo se desgarró en mi interior y comenzó mi agonía...

La sensación de ardor en mi muñeca me recorrió desde la cabeza hasta los pies. No supe si dejé de gritar o simplemente mi voz se rompió. El dolor era tan intenso que me perdí en él.

La percepción de mi cuerpo en llamas llenó cada espacio de mi mente, y cuando creía que no podía soportarlo más, dio paso a algo distinto, más crudo e intenso que tiraba de mi interior con fuerza, desgarrándome en el proceso. Sentí como si me rompiesen una y otra vez y volvieran a recomponerme de nuevo. El dolor era insoportable. No sé si pasaron horas o quizá minutos, perdí la noción del tiempo cuando, lo que fuera que me hacía sentir tal agonía, menguó hasta quedar solo en una sensación de electricidad. Mi cuerpo vibraba y mi corazón, como mi respiración acelerada, se ralentizaron.

Los recuerdos que había olvidado fueron llegando a mi mente como destellos fugaces. Los sueños cobraban sentido y aquellas personas del pasado a las que no lograba ver con claridad por fin tenían un rostro en mi memoria. Abrí los ojos despacio y miré al cielo. Las estrellas y la

luna se veían más nítidas, con más color. Como si fuera la primera vez que las contemplaba de verdad. Una extraña sensación surgió en mi pecho. Mis recuerdos habían vuelto. La parte que faltaba de mí ya estaba en su lugar. Por fin me sentía completa.

—¿El sello se ha roto? —La voz de Gael me sacó de la burbuja en la que me encontraba. Los susurros de la multitud no se hicieron esperar.

—El sello se ha roto —confirmó mi padre.

Pensaba que al romperse me convertiría en un monstruo o algo peor, pero en realidad no notaba nada más que una leve corriente de electricidad que se deslizaba por todo mi cuerpo.

Un estruendo en la entrada hizo que todos se levantaran de sus asientos y el pánico se desatara entre la multitud.

—¡Están aquí! —Escuché la voz de Adam en algún lugar.

Los lobos hicieron su aparición. Varios de ellos corrían arremetiendo contra los brujos que se encontraban allí. El silencio que antes envolvía la sala se rompió y se convirtió en caos.

Gael se acercó a mí y cortó mis ataduras con brusquedad. Me agarró del brazo y me colocó frente a mi padre de un empujón.

—Ahora cumple con tu parte —escupió las palabras con urgencia—. Hazme portador de su poder y todo terminará, como acordamos. Juntos cambiaremos las cosas.

Allan levantó los brazos y una especie de barrera se deslizó a nuestro alrededor para impedir que alguien llegara hasta nosotros. Por mucho que quisieran acceder al centro, les era imposible.

—¿A qué esperas?! No tenemos tiempo —gritó Gael—. Hazlo.

—Lo siento, pero ni yo mismo puedo hacer eso. Los dones no se traspasan así como así. El portador nace y muere con ellos. Eres un brujo, deberías saberlo, pero la obsesión por la ambición y el poder te ha cegado.

El rostro de Gael pasó de la urgencia a la rabia. Sus labios se apretaron y su mandíbula se tensó.

—¡Me mentiste! —le acusó, lleno de ira.

—Todavía puedes cambiar tu futuro —contestó mi padre—. Termínalo aquí, hermano; de lo contrario, tendrás una muerte cruel y dolorosa. Lo he visto.

—No me llames hermano. Dejaste de serlo en el momento en que te involucraste con esa escoria y traicionaste a los tuyos.

No lo vi venir. La daga con la que Gael había cortado mis ataduras salió volando en mi dirección; ni siquiera tendría tiempo de apartarme, su hoja estaba a un metro de mí. Cerré los ojos esperando que me atravesara. Todo pasó muy rápido. Sentí el impacto de algo contra mi cuerpo, pero no hubo dolor. Cuando abrí los ojos me quedé sin respiración intentando asimilar lo que veía. Mi padre había utilizado su cuerpo como escudo. Permanecí unos instantes en *shock*

mientras agarraba sus hombros para que no cayera. ¿Cómo había llegado hasta mí? ¿Era imposible que le hubiese dado tiempo! Mi mirada recorrió sus facciones contraídas.

—¡No! —grité a la vez que lo dejaba caer en mi regazo.

La daga se encontraba clavada en su costado, posiblemente perforando uno de sus riñones, y sabía lo que eso significaba.

Miré sorprendida a mi alrededor: todo se había congelado. Gael se hallaba frente a nosotros con la misma expresión que antes de lanzar el arma hacia mí. La trifulca fuera de la barrera se había detenido.

—¿Cómo...? —No llegaba a entender lo que veía.

—Tu padre tiene muchos secretos. —Sonrió dolorido mientras me observaba—. No pude... detenerla. —Su voz entrecortada me anunciaba que su vida se escapaba poco a poco.

Comencé a llorar.

—Tú lo sabías, sabías que esto iba a pasar... ¿Por qué? ¿Por qué no lo detuviste? —Puse mi mano en su mejilla.

—Porque cualquier camino que escogiera me llevaría a este final. No llores, princesa. Este era mi destino y abrazo la muerte sin remordimientos. He hecho todo lo que tenía que hacer.

Su mano agarró la mía y, entonces, una luz cegadora me invadió transportándome a otro lugar...

CAPÍTULO 36

Amber

El llanto de un niño rompe el silencio mientras entro en una antigua cabaña. Entonces veo a mi madre sosteniendo a un bebé en sus brazos. La mitad de su cuerpo está cubierto por una sábana y, aunque su rostro denota cansancio, sus labios se extienden en una gran sonrisa y una mirada de felicidad mientras observa al recién nacido. Pero no está sola. Una mujer que no reconozco al principio se encuentra a su lado. Se limpia las manos en una pequeña palangana cerca de la cama y se vuelve hacia mí. Entonces veo sus rasgos. Es Lory.

—Es una niña, Allan. Aunque seguramente ya lo sabías. —Mamá me sonrío ilusionada.

Pero su sonrisa no va dirigida a mí. Estos no son mis recuerdos, sino los de mi padre. Ahora veo el pasado a través de sus ojos.

Él se acerca a mi madre y deposita un beso en su coronilla.

—¡Lo has hecho muy bien, mi amor! ¡Eres increíble! —Su tono orgulloso demuestra lo mucho que la ama.

—Os traeré cosas que os harán falta para la niña —interrumpe Lory. Luego mira a mi padre—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—¡Claro! —Él se levanta de la cama y la sigue al exterior.

Su rostro se ve preocupado.

—Marcus lo sabe. No tenéis por qué esconderos. Sé que si ella habla con él, la perdonará.

—No es tan sencillo, Lory —contesta mi padre—. Hemos incumplido una ley sagrada. Debemos alejarnos. Es la única forma de mantenerlas a salvo, por ahora.

Lory suspira derrotada.

—Tengo que darte otra noticia. —Ella agacha la cabeza—. ¡Lo siento, Allan! Tu padre ha muerto.

Él se queda en silencio.

—Sagara me ha hecho llegar la información. Tu hermano ha ocupado su lugar y, según dicen, no está nada contento con que te hayas ido. La bruja quería que te dijera que debéis tener cuidado. Todavía no saben lo de la niña, pero no creo que tarden mucho en descubrirlo, al igual que lo ha hecho Marcus.

—Gracias por todo, Lory —le agradece.

—No tienes que dármelas. Lo hago por mi niña. La he criado como a una hija desde que su madre murió. Siempre estaré a su lado cuando me necesite.

Una espiral oscura se traga los recuerdos para formar otros, y entonces me transporto a un nuevo lugar. Ahora estoy en el bosque.

—¿Qué es lo que quieres esta vez? Sé que estás aquí. Te he sentido llegar. —Las palabras de mi padre son frías como un témpano de hielo.

No veo nada a mi alrededor, pero no tardo en escuchar la contestación.

—¡Vaya! Pensé que ya lo sabrías, ¿no tienes el don de la visión? —Una voz profunda y oscura se oye como un eco a través de los árboles.

—Mi don no funciona así. Si pudiera verlo todo, las cosas serían más fáciles —explica mi padre—. Dime lo que hayas venido a decir y vete. No quiero que Eirena te vea.

Una silueta comienza a aparecer frente a mí. Es un hombre vestido de negro. Sus ojos y cabello ónix lo hacen resaltar en medio de tanta vegetación. Su piel tiene un tono dorado, y sus facciones son increíblemente perfectas. Posee una mandíbula cuadrada y cejas oscuras y pobladas. Me llega a sorprender lo atractivo que es, aunque hay algo que me transmite peligro. Tengo la sensación de que no es la primera vez que lo veo, pero en este momento no logro ubicarlo. Sus manos están metidas en los bolsillos de sus pantalones y su actitud es tranquila y relajada. Entonces, levanta la comisura de sus labios en una mueca divertida.

—¿Cuándo piensas contárselo? —pregunta el desconocido.

—¿Debería hacerlo? —responde él con sarcasmo.

—¡Me hieres, hijo! —Coloca una mano en su pecho fingiendo dolor—. Gracias a mi sangre siempre has destacado por encima del resto. Más poderoso que cualquier brujo. Me resulta gracioso lo idiotas que pueden llegar a ser los humanos para no darse cuenta de que no eres otro del montón. Y en vez de agradecer eso, te pasas la vida rechazando lo que realmente eres.

—No quiero nada de ti. No te necesito —contesta mi padre con rabia—. No finjas que te importo. Vosotros no sabéis lo que es amar. No tenéis corazón. El único padre al que reconozco es ese que acaba de morir. Para mí no eres nadie. Aléjate de nosotros. Que ella lo sepa o no, no cambia nada. Me ama, nada podrá borrar eso.

—Puede que antes no. Pero ahora su hija lleva tu sangre, lo que significa que también lleva la mía. Si tú eres el doble de poderoso que un brujo normal, ¿qué crees que podrá hacer ella cuando sus habilidades despierten?

—¿A qué has venido? —lo corta.

—A prevenirte. —Sus facciones oscuras se vuelven más duras mientras habla—. Tu hija corre peligro. Su vida se verá envuelta en una guerra que comenzó al principio de los tiempos.

Los míos piensan utilizarla para su venganza, pero si sus dones despiertan antes de hora y los alados la sienten, la matarán. Y yo no podré intervenir.

Un silencio se extiende entre los dos, hasta que mi padre decide romperlo.

—¿Cómo puedo protegerla?

—Eres poderoso. Crea un hechizo que encierre su poder antes de que despierte. Sé que eres capaz de ello. Los alados no podrán sentirla y le darás más tiempo.

—¿Y después de eso? ¿Qué pasará?

—Después, todo dependerá de ella. Tú decides. O la dejas morir ahora y que todo acabe, o le das una oportunidad hasta que llegue su momento. Los míos ya han trazado sus planes, pero si sellas su poder, tampoco podrán encontrarla.

—¿Por qué me adviertes? ¿Qué es lo que sacas tú de esto? —pregunta con desconfianza.

—Aunque no lo creas, yo también amé una vez. —Y entonces, se da la vuelta y desaparece.

La espiral oscura engulle mi mente de nuevo y me traslada a otro sitio, otro recuerdo. Esta vez vuelvo a estar en la cabaña. Mi padre está rodeado por tipos vestidos con túnicas negras. Gael se encuentra frente a él.

—¿Dónde está la niña? —Su voz cargada de desprecio inunda mis sentidos—. No quiero hacerte daño, pero no puedo dejar que esa abominación viva. Lo han visto. Su poder es peligroso para todos nosotros. Ella debe morir. Nos has traicionado. Nunca debiste haberte mezclado con esa escoria.

—¿No lo entiendes? Yo también lo he visto —contesta mi padre—. Todo lo que he hecho ha sido para acabar con ellos. Ha sido una farsa. Tuve que fingir que la quería para acercarme a ella. Si nos hacemos con el poder de mi hija, podremos acabar con los lobos y los Sangre Pura. ¿No deseas eso más que nada en este mundo, hermano? ¿Borrarlos para siempre? Yo solo he facilitado las cosas.

El rostro de Gael se contrae con incredulidad, pero mi padre sigue hablando para ganarse su confianza.

—He creado varios hechizos. Uno puede hacer que el poder pase de un portador a otro. Tú podrías ser ese portador. ¿Quieres acabar con ellos? Tómalos y cumple tus deseos.

La mirada de Gael pasa de la desconfianza a la codicia. Ahora mismo se plantea lo que podría hacer.

—¿Cómo puedo creerte?

—¿De verdad pensaste que traicionaría a los míos? He descubierto un nuevo conjuro. Uno muy poderoso que absorbe las habilidades de cualquier ser sobrenatural. Sus cuerpos se deterioran hasta quedar en una cáscara vacía. A partir de hoy, ni los Sangre Pura podrán igualar nuestro poder.

La sonrisa ambiciosa de Gael demuestra que ya no es una amenaza para él.

—¿Y qué ganas tú con esto? —pregunta.

—Lo que siempre hemos querido. Hacerlos desaparecer para siempre...

La neblina oscura vuelve a embotar mis sentidos y me hace girar. Esta vez, al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que me encuentro rodeada de flores. Estoy en un invernadero. En el de mi madre para ser más exactos. Reconozco este lugar; es la cima del castillo. La luz del día entra a través de los cristales, haciendo que los colores de las flores se vean más intensos.

—No deberías estar aquí, Allan. Si mi padre se entera de que no estás muerto, harán muchas preguntas —dice mi madre. Al observarla, puedo notar el gran parecido entre nosotras.

—¿Cómo está mi princesa? —pregunta él acercándose a ella y acariciando sus labios de una manera dulce.

—Ahora mismo está durmiendo. Le ha sido difícil adaptarse al castillo, pero ya sabes cómo es. Nada puede hacer desaparecer su sonrisa y su alegría. Es fuerte como su padre, Allan. Me recuerda mucho a ti. —Mi madre lo abraza y lo besa con desesperación. Ambos se envuelven en un beso que sabe a necesidad—. Te echa de menos... Y yo también —dice ella al despegar sus labios de los de él.

—Yo también, mi amor, pero ya sabes que todo lo que estamos haciendo es por ella —responde él, apretando la mandíbula—. Necesito más tiempo para encontrar el hechizo correcto con el que sellar su poder. Intento convencer a mi hermano para que no ataque el castillo todavía, aunque no tardará, lo he visto.

—¿Cuándo? —pregunta ella preocupada—. ¿Mi padre estará bien? ¿Los demás...?

—Pronto. No puedo ver tanto, solo retazos de lo que va a pasar. Debes mantenerla a salvo. Sigue al chico de los Crane. Él sabrá cómo sacarlos de aquí cuando llegue el momento. Dirígete a los bosques de los Wood, ellos os estarán esperando y os protegerán. Me aseguraré de que Esme lo sepa.

—Temo por nuestra hija, Allan. Nunca había tenido tanto miedo hasta que la tuve entre mis brazos.

—Confía en mí. Eres la mujer más fuerte que conozco. —Su voz suena cargada de orgullo—. Puedes protegerla. No dejarás que nadie le haga daño. Ninguno de los dos lo permitiremos.

Vuelvo a entrar en la oscuridad...

De un momento a otro, corro a través de los árboles. Mi respiración está acelerada. Una tormenta se desata en el cielo y los truenos retumban en mis oídos. Corro y corro hasta que llego a un claro donde el sonido de una trifulca embota mis sentidos.

Me veo a mí misma, de espaldas, caer de rodillas mientras unas enredaderas de espinas retroceden hasta desaparecer en la tierra bajo mis pies. La tormenta se apacigua. Esto lo he

vivido antes, pero con mis propios ojos. Ahora lo veo desde los de mi padre. En este momento, estoy de espaldas a él.

—¡Maldito monstruo! ¡Pagarás por lo de mi hermana! —grita Isabela llena de rabia.

Sus manos forman trozos de hielo punzante que se dirigen hacia mí. Pero en ese instante, mi padre levanta un brazo y detiene el tiempo dejando a Isabela congelada e impidiendo que el hielo me atravesara. Mi madre lo mira por unos segundos. Sus ojos transmiten alivio. Luego me abraza para impedir que vuelva mi cabeza hacia él y lo vea. Después de unas palabras, toma mi mano y corremos hacia el sendero que nos llevará al gran sauce. Él nos da tiempo para escapar y llegar seguras a nuestro destino.

Otra vez esta sensación de vértigo se apodera de mí, llevándome a otro recuerdo. La espiral de oscuridad es como una noria que no para de girar...

Ahora estoy en la habitación en la que me desperté por primera vez tras perder mis recuerdos. Me encuentro tumbada, con los ojos cerrados y ajena a todo lo que sucede a mi alrededor. Junto a la cama se halla Esme, mi madre adoptiva.

—¿Ella está bien? —pregunta preocupada.

—Solo duerme. La dejé inconsciente para que no se asustara de los lobos cuando llegasen —responde mi madre, situada a los pies de la cama junto a mi padre.

—¿No hay otra manera? —La voz de Esme irradia tristeza.

—Llevo mucho tiempo buscando un hechizo que pueda funcionar y sellar su poder. Créeme, no hay otra forma de hacerlo —contesta mi padre. Luego mira a mi madre—. Mi amor, es lo único que podemos hacer por ella. Nosotros no la veremos crecer, pero nuestro sacrificio le dará una oportunidad. Ahora es el momento de demostrarle cuánto la amamos.

—Haré lo que haga falta por mi hija. Prefiero morir que vivir una vida sin ella. ¡Hagámoslo! —Eirena mira a Esme con cariño y le sonríe—. Confío en ti, amiga mía. Sé que la mantendrás a salvo cuando yo no esté. Sé que la querrás como a una hija. Por eso, me iré tranquila y en paz.

Los ojos de Esme se llenan de lágrimas.

—Te lo prometo, Eirena. Conmigo estará segura.

—Tenemos que hacerlo ya, antes de que Logan sepa que estoy aquí. Ellos no deben averiguar que aún sigo vivo —Allan se dirige a Esme—. Les dirás que Eirena selló su poder y sus recuerdos con su vida. No han de saber que hay un sello distinto que encierra otra cosa.

Esme afirma con la cabeza.

—Entonces, empecemos —dice papá antes de sacar una fina daga de su túnica y entregársela a mi madre.

Ella hace un corte en su palma y derrama su sangre en un recipiente. Luego se la pasa a Esme para que haga lo mismo. A continuación, él deja fluir la suya también, mezclándola con la

de ellas. Sangre de lobo, vampiro y brujo. Y así comienza el conjuro. El mismo círculo, las mismas lunas...

Empiezo a removerme en la cama, pero antes de que llegue a gritar, Esme me sujeta por detrás y me tapa la boca. Pasa un tiempo hasta que mi cuerpo se relaja y, entonces, mi madre me agarra de las manos, despidiéndose de su mejor amiga y de su amado. Cierra los ojos y sella mi poder. Mi sangre mestiza. Me convierte en humana y borra mis recuerdos. Entrega su vida para darme la oportunidad de salvar la mía. Su cuerpo se resquebraja y se convierte en diminutas luces que se evaporan en el aire. Escucho llorar a Esme y, en ese instante, la espiral de oscuridad vuelve a por mí.

Abrí los ojos y contemplé a mi padre muriendo en mis brazos. Para mí ya no era un desconocido. Ahora entendía por qué me gustaban las estrellas. Yo las dibujaba con él. Conocía la razón por la que me habían llamado Amber; mi padre decía que mi cabello le recordaba a una gema.

—No puedes dejarme... Te necesito —susurré con un hilo de voz, mirando a los ojos a esa persona que había hecho tanto por mí. El silencio a mi alrededor me decía que todo seguía congelado. Nos daba algo de tiempo para despedirnos—. No me hagas esto. ¡Por favor! No soportaría perderte a ti también.

Colocó la palma de su mano en mi mejilla mientras su respiración se acompasaba.

—No llores, princesa. Sé... que escogerás el camino correcto. Puedes ser la salvación de este mundo o... su destrucción. Solo debes confiar en... ti misma y en quién eres.

Su voz fue apagándose, igual que una vela que se consume con lentitud.

—¿Cómo sabré lo que debo hacer? ¿Cómo...?

—Lo... sabrás. —Su pecho dio una última sacudida y entonces... lo perdí. Su mano se deslizó de mi mejilla hasta caer lánguida y sin vida.

La barrera cayó de pronto y el ruido de la lucha encarnizada embotó mis oídos. El tiempo había retomado su curso, pero mi padre ya no estaba. Todo lo que hizo fue para llegar a este momento. Él movió las piezas del tablero para mantenerme a salvo, como Sagara insinuó cuando ni yo misma sabía a lo que se refería. Él era uno de los jugadores. Ahora debía averiguar quién era el otro.

Una rabia profunda afloró en mi pecho. Me habían quitado todo lo que me importaba. Un trueno retumbó encima de nuestras cabezas, luego le sucedieron más acompañados de relámpagos que iluminaban el cielo. Tras acomodar el cuerpo inerte de mi padre en el suelo, mis puños se apretaron. Ira líquida recorría mis venas mientras oía la voz de Gael detrás de mí. Ni siquiera escuché lo que decía. Mi piel vibraba descontrolada y el cordón que se conectaba a mi magia me pedía que la liberara, que la dejara tomar el control. Ella sabía lo que tenía que hacer. Y entonces, lo hice. La liberé.

El suelo se abrió a mis pies, haciendo temblar mi alrededor y formando aberturas por donde salían enredaderas cubiertas de espinas, aunque esta vez eran diferentes. Su color rojo escarlata brillaba como la sangre mientras recorrían la sala destruyendo todo a su paso. Un sentimiento de odio se adhirió a mi piel. Varias agarraron a Gael tirando de sus extremidades; otras buscaron desesperadas a otro ser al que había jurado hacer sufrir hasta la muerte. Lo encontré y ellas hicieron el resto. Me regodeé en sus gritos de dolor y en las ansias de que sus miserables vidas terminasen. Y lo hice. Solo pensaba en venganza. Estiré sus cuerpos hasta tal punto que no quedó nada de ellos. Solo lo que habían dejado atrás: muchas vidas destrozadas, muchas vidas perdidas por ambición y poder. La lluvia caía con fuerza empapando mi cuerpo. Me sentí fuerte y poderosa. Algo sombrío que habitaba en mi interior me gritaba muerte, destrucción. Y entonces... dejé que esa oscuridad me engullera.

CAPÍTULO 37

Dana

Amber no tenía que estar aquí. ¡Maldita sea! Cuando los brujos vinieron a mi habitación y me llevaron con ellos, jamás pensé que sería para esto. Creía que había sido llamada por Gael. Me resistí, no sabía qué quería en ese momento, pero las palabras de Esther consiguieron tranquilizarme. *Confía en mí, todo saldrá bien.* Y lo hice. Confié en ella, todavía lo hacía antes de que Allan hiciera un corte en mi brazo para extraer mi sangre. Sin embargo, esa fe se tambaleó cuando un círculo luminoso con las fases de la luna apareció encima del cuerpo de mi amiga, mi hermana, a esa que juré proteger con mi vida. El sello se estaba rompiendo y eso significaba que todo por lo que habíamos luchado no había servido para nada. Allan dijo que debía romperlo o su poder la consumiría, pero cada vez estaba más segura de que sus intereses eran otros.

Sus gritos de dolor durante el proceso reemplazaron la quemazón que sentía en el brazo. La impotencia me inundaba y mi animal interior se revolvía inquieto pidiendo salir. ¡Dios! Quería desgarrarlos a todos por lo que le estaban haciendo. Un instinto asesino crecía en mi interior, abarcando todo mi ser. No obstante, el maldito collar en mi cuello impedía la transformación. Ni siquiera podía gritar y descargar mi frustración. Me habían tapado la boca y el trozo de tela amortiguaba las amenazas que cumpliría si estuviese en mi forma de lobo. Luché contra el agarre de los brujos, pero me era imposible llegar hasta ella. Le estaban haciendo daño y yo no podía hacer nada, absolutamente nada. Odié a Esther por haberme mentido. Mi corazón se rompía a pedazos por haber confiado en ella.

El cuerpo de Amber dejó de temblar y su voz se fue apagando. Sus alaridos de agonía se disolvieron y dieron paso a un silencio que logró aterrorizarme. Ella no podía estar muerta, ¿verdad? Miraba su cuerpo buscando un indicio de que aún respirara... y lo hizo, abrió los ojos y un sentimiento de alivio me recorrió.

—¿El sello se ha roto? —preguntó Gael.

—El sello se ha roto. —Oí decir a Allan.

La sonrisa triunfal de Gael me puso los vellos de punta. Él había ganado, todo estaba perdido. No sabía qué sucedería ahora, qué era lo que tenían planeado para mi amiga. Mis pensamientos se esfumaron cuando un estruendo fuera de la cúpula provocó que todos se

levantaran de sus asientos. El primer brujo que entró por la gran puerta lo hizo cayendo de espaldas y gritando de agonía a la vez que tapaba sus oídos. Después de él, como un dios de la muerte, apareció un tipo vestido de negro, de cabello rubio casi albino y con un flequillo tapando parte de su rostro. *Hayden*. Por su mirada asesina, adiviné que no dejaría a ninguno de los presentes con vida. Y unos segundos después, los lobos irrumpieron en tromba detrás de él. Innumerables destellos de colores, garras y dientes envolvieron la sala.

—¡Están aquí! —gritó alguien.

El salón se convirtió en un caos. Los brujos que me tenían cautiva tiraron de mí hacia una de las columnas e hicieron que me arrodillara tras ella para ocultarme. Observé a un encapuchado cerca de la entrada; levantó las manos, pero antes de llamar a su poder, un lobo atigrado le desgarró la garganta. Los vampiros se movían tan rápido como la luz, haciendo caer los cuerpos de sus oponentes como si fuesen simples fichas de dominó. Mi mirada se enfocó en el Rubiales. Desesperado, intentaba traspasar la barrera que Allan había formado en el centro. Quería llegar hasta Amber. Ella se encontraba en medio de los dos brujos, uno a cada lado manteniendo una conversación que era imposible escuchar. También vi a Raylen en su forma animal. Saltaba y chocaba contra el escudo invisible intentando romperlo. Pero era imposible, se trataba de magia y solo caería cuando el brujo así lo decidiera.

Después de unos segundos, la barrera se deshizo y el cielo comenzó a tronar; se avecinaba una gran tormenta. Cuando miré al centro de la cúpula, Allan yacía en el suelo, inmóvil. ¿Estaba muerto? ¿Qué demonios había pasado? Era imposible que algo hubiese ocurrido en tan poco espacio de tiempo.

El suelo tembló y se abrió a los pies de mi amiga. Unas enredaderas rojas y brillantes llenas de espinas empezaron a surgir por todos los rincones de la sala. Una de ellas sacudió al Rubiales hasta hacerlo estamparse contra la pared de piedra. Raylen saltó intentando llegar al centro de la arena, pero otra lo agarró por la pata y lo zarandeó como si fuese un muñeco de trapo.

—¡Raylen! —Mi grito fue acallado por la tela que envolvía mi boca. ¡Demonios! Mi impotencia crecía. No podía hacer nada. ¿Qué diablos era aquello? ¿Qué estaba pasando? La batalla encarnizada entre los dos bandos se vio interrumpida por esas cosas. Ya no luchaban entre ellos. Ahora todo se trataba de intentar sobrevivir y esquivar esas enredaderas con espinas que se deslizaban por todos los sitios.

Gael gritaba de agonía mientras estas se clavaban por todo su cuerpo y tiraban de sus extremidades.

De pronto, algo impactó en mi espalda, y después sentí mis manos libres. Aturdida, miré hacia atrás y allí estaba Esther, sorteando esas cosas para llegar hasta mí. En sus manos portaba el libro que solía llevar con ella, ese que intenté descifrar días antes. Se arrodilló a mi lado para

desatar la tela que se adhería a mis labios.

—¡Lo siento! Llego un poco tarde. No encontraba el libro —se excusó.

—¡¿Un poco tarde?! —escupí cuando la mordaza cayó. La observé con reproche, pero algo llamó mi atención más allá de nosotras.

Miré a Amber y me quedé sin aliento. Se encontraba en el centro de la arena. Una luz envolvía su cuerpo, aunque lo que hizo que mi respiración se detuviese no fue eso, sino sus ojos, completamente negros y sin pupilas. Sus colmillos se alargaron. ¡Oh, Dios mío!

—¡¿Qué le ha pasado?! —Abrí mis ojos con horror—. ¿Por qué mi amiga parece una mezcla entre Jean de los X-Men y la Bruja Escarlata?

—Esa no es tu amiga. En este instante, ni siquiera sabrá quién eres. La oscuridad la ha poseído. —Las palabras de Esther se clavaron como agujas en mi piel—. ¡No te muevas! Tengo que quitarte el collar. Esto se va a poner peor.

—¡¿Peor de lo que ya está?! —Seguí mirando sin creer lo que veía mientras Esther me quitaba el frío metal con magia.

Un agujero negro se abrió detrás de Amber. Bueno... lo que parecía ser Amber. De pronto, muchos seres horripilantes comenzaron a salir de allí. Si las sombras que invocaban los brujos me daban repelús, estos consiguieron levantar todos los vellos de mi cuerpo. Medían el doble de una persona normal, su piel era de un color negro acerado brillante, y dos alas como las de los murciélagos se desplegaban en su espalda. Y sus rostros... ¡Oh, mi Dios! No tenían ojos, solo dos aberturas en la parte de la nariz y una boca llena de colmillos. Los gritos en la sala no se hicieron esperar. Amber controlaba a esas cosas que destruían cuanto estaba a nuestro alrededor.

—¿A esto te referías con ponerse peor? —Mi voz se escuchó temblorosa. Sonó un *click* antes de que el collar cayera al suelo. Sentí una gran satisfacción al notar la piel de mi garganta despejada. Lo había llevado por tanto tiempo que ya estaba acostumbrada a su tacto.

—Eso es un portal al bajo astral. Esas cosas son demonios que provienen de allí. Debemos acabar con...

Sus palabras murieron cuando una enredadera nos empujó. Yo caí hacia atrás y Esther voló un metro hacia adelante. Me levanté y corrí a su lado para ayudarla a alzarse.

—¡El libro! —gritó. Se había soltado de su mano para quedar a metros de distancia—. Lo necesitamos. ¡Leus! ¡Cógelo!

Al seguir su mirada, pude ver al pequeño brujo. ¿Qué estaba haciendo aquí? Tan solo era un niño. Alzó los brazos y una espiral de aire se levantó a su alrededor, pero antes de que su ataque llegara a su objetivo, una de las enredaderas lo atrapó del pie y lo derribó.

—Ayuda a Leus. Yo iré a por el libro —dije antes de concentrarme en mi magia. Llamé a mi animal interior y mi cuerpo empezó a cambiar. Sentí como mi piel vibraba de energía y unas garras afiladas se extendían en mis dedos. Había echado de menos esa sensación de libertad. Con

un suspiro de alivio, abracé de nuevo la otra mitad de mí misma.

Sin esperar, corrí para recuperarlo, pero una de esas cosas me interceptó. ¿Cómo se mataba a estos bichos? Mis colmillos se prepararon para atacar, pero antes de que ese ser llegara hasta mí, algo traspasó su cabeza y esta explotó en trozos, salpicando mi pelaje con una sustancia negra y pegajosa. Tras el demonio se encontraba una vampira con un bastón en las manos. ¿De qué material estaría hecho? Le agradecí con un movimiento de cabeza antes de echar a correr. Esquivé unas cuantas enredaderas y conseguí agarrar el tomo entre mis fauces. Recorrí el camino de vuelta hasta llegar a Esther y Leus, que intentaban defenderse de aquellos demonios, como los demás. Los gritos y el olor a sangre impregnaron mis desarrollados sentidos, e intenté ignorar la bilis que subió a mi garganta. Llegué hasta ellos y les entregué el libro.

—¡Ahora, Leus! Levanta la barrera —gritó Esther abriéndolo con rapidez. Por eso me resultaban tan familiares los símbolos que envolvieron a Amber cuando el sello se había roto. Eran los mismos que estaban trazados en el papel. Todo cobró sentido.

Quise preguntar si volverían a sellarlo, pero, por mucho que tratara de hablar, no me entenderían en mi forma actual.

Una burbuja casi invisible nos rodeó a los tres, protegiéndonos.

—Intenta aguantar esta barrera todo lo que puedas. Confío en ti. Mi tío también tenía fe en que podrías hacerlo —dijo ella al joven brujo. Este aguantaba sus manos alzadas mientras gotas de sudor recorrían parte de su frente.

Esther recitó un cántico en la lengua que utilizaban los brujos mientras mi mirada se centraba en el caos que se desarrollaba a nuestro alrededor. Demonios y enredaderas atacando por igual. Vampiros, lobos y brujos luchando contra ello.

La sangre húmeda y espesa brillaba en el pelaje de Raylen, quien lanzaba dentelladas contra uno de ellos. Reconocí a algunos de los lobos: mi padre, mi hermano Aaron, Logan... Todos estaban aquí. Todos luchaban contra algo peor de lo que creímos en un principio. Mi mirada se desvió hacia el sitio donde se encontraba el Rubiales, que avanzaba en dirección a Amber, provocando que los demonios se consumieran a su paso. Zancadas decididas lo llevaban al ojo del huracán. ¿Es que se había vuelto loco? ¿Quería morir? Esa no era mi amiga. Algo se había apoderado de ella y esperaba con toda mi alma que Esther pudiera cambiarlo. Las fases de la luna se iluminaron en el cielo mientras el cántico se fortalecía con mayor poder y, de un momento a otro, el portal de oscuridad se cerró, impidiendo que más de esas cosas cruzaran a este lado. Los ojos de Amber volvieron a la normalidad, pasando de un negro sin pupilas a un verde esmeralda. Sus colmillos se retrajeron y la luz que la envolvía se desvaneció. Sus piernas se doblaron, pero antes de que impactara con fuerza en la arena, el vampiro la sujetó y la dejó caer despacio. En el momento en que nuestra barrera caía, el Rubiales se arrodilló frente a ella.

CAPÍTULO 38

Hayden

Necesitaba avanzar. Llegar hasta Amber y detener aquella masacre. No por las vidas que se estaban perdiendo, sino por ella misma. Sabía que eso la haría pedazos. Sus manos manchadas de la sangre de quienes ella llamaba su familia. Darse cuenta de ello cuando volviera en sí, la destrozaría.

Recorrí el espacio que nos separaba acabando con todo lo que se interponía entre nosotros. Me impresionó ver que los demonios no eran tan solo una leyenda en nuestra historia. Pero, dado que nosotros existíamos, ¿por qué ellos no lo harían?

El portal de oscuridad se cerró. Los colmillos desaparecieron tras sus labios y la luz que la rodeaba se disolvió. Antes de que se desmoronara, logré agarrarla y, poco a poco, caí con ella de rodillas. Una punzada de rabia inundó mi pecho cuando vi su cabello. Hubiera matado a esos brujos por lo que le habían hecho, pero ella se me había adelantado haciéndolos sufrir hasta la muerte. Los demonios zumbaban de un lado a otro descontrolados. Algunos escapaban por el techo de la cúpula; otros seguían atacando e intentando comerse a quien estuviese allí. Aunque en ningún momento arremetieron contra nosotros. Era como si Amber fuese su dueña, su reina.

El temblor de su cuerpo me hizo saber que estaba débil. El poder había consumido casi toda su energía, drenándola. Sus cansados ojos verdes conectaron con los míos mientras mis manos agarraban sus hombros para que no cayera. Me miró con sorpresa y sus palabras se clavaron en lo más profundo de mí.

—¿Chris? —Su mano temblorosa se posó en mi mejilla y su mirada me recorrió—. ¡Chris, eres tú! —Dos lágrimas se deslizaron por su rostro tras reconocermé—. Siempre has sido tú...

Y yo quise morir en ese momento, hacer retroceder el tiempo y confesarle la verdad. Que ya no era el mismo chico dulce y amable que ella conoció. Ahora era un vampiro que asesinaba sin escrúpulos a quien fuera necesario para mantenerla a salvo. Ella no merecía tener a alguien así a su lado. Aunque la amara, estaba dispuesto a sacrificarme y mantener las distancias. Sin embargo, todo cambió... Una sola frase hizo que mi autocontrol se derrumbase en un instante. Una frase se clavó en lo más profundo de mí e hizo que enloqueciera: *He venido porque te deseo*. Y la tomé. La hice mía, logrando aquello que llevaba anhelando durante tanto tiempo.

—Yo... —La voz murió en sus labios y sus ojos se abrieron de golpe.

Todo sucedió muy rápido, antes de que pudiera asimilarlo. Detrás de ella, unas grandes y emplumadas alas blancas aparecieron en mi visión. Al bajar mi mirada, descubrí la punta de una espada que traspasaba su estómago. Cuando el ser de alas volvió a extraer el arma, la mano de mi princesa se deslizó desde mi rostro hasta la herida. Cayó en mis brazos con una última exhalación.

Al mirar al frente, conecté con ese ser. Sus ojos de un blanco puro y cristalino me observaron desde arriba, pero eso no me importó cuando desaté lo peor de mí. Porque si ese individuo le había hecho daño a mi princesa, sería lo último que haría. Antes de que volviera a alzar su espada, su cuerpo comenzó a quemarse desde dentro; mi ira recorrió cada parte de su existencia hasta que solo quedaron restos de plumas carbonizadas.

La sala se llenó de esos seres de luz volando de un lado a otro. Parecía que venían a exterminar a los demonios. Solo arremetían contra ellos.

Bajé la vista hacia ella. No se movía. Era incapaz de oír su respiración, o estaba lo bastante nervioso y desquiciado para hacerlo. Mis manos temblorosas rasgaron la parte superior de su vestido para llegar hasta la herida. De pronto, el chucho apareció a mi lado tras percatarse del olor de la sangre que manaba de su cuerpo. En otro momento, le hubiese dicho que se apartara, pero estaba seguro de que su preocupación por ella era igual que la mía.

—No está muerta. Ya no es humana. Solo necesita reponer sus fuerzas. —Una voz me hizo desistir de la búsqueda.

Un hombre vestido completamente de negro había aparecido a mi lado. No me gustaba lo que irradiaba de él. Me tensé y estiré para proteger a Amber. Mataría a cualquiera que se acercara a nosotros con intención de terminar con su vida. El chucho le enseñó los dientes amenazando con tirársele encima.

—¿Quién eres tú?

—Deberías sacarla de aquí. Pronto llegará la caballería pesada. Acabas de matar a uno de sus serafines; no creo que el de ahí arriba esté muy contento con eso —respondió, obviando mi pregunta. Su tono seguía siendo burlón, algo que empezaba a agotar mi paciencia.

—Vuelvo a preguntar... ¿Quién demonios eres tú? ¿Y cómo sabes que ella ya no es mortal? —El chucho, a mi lado, dio un paso adelante con la intención de atacar. Sus gruñidos habrían hecho retroceder a cualquiera, pero, en vez de eso, el individuo desplegó unas alas negras mientras pronunciaba unas palabras que nunca hubiese esperado.

—Porque soy uno de los príncipes del infierno. Mi nombre es Asmodeo. Y ella... es mi nieta.

EPÍLOGO

Mi inconsciencia vagaba de un lugar a otro. La oscuridad envolvía todo a mi alrededor. Soñé con colmillos que intentaban desgarrarme. Con monstruos tan aterradores que pedía a gritos despertar. Había veces que volvía en mí y escuchaba a personas a mi alrededor. Tampoco entendía lo que decían.

No saben cómo ayudarla. Prueba con eso. No perdemos nada por intentarlo.

Escuché una voz de mujer. Yo conocía esa voz, pero no podía ubicarla.

Me sumergí de nuevo en mis sueños. Esta vez soñé con fuego, alas grandes y negras que se movían a mi alrededor, oscuridad y sed. Tenía mucha sed. Tanta que creí estar muriendo. Sentía la garganta seca y ese fuego quemaba todo mi interior.

Vamos, bebe, princesa.

Era la voz de Hayden. ¡No! Era la voz de Chris. Dulce y amable. Noté algo de calor envolviendo mi cuerpo y luego ese calor también llegó a mis labios. Algo pasó por mi garganta y tragué. Y no dejé de hacerlo porque me sentía bien. Como si me hubiesen dado lo que tanto anhelaba.

Eso es, princesa, sigue así.

Y otra vez caí en un sueño, aunque esta vez ya no eran pesadillas. Ya no había dolor. Eran recuerdos bonitos de cuando era una niña y me gustaba jugar con mis padres en el bosque. De un momento a otro, me vi corriendo entre los árboles, sintiendo la suave brisa recorrer mis mejillas. El olor de la naturaleza siempre me había hecho sentir en casa. Giré y giré. Daba vueltas mientras miraba el cielo repleto de nubes blancas y esponjosas.

—Amber...

Una voz se mete en mi cabeza. Sin embargo, sigo girando sin parar.

—Amber...

Esta vez detengo mi cuerpo cuando la voz se escucha a mi espalda. Me giro y veo a un desconocido. Cabello oscuro, ojos como la noche. Sus rasgos me son familiares, pero no tengo más tiempo de pensar cuando el extraño rompe el silencio que nos rodea.

—No deberías estar jugando aquí sola. Tus padres se volverán locos al saber que has

desaparecido. —Sonríe, pero no me pasa desapercibido el tono de regaño en su voz.

—¿Cómo te llamas? —pregunto. Aunque no lo conozco, ese hombre me crea curiosidad. Para nada me hace sentir miedo. Él sonríe tras mi pregunta.

—Tengo muchos nombres, pero tú puedes llamarme señor del bosque.

—¿Eres el señor de las hadas?

Mi pregunta hace que rompa a carcajadas.

—No. No lo soy, pero sé muchas historias sobre este bosque.

—Me encantan las historias. —Me siento en la hierba—. ¿Podrías contarme una?

—¿No deberías irte ya? —pregunta burlón. Algo en él me dice que le divierte hablar conmigo.

Mi expresión apenas debe de haberlo conmovido porque, tras un suspiro, se acerca y se sienta frente a mí.

—Solo una corta. Después volverás a tu casa.

—Lo prometo —digo mientras miro sus facciones sombrías. Parece un príncipe, pero los príncipes de los cuentos que mamá suele leerme no visten con ropas tan oscuras.

Entonces, el señor del bosque comienza a narrar la historia.

—Cuenta la leyenda que un día, un príncipe caído del cielo y creado por la oscuridad, aburrido de su larga existencia, decidió cruzar a otro plano para buscar algo de diversión. Pero en vez de eso, encontró otra cosa que no había esperado.

—¿Qué encontró?

—El amor —contesta a mi pregunta.

—El príncipe jamás pensó que podría enamorarse, pues se suponía que ya no tenía corazón, pero no era cierto. Se enamoró de una mujer con magia en su sangre. Esa mujer ya tenía un hijo, pero eso no le importó, pues su amor sería un secreto.

—¿Y qué pasó?

—Él tuvo que regresar al lugar al que pertenecía, pero después de algunos años decidió volver a ver a su amada. Ella había tenido un hijo más. Aunque este último llamó la atención del príncipe. En el momento en que lo vio, supo que era suyo. Fruto del amor que se profesaban.

—¿Se quedó con él?

—No, no lo hizo. No podía quedarse. Los años pasaron, pero una noticia lo hizo volver. Su hijo había tenido descendencia, una niña a la que en su reino llamaban «la portadora de la oscuridad». Ella era una llave. Su don era la pieza clave para una venganza que se gestaba en las sombras.

—¿Y qué pasó con la niña?

Antes de que el señor del bosque siga con su relato, la voz de mi madre nos interrumpe:

—¿Amber? ¿Dónde estás? ¡Amber!

—Deberías volver. Si no apareces, se asustará. De todas formas yo ya me iba. —Se pone en pie para marcharse.

—Pero ¿cómo termina la historia? —pregunto con bastante curiosidad.

—Otro día vendré a contarte el final.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Me sonrío.

Luego me vuelvo hacia la voz de mi madre.

—¡Ya voy, mamá! —grito para que me oiga, pero cuando me giro de nuevo hacia el señor del bosque, este ya se ha ido.

AGRADECIMIENTOS

Otra vez llegamos a esta parte donde me emociono y doy las gracias a todas esas personas que me apoyan y hacen capaz que pueda seguir escribiendo y que nunca desista de perseguir mis sueños y lo que me hace feliz.

Este libro trata de la magia y para mí la magia son todas esas personas que nos acompañan por el camino. A las que tenemos cerca y podemos abrazar y a las que aun separándonos muchos kilómetros de distancia, sentimos tan cerca.

Quería empezar dando las gracias a las dos personitas a las que he dedicado este libro, porque sinceramente son magia para mí:

Kress @kresswatson que desde el primer momento en que decidí escribir fue mi guía y mis ganas de seguir adelante. El personaje de la vampira ha sido por ella y solo para ella. Te quiero y espero poder darnos ese abrazo que ya nos merecemos.

Esther @esth.199 por la infinidad de audios que tiene que aguantar cuando tengo ganas de hablar. Gracias por ayudarme en todo y por estar ahí cuando algo se me complica. La bruja Esther también es su personaje. Creado con todo mi cariño y corazón. Espero que te haya gustado. Tk

A mi madre **@scrapespe** que siempre es la primera en leerlo todo esperando con ansias capítulo a capítulo. Siempre confío en su criterio y en sus consejos. Para mí es una madre y una amiga. Te quiero muchísimo.

A mi marido y a mi hijo. Son lo más bonito que me ha pasado en la vida. Os amo.

A mi familia: tías y primas que están siempre ahí apoyándome.

A mis lectoras cero, sin sus opiniones y sinceridad, los libro no serían lo mismo:

Mari @maimaost1978 clienta de mi trabajo y a la que tengo mucho cariño. Gracias por la espera de los capítulos, por tus opiniones y el apoyo.

Sora @letrasvidaycorazón por querer tanto a mis personajes y trasmitirme sus emociones. Gracias por todo el apoyo y por esos *reels* que haces tan preciosos. Tu voz es una maravilla.

Sara @ladamadelbosque por siempre estar ahí de cero. Gracias por tus opiniones. Sin duda te quiero siempre en mi equipo.

Estefi @lady.sailor.romantasy por siempre darme su más sincera opinión. Eres una

Crack.

Mara @maradelaluzvilla por esos audios tan emocionantes mientras leías el libro. Tus palabras suben mucho los ánimos. Gracias, de verdad.

Merce @merceroselló por querer leer todo lo que escribo. Aunque sé que lo he dicho muchas veces, pero quiero que sepas que me encanta cómo escribes.

Amaya @amayaysushistorias por querer entrar en el grupo de las cero. Gracias por esas palabras tan bonitas tras leerlo.

Veca @vecagrace.escritora por esas portadas tan preciosas que haces. Estoy enamorada de todas ellas y sin duda, no te escapas de las futuras. Espero que también te guste tu personaje. Aunque a salido poco en este, conoceremos más de Veca en el tercero.

Asun @lalokadeloslibros_87 por ser tan buena persona y no saber decir que no. Gracias por querer leer mi libro aun teniendo tantos pendientes.

Estrella @leyendoconestrella gracias por estar ahí y ayudarme con mis dudas. Has sido fundamental para saber que esta historia iba por buen camino. Gracias por todo y nunca olvidaré esos pequeños detalles.

Sabrina @misslefayy gracias por tenerle tanto cariño a mis personajes, sobre todo a Dash. Tus reseñas son espectaculares.

Carol @xcarol93 por todas las críticas constructivas. Gracias a eso este segundo está mucho más completo de información. Gracias por todo.

Eva @vykamurias por todas tus palabras bonitas al leer el primero y querer saber más. Espero que esta segunda parte te guste aún más.

Y para terminar, a los lectores: personas que hacen que quiera seguir escribiendo cada día con sus mensajes por Instagram y sus reseñas en Amazon. No sabéis lo feliz que me hacen esas palabras.

A todos, muchas gracias.

ACERCA DEL AUTOR

Marena Hope



Marena Hope
@macaentrelibros

Soy andaluza. Nací en un pueblecito de Sevilla un 20 de Junio de 1987.

Crecí rodeada de libros y cuentos gracias a mi madre, una apasionante lectora que disfruta de la lectura tanto como yo.

Desde pequeña, la música ha sido parte de mi vida, otra de mis grandes aficiones en el presente.

A los quince años comencé a leer historias basadas en el antiguo Egipto, ya que siempre me ha llamado mucho la atención.

Años después, la curiosidad me llevó a coger un libro de la habitación de mi hermana. Quería saber qué es lo que solía leer con sus amigas y cuando comencé a leerlo no pude apartar mis ojos de sus páginas hasta terminarlo. Ese libro era Lazos de sangre, de Amanda Hocking.

Desde ese día, la fantasía con romance y paranormal se ha convertido en mi género favorito. Para mí la lectura es como una vía de escape de la vida rutinaria, un método para disipar el estrés, donde viajo a través de mundos de aventuras y fantasía.

Si leer me apasiona, he descubierto que escribir y crear historias lo hace aún más.

Sus novelas:

➤ Dominios:

- El dominio de la sangre.
- El dominio de la magia.

➤ Fuera de mi zona de confort.

➤ Navidad cuquiterrorífica.

➤ Elegidas:

- La Marca